THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

865R66
Oc1916

CARNE Y ESPIRITU

POR

EMILIO ROMAN CORTES

PROLOGO DE

JACINTO OCTAVIO PICON

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/carneyespirituno00roma

CARNE Y ESPIRITU

Es propiedad del autor.
Cumplidos los compromisos legales.

Emilio Román Cortés

CARNE Y ESPÍRITU

NOVELA

PRÓLOGO

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

MADRID
E. Velasco, impresor.—Marqués de Santa Ana, 11 dup.
Teléfono número 551
1916

865 K 66
Oc 1916
ROMANCE DEPARTMENT
Romance Graduate Equipment FG 5 MY 17 Ke 70

PRÓLOGO

Respetando la opinión de los que piensen de otro modo, creo que quien cultiva un determinado género literario, peca de ligero si critica obras análogas a las que él produce, porque fácilmente se expone a incurrir en los mismos errores que condene.

Por esto, desde hace muchos años, me he abstenido de escribir críticas de novelas. Pero una cosa es actuar de crítico y otra hablar a propósito de un libro para dar al autor muestra de

362893

simpatía, y sobre todo, para sostener que la novela es la forma literaria que mejor refleja la vida y el alma: y no digo el alma moderna, como ahora se estila, porque moderna debiera ser sinónimo de civilizada y, realmente, desde que Caín mató a su hermano con una quijada de pollino hasta que Guillermo II ha comenzado a emplear los gases asfixiantes fabricados por la cultura alemana, no parece que el alma humana haya progresado mucho.

Otra consideración me mueve a escribir estas líneas para que vayan al frente de **Carne y espíritu.**

Entre los escritores de última hora, los hay que pretenden acabar con los que tenemos ya muchos años, como Quevedo quería expulsar a las viejas; y por esto mismo conviene demostrar que los viejos vemos con cari-

ñosa solicitud lo que hacen los jóvenes. Gran necedad fuera guardar rencor por su mala voluntad a los jóvenes, solo por serlo, cuando tan a prisa ha de convencerles el tiempo de que en cada hora que corre dan un paso para ser mañana lo que hoy somos nosotros.

Los breves párrafos que me sugiera **Carne y espíritu** serán, pues, el resultado de la mera impresión producida por su lectura en un compañero que no actúa de crítico, y a quien causa verdadera alegría ver que un joven inteligente y culto se dedica a escribir novelas.

Empezaré por declarar que el asunto de ésta es muy de mi gusto. Soy de los que creen que el arte no tiene otra misión que realizar la belleza; pero confieso que si esta realización favorece a las ideas que considero

beneficiosas para la humanidad, me contenta y satisface mucho más que cuando pone la belleza al servicio de las ideas contrarias. Por ejemplo: al *Eclesiastes,* poema de estupenda y aterradora hermosura, donde campea el pesimismo más pavoroso que concibió la mente humana, prefiero el *Cantar de los cantares,* cada uno de cuyos versículos es un latido de amor; leyendo el *Eclesiastes* me dan ganas de dormirme para no despertar; con el *Cantar de los cantares,* siento impulsos de adorar a Dios o a la madre Naturaleza, que viene a ser lo mismo. Y claro está, por razones análogas, las obras en que se defiende el derecho del hombre al amor me parecen más conformes a razón y justicia que aquellas otras fraguadas para persuadirnos de que un poder sobrenatural nos ha puesto el bien al

alcance de la mano, con prohibición de gozarlo y aun de desearlo.

En el noble anhelo de luchar contra esa prohibición impuesta a los que se consagran a ser medianeros entre el cielo y la tierra se ha inspirado, sin duda, Emilio Román Cortés al escribir **Carne y espíritu.**

Comienza la novela en un seminario donde es mirado como amigo de Satanás quien no se entusiasma con la *Summa Theológica;* las figuras principales son dos seminaristas de muy humilde condición, y en torno de ellos se mueven otras secundarias que luego se borran y sólo sirven para dar sobria y enérgica idea de aquel centro de enseñanza, entre cuyos muros no todo debe de ser caridad ni mansedumbre cuando el cargo de Prefecto de la disciplina está ejercido por un curita a quien los escola-

res llaman, no Don Pedro *el Justiciero*, sino Don Pedro *el Cruel*.

Yo no sé si Emilio Román Cortés ha vivido en un seminario o si algún diablo amigo suyo se lo ha mostrado levantando tejas y asomándole a claraboyas; pero me inclino a sospechar lo segundo, y aún temo que ese diablo familiar haya escogido las horas con dañada intención, porque, de no ser así, no hablaría el novelista de cosas tan poco edificantes como espionajes, delaciones y tertulias donde, entre sorbos de aguardiente y en presencia del Prefecto, se pasa revista a la comunidad, «ofreciendo inocentes víctimas en el altar de la murmuración».

Indudablemente, estas picardías le han sido sugeridas al autor por el espíritu maligno; y él, comprendiéndolo, no se complace en seguir refirién-

dolas. La curiosidad malsana que despierta el seminario, queda pronto frustrada; sea porque Emilio Román Cortés se aleja presuroso de lo que le dejó amargos recuerdos, o porque el diablo se cansa de acompañarle, en los capítulos siguientes la acción varía de lugar. Los dos amigos seminaristas pasan las vacaciones en una finca de campo; y, como para estirparles de cuajo la melancolía traída de los claustros y las aulas, surge una duquesita novelesca, medio mística, medio sensual, que comienza por ser encanto de sus ojos y acaba por turbarles la conciencia.

No espere quien lea estos párrafos que yo diga hasta dónde llegan el fervor piadoso y la picardía instintiva de la aristocrática beldad, ni a qué sugestiones obedece ni que cuente a quién trastorna, ni revele nada de lo que

despierta en el corazón y en la mente de los dos muchachos destinados al sacerdocio. Cualquier episodio que aquí se refiriese, cualquier escena que se describiera, desfloraría y mermaría el interés de la novela. Baste indicar que sus capítulos están llenos de pasión y que las cartas, escritas por ella, conque termina el libro, aunque a primera vista parecen inspiradas por una imaginación desordenada y turbulenta, se prestan a graves consideraciones. ¿Es amor verdadero el que dicta sus pensamientos, sutiliza sus conceptos y caldea sus frases? ¿Es un sentimiento desvirtuado y enfermizo? ¿Es, quizá, el fruto funesto de aquellas doctrinas del seminario, contrarias a la esencia de la vida? Ya lo verá quien lea. Lo cierto es que en esas cartas ha puesto Emilio Román Cortés lo mejor de su ingenio y

de su sensibilidad. Hay en ellas una artística confusión de vigor y delicadeza, de observación sagaz y vivo instinto poético, que hace muy grata su lectura.

Jacinto Octavio Picón.

JORNADA PRIMERA

EL SEMINARIO

CAPÍTULO I

¡Vacaciones! ¡Vacaciones!

Parecía el Seminario aquella mañana una gran jaula de locos; pero de locos sueltos, regocijantes, que no hacían daño. La alegría se desbordaba por sus ojos, coloreaba sus mejillas, caldeaba sus frases y corría a lo largo de sus brazos y piernas haciéndoles remedar actitudes grotescas de bailarín. Había concluído el curso: se empaquetaban los libros, se doblaban los colchones, se cerraban con estrépito maletas y baules... Todo era risa, bullicio y algazara. La rigidez de la disciplina ya no rezaba con ellos.

Muchos, los más jóvenes, los no tonsura-

dos, se despojaban de sus sotanas negras, vistiéndose el traje de *pecador*, según expresión de Fray Ceferino. Arreglábanse coquetonamente el nudo de sus corbatas, estirábanse las arrugas de sus americanas que, guardadas durante nueve meses en el fondo del baúl, presentaban antiestéticos repliegues y despedían penetrantes aromas a alcanfor; se atusaban el cabello, cepillaban con mil primores el *bombín*, regalando algunos sus estropeados bonetes al pobre fámulo que iba de acá para allá conduciendo trastos y sombrereras.

Todos aguardaban impacientes el toque de la campana que había de congregarlos en el comedor, donde tomarían el último desayuno del curso, marchando luego a sus respectivos lares. Por fin escuchóse el tañido, y nunca hasta entonces vibró con mayor agrado el metálico son en el oído del seminarista. Atropellándose bajaron las escaleras y entraron tumultuosamente en el amplio refectorio. Distraídos, rezaron el *Pater noster*, y, arrastrando los bancos, sentáronse produciendo agradable jaleo. Tomaron aprisa el chocolate, casi sin mojar el pan; abrie-

ron los cajones de las mesas para recoger sus respectivos cubiertos y se dispusieron a oir la voz del Secretario que, portador de blancos papeles, acababa de hacer su aparición en la sala.

Hubo un silencio profundo, y en muchos rostros se dibujó una emoción parecida a la del jugador cuando aguarda la salida de un naipe. El joven sacerdote a cuyo cargo estaban los trabajos de Secretaría, se recostó contra la mesa de los Superiores y comenzó a leer las *notas*.

Son éstos momentos angustiosos, instantes en los que el individuo no respira hasta conocer la calificación que mereciera su comportamiento en clase durante el curso. Quien tiene hecha su carrera con *meritissimus* teme que venga un ignominioso *meritus* a deslucirla, y quien parecía dar las boqueadas con una asignatura que se le atragantaba no pasándole una cuarta más allá del magín, espera con el corazón anhelante y el oído avizor que pronuncien el fallo definitivo que habrá de disipar la nebulosa. El *meritus*—sombra del alumno sobresaliente—es para el discípulo remolón o falto de

entendederas un hermoso cambiante de luz. No hay alumno, por desaplicado, por indiferente que sea, por poco amor que se profese... que no se emocione y tema al escuchar la lectura de estas notas. ¡No oigamos los comentarios que se originan luego!

Concluyó el Secretario, y, previo dos golpes de timbre dados con energía por el Prefecto, que pretendía acallar así el sordo rumor de algunos descontentadizos, subieron los colegiales a la capilla donde había de cantarse un solemne *Te Deum* en acción de gracias por la feliz terminación del curso.

Entre dos diáconos que lucían sus orondas coronillas—recién afeitadas aquella mañana por sotanesco Fígaro—y precedido por dos *latinos* y un *filósofo* que llevaban, éste coruscante incensario, y aquéllos áureos ciriales encendidos, el Rector, vestido con modesta capa pluvial, llegó al presbiterio e incoó atipladamente el *Te Deum laudamus.*

Al final de la capilla y rodeando un armonium más viejo que Matusalén hallábase la *Schola cantorum*, como pomposamente se

denominaba al escaso núcleo de seminaristas que lanzaban gorgoritos más o menos afiligranados. Los colegiales prosiguieron el sublime himno de San Ambrosio y San Agustín, mientras un rayo de sol se introducía fugitivo por las pintadas vidrieras, descomponiéndose sobre los ángeles del retablo en bellísimos colores.

Terminó el himno, salieron por una puertecita que daba al claustro y se dispusieron a marchar. El Rector, despojado ya de su pluvial, se presentó surcando sus labios con agradable sonrisita y ladeando un poquitín su cabeza, a la que cubría un bonete flamante rematado por morada borla. Cerró su mano izquierda, rascósela pausadamente con el índice de la mano compañera y se dispuso a hablar.

El Rector era canónigo; pero no de esos canónigos machuchos y rechonchos que, cortados por el antiguo patrón, han llegado a los sesenta compartiendo sus días entre el chocolate, la siesta y el coro. Este Rector era fino, atildado, pulcro, elegante, cuidadoso en demasía de sus pies y de sus manos. Era un Richelieu en miniatura. En los jardi-

nes de Versalles hubiera hecho muy buen papel cortejando a las gentiles duquesas. Exteriormente poseía todo lo que es necesario para causar agradable impresión: juventud y gracia en el rostro, delicadeza en los modales, aseo y esmero en el hábito y mucha finura y solicitud a flor de boca. Parecía un curita de *biscuit*, de esos que *La Mahonesa* o Carlos Prast ponen encima del almendrado de una tarta. Pero—¿en dónde se hallará la perfección?—a poco de tratar a este Rector tan amable, tan político, tan *chic*, desaparecía por escotillón todo el encanto. Una hora, dos horas, tres a lo sumo, se podía estar con dicho señor y salir de la entrevista subyugado, agradecidísimo; pero un segundo más y ya el artificio venía por tierra, descubriéndose el verdadero fondo: un témpano de hielo. De ser mujer, este Rector se hubiera dedicado al género de *varietés*, que es el género de la frivolidad. Ni caridad ni devoción, las dos llamas que caldean el pecho del verdadero sacerdote: allí no había más que egoísmo, egolatría, cálculo... Era incapaz de conmoverse, de emocionarse, de sentir. Todo superficialidad, facha-

da, apariencia, vista: un estuche a la última moda sin ninguna joya dentro.

No tenía un amigo, porque todos cuantos se le acercaban, a poco de tratarlo, ya sabían aquilatar el valor de sus sonrisitas y de sus finas palabras, único mérito del Rector en cuestión, y merced al cual llegaría—ese era su más ardiente deseo—a empuñar las riendas de algún obispado, siquiera éste fuese Coria o Astorga, las diócesis más humildes de España.

Pero observo que he concedido demasiado espacio a este personaje que, en realidad, no tiene ninguna importancia en la presente historia. Reanudando el relato, diré que el Rector dirigió la palabra a los colegiales, encareciéndoles no olvidasen durante las vacaciones las prácticas piadosas que habían tenido en el Seminario y recomendándoles mucho tino en la nueva vida que iban a emprender. Los estimuló, además, al estudio, advirtiéndoles que el tiempo de vacar es tiempo de descanso y no de pasividad absoluta.

Concluídas las advertencias del Rector, los alumnos salieron a la calle. Y en la calle

respiraron a sus anchas. No sé qué tiene el aire cuando se aspira libremente, sin trabas, sin consignas. Aunque lo crucen pestilentes ráfagas, nos sabe mejor que el aura perfumada de un jardín, si a este jardín vamos por obligación. Así sucedía con los alumnos del Seminario: todos los días bajaban a la huerta—una huerta amplia, con frutos, con flores—y, sin embargo, al sentirse en la calle—calle angosta, surcada por el vaho de mezquinas viviendas y por el pegajoso vapor de un puestecillo existente en la esquina, donde una vieja freía residuos de carne escuálida y apestosa—ellos respiraban aquí con mayor deleite que si estuvieran paseando bajo las frondas del Seminario Conciliar.

Lanzaron una última mirada al edificio que los albergó durante nueve meses, crisol de su paciencia, y se desparramaron en animados grupos, inundados sus rostros con el reflejo de la alegría.

Algunos de los que alzaron sus ojos a la casa donde se forjan los sacerdotes del porvenir, vieron en una de las ventanas superiores, recostado sobre el alféizar, el busto de un joven que los miraba tristemente.

Es el poeta—dijeron.

—¡Pobre!...—exclamó uno.

—¡Bah!...—contestó otro.

Y *el poeta*, ocultando la cara entre sus manos, comenzó a llorar.

CAPÍTULO II

Prosa y verso

¿Cuánto tiempo estuvo así?... Un cogotazo dado por áspera manaza lo sacó de su abatimiento, y al golpe, volvió la cabeza fijando sus ojos en el autor de la caricia. Era éste un muchachote fornido, musculoso. Espaldas anchas; elevado pecho; cuello robusto de líneas firmes; rostro blanco que destilaba salud a chorros y surcado por ligeras pecas rubias; pupilas garzas sombreadas admirablemente por crespas cejas de oro, casi corridas; amplia cabeza, en donde parecía crecer hilillos de mazorca, a juzgar por el subido rojo de los cabellos... Tal era el retrato del apuesto mocetón. Vestía blusa

larga que, bajando más allá de las rodillas, acariciaba la bien provista pierna, encerrada en calzones de pana marrón. Distraído, agitaba un largo plumero, y en su diestra—que dejó un momento libre para largar el cariñoso sopapo—empuñaba unos *zorros*, con los cuales, observando la fuerte mano que los oprimía, no regodearíase mucho tiempo el polvo sobre los muebles y sobre los frisos.

—¿Qué haces, poeta?—preguntó.—¿Estás con las musas?

El poeta, joven pálido, de ojos hundidos y melancólicos, cuya extrema delgadez contrastaba junto al recién llegado como la flexible caña de un bambú al lado de un tronco de haya corpulenta, se arrastró, más que anduvo, sobre la modesta alfombrilla que tapizaba el suelo de aquella sala—gabinete de consultas adonde acudían los seminaristas para condolerse ante el bueno de don Froilán de sus males físicos — y, sin pronunciar una palabra, parapetándose tras lujosa mesa-ministro, sentóse lánguido en cómodo sillón.

—¡Chiflado!—díjole entre jovial y compa-

sivo el de la blusa, pasándole su plumero por el rostro.—Llamen al doctor Esquerdo. ¡Vete a Leganés!

—¡Ojalá!...—replicó con amargura el otro.—Los locos deben de ser las criaturas más felices del mundo.

—Porque tienen cofrades en todas partes, ¿no?

—Porque no se dan cuenta de las cosas.

—Tú tampoco. Vives en las nubes; estás siempre soñando.

—¿Soñando?... ¡Ay, sí! Llevas razón: estoy en brazos de una pesadilla. El sueño tranquilo, reparador, apacible, que despliega los labios en dulce sonrisa y agita con suaves movimientos de péndulo al corazón, no lo disfruto.

—¡Cursi!

—Búrlate, si quieres.

—Y aunque no quieras, yo me tomo el permiso.

—Ya sé, ya sé que mi destino es ser monigote de feria.

El acento conque pronunció estas últimas palabras revelaba pena profunda, y el que lo escuchó, dejando el plumero y los *zorros* en-

cima de la mesa, se le acercó advirtiéndole sonriente:

—¡Poca correa!... Más valiese que en vez de gastar el tiempo en jeremíadas inútiles, te cosieras la manga de esa sotana, que está pidiendo a voces un zurcidor.

—Bueno—contestó aquél, procurando tapar el descosido cruzándose de brazos.—¡Bah!... Ya no se ve.

—¡Pero qué haragán!... ¡Qué descuidado!... ¡Qué... poeta!—exclamaba riendo el amigo, mientras ensayaba unos cuantos *trompis* a manera de boxeador.

—¡Qué alegre estás!

—¿Alegre?... ¡Contentísimo! ¡Mañana me voy al pueblo!... ¡Esto de ser fámulo!... Mira los colegiales: ya han salido, y yo... aquí un día más. ¡Mecachis!... Antes de irme tengo que dejar limpios los tránsitos y la enfermería. ¡Dichosa enfermería! ¡Vaya unos disgustos que me ha dado este año!... ¿Te acuerdas cuando a Ramírez le entró el tifus? ¡Báñelo usté, siéntelo usté, límpielo usté!... Pero mejor sufro yo esto que a los colegiales enfermos de mentirijillas... «¡Ay, Toro, me duele mucho la cabeza! Mañana súbeme

el desayuno.» «¡Toro, que me he constipado! Mañana me quedaré en la cama hasta las nueve... que no te olvides el desayuno.» «¡Toro, que tengo anginas!» «¡Toro, que aquí me ha salido un grano!» «¡Toro...!» ¡Hum!... Algunas veces quisiera volverme toro de verdad y darles un revolcón.

Y el muchacho bamboleó su cabezota como para embestir.

—En fin, chico—continuó—gracias a Dios que esto pronto concluye... no nos queda más que un año; el que viene por este tiempo: *Dominus vobiscum*. Ahora me voy al pueblo; ¡al monte!... ¡Qué veranito!... ¡Hasta allí!... Ya me veo con padre, escopeta al hombro, cazando perdices y conejos... ¡Y que mi padre no yerra ni un tiro!... ¡Pim, pum: perdiz al suelo!... ¡Pam, pim: conejillo patas arriba!... ¿Y mi madre?... ¡Santo Cristo, mi madre!... ¡Contando estará los minutos!... ¡Buenas magras de jamón que voy a comerme!... ¿No te has enterado?... ¡Me guardaron un pernil de la matanza de estas Navidades!... ¡Para mí solo!... ¡Y que no sabe arreglarlo ella!... ¡Tan saladito!... ¡Tan tiernecito!... ¡¡Aaum!!... ¡Qué rico estará!...

¡Cómo me voy a poner!... Porque aquí, donde me ves, he perdido carnes... ¡No te rías, poeta!... ¡Pero qué Roldán éste!...

Y el mozo, ebrio de alegría, saltando, gritando, cogió los *zorros* y empezó a sacudirlos sobre el cuerpo del joven pálido, que le escuchaba atentamente, inundados sus ojos de un acuoso vaporcillo, y contraídos sus labios por una sonrisa indefinible...

—¡Dichoso tú!—murmuró sin esquivar los golpes que Toro le prodigaba —. ¡Dichoso tú, mil veces! ¡Dios te conserve ese padre y esa madre! ¡Ojalá nunca pierdas la rusticidad encantadora, la sana sencillez que fluye de tu corazón, puro como la linfa del arroyo que salpica tu monte! ¡Ay, Aurelio!, niño encerrado en ese cuerpo de bestia brava; toro por tu apellido y corpulencia, y corderillo manso por tu alma inofensiva... ¡Déjame que te envidie! ¡Deja al pobre poeta que por un momento con su imaginación se adentre en ti, haciéndose la ilusión de que es el fámulo enfermero que pronto irá a la montaña, donde lo aguardan con los brazos abiertos sus cariñosos padres, sus tiernos hermanitos... Aquellos hermanitos que,

colgándose a tus rodillas, te dicen en su graciosa cháchara infantil: «Aurelo... Aurelo... uno bechito, uno abrachito...»

—¿Ya? ¿Ya empezamos? ¿Triste? ¿Melancólico?...

—¿Y puedo estar alegre?

—¡Alegre, sí! ¿No sabes que la alegría la recomiendan los Santos Padres? ¿Desconoces que la tristeza conduce a lamentables extravíos? ¿Ignoras que hasta puedes incurrir en pecado mortal?

—¡Los Santos Padres!... ¡Extravíos!... ¡Pecado mortal!...—masculló el poeta bajando su frente.—¡Qué desgraciado soy!—Y lanzó un hondo suspiro.

—Pero, ¿por qué te acongojas? ¿Qué te falta? Has encontrado un hogar, un santo hogar, en donde vislumbras sonriente porvenir. Tienes muchos amigos leales que te quieren y te admiran. Tus versos, tus hermosos versos, nos saben a miel, y los recitamos de memoria, deleitándonos con su ritmo sonoro, con su factura delicada, con sus pensamientos de brillante expresión...

—¡Y qué!—interrumpió con rabia el poeta—. Un hogar que no es mío; unos compa-

ñeros de ayer, que apenas marchen se olvidarán de mí; una admiración superficial que no les sale de adentro, impuesta acaso por las opiniones de algún que otro Superior, cuyas alabanzas no se atreven del todo a combatir... Ya sabes lo que pasa: aquí no hay más que teólogos y filósofos, y el que así no descuelle es considerado como un ente vulgar, de entendimiento obtuso... ¡Viniera Zorrilla y habrían de ponerle peros!... Y lo que digo va también por ti, que eres como todos ellos.

—¿Como todos?

—Sí. Estáis acostumbrados a las serias disquisiciones de cátedra, a esos concertados torneos en que no salís del *atqui* y del *ergo*, comprimiendo el pensamiento en tres escuetas líneas silogísticas, y os asustáis de toda amplificación por reducida que aparezca, de toda imagen por desnuda de floreos que se os presente. Os habéis provisto de unas tijeras largas y con ellas pretendéis cortar los grandes vuelos de la Poesía, sin comprender que la Poesía es águila que se remonta hasta las nubes, siendo imposible encerrarla en la jaula estrecha de vues-

tras preocupaciones filosóficas. Dejad al poeta que cante, mas ¡ay!, no le hagáis reflexionar fría y artificiosamente.

—¡Ah!, pues es preciso. ¿Qué quieres tú, vil coplero? ¿Urdir disparates sin ton ni son? ¿Sembrar tus escritos de errores? ¿Tal vez de monstruosas herejías?

—Al poeta no se le puede exigir el mismo ten con ten del filósofo, querido Aurelio.

—El error hay que combatirlo hállese donde se halle, querido Luis. Y no le valdrá vestirse con ropaje de flores y pedrerías, porque nosotros, óyelo bien, nosotros sin compasión de ningún género, lo presentaremos en su fea desnudez, aunque para ello tengamos que deshojar las rosas y pisotear las esmeraldas.

—¿Pero qué error puedo cometer? Yo soy un pintor, me limito a copiar. ¿Veo un campo? Pues enristro los pinceles, y en las líneas más o menos cinceladas de una estrofa, te presento el tronco añoso de una encina o la roja amapola que descuella en el trigal.

—¡Oh, el pintor!...—prorrumpió festivamente Aurelio.

—Y el músico: pues del blando susurro de la hoja mecida por el viento, o del quejumbroso son del arroyuelo que cruza esponjando flores, yo te transcribo en el verso, utilizando las cadencias del ritmo, aquellas de sus notas más arrobadoras y dulces.

—¿Wagner y Urbino?...

—Toda la naturaleza la llevo aquí—seguía el poeta mientras se palpaba su frente—: Aquí el manso destello de la luna y el brillante rutilar del sol; aquí el soplo de la brisa y el rugir del huracán violento. Y lo mismo que pinto e imito las actitudes y los coloquios de las cosas creadas, reproduzco el pobre corazón humano en sus odios y en sus amores, en sus venturas y en sus quebrantos. Todo te lo presento en esas composiciones métricas, escritas en los sublimes instantes en que parece rozar nuestras frentes las alas de algo superior a nosotros...

—¡Orgullos de artista!...—expresó despectivamente Aurelio.

Luis, sin escucharle, proseguía.

—El poeta es un alma grande que se va descomponiendo sucesivamente al rodar sobre las cosas, tornasolándose con sus diver-

sos matices. Figúrate un campo, un mar, una vasta extensión de mucho cielo, de amplísimos horizontes. Imagínate que tienes un colosal abanico que, desde tu sitio, llega cerrado al último punto de aquel espacio abarcado por tu vista. Abrelo un momento, deja que sus varillas tracen la media rueda, que su vitela rica se deslíe, se desenrolle mostrando los finos dibujos que la esmaltan. ¿Qué pasará? El sol se reflejará en todos y en cada uno de sus clavillos, y entre los intersticios de sus varetas asomarán, rellenándolos, los distintos colores del lugar donde se asiente. Y si es un campo, allí descollarán las margaritas nevadas; aquí, las amapolas sangrientas. Y si es la superficie del mar, contemplarás por aquel punto la resonante onda que se descompone en un rizo de espumas blancas; por éste, la puntiaguda roca salpicada de verdín. Así el alma del poeta: ¡un abanico que la inspiración desdobla abarcando entre sus varillas todas las riquezas de la creación!

—¿Y el poeta no ha de ser más que un colorista adocenado que lleve a todas partes la caja de sus pinceles o un músico

ramplón que cifre todo su éxito en el martilleo tenaz del consonante? ¿Nada tiene qué resolver, qué investigar?... ¡Deja la tierra, hombre, y remóntate al cielo! ¿No dices que la Poesía es águila? ¡Pues vuela más allá de las nubes, y, como las caudales aves, contempla de hito en hito al sol! Busca la Causa de estas causas; el tema, siempre antiguo y siempre nuevo, de las eternas cuestiones.

—No lo busco porque me sale al encuentro. Ya te he dicho que hay momentos en los cuales parece bullir a nuestro alrededor algo invisible que nos comunica energía extraordinaria. Somos nosotros corrientes límpidas que, cantando, desembocamos en el mar de la Belleza. No pensamos, sentimos; no adivinamos, vemos. Vosotros fluctuais y para convenceros os pasais las horas muertas, creyendo que las vivís, en minucias y probaciones microscópicas. Tan pronto adelantáis como retrocedéis.

—Tú lo dices.

—Yo lo digo. Perforando, alambicando, la idea muchas veces, a fuerza de exprimirla, se os va. ¿No has visto en los jardines esos grupos de niños que cazan mariposas? Cuan-

do la han cogido y pretenden asegurarla, ocurre una de dos: o que la mariposa, aprovechando una ligera contracción, se escape dejando únicamente en el hueco de la mano un finísimo polvillo de oro, o que no pudiendo resistir la estrechez de la mano que la oprime, dé unos cuantos aletazos y muera asfixiada en la cárcel de aquellos dedos martirizadores. Así sucede con las hermosas ideas que pretendéis coger: o se os escurren, dejando en vuestro cerebro un débil rastro de luz, o a fuerza de estrujarlas, las llegáis a ahogar. Y es que sois unos niños aunque creais ser hombres: siempre estais *jugando a la verdad*, y en esos recreíllos inocentes os pasais la vida sin que al final digais otra cosa que lo que dijeron vuestros antecesores, aunque con palabras distintas.

—¿Y el poeta?...

—El poeta, no. El poeta aspira la belleza por todas partes. Es una esponja enmedio del mar. Mientras vosotros, a trueque de argumentos, cuyas razones tenéis que aguzar como punta de alfiler, sois comprendidos de unos pocos, a nosotros sólo con alzar la voz y rasguear en las cuerdas de nuestra

lira nos comprende todo el mundo. Y es más fácil convertir al mundo por medio de una canción, que valiéndose de un sólido argumento; porque el pueblo es artista y no filósofo.

—¡Canta!... ¡Canta!...—repetíale con sorna el amigo.

—¡Ya lo creo!... ¡Mil veces bendita la canción!... Nunca ha perdido ella su influencia bienhechora: las piedras, por sí solas, al oir la voz de Amfión, se levantan y amurallan a Tebas. Los árboles siguen a Orfeo, y los ríos, por escucharlo, detienen su curso. Hermosas imágenes, exageraciones poéticas, que demuestran que toda el alma de la Naturaleza se supedita al hombre que la hace sentir y no al que la hace pensar. Y si, atendiendo a la fábula de los antiguos, es capaz lo insensible de conmoverse oyendo la voz de un inspirado, ¿qué sucederá con los hombres, que son los seres dotados de mayor sensibilidad? El canto siempre arrastró a las muchedumbres: comprendiéndolo así, cantaron los Patriarcas, los Profetas y los Reyes bíblicos. Jesús, durante su paso por la tierra, no hizo más que cantar;

dígalo el sermón de las Bienaventuranzas... Y es que Jesús fué el más grande poeta que cruzó por el mundo, porque era el Poeta de los cielos... ¡El Hijo es la Poesía germinada por el soplo de la Belleza inmortal del Padre!...

Aurelio lanzó una estrepitosa carcajada.

—No, no te rías: yo también tengo mis auroras de teólogo. ¡Ojalá todos fuésemos poetas, porque entonces todos creeríamos en Dios! No habría ateos. Ministros seríamos suyos que oficiaríamos ante el sagrado altar.

—Nada, que me tengo que reir.

—Ríete: ya sé lo que piensas: dirás que mido por el mismo rasero a Leopardi y San Juan de la Cruz, a Carducci y Fray Luis de León.

—Acaso.

—Pues que te conste: Leopardi y Carducci, a pesar de su realismo grosero, de sus atrevimientos sacrílegos, alguna vez rendían culto a la espiritualidad, porque llegaba un instante en que se inclinaban ante la Belleza, y la Belleza es Dios. Quizá ellos no lo sospecharan, quizás no se apercibiesen de

su culto, pero... ¡creían! ¡reconocían ese *algo* superior que en los minutos de éxtasis poético rozaba sus frentes! La diferencia estaba en que eran menos poetas, infinítamente menos que el bardo de los *Coloquios místicos* y el vate de la *Ascensión;* más al fin, a su manera, iban tras lo ideal...

—Me gusta oir tus peregrinas incoherencias, y por eso callo.

—¡Ay, amigo mío! Algunas veces, diríase que en la caída de los ángeles no todos fueron precipitados con Luzbel a las simas del Báratro: Dios tuvo misericordia de algunos, y los condenó a vivir, no en el infierno, sino en la tierra, que es otro infierno también. Y estos fueron los poetas: mezcla de hombres, ángeles y demonios. De esta raza provengo yo. A veces siento impulsos de arrastrarme por el suelo enlodando las cuerdas de mi lira con el barro inmundo de mis pasiones, y otras parece que me alzo de la terrenal corteza y, cantando, cantando, me elevo queriendo penetrar en el cielo de donde cayeron mis progenitores... ¡Infeliz de mí si siempre estoy condenado a morar en este valle de lágrimas y de fango; abrazado a las cuerdas

de mi instrumento; suspendido entre la tierra y el polvo luminoso que circunda al sol! ¡Desdichado si no logro alcanzar la bienaventuranza, y cuando muera está mi alma destinada a informar otro ser, como yo poeta, como yo descendiente de los ángeles caídos!... ¡Quién sabe si yo habré sido Homero!...

—¡Calla, loco, calla! no disparates;—gritó Aurelio, tirándole de las orejas.—¿Ves? ¡No sabes lo que dices!.. ¡Imaginación exaltada, fantasía tropical que te consume! .. ¡Mátala! Esa imaginación es tu mayor enemigo: te ofusca, te marea... ¡Qué gran hombre serías si raciocinaras!...

CAPÍTULO III

¡A barrer!

Se sintió confusa algarabía hacia el fondo de los pasillos, y apareció un grupo de bullentes jóvenes todos vestidos con blusas, y todos portando sobre sus hombros a guisa de fusil, escuálido escobón. Eran los fámulos que iban a efectuar la limpieza general del edificio dejado hace un momento por los colegiales.

Al ver a Roldán y a Toro interrogaron unos:

—¿Qué hace ahí el poeta?—y otros:—¿El filósofo, qué hace ahí?

—¿Y vosotros—preguntó Roldán—qué vais a hacer?

—Pues .. ¡barrer! Y me ha salido un verso que nada envidia a los tuyos;—respondió un jovenzuelo que tenía la cara llena de churretes, con un ojo más chico que otro, y nariz chatunga, todo lo cual, a pesar de ir contra la estética, daba a su rostro picaresca gracia.

—¡Gabriel, dinos un colmo!

—Dejadme ahora de colmos.

—¡Anda!

—Pero...

—¡Un colmo! ¡Un colmo!...

—¡Y que sea nuevo!

—¿Pero pensáis que yo tengo alguna fábrica de colmos?... ¡Señores, esto sí que es el *colmo!*...

—¿Ves?... ya van saliendo.

—¡No te hagas de rogar, besugo!

Y los fámulos asediaban al de los churretes que, mordiendo el palo de la escoba, buscaba la manera de complacer a sus amigos. Al fin dijo:—¿A que no sabéis cuál es el colmo de un geómetra?

—¿De un geómetra?

—Sí.

—Pues será...

—Será...

—¡Hacer un círculo con un compás de espera, *cacho* primos!

—¡Y es verdad!

—El de un perfumero.

—¿Perfumero o perfumista?

—¿Que más da?

—Pues...

—Pues...

—¡Jesús qué Indias! ¡Morir en olor de santidad, alcornoques! El de un goloso.

—¿El de un goloso?

—Sí. ¿No lo acertáis? Chupar el Dulcísimo Nombre de María.

Ante esta salida todos se echaron a reir, excepto el filósofo que, severamente, amonestó:—Gabriel, ¿querrás callar?

—¡No!... ¡No!...—gritaron los fámulos.—¡Sigue!... ¡Sigue!...

—Atended: ¿en qué se parece un Profeta a un borracho?

—Gabriel, no digas sandeces;—rogó malhumorado Aurelio, previendo otra salida como la anterior.

—No es nada malo.

—¡Dilo!... ¡Dilo!...—vociferaban los otros.

—¡No, Gabriel!...—volvió a suplicar el enfermero.

—¡Sí!... ¡Sí!...

—¡Déjalo!...

—¿Dices—interrogó uno a quien llamaban «el abuelo» por su cara revejida—que en qué se parece un Profeta a un borracho?

—O un borracho a un Profeta, es igual.

—Chico, no veo la semejanza.

—Porque la vejez te ha quitado la vista. No es cosa del otro jueves. Se parecen en que los dos están alumbrados por un espíritu: el que alumbra al Profeta es *di*vino, y el que alumbra al borracho *de* vino.

Nuevas carcajadas acogieron esta solución de Gabriel.

—¡Tus cosas!—refunfuñó Aurelio.

Al poeta no le desagradaba del todo la escena.

—¡Ahora un cuento!—pidió un chico rubiato, cuya cabeza, por efecto de un aire, se movía de un lado para otro, como diciendo: —¡Mecachis, mecachis! ..

—¡Dejadme ya!—gritó Gabriel bamboleando su escoba.

—¡No!... ¡No!...

—¡Un cuento!... ¡Un cuento!...

—Me tenéis que dar un cigarro.

—Bueno: pero has de contar *el del inglés*.

—No, *el del inglés*, no, que huele muy mal...—objetó el poeta tapándose cómicamente las narices.

—Entonces, vaya,—expuso con retintín Gabriel—para que al niño (señalando a Roldán que se alejó del corro asomándose a la ventana) no se le descomponga el olfato, traed agua de Colonia y que la aspire mientras yo refiero las:

> Hazañas de Mister Pajolín,
> que nació *curda* en Londón,
> vivió borracho en Pekín,
> y murió *tajá* en Chinchón.

El grupo se estrechó rodeando a Gabriel, que ya había empezado el cuento, engurruñendo los labios, sistema muy especial en él para acordarse de sus famosas relaciones.

Pero no pudo continuar luciendo sus habilidades, porque un sacerdote, alto como la Giralda, mas sin las airosidades de la célebre torre no obstante ser andaluz, se presentó de improviso donde estaban los fámulos,

y encarándose con el cuentista, le reprendió ceceando y de mal talante:—Tú siempre el hazme reir. Vamos, vamos a barrer. Lugar tenéis de escuchar las tonterías de ese.

Se deshizo el grupo, y en breve las escobas comenzaron por los tránsitos a levantar polvareda.

El señor que así había interrumpido la reunión amistosa, viendo a Roldán, llegó junto a él, y ofreciéndole un cigarro, preguntóle:—¿Qué hace usted ahí?

—¡Hola, señor Mayordomo! Aquí vine a pasar un mal rato: a ver el desfile de mis compañeros. ¡Y ojalá me hubiera quedado en mi celda, porque el espectáculo!...

—¿Usted no se marcha?

—Sí, sí... ¿A dónde? Aquí me quedo en el Seminario, y muchas gracias.

—¡Pero, hombre! Entre tantos amigos, algunos de ellos de posición, ¿no hay quien le ofrezca un rincón siquiera durante quince días?

Roldán hizo un gesto enigmático.

El Mayordomo, hombre compasivo, lo notó y dijo:—No se apure usted; como me toque ahora la lotería, nos vamos los dos a

mi tierra, a Sierra Nevada. ¡Verá usted qué paisajes! ¡Allí sí que se podrá usted inspirar!

El joven inclinó la cabeza, susurrando:—¡Muchas gracias!

El enfermero, que hacíase el entretenido oyendo la conversación, metió baza:—También yo me lo llevaré por dos o tres semanas; aquellos aires son muy puros... Es que éste, señor Mayordomo, nunca se decide. Por lo visto quiere que se lo pidamos de rodillas.

—No, Toro, no: basta que yo conozca que me lo ofrecen de corazón. Desprecio el formulismo.

—Pues sin formulismo ni tonterías: chico, allí encontrarás pobreza... pero ¿voluntad?... ¡Voluntad tienes a chorros!

—Sí, hombre; sí, hombre; anímese...—insistía el Mayordomo dando chupadas al cigarro—una semanita... un *mesesito*... A usted le conviene reponerse: está usted débil, flacucho... Trabaja usted demasiado... esa imaginación no le deja en paz. Sí, hombre; sí, hombre... Toro es buen muchacho... Nada, nada: Toro, lléveselo usted. (Y el Mayordomo daba cariñosos golpecitos en el hombro

del enfermero.) Y no se apure, Roldán; no se aflija, paisano... Aprenda usted de Gabriel: chico más desahogado, más despreocupado que ese no lo conozco. Así se hunda el cielo no se inmuta. El ni tiene padre, ni madre, ni perrito que le ladre... Más pobre que una rata, y, sin embargo, ahí lo ve usted: con sus chistes, con sus cuentos, con... El porvenir no le arredra. Sí, hombre; sí, hombre...

Y el Mayordomo continuaba dando chupadas al cigarro, cuya humareda, levemente azul, escapábase por la ventana en caprichosas espirales, que el poeta seguía con ojos melancólicos.

CAPÍTULO IV

Luis Roldán

¿Quién era Roldán, Luis Roldán, *el poeta*, como le llamaban en el Seminario? Muy poco se sabía de su historia, y ese poco él lo había contado; lo había contado en verso, lo cual, añadido a su procedencia andaluza, motivó que fuese puesto en cuarentena por muchos.

Pobre, humildico, llegó al Seminario una tarde lluviosa de Octubre demandando proteccion. Quería ingresar de fámulo. Nada tiene de extraño que alguno de mis lectores desconozca qué es esto de *fámulo*. Yo, antes de mis andanzas por el mundo de la sotana, lo ignoraba también. El famulato consiste en

una serie de plazas creadas en los Seminarios para aquellos jóvenes que, faltos de recursos y sintiéndose con vocación eclesiástica, desean emprender los estudios sacerdotales. Con el trabajo manual suplen los emolumentos que debieran retribuir por su intelectual educación. Los fámulos, pues, son lo que un criado de casa particular, claro que realzados por su dignidad de estudiantes, cuyas prerrogativas son de todo en todo idénticas a los seminaristas que se costean sus estudios. Preclarísimos varones, más de un cardenal, más de un obispo de los que en la actualidad rigen las diócesis españolas, salieron de esa honrada clase que tan alto pregona el caritativo y sabio espíritu de la Iglesia.

A mí me da mucha lástima de los fámulos: para los fámulos no hay tiempo de recreación. Mientras los demás seminaristas pasean por la huerta, ellos barren los claustros, arreglan las mesas del refectorio o pasan los plumeros por los rincones de la casa cuidando de espantar el polvo. Y después del trabajo corporal que derrenga los miembros, tienen que zamparse en las horas de estudio la lección del día siguiente: un artícu-

lo de Santo Tomás, una traducción del texto hebráico del Génesis, alguna enrevesada tesis filosófica... Y ¡ay del fámulo si saca mala nota al final del curso!: perderá la plaza, y con ella las esperanzas de crearse un lisongero porvenir.

En solicitud de una de estas plazas, llegó como iba diciendo, Luis Roldán. Encogido, apocado, expuso al Rector sus pretensiones. El Rector, merced a una carta que el muchacho traía de un cura de viso, prometió hacer cuanto fuese posible por complacerle. No obstante la timidez del joven, advertíase en él cierto aire mundano que lo diferenciaba de otros solicitantes, hijos en su mayoría de humildes familias de ignorados pueblos. No quiere esto decir que el joven en cuestión delatase en su persona refinamientos aristocráticos; pero sí que debía proceder de familia acomodada, venida a menos por vicisitudes de la suerte; de esa honrada clase media—la más sufrida de todas las clases—que no aviniéndose a ser pobre, lucha por conservar una postura de *tenguerengue*, y que no teniendo desparpajo para pedir, se muere de hambre en los rincones de sus obs-

curas viviendas, exhalando ellos ahogados suspiros por el cuello *foqui* de almidonada camisa, y ocultando ellas sus lágrimas entre las rotas blondas de desteñido velo.

Entró Luis Roldán en el Seminario, y entró nada más que con lo puesto: un trajecillo de verano, que a fuerza de estirones quería suplir la antigua gallardía; un cuello de brillo, de altura descomunal, comprado así con objeto sin duda de taparse aquella nuez abultada que bajaba y subía por su escuálido pescuezo a modo de ascensor; y un sombrero hongo, donde la lluvia y el polvo de los caminos habían impreso huellas lamentables. Su capital consistía en dos miserables pesetas mal contadas, porque de ellas había que desquitar diez céntimos de cigarros, cinco de fósforos, y otros cinco de papel comercial, donde ya antes de entrar había escrito el presunto fámulo, con lapiz de dudosa punta, alguna que otra redondilla.

Como gallina en corral ajeno, andaba medroso, falto de oriente en el Seminario nuestro héroe, sin escuchar más que los *buenos días* o las *buenas tardes*, proferidas con esa inmutabilidad característica de la

persona que no nos conoce. Estaba plenamente convencido de que no podía durar allí mucho tiempo, y por eso importábale muy poco captarse o no la simpatía de sus camaradas. No permanecería así más arriba de un mes: era imposible que atendiese a los gastos que le originaba aquella nueva vida. El creíase que correrían por cuenta del Seminario el lavado y planchado de ropas, el traje, los libros y demás indispensables menesteres. Se equivocó: el Seminario dabale por su trabajo profesores, matrículas, mesa y lecho. Esto, para quien tuviera una familia que lo atendiese, muy bien; mas para él, que se encontraba solo, resultaba un problema de difícil solución. ¿Cómo iba a pagar sin ningún ingreso, con aquellas dos únicas pesetas, la mensualidad de la lavandera, el calzado, el vestido, los libros de texto, y hasta la tinta y el papel?

—Es imposible—pensaba—que continúe aquí. No conozco a nadie, nadie me favorecerá. Hay que buscar una colocación. ¡La carrera de cura! .. ¡De aquí a que yo cante misa!... ¡Dios mío!... Tengo veintiún años, la carrera son doce, y aunque me han perdona-

do seis por el grado de bachiller, los otros seis. . ¡los otros seis no puedo pasarlos con estas dos pesetas! Debo salir. Es imposible: lo que pretendo no se realizará. Verdaderamente, estoy loco. Una aventura que saldrá cara. Pero, ¡Dios mío!, ¿por qué me trajiste aquí?... ¡Ay, Dios mío!...

Y el joven, cuando se retiraba a su camareta,—recinto estrecho en donde sólo cabían el catre y una silla—así que se acostaba para hallar descanso al combatir continuo, apretaba sus ojos, temeroso de que ellos pudiesen ver el porvenir que su imaginación exaltada presentábale lleno de obscuros colores, y, ya acostado, hundía su cabeza en la almohada, y excitado por el fantasma de su brumoso vivir, ahondaba en ella cada vez más su ardorosa frente, empujándola, introduciéndola sin apercibirse entre los hierros del cabecero hasta casi tocar la pared, como si por el muro hubiese algún resquicio que lo condujera a otros espacios más risueños, alejándolo de aquella tenebrosa realidad que torturaba amargamente su corazón.

Dormíase al fin, implorando siempre:—¡Dios mío, que no amanezca mañana!

¡Mañana! Fatídico suena este vocablo cuando sabemos que *mañana* seremos tan infortunados como *hoy*, y tan desdichados como *ayer*. Ya lo dijo el bardo sevillano que, no obstante ser de Sevilla—la ciudad clásica del alegre vivir—llevaba metida hasta el tuétano la tristeza:

Hoy como ayer, mañana como hoy
y siempre igual:
un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar... ¡andar!

¡Pobre Luis! ¿Qué le aguardaba al día siguiente? Acostumbrado a que le sirvieran, tenía que servir a los demás. El Superior de fámulos lo amonestaba duramente por su falta de tino en la limpieza. ¡Qué Luis! ¡Qué nulidad para el trabajo! Caíase de sus manos la grosera escoba: desmayada, lenta, arrastrábase por los pasillos dejando atrás la basura, que otro fámulo, casi siempre el más chiquitín y el más travieso, recogía llamando mientras a Luis hombre tonto que no sabía dar un escobazo. Y Luis, oyéndolo, tenía que callar. Cuando servía en el refectorio, *sus mesas* eran las últimas, y ¡había que

oir la algazara de los colegiales!—¡Oye, tú, no me has traído la sopa!... ¿Estás chiflado?... — ¡Eh, tú, que me falta la carne!... —¡Eh, recoge mejor esa fuente, que me has echado el caldo por encima!—¡Agua, que no tengo agua!—¡Vino (cuando lo había) que no tengo vino!—¡Se lo voy a decir al Superior!... ¡Que te releven!... ¡Eres una calamidad!...

Paréntesis de calma relativa era para Luis la semana que le tocaba entrar de pinche en la cocina. Allí estaba alejado del resto de la comunidad, y no tenía sobre sí más autoridad que la del cocinero. ¿Quién hubiese reconocido en Luis, bajo aquella blusa remendada y aquel sucio mandil de fogón, al joven elegante que en populosa ciudad andaluza asistía acicaladamente vestido a las *noches de moda* en el teatro, a las corridas de feria y a las *soirées* de buen tono? Aquellas manos, ajadas y callosas, que fregoteaban platos en la hirviente legía, ¿eran las manos que calzaron guantes y ondularon con gracia en los paseos una flexible caña de bambú? El rostro del Luis de antaño, con blancor de leche y rubio bigote de retorcidas

puntas, ¿era aquél, sudante y flaco, ennegrecido por el carbón?... ¡Pobre Roldán! Y a la noche tenía que aprenderse la *Filosofía* de Zigliara, escrita en latín, idioma del que sólo poseía las escasas nociones que se dan en el *Grado*. Entre bostezo y bostezo, lograba a fuerza de paciencia traducir algunos puntos; y viendo que érale imposible llegar al final del capítulo, y que pronto tocarían al Rosario concluyéndose la hora de estudios, ¿qué hacía?, leía sin comprender los párrafos, y después, merced a su memoria felicísima, aprendíaselos de corrido, sin barruntar ni por un asomo el meollo de la tesis. Pero el esfuerzo muchas veces resultaba inútil. Al día siguiente, si el profesor le interrumpía con un *quare?* ya el muchacho no daba pie con bola, y marchaban al traste los hereúleos arrestos de la víspera.

Desesperábase Luis: no vislumbraba nada que hiciera menos aflictiva su situación. Por ambas partes cerrazón completa: un cero a la izquierda en todo: en lo intelectual y en lo manual. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría en su cerebro? ¿Cómo se mostraba tan rehacio a la ciencia? ¿Qué sombras lo obscurecían?

¿Por qué no se hacía la luz?... Cierto que nunca fué una lumbrera para los estudios serios; mas siempre sacó notas muy lucidas, y su nombre, si no fulguró con los destellos de un talento vivaz, tampoco se incluyó en la lista de los aprobados por misericordia.—«Ya sé, ya sé.—decíase cuando reflexinaba sobre este punto—es que yo no valgo para esto; es que esto no se ha hecho para mí; es que...» Y de pronto, tocado de súbita idea, sacaba de su blusa un papel mugriento, afilaba con los dientes un lápiz, y, recostado sobre la mesa de la cocina, así que no era visto por nadie, entre torres de platos y fuentes que aun mostraban despanzurrados garbanzos, escribía, escribía con rapidez de meteoro, febril, desordenado, descompuesto, diciendo al final, mientras llevado de su ardor araba sin darse cuenta con la punta del lápiz su espaciosa frente de la que parecía irradiar un destello luminoso:—«¡Sí!... ¡Aún soy algo!... ¡He de ser algo!...» — Y sus ojos se agrandaban y contraíase su boca, y agitábanse todos los miembros de su cuerpo a impulsos de instantánea felicidad.

CAPITULO V

¡Poeta!

¿Cómo fué? Unos versos recitados por Roldán en cierta velada familiar que celebraron los seminaristas el día de la Purísima Concepción, hicieron que al golpe de entusiastas aplausos se abriese un ligero resquicio por los opacos tules de su alma, a la manera conque un suave soplo de viento entreabre en día de neblina densa el seno de una nube para dar paso a las caricias del sol.

Y es que el arte sojuzgará siempre a las muchedumbres. Hablaban aquellos versos de flóres, de pájaros y de luces, y parecían traer en sus bullentes estrofas, gratos eflu-

vios de primavera, que orearon por un momento las frentes de los jóvenes estudiantes, abatidas por el peso de graves cuestiones filosóficas, doctrinales puntos dogmáticos y rígidos preceptos de moral.

Se empezó a preguntar por el muchacho: —¿Quién era aquél, que *parecía* tonto? ¿Eran *suyos* los versos? ¿Los *inventó?* ¿No los copió?...—La fama del poeta aun no salió del reducido círculo de sus compañeros. Ni el Rector ni los profesores tenían la más leve noticia, y el fámulo, amigo de las Musas, prosiguió desempeñando las funciones inherentes a su oficio, compartiendo obscuro sus horas entre la péñola y el escobón. Pronto aquellos aplausos modestos habrían de convertirse en ovación atronadora que traería *post se* el alivio de que tanto necesitaba Luis.

El día de Santo Tomás, patrón de los Seminarios, se celebró una gran velada. Ilustres personalidades honrábanla con su presencia, descollando entre todos el Sr. Obispo de la diócesis, que bajo dosel de galoneada púrpura ocupaba amplio sitial. Previo los discursos de entrada, dísticos latinos y salutaciones en griego al Angélico Doctor,

a más de las airosas notas arrancadas al piano por distinguido concertista, subió a la tribuna el joven de nuestro cuento, (que dicho sea entre paréntesis no es tal cuento sino historia verdadera) y empezó a recitar, primero cohibido, desembarazado después, tierno o brioso según las circunstancias, un delicado poema que desde el primer instante llamó la atención del selecto auditorio.

Era el poema una triste relación de su vida: escrito en ese gracioso al par que sentimental y variado canto que en nuestra métrica toma el nombre de *silva*, sin duda por la semejanza que tiene la arbitraria mezcla de heptasílabos tiernos y endecasílabos pomposos a esos bosques donde crecen tímidos grupos de violetas junto al tronco de seculares árboles, el muchacho pasaba alternativamente desde el tono sencillo de la narración, al majestuoso de la invocación a los númenes, y desde la frase feliz, tierna y dulce que le inspirara algún plácido recuerdo de su niñez, al lacrimoso de la elegía brotado por el sentimiento de ver muerto para siempre su antes floreciente hogar.

El recitador *vivía* los versos, y decíalos

con admirable soltura mostrándose, ora tranquilo, ora trágico; ya resignado, o ya impaciente por abandonar la tierra que sólo producía para él cardos y espinas. Los *bravos* y *bien, bien*, interrumpíanle con frecuencia, y al final, un aplauso cerrado, macizo, resonó en la sala, viéndose el llanto asomar a muchos ojos, y sintiendo algunos de los oyentes corretear el escalofrío de lo sublime a través de su organismo.

No había duda: Luis Roldán era un poeta. Aquella misma noche el señor Obispo lo llamó, y después de felicitarlo calurosamente, le concedió una *beca* para todo el tiempo que hubiese de permanecer en el Seminario estudiando la carrera del sacerdocio. Luis Roldán dejó de ser fámulo, y cuando se retiró a su camarilla en la que por última vez habría de dormir, pues a la mañana siguiente sería trasladado a una celda del piso superior donde vivían los colegiales de pago, ya no cerró sus ojos espantado del porvenir, ni hundió su cabeza en la almohada llevándola junto a la pared como si por ella quisiera escapar de las penalidades del presente, sino que se durmió creyendo escuchar

aun los frenéticos aplausos que en la velada prodigara un público conmovido a su numen, y pareciéndole ver con sus adormilados ojos, que el rozagante coro de las Musas venía a hacerle fiestas, portando cada una en rica copa de alabastro el bálsamo dulce que habría de cicatrizar sus penetrantes heridas.

Los célebres versos de Luis se publicaron en importantes periódicos, y su fama extendiendose por la ciudad, llegó extraordinariamente exagerada a obscuras capitales de provincia, donde muchos creyeron vislumbrar en el vate seminarista, ya el acento impregnado en la Sagrada Escritura de Herrera el divino, o el tono horaciano de un Fray Luis de León. ¡Que el entusiasmo es chispa eléctrica que prende en los corazones comunicándose de uno en otro con extraordinaria celeridad, sin reparar mientes en que tanto el elogio prematuro como la acerba crítica de un genio en agraz, son contraproducentes, dando al traste la mayoría de las veces con las ilusiones y esperanzas que el genio en embrión nos hiciera concebir!

Luis Roldán fué durante algún tiempo, dentro del estrecho círculo en que sus apti-

tudes podían manifestarse, un hombre de moda. Porque la condición del individuo es tan flaca, que hasta en los Seminarios no deja de rendirse culto a esa diosa de la veleidad. Se lo disputaban sus compañeros, halagábanlo sus superiores, y algún que otro señor de aristocrático abolengo ya entrado en años que le había oído recitar, iba exprofeso a hacerle una visita, deslizando al marcharse en sus manos algún billete de cinco duros, mientras acariciándole la barbilla decíale con meliflua voz:—¡Hijo míol...

Llovían los regalos: quién le enviaba una sotana flamante, quién un sombrero de pelo lustroso, quién sábanas y colchas, quién elásticas y géneros de punto... Y libros con dedicatorias, y tarjetas postales, y epístolas de felicitación, y... Luis Roldán no tenía boca con qué alabar a la Divina Providencia. Entró allí como una rata, casi de escondecucas, y, de pronto, veíase halagado, festejado, mecido en el columpio de la Fama... columpio al que muchas veces, guiada de su entusiasmo, da sacudida tan fuerte la diosa Celebridad, que el cordel se parte viniendo el celebrado al suelo.

Algo de esto ocurrió con nuestro Luis. Nada hay tan deplorable como sacar las cosas de quicio. Por lo visto no sé lo que llegaron a figurarse del joven rimador: adivinaban en él un fenómeno, un asombro, una enciclopedia del saber humano. Quizás tenía la profundidad de un San Agustín, la clarividencia de un Santo Tomás, la ciencia de un Newton, y, por contera, le adjudicaban un numen poético, gemelo, ya que no superior, al que inspirara a Dante sus sublimes concepciones. Sacerdote hubo que en el paroxismo de su entusiasmo exclamó:—«¡He ahí acaso una de las futuras columnas de la Iglesia!»...

CAPITULO VI

Alfilerazos

¡Pobre Roldán! Lo vieron apasionados con anteojos de larga vista, y luego, al quitárselos, al enfriarse el calor de las primeras impresiones y convencerse de que su estatura era casi igual a la de todos ellos—un hombre más—le empezaron a volver las espaldas, avergonzados de que una figurilla de tan escaso relieve les hubiera enajenado de tal modo los sentidos.

¡Pobre Roldán! Por unos versos brotados en momentos de inspiración santa, querían que ya hubiese revuelto el sol con la luna. Como si los versos dieran patente de sabio, y por saber hacer estrofas de delicada factu-

ra hubiera derecho a exigir al poeta un cúmulo de conocimientos, a los cuales no pretende ni ansía llegar. Cada astro gira en la órbita que Dios le trazó, e insensatez mayúscula fuera negar al planeta Venus la dulcedumbre de su luz suave, solo porque no puede trasponer la radiante atmósfera del gran disco solar.

—No sirve, no vale, es un cerebro huero —; pregonaban cuantos tenían conocimiento de los apuros de Luis en clase.—No discurre, no entiende, no ve las cuestiones. —Y añadían con gesto despectivo:—¡Sólo sabe hacer poesía!...

¡Infelices! Ignoraban que al decir:—«sólo sabe hacer poesía,» —creyendo empequeñecerlo, realizaban su mayor elogio. ¡Hacer poesía! Pues qué: ¿hace poesía todo el mundo? La poesía, ¿está al alcance de cualquiera? ¿Acaso entre ellos había muchos que la hiciesen? Surgirían filósofos y teólogos, notabilidades en el pensar y el discurrir, pero, ¿cuántos poetas? ¡Uno, uno sólo entre ciento y pico de alumnos!

¿Es que la poesía ha de reputarse oficio bajo, impropio de la seriedad que debe os-

tentar el sacerdote, y por eso desdeñaban su cultivo? No: reina se la llama de las Bellas Artes; en la Mitología es el lenguaje predilecto de los dioses, la hija celeste del Empíreo. Casta y pudorosa se presenta: el *stylo* en una mano, la tabla de cera en la otra, el cabello dividido y ondulado, y su cuerpo gracioso envuelto por larga túnica que aprisiona un dorado ceñidor. Las musas la guardan, y sus recreos son los más sencillos: el agua clara de una fuente en cuyo seno ríe la luna; la irisada mariposilla que chupa el néctar de las flores; el fleco luminoso de una estrella; el encaje desgarrado de las brumas; la amante yedra de los viejos muros... todo eso la divierte y le hace prorrumpir en admiraciones de ingenua sublimidad.

Platón llamaba poetas a los filósofos y teólogos antiguos, y el estudio de la poesía fué desde los primeros tiempos uno de los principales ramos de educación. Cierto que en Roma, la poesía, debido a que allí sus primitivos cultivadores fueron esclavos, no tuvo en un principio muchas consideraciones; pero transcurrido aquel corto período de incultura, los poetas recibieron de los ro-

manos el prestigio y distinciones que merecían. Y así vemos a Ennio junto al grande Escipión, a Terencio con Lelio, a Accio con Bruto. Y Cicerón hace mérito de muchos célebres capitanes que se valieron de los poetas, ya para que escribiesen sus biografías históricas, ya para que sus versos adornasen los templos y monumentos sagrados que dedicaban a sus dioses. Nada digamos cuando el Cristianismo regeneró la tierra: la Poesía, plenamente convencida del ideal, entonó cantos de inmarcesible belleza, y los austeros cenobitas pulsaron las cuerdas de la lira mística, haciendo subir por escalas de indefinible dulzura sus almas sedientas del divino amor.

No, no es la Poesía oficio que desdore; más de una reina poderosa descendió de su augusto trono y subió al solio de un poeta para ceñir a su frente la verde hoja del emblemático laurel.

No, no podían alegar esto los seminaristas. Sacerdotes ha habido y los hay, no diré adoradores, porque el verbo adorar sólo debemos utilizarlo en nuestros afectos para con Dios y ni aun a la Virgen, con ser Madre del

Encarnado Verbo, nos es lícito rendir este homenaje sumo; pero sí amadores fervientes del espíritu poético, que consagraron a él los mejores ratos de su vida. Calderón en la clásica edad de nuestra literatura de oro, y Verdaguer en la última centuria, son ejemplos vivísimos de la predilección que siempre ha tenido por las musas la ilustre clase sacerdotal.

No; los seminaristas de nuestra historia, pese a sus claros entendimientos para discernir las más arduas cuestiones filosóficas; pese a sus grandes conocimientos de Horacio, Virgilio, Ovidio y otros poetas de la latinidad, no tenían más remedio que humillarse y confesar su impotencia para las nobles lides literarias.

Podían motejar a Roldán porque solo supiese hacer versos; pero entre ser un filósofo del montón o un artista de relieve; entre repetir lo que todos han dicho sin aportar nada nuevo, o crear emocionantes escenas que en el día de mañana lean tal vez con delectación nuestros descendientes, prefiero lo segundo. Y llámeme chiflado quien le plazca, que el calificativo me enaltece.

Una sorda animosidad pareció bullir en torno del joven poeta. Algunos que se creían —y en realidad quizás lo fuesen—superiores a él, no podían mirar con buenos ojos que se elevase sobre el pedestal un bobalicón, entrado, como quien dice, por la puerta falsa del edificio. Y para hacerlo caer recurrían a todos los medios.

Y no eran solo los compañeros sus enemigos. Algún que otro superior, valido de su autoridad, gustaba de mortificarlo, de molestarlo, de zaherirlo... Por ejemplo, *Don Pedro el Cruel.* Pero esta mala personilla merece capítulo aparte.

CAPITULO VII

Don Pedro el Cruel

Este señor era un Prefecto de disciplina, como si dijéramos, un cabo de vara. Se llamaba Pedro Martínez. pero los colegiales le habían puesto *Don Pedro el Cruel.—Cruel* a secas, nada de *Justiciero.*

Todos le odiaban, aun los mismos que a fuerza de oficiosidades serviles iban lamiendo su hábito talar.

Hijo de carlistas, heredó, no el culto al honor que es privativo de muchos caballeros de la Causa, sino la intransigencia, propia de espíritus fanáticos y mediocres.

Nacido en la montaña de Aragón, tampo co se distinguía por la simpática franqueza de

los hijos de este pueblo, sino por una tozuda inclinación que le llevaba siempre a poner en la senda del triunfo sus torcidos manejos.

Toda su vida, antes de abandonar la recóndita aldea, se deslizó escuchando los trenos de su padre, que, viejo, inculto, y carlista, por añadidura, no tenía más remedio que abominar de los tiempos presentes; y las filípicas de su maestro, un dómine anticuado, averiado latinista, amigo del rancio procedimiento de inculcar a sus discípulos—entre ellos se encontraba Periquín—el *qui quae quod,* mediante el clásico palmetazo.

Aunque torpe y rústico, dos excelentes cualidades tenía el futuro Prefecto para medrar en su carrera: un espíritu servil y una gran marrullería.

Comenzó a estudiar con muchos apuros, levantándose al rayar el alba y emprendiendo por tortuosa carretera larga caminata a la vieja ciudad episcopal, distante de su pueblecillo cinco o seis kilómetros.

Enflaqueció el chico: las andanzas, los estudios, la mala alimentación... Aquello no podía seguir. Por fortuna, las quintas, (era ya

talludo el mozo cuando empezó a deletrear el *Raimundo Miguel)* lo arrancaron de su aldea y lo llevaron a Madrid.

Periquín Cruelín, (aun no había ascendido a la categoría del rotundo *Cruel)* fué destinado a un regimiento de caballería, en la corte. Aquí tenía un lejano pariente militar y también, aunque lo ocultaba, carlistón, y éste, sabiendo las aficiones del sobrino en tercero o cuarto grado, le consiguió un rebaje para que pudiese asistir a las clases del Seminario.

En Madrid se despabiló el mozo: hubo *cosas*... y a punto estuvo de que la pretendida vocación eclesiástica volara *per soecula soeculorum*. Pero atendiendo el pobrecito a lo muy adelantado que ya se hallaba en sus estudios, y considerando por otra parte que fuera de la Iglesia no le quedaba otro recurso que seguir siendo lacayo del ejército, dió al olvido devaneos, después de todo excusables, y prosiguió con más ardor el socorrido aprendizaje del sacerdocio.

Sin embargo, la *víctima*—una mujer fácil que representó admirablemente el papel de difícil—no lo dejó, y constantemente lo ame-

nazaba con dar un escándalo. Y no es que estuviese enamoricada. Burdo, áspero, de dura e inexpresiva facción de roca, de mirar receloso y sombrío, de gruesos labios cafreriles que, avanzando siempre como para silbar, impedían la emisión libre del bucal sonido... Periquín, a la verdad, no podía inspirar grandes y elevadas pasiones. A lo sumo, y eso cuando su recio corpanchón se vistiera con el uniforme de soldado,—bajo ideal de las fregatrices—un pronunciado sentimiento de animalidad, de carnalidad grosera; pero sin finas voluptuosidades ni lánguidos desmayos. Este fué el único móvil de aquella pensionista, viuda prematura de un capitán.

Vió a Periquín montado en lucio caballo, y la postura del muchachón se le quedó grabada. Era ella una plebeyanca de tomo y lomo; de gustos ordinarios y bazofios; mucho de fea y muy poco de joven; siempre en celo y raras veces en la codiciada actitud... Mezcla de aldeana, señora y meretriz. Ladina, remilgada y caprichosa.

Se obsesionó por Perico, lo buscó, lo asedió... y Perico, poco ducho todavía en estas lides, creyó que le hacía el amor alguna du-

quesa, y que el indeciso horizonte de su vivir futuro — negro, pardo, gris...— fijaba sus hasta entonces indefinidos matices, abrillantándose poco a poco con el tan suspirado barníz color de rosa...

Ella no habló nada de su viudez; la viudez quita muchas ilusiones... ¡era solterita aún! Fingió un desmayo y Perico lo creyó. Desde entonces el seductor sería él; ella la paloma inocente... Por eso, cuando Perico cumplió en el ejército, y pensando en las consecuencias de aquel lance — vulgarísimo como veis—le declaró sus intenciones e hizo varios tanteos para una definitiva separación, la *niña* se volvió a desmayar y, como en los dramones antiguos, «¡ladrón!, — gritó — ¿qué has hecho de mi honra?... ¡tú me pertenece!... ¡eres mío!...» E insaciable, temiendo perder para siempre aquel consistente mozo de sus caprichos, único que la resistió, que la sobrellevó, mordisqueábalo con furia, como perro rabioso que quiere retener entre sus dientes un pedazo de carne que alguien le quita...

Asustado el mozo, temiendo que le negaran las *órdenes* si algo llegaba a descubrirse,

huyó, abocadas éstas, a su aldea natal, y como no había pedido aun las dimisorias, se ordenó a la chita callando en su diócesis.

Cantó misa y se salvó la situación. Ya estaba asegurado el porvenir. ¿Pero iba él, ambiciosillo, a permanecer siempre, por culpa de aquella hija de perdición, recluído en su mísera diócesis, pudiendo estar en Madrid, donde, merced a la influencia clerical de su tío el mílite, alcanzaría algún puestecillo?... Nada, nada, ¡a Madrid! ¿Quién se acordaba ya de *aquello*?... Y a Madrid volvió.

Sus esperanzas se realizaron: el militar logró para su sobrinín, que ya se había pulimentado un poco, la tenencia de una parroquia. Por el pronto, no podía aguardar Periquillo otro empleo mejor; allí no había ningún peligro: la parroquia se hallaba fuera del cogollo de la población, y no era fácil que la fingida virgen lo sorprendiese. Sí, sí: eso creía él. Pero he aquí que el día menos pensado, en una *cruz alzada*, cuando revestido de blanca sobrepelliz iba entonando un cavernoso *gori-gori*, la abandonada lo divisó... Y al día siguiente se reanudó el conflicto. En la misma iglesia de la parroquia, apenas

se sentó nuestro presbítero en el santo tribunal, vió llegar, flechada hacia él, una sombra... ¡era *ella!—Maledictus qui venit in nomine diaboli!—Don Pedro el Cruel* creyó morir. Ahora menos que nunca lo dejaría la *prójima:* feúcha, sin un céntimo, y casi doblándole la edad, *Maricuela*—¡ay! así la llamaba él en sus expansiones de soldado de caballería—no desaprovecharía aquella ocasión de vivir a su costa.

Y así fué: tuvo miedo Perico, y le asignó una pensión. Pero es el caso que aquella hembra, traviesa y descocada, no guardaba las apariencias de mujer decente, y sus alardes de protegida del coadjutor maldita la gracia que hicieron al párroco, que más de una vez llamó la atención del súbdito. Este, como vulgarmente se dice, tenía su alma en su almario, y jeringándole ya tanta filípica, un día se rebeló contra las admoniciones, y en plena sacristía dió un espectáculo... ¡La *débâcle!* Pedro tuvo que salir de allí. ¡Oh, cómo lamentaba él aquel pecaminoso cuarto de hora de su primera juventud! ¡Pícara mujer!... Por su culpa así. ¿Qué iba a hacer ahora solo, aislado, en entredicho?...

Por fortuna, en el Seminario había vacante una plaza de Prefecto y esta fué la salvadora tabla de su naufragio. Un amigo suyo, Prefecto también, enterado de su precaria situación, anduvo los pasos y he aquí ya a nuestro *Don Pedro el Cruel* establecido en el Seminario Conciliar.

Pronto, con su mirada de carnero degollado, se hizo cargo de todo aquello: un Rector, muy pagado de la apariencia, que gustaba mucho de las oficiosidades hipócritas; un primer Prefecto, débil y bondadoso; y un rebaño de jóvenes, pobres en su mayoría, que por deber sus estudios a la manda o a la beca, a la piedad, a la limosna... se hallaban dispuestos a tascar el freno sin formular la menor protesta.

Por lo pronto, como *vermouth* de sus actos posteriores, no sé qué inventó Perico contra su amigo Ezequiel, el otro Prefecto. Lo cierto es que a Ezequiel, con mucha finura, lo despidió el Rector. ¡Este era el pago que daba Periquillo a quien le favoreció en momentos degradantes y angustiosos! Pero, ¡bah!, ¿qué le importaba a Pedro incurrir en pecado de ingratitud cuando ya había incu-

rrido en otros mucho peores? Su divisa, desde que entró en el Seminario, fué ésta:—«Piensa mal y acertarás»;—al revés de la de San Nicolás Factor:—«Piensa bien, aunque no aciertes».—Mas él no pretendía seguir la carrera de Santo... No sé qué olió, qué husmeó, qué rastreó...: minucias, futesas, nimiedades, pero que aumentadas, elevadas al cubo por él, fueron un escaloncito para subir...

Y subió: primer Prefecto, una Cátedra y... ¡quién sabe!... ganando la voluntad del Rector, que exteriormente llevaba trazas de ser archipámpano, quizá se viera hecho en un santiamén canónigo, sin otra ocupación que cantar a lo moscardón maitines y vísperas en el coro de alguna vieja Catedral.

Por ahora ya era dueño del cotarro: él, que siempre había tenido que morder las riendas de una superioridad humillante, primero la del viejo dómine de su aldea y, después, en el ejército, la del caballo, al que había de tener constantemente pulido y orondo, ahora por arte de birlibirloque, por antojo de la diosa *Chiripa*, se veía hecho jefe de un puñado de hombres sin voluntad... *Ave, Caesar!*

CAPÍTULO VIII

El placer de la soberbia

Para captarse el beneplácito de este cabecilla no había más remedio que inventar chismes, contárselos, y de paso alabar su credo político. ¡Ay quién hablara mal de Don Carlos y sus secuaces!...—*Quicumque male dixerit de rege Carolo aut de ejusdem sectariis, anathema sit.*

Menos lo de ser *cotillas*—así se dice en el *argot* porteril—y partidarios de las ideas rancias, todos los defectos, absolutamente todos, tendríamos mi amigo Luis y yo.

No: antes de disfrazar con el sugestivo nombre de escrúpulo de conciencia un deseo fortísimo de contar, abultado con nuestra

malicia, lo que se sospecha o se ve; antes de congraciarnos el afecto de los superiores practicando el espionaje hipócrita y la cobarde delación, preferíamos el entredicho, el recelo, la antipatía de nuestros vigilantes asiduos.

Odiábamos aquellas camarillas que todas las noches se formaban en el cuarto del Prefecto, donde entre sorbos de un Chinchón fuerte y el humo de los cigarrillos se pasaba revista a la comunidad, ofreciendo inocentes víctimas en el altar de la murmuración.

Y jóvenes los dos, briosos, artistas, poetas incipientes que habíamos bebido en las ideas amplias, elevadas, generosas de los grandes vates y tribunos de la libertad, no queríamos, no podíamos transigir con aquellas doctrinas cerradas, estrechas, fuera de las cuales todo era antireligioso, antimoral y antiartístico.

No. Llevábamos la libertad en la masa de la sangre. Por defender la libertad vulnerada, en una barricada murió el abuelo de Luis.

Mi padre, admirador entusiasta de Castelar,—el hombre ilustre a quien el neísmo vi-

lipendia—me enseñó párrafos de sus célebres discursos que yo recitaba con entusiasmo fervoroso.

Nuestra niñez, por tanto, había sido muy distinta a la de aquellos obscuros colegiales, que antes de ir a cepillar su intelecto en el Seminario, leyeron solamente hojitas de calendarios piadosos, o cuando más, y eso los ilustradillos, la inevitable *Fabiola* del cardenal Wisseman.

A nosotros, en cambio, nos eran familiares los nombres de muchos genios colocados en el *Indice*. Habíamos leído al cantor admirable de *Teresa*, a Lord Byron, a Enrique Heine, a Víctor Hugo, a Zola, a Balzac... Y esto no quiere decir que ignoráramos los grandes místicos y apologistas cristianos: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Granada, Bossuet... No: en todas partes donde alentaba un soplo de belleza allí estábamos espigando, seleccionando, escogiendo...

Nuestro horizonte no era el de aquellos pobres muchachos que obedecían ciegos, que sin discutir creían, que por costumbre rezaban, y que sin conocerlos, sin estudiarlos,

sólo por el *magister dixit*, *a priori*, rechazaban sistemas, credos, principios, doctrinas...

Nuestra perspectiva era más luminosa y amplia. La intransigencia huía de allí como ave nocturna herida por el sol y, en su lugar, la tolerancia amable batía sus blancas alas cobijadoras. No nos asustábamos hipócritamente como ellos de la mujer, fuente, aunque algunos se empeñen en demostrar lo contrario, del único goce verdad que podemos disfrutar los pobres hombres sobre la tierra. No asentíamos de golpe y porrazo a hechos estupendos que no tenían otra garantía de credulidad que la tradición. No recurríamos villanamente, para echar por tierra un sistema, a la vida íntima del filósofo. No juzgábamos necesario renunciar a todos los goces y aceptar todos los dolores y miserias para engrandecernos y salvarnos. Nos repugnaba la sujeción ciega, absoluta, imprescindible a la autoridad...

Y como no habíamos aprendido—¡oh, desgracia nuestra!—el finísimo arte del disimulo, de la máscara, sin querer, sin pensar, dejábamos traslucir muchos de nuestros pensamientos, y *Don Pedro el Cruel*, harto ya

de no podernos uncir al carro de sus antiguallas, hizo hincapié en ellos para mortificarnos y perseguirnos...

El *modernismo* entonces se hallaba en boga: llovían pastorales y encíclicas para contrarrestar la nueva herejía, como pomposamente se llamó a aquella cándida irrupción de varios escriturarios románticos, sentimentales, tiernos...

Cada superior de Seminario que no simpatizaba con el recién nacido movimiento exegético y quería granjearse alguna sonrisa, oliente a beneficio de la autoridad episcopal, constituíase al instante en Argos fiscalizador de los pobres reclusos que, azorados, se parapetaban tras el pesado e ingente armatoste de la *Summa Theológica* de Santo Tomás, convencidos de que allí no corrían grave riesgo sus ortodoxas reputaciones.

¡Ah, la *Summa!*... A Luis y a mí, con todos los respetos debidos al preclaro genio de las Escuelas, se nos indigestaba grandemente aquel inacabable fárrago de bárbaro latín, de Cuestiones, de Artículos, donde se quiere dar cuenta y razón de todo, utilizando el senil procedimiento escolástico que, por fortu-

na, sólo vive ya, y eso aparentemente, en las vetustas salas de los Seminarios y Universidades Pontificias.

Ventura de la Vega, el ilustre autor dramático, había sido siempre entusiasta panegirista de la *Divina Comedia*. No obstante, días antes de morir quiso quitarse un peso: llamó a su hijo Ricardo el notable sainetero y le confesó al oído:—«¿Sabes una cosa?... no lo creerás, pero es la fija: ¡Me *carga* el Dante!»...

Esto nos sucedía a nosotros: ¡nos *cargaba* Santo Tomás! Y seguramente ocurría lo propio a muchos de nuestros condiscípulos, y a algunos de nuestros profesores... Pero, ¿quién osaba decirlo en alta voz?

Sin embargo, Luis Roldán, se atrevió en cierta ocasión a insinuarlo... ¡Manes divinos del Apocalipsis, nunca lo hubiera hecho!... ¡Qué descaro! ¡qué irreverencia! ¡qué cinismo! ¡qué osadía!... «¡Oh! ¡oh! ¡oh!», runruneó la hipocresía andante. ¡Roldán estaba entregado de pies y manos a Satanás!

Pericón el Cruel, tomista *enragé*, se llevó la diestra y la siniestra a la *tête*, y pronunció el anatema de su condenación sobre el

seminarista nefando... ¡Ahora sí que podía castigar los desplantes, la *pose* de aquel poetilla díscolo que no había querido nunca ofrendarle el humo de su incienso!... ¡Ya se las pagaría todas juntas!... Sí, sí, escribe versos, que te jaleen los periódicos, que te feliciten literatos de fuste, que el obispo, el nuncio o el *sursum corda* te protejan... nada de eso te valdrá. Y Perico maquina, inventa, cuenta... Indispone al Rector con el muchacho, siembra la desconfianza en su torno, se complace en buscar mil ocasiones para humillarlo, para molestarlo, para hacer que se revuelva, que se encabrite, que salte... Rebaja sus indiscutibles méritos literarios, lo aminora, lo empequeñece; revisa sus cartas, detiene su correspondencia, registra sus muebles, lo niega a las visitas... En suma, no perdona medio para herir la demasiada susceptibilidad del mozo, que ya se ahoga y desea esquivar pronto aquel ambiente de perfidias y ponzoñas donde su alma lentamente se consume...

El sabía muy bien que Luis era un pobre de solemnidad, que no tenía absolutamente a nadie en el mundo, y que, caso de salir,

se vería otra vez en el arroyo, en la miseria, expuesto a todas las sinventuras, degradaciones y bajezas... ¿Pero qué le importaba todo esto a aquel hombre sin corazón y sin entrañas?... ¿Hay mayor placer, para algunos, que ver entronizada su soberbia?

CAPÍTULO IX

¡Miserias!

¡Pobre Roldán! ¡Pobre amigo mío!... ¡Hombre infeliz desde que vino al mundo!... ¡Cuántas veces en la huerta del Seminario, apartados los dos del resto de la comunidad, sentándonos en rústico banco a la sombra de los árboles, me hacía partícipe de sus secretos abriéndome su alma!

Aurelio Toro y yo éramos sus íntimos, y en nosotros depositaba, sin ningún recelo, toda su confianza. ¡Ay, cuando el alma se encuentra oprimida, cuán dulce es hallar un tierno amigo que sepa darnos consuelo!

Luis Roldán, espíritu sensible con sus ribetes de romántico; alma de niño en quien

la menor contrariedad producía un escozor insoportable, llegaba a mí, y yo, comprendiéndolo, le abría mis brazos para sobrellevar los golpes de su suerte adversa. Compaginaban nuestros caracteres de modo admirable; una misma afinidad de sentimiento nos unía, y el efluvio poético que emanaba de su corazón inflamable, enamorado siempre de la Belleza, filtrábase en mi espíritu haciéndome amar lo que él amaba. Estas aficiones mías de componer, de escribir, de cristalizar en rítmicas estrofas los pensamientos, a él se las debo; y por él, la grosera cascarilla que recubre los ámbitos donde bulle el pensar, fué poco a poco desapareciendo, dejando al descubierto su fino esmalte.

¡Pobre y entrañable amigo mío!... —¡Ay! —decíame casi con las lágrimas saltadas—. ¿Oyes lo que hablan, lo que inventan?... ¡Tengo miedo!— Y sus manos flacuchas que estrechaban cariñosamente las mías, temblaban como las de un azogado. Porque Roldán era muy espantadizo; era... (la verdad siempre se ha de decir) un poco cobarde: asustábale, no que le diesen una bofeta-

da, sino darla él; no comprendía cómo hubiese hombre capaz de plantar la mano en el rostro de otro haciéndole arrojar bocanadas de sangre. Nervioso, inquieto, la menor cosa ponía en conmoción: no podía escuchar el estallido de un tiro sin estremecerse, el *chiss-chass* de dos cuchillos le erizaba el vello; nunca había disparado un revólver; sufría horriblemente cuando sorprendía algún pájaro en las manos de un niño, y no respiraba tranquilo mientras no lo libertase y lo viera revolotear por el espacio azul. Hasta causábale lástima deshojar las flores, y hasta reprobaba inocentemente algunas ciencias por sus procedimientos extremos: verbigracia, la cirujía, por el empleo del bisturí.

¡Qué contados los seres del temple de Roldán, y cómo sufren ellos si no hallan en el mundo otro ser que los comprenda! Por fortuna los encontró en Aurelio Toro y en mí; sobre todo en mí. Yo le perdonaba sus rarezas, sus extravagancias, sus monomanías y debilidades, y algunas veces hasta permitíame reprenderlo con severidad de dómine. Estos pobres espíritus necesitan otro espíritu que llegue a dominarlos; si no,

o caen en la desesperación o cometen los mayores absurdos. Punto por punto me contó su vida azarosa. No, no era lo que algunos pensaron. Aunque hubiese querido ser *golfo*, nada, en tal sentido, habría alcanzado su voluntad: igual para subir que para bajar, tanto para llegar a ser hombre grande como hombre pequeño, tenía un enemigo terrible: la timidez.

Sin parientes, sin fortuna, y con muchos pájaros en la cabeza que le entonaban sin cesar el pío-pío, llegó a la corte como uno de tantos ilusos, de tantos soñadores que creen hallar aquí un Mecenas a cada esquina. El había oído decir que el genio siempre se abre paso, y figurándose en los primeros años de su juventud—esa edad en que cogemos rosas sin dolernos las espinas—genio de brillantez extraordinaria solo porque sabía expresar sus pensamientos en forma distinta a la del vulgo, desplegó sus alas y tendió el vuelo a la gran ciudad. Y así como caen heridas por sus brillantes reflejos las aves que acuden de noche al puerto de Nueva York atraídas por el potente foco que sostiene en sus manos la estátua

de la Libertad iluminadora del mundo, así también muchas de aquellas lindas mariposillas que vivían en el cerebro de mi pobre amigo cayeron para no volver a levantarse, calcinadas por el rayo artificial que desprendía el foco madrileño, que a Luis, en momento de ofuscación, se le antojó destello purísimo de rosada aurora...

De colodro en zoco anduvo aquí Roldán, sufriendo toda clase de privaciones, palpando la miseria, viendo la vida en su asquerosa desnudez, pasando como sobre ascuas por lodazales y sentinas, sin que ni un momento salpicara su blanca vestidura la más leve mota de fango. El lo aseguraba, pero aunque así no lo hiciese, yo lo conocía muy a fondo y no podía dudar de las palabras de mi amigo; porque repito que su pusilaminidad lo hacía inútil para cualquier desaguisado.

Llevaban razón, sí, aquellos que decían que Roldán hubo dormido bajo los soportales y en los canapés de los paseos públicos. ¡Cómo lo refería el pobre Luis! ¡Erizaba el cabello!... A ser posible, voy a transcribir algunas de estas narraciones tal y como Rol-

dán las decía, pues si yo les quitase o añadiese, perderían algo de su lacónica al par que terrible ingenuidad. ¡Así veréis hasta dónde llegó el martirio de aquel alma probada por la adversidad con todo género de torturas en escaso período de tiempo!

—¡Ay,—suspiraba en una de sus frecuentes tardes melancólicas—qué desengañado estoy de la vida!... ¡Qué ganas tengo de morirme!... Tú no sabes lo que he sufrido, ¡lo que estoy sufriendo!... ¡Lo que estoy sufriendo, sí!—añadía enérgicamente al sorprender en mis labios un mohín dudoso—. Hay quien me tilda, e ignoran que resistí. Pude haber sido un degenerado, pero no lo fuí, ¡no!...— Y sus ojos se iluminaban con instantáneos fogonazos de orgullosa alegría.

Después, inclinando su frente con la triste languidez de un sauce, volvía a su tono llorón.—¡Qué sociedad!... Tú no sabes, amigo mío, lo que es la sociedad. Necesitabas haber pasado lo que yo, haber vivido como yo... a las altas horas de la noche, trotando calles, durmiendo en las plazas...

—¡Cuenta! ¡cuenta!...—decía yo aguijoneado por extrema curiosidad.

—Oye, una vez...—y Roldán volvía la cabeza a todos lados temeroso de que alguien lo escuchase—una vez, ya de madrugada, en un tabernucho donde entré a tomarme por diez céntimos una mísera taza de café con leche, cuando me bailaban los objetos por el ayuno incesante, se aproximó a mí un hombre de mugrienta pelliza, cuya cabeza se cubría con una gorra de pelo, y de cuyo rostro, enfundado por largo tapaboca, sólo se distinguían dos negros ojillos, y díjome reservadamente: —Amigo, usté tiene hambre; se le conoce en el blanco de los ojos. ¿Quiere usté ganarse cien duretes? —Cien du... ¡oh, sí!—exclamé vislumbrando una era de felicidad.—¡Ya lo creo! ¿Y cómo? —Muy sencillo. Pero esto aquí entre los dos...—Y el hombre, acercando a mi oído su boca que despedía fuerte olor a tabaco, me dijo... ¡miedo da el recordarlo!...

—¡Cuenta!... ¡Cuenta!...—insistía yo.

—Me dijo: —Mire usté... cosas de la vida: un hombre perro, de *parné*, que hay que quitar del mundo... es ya viejo... ¿estamos?... Yo se lo enseñaré, no tiene defensa... Buen pulso y nada más. Ahora le doy los cincnen-

ta del ala, y después... ¿Eh?... ¿Conviene?...— No sé qué pasaría por mí, no sé. Rápido, el hombre dió media vuelta y desapareció...

Y los ojos de Roldán al referir este lance se dilataban con el fulgor del miedo.

—¡Cuenta!... ¡Cuenta!...—tornaba yo en mi afán de saber lo que nunca había visto.

—Otra vez fué una vieja bien trajeada, de mantón y pañolillo de seda, la que se me acercó: —Vaya, mozo, lástima da el verte... ¿Tan jovencito y así?... ¿Quieres vivir conmigo?... Ropa, casa, cena, y dos duros en el bolsillo *pa* pitillos y cuchipandas no te han han de faltar. Conque...—¡Qué asco, Dios mío!... ¡El mundo es una costra!

Y mi pobre amigo, para saturarse desechando aquel vaho mefítico en que sus recuerdos se empapaban, volvía los ojos a los tiernos grupos de niños, a los *latinos* que jugaban en la gran plazoleta de la huerta, y, sin perderlos de vista, susurraba: —¡Inocentes!... ¡Angeles de la tierra!... ¡Quién volviese a vuestra edad!...

Y luego contemplaba la fronda, la verde fronda del parque, y al divisar allá, medio ocultas por los árboles umbrosos, las góticas

vidrieras del ábside de la capilla que daban una elegante ligereza a la parte posterior del edificio en donde todos nos albergábamos, sus labios se contraían dulcemente, sus ojos se impregnaban de levísima humedad, y, —¡Oh, mi Seminario!—exclamaba con un acento que hacía conmover todas las fibras. —¡Dios me trajo a tí!... ¡A ti debo lo que ahora soy!... ¡No te abandonaré!... ¡Pero esos, esos!...—añadía luego agitando nerviosamente mi brazo y señalándome con su estirado índice algunos de los grupos que paseaban entre la espesura.—¿Hablarán de mí? ¿Murmurarán de mí? ¿Querrán hacerme daño?... ¿Qué sucederá si salgo yo de aquí?... ¡Dios mío!... ¡Solo, otra vez solo! .. ¡Otra vez el frío, el hambre, el hampa!... Oye, oye: si así ocurriera, y falto de toda protección, de toda ayuda, pisoteara mi dignidad y me revolcara en el légamo... dime: de mi deshonra, de mi ludibrio, acaso, acaso de mi eterna condenación, ¿quién tendría la culpa?... ¡Habla!... ¡Habla!...—Y me apretaba una y otra vez las muñecas hasta hacerme daño.

CAPÍTULO X

Reaccionando

¡Qué muchacho aquel! ¡Qué imaginación la suya tan exaltada! ¡Qué proporción daba a la mas mínima cosa! ¡Y cómo pasaba de la ternura a la ira, de la confianza a la desesperación, de la tibieza a la acendrada piedad!...—¡Calma!... ¡Calma!...—decíale—son exageraciones tuyas. No te inquietes, no te importe la murmuración; la frasecilla picante y mordaz, despréciala.—¡Morir!... ¡Morir!...—contestaba.

Era de temer Roldán cuando así se ponía. Yo, lo confieso, nunca me he considerado capaz de conjurar estas dolorosas crisis con sencillas reflexiones y piadosos consejos. El

misticismo del sano cura de aldea que sabe tan bien aliviar las aflicciones del prójimo sacando argumentos de la dulzura y mansedumbre de Cristo, de los dolores de la Virgen, de la abnegación sublime de los Mártires, nunca, no obstante mis pretensiones de literato, he podido utilizar. Para ello se necesita cierta unción y cierta bondad ingenua, que no la comunican ni la frecuente lectura de los libros ascéticos, ni el afán de hacerse uno manso y humilde de corazón.

Por eso, al llegar estos casos, llamaba a Toro; y Toro, que tenía un alma en donde se grababan con extraordinaria fijeza las máximas de los Santos Padres; que hallábase dotado de un verdadero espíritu evangélico, ya raro en nuestra edad; que le salía el fervor por todos los poros del alma, llegando en oleadas de entusiasmo a aquel rostro sanote que aún parecía conservar, como fruta no cortada de árbol, el polvillo de la inocencia con que viniera al mundo; que rezaba de verdad y no mascullando; que al dar la hora el reloj dirigía un saludo a la *Sine labe concepta...* Toro, repito, acudía solícito, y con aquella sencilla elocuencia que Dios le

otorgó, hablaba a Luis de la conformidad cristiana; del espíritu de resignación que debe distinguir al sacerdote; de la alegría con que se han de sobrellevar las penas de la vida mirándolas, ya como expiaciones de nuestras culpas para con Dios, Señor de majestad infinita, ya como medios de santificar nuestras almas.

Si estos argumentos eran ineficaces, Aurelio, conocedor del temple de Roldán, desarrollaba con vivos colores el drama sublime de la Redención, poniendo ante su vista la figura de Jesús maltratado, escarnecido, pendiente de la Cruz, redimiendo con su preciosa sangre los pecados de la Humanidad. Y cuando nada de esto hería a Luis, quemaba Aurelio el último cartucho, y fingiendo irritarse, abarcaba con sus manos hercúleas el bracín del poeta, oprimíalo fuertemente, y decíale con un tono que sabía a desprecio: —¡Hombrecillo!.. —Entonces el rostro de Roldán se transfiguraba, pasando del abatimiento a la cólera; brusco se deshacía de la manaza; erguíase, chocaba la punta del pie con el primer chinarro que encontrase, y, cerrando los puños, gritaba: —¡Oh! ¿Dónde

están los que me hacen sufrir?...—Y Aurelio, destilando dulzuras, lo hacía sentar y hablábale del perdón misericordioso, de que la ira y la venganza no deben albergarse en el corazón de un cristiano, y menos de un cristiano poeta, y de un poeta sacerdote, que es ya la suma de la Belleza, de la Poesía... »Bienaventurados los mansos y humildes de corazón, porque ellos verán a Dios»...

Adquirían las *Bienaventuranzas* en labios de Aurelio un melancólico acento de piedad tan indefinible, que el alma de Roldan, arpa de oro en donde una mano diestra que supiera bien pulsarla podía arrancar sones deliciosos, vibraba, se conmovía dulcemente, y al exterior salía convertida en raudal de lágrimas copiosas que inundaban de hilillos trémulos su macilenta faz.

Y Aurelio, conociendo que las crisis de Luis se aliviaban llorando, adelgazaba, sutilizaba más su voz, y repetía blandamente: —Bienaventurados los que lloran...

.....

¡Ah, dulces tardes las que pasé en compañía de este desventurado Luis! ¡No se me olvidarán nunca! Nos internábamos por la

fronda hablando de belleza, de arte, de poesía... El me enteraba de sus grandes proyectos: tenía en preparación una novela; después saldría otra cuyo argumento ya había esbozado; luego un poema de vastas proporciones, ¡su sueño constante!... —Yo he de llegar!—decía sonriente. —Sí, has de llegar—le contestaba—; pero no te amilanes, no te acoquines, no te tumbes.. —Porque Roldán, como buen andaluz, era algo perezoso; necesitaba un espolique... Yo creo que parte de sus descalabros en clase, más que a la falta de aptitud para asimilarse las ideas, se debía al trabajo que le costaba atender a las explicaciones. Ni un punto podía estar fijo: su imaginación, como libélula inquieta, revoloteaba de acá para allá sin tener la constancia de la abeja, que saca todo el jugo de un cáliz florido elaborando luego pacientemente la rica y sustanciosa miel.

Si a Roldán le hubiese costado trabajo hacer versos, a pesar de tener aptitud sobrada, no hubiese hecho ni una mísera redondilla Mas era poeta *per se*, desde que nació, y como estuviese en vena, sólo con coger la pluma fluían de su numen los pensa-

mientos, petrificándose en el papel con gran celeridad.

No de otra manera se concibe que teniendo tan escasos conocimientos y con ser tan flojo (siempre la verdad) pudiese escribir lo que escribió: primero un tomito de poesías, benévolamente acogido; después una novela, que suscitó vituperios y alabanzas, lo cual indica algo; y al poco tiempo otra, en la que ya no se bamboleaba su estilo *con temblores de flan inseguro* (como le dijo un ilustre poeta, honra de nuestro Parnaso), sino que los párrafos aparecían del todo concluídos, y los personajes, llenos de psicología honda, verdaderos caracteres que le valieron grandes elogios de los más conspicuos censores, aun de aquellos que militan en la vanguardia de los periódicos avanzados, donde ya se sabe que para hacer entrar a un escritor de sotana es necesario que se imponga por la robustez y galanura de su decir; por un mérito, no de guardarropía, sino de verdad.

CAPÍTULO XI

Vía-Crucis literario

Y preguntareis: ¿Cómo siendo tan perseguido dejaban a Roldán publicar obras?

Ante todo, hay que advertir que como el origen de la *protección oficial* se debió precisamente a su mérito literario, y no escribía nada *contra la sana doctrina y buenas costumbres*, ninguno, por muy *Pedro* y muy *Cruel* que fuese, sintiose con verdadero valor para hacer que dejara de escribir.

Escribía. Pero no os asomeis a la vía dolorosa que antes de la publicación de cada libro tenía que recorrer su autor. Censuras literaria, doctrinal, moral... Cuando la obra

iba a la imprenta, a fuerza de podarla, de enmendarla, de corregirla, había perdido la mitad de su frescura, de su jugo, de su vigor.

Todos se juzgaban con derecho para advertirle, para indicarle, para colaborar con él: «eso es pecaminoso», «eso es herético», «eso es atrevido», «eso es inmoral...» Luis, antes de escribir cualquier cosa, temblaba. En los puntos de su pluma creía ver cien ojos que espiaban implacables el sesgo de cada renglón; sobre la blanca cuartilla parecía cernerse el vuelo de una sotana negra, que allí caía para ocultar al poeta el mundo de flores y bellezas que divisaba ante sí...

No podía hablar a sus anchas de la mujer, rosa y luz que encerró Dios en un fanal de carne para perfumar y caldear el corazón del hombre. No podía hablar del amor, motor universal de la humana máquina del mundo; única fuente de la vida en donde se saciaron las almas de nuestros padres, de nuestros abuelos, de los primeros fundadores de la raza; engarce misterioso de dos que se compenetran y funden llevando a cabo por el egoismo de sus cuerpos gozosos la secreta

formación de un tercero... ¡ah!, todo esto, que es el recurso primordial y mágico del artista, el nervio de todas las composiciones geniales, el interés supremo de las muchedumbres, el asunto eterno, siempre viejo y siempre joven, no debía tratarlo, o de hacerlo, había de ser restregándose la mano con nieve, para que los dedos fríos y agarrotados no pudieran mover fácilmente la pluma y ésta dejara de seguir los arrebatados y ardorosos impulsos del corazón...

¡Ah, encadenado a una columna se está más libre que amarrado al juicio de una meticulosa, ridícula e hipócrita pudibundez! Luis Roldán tenía alas, pero sujetas al frío examen del censor, que en este caso era el alfiler de cabeza negra con que atraviesa el naturalista el gentil cuerpo de la mariposa. En el sepulcro blanqueado de aquella casta sociedad donde todos, interiormente, ya se habían casado y eran adúlteros, Luis Roldán no tenía más remedio, si quería satisfacer la necesidad imperiosa de escribir—oasis de su desierto, isla de su mar tempetuoso—, que atemperar su estilo al de las *Meditaciones* de cualquier Padre Fulánez, las cuales, so pre-

texto de levantar el espíritu, lo acuestan y adormecen, o adoptar el arrullo monótono de una vieja paloma del claustro, empezando por el *Deus in adjutorium meum intende*, y concluyendo por el *Tu autem Domine, miserere nobis.*

El óvalo de un rostro lindo, la seda larga de unas pestañas, la luz profunda de unos ojos negros, el coral fino de unos labios rojos, la afelpada pelusilla de una nuca, la arrasada curva de un seno, el botón de rosa que aquí se mece... Venus, saliendo del mar; Helena, robada por Páris; Psiquis, flechada por Cupido; la Mujer, en fin, el Femenino eterno, inspirador del Hombre, si relampagueaba en la triste y fría soledad del cuarto, pronto era velado por el negro hábito talar que flotaba delante de la cuartilla...

A fuerza de comprimirse, de abstraerse, de cerrar ojos y oídos a cuanto no fuera parpadeos de cirios o mística voz de órgano, Luis Roldán escribió sus obras venciendo también grandes dificultades en lo que respecta a la casa editorial que, necesariamente, había de ser sucursal de sacristía, amparadora de lo mogigato y ñoño.

Pero, vamos, con más o menos trabajo las publicó, y a pesar de enmiendas y cortes, el éxito, aunque no rotundo, fué lo suficiente para halagar la justa vanidad de un escritor primerizo.

Los más escépticos de sus compañeros tuvieron que rendirse a la evidencia: Luis poseía dotes sobresalientes para forjar mentiras con retazos de verdad. Al fin dejaron las críticas, y conociendo que Roldán no les iba a disputar con el tiempo ninguna plaza de canónigo más o menos simple, pues respecto a argumentaciones silogísticas y comistrajos de lógica barata era una completa nulidad, dejáronlo tranquilo, no sin que alguna vez, cuando se terciase, contestaran a los que de fuera preguntaban por él:—«¿Luis Roldán?... bien, gracias; siempre con sus versos...»

Entró, pues, para Luis, un período de relativa calma, o, mejor dicho, a fuerza de adversos golpes, se habituó con aquella vida de zozobras, de inquietudes, de disgustos siempre renovados, pues el fantasmón de *Don Pedro el Cruel*— ¡alma benditísima! — sin duda para purificar las andanzas munda-

nas del tunante de Roldán y llevarlo calzadito al cielo—¡tanto lo quería! — gustaba, teniendo la sartén por el mango, de echar en ella aceite todos los días y avivar el fuego.

¡La corona del martirio es tan hermosa!...

¡Y se adquiere tanta gloria con ella!...

¡Ah, Torquemadilla de mis pecados!...

CAPÍTULO XII

¡Al monte!

Pero veo que hablando del pasado me olvidé del presente. Ello era preciso. Volvamos ya a la actualidad, aunque antes bueno será decir que Roldán, contra toda la voluntad de su señor prefecto, que hubiera querido verlo subir fritito a la gloria, se ordenó de menores juntamente con Aurelio Toro, el simpático enfermero.

Digamos también, para redondear el esbozo de nuestro héroe, que las almas destinadas al sufrimiento rara vez logran desembarazarse de él, y que eso ocurrió con mi gran amigo Luis. Su flaca naturaleza; las penurias

de su primera juventud; los temores de que se vió siempre asaltado; la lucha que había de sostener consigo mismo sobreponiéndose a los impulsos de su corazón ardiente; el círculo que a su imaginación—desbridado corcel—le imponían los graves estudios escolásticos, el método filosófico, la invariabilidad del dogma, la severidad del cánon y la estirada rigidez de la moral; los apuros que pasaba (no era *sablista* de oficio) cuando, obligado por su escasez, recurría a la caridad de personas piadosas y pudientes en demanda de algún socorrro para atender indispensables gastos que no sufragaba la beca; el exceso de mentalidad que consumía por una parte, estudiando áridas y dificultosas materias, y por otra imponiéndose, a costa del recreo y del sueño, una intensa labor literaria, de la que no debía prescindir, pues ella, a más de ayudarlo con algún trabajillo pagado, íbale formando su gusto artístico y abriéndole camino en el mundo de las letras; su nerviosidad, la impresionabilidad de su carácter, que movió a un literato eximio a decirle que parecía estar formado *con moléculas del agua, con tentáculos de caracol y con*

azogue; su melancolía, su tristeza, que en vano pretendía desechar al considerar la soledad en que se hallaba... todo ello junto ocasionaba en su espíritu falta de energía, dejadez en su voluntad, anemia en su cerebro, desconsuelo en su alma, frío en su corazón...

Y este cúmulo de perennes sinsabores, de luchas encontradas, de afectos marchitos, transparentábase en sus ojos de mirar apagado, en sus pómulos hundidos, en sus músculos de escasas fuerzas, en sus labios descoloridos, donde siempre vagaba una amarga y casi desdeñosa sonrisa...

¡Pobre Luis! El médico lo pronosticó:—Para muy poco tiempo hay poeta...

Un suceso imprevisto aceleró... Pero no nos adelantemos. Retrocedamos al punto en que dejamos a Luis conversando con el mayordomo y el enfermero, y digamos que éste ya marchó al monte en busca del cariño de sus padres, y que Roldán, cuya vida, aun en tiempo de vacaciones se deslizaba lánguida en el Seminario por no tener una familia cariñosa que le dijese:—«¡Vente conmigo!»—recibió, al mes de partir Aurelio, una carta,

cuya copia, sin quitar coma ni punto, es la siguiente:

«Monte de Batres, 2 Julio 190...

»Querido Luis:

»No creas que olvidé la promesa. Perdón si antes no escribí, pero ya adivinarás lo ocurrido: la madre por un lado, el padre por otro, la abuela, los hermanos, los amigos (que muchos y buenos tengo aquí, gracias a Dios), el señor cura, y, en fin, cuantos se interesan por este sujeto, no lo han dejado a sol ni a sombra. A la madre, sobre todo, se le cayó la baba de gusto viéndome con los hábitos, y no hace más que tentarme la coronilla y darme besos en ella. ¡Lo que son las madres!... Contando está los minutos para que cante misa.—«Así que cantes misa —me dice—ya me puedo morir; moriré muy contenta, Aurelio.»—¡Lo que son las madres!... Me soba y me regala lo que no es decible. ¿Tú viste lo gordo que estaba yo ahí? bueno: pues ahora, en pocos días... en fin, ya me verás.

»Mi familia tiene sumo gusto en que ven-

gas. Aquí, ya sabes: no encontrarás finuras ni etiquetas; aquí sólo hay corazones y buena voluntad. Un mes, dos meses, toda la vacación si es preciso y no hace mella en tu espíritu delicado nuestra rusticidad, nuestra franqueza de pueblo, puedes permanecer con nosotros. Verás cómo te aprovechan, y para el curso que viene no te conoce nadie en el Seminario. Porque, chico, el que no se pone gordo en el monte, es porque no le da la gana. Mira: tenemos unas gallinas que ponen unos huevos ¡así!; seis cabrillas, saltarinas, retozonas, que dan una leche que sabe a gloria. ¿Pues y cuando mi padre sale al monte (todos los días), con la escopeta y los perros? nunca se vuelve de vacío: un conejo, dos conejos, una perdiz, una liebre... Y luego, nada digamos del oxígeno que por aquí se estila: ¡un chorro de salud! ¿Y el agua?... ¡es la mejor medicina!

»Tu espíritu poético, quizás no halle acá grandes cosas... pero tú, como Moisés, sacas agua, digo poesía, de la más pelada roca. No vayas a creer por esto que mis campos están desnudos de frondas, no, señor; pudorosos son como ellos solos. Lo único que te advier-

to, para que no sufras una decepción, es que los terrenos míos no son como los feraces de tu Andalucía, en donde la tierra, según tú, no se ve con tantas flores, y frutos, y palmeras, y... ¡qué sé yo! eres andaluz, y poeta por añadidura, y algo habrá que rebajar.

»Sea lo que sea, estos campos guardan un peculiar atractivo, y si no, yo así lo creo. No hay más que ver aquellos recodos del camino, y aquellos manchones de encinas, y aquella fuentecica que a la bajada brota, adonde va por agua todos los días con la burra mi hermano Ramón... y ya que sale en la carta mi hermano Ramón, de quien me has oído hablar muchas veces: es un mozo que, cantando jotas... ya lo oirás. Tiene muchas ganas de conocerte, porque... no creas: yo aquí he hecho tu panegírico, y he recitado algunos de tus versos. Ha llegado tu fama hasta la casa de los señoritos. Por cierto que la otra tarde fuí a visitar al señor Marqués: ya sabes que le debo muchos favores, y es además el amo de mi padre, quien nos sostiene, vamos. Pues está loco de contento con la próxima llegada de su nieta: una joven que viene de Suiza, en donde ha

completado su educación. La traen para casarla con un título muy rico que casi le dobla la edad. Yo recuerdo haber jugado con ella cuando éramos así de pequeños. Si nos dan licencia, ya iremos alguna vez y le recitarás varias de tus poesías, porque creo es muy ilustrada.

»En fin, chico: la pluma es mala y se va cansando. No te lo vuelvo a decir: te esperamos todos con los brazos abiertos, y en especial éste, que no obstante tus discrepancias filosóficas (¡loquillo!), te admira como poeta y te quiere como a un hermano.—

AURELIO

»¡Que vengas! ¿Necesitaré escribirte otra vez?

»¡Ah! Que anuncies tu llegada para ir por ti a la estación.»

Luis leyó la carta un par de veces, y encantado de su sencillez, aspirando con fruición el aroma de sinceridad que exhalaban sus páginas humildes, arregló su maletilla con una muda de ropa blanca, cuartillas en gran número, dos tomos de versos clásicos,

una elegante edición de la *Guía de pecadores* —libro favorito suyo, tanto por enderezarlo a la cumbre de la virtud, como por conducirlo hacia la senda del bien hablar—y, obtenido el permiso del Rector, escribió a Toro notificándole su próxima llegada.

Y una mañana de Julio salió del Seminario dirigiéndose a la minúscula estación de Goya, donde tomó el liliputiense tren de Almoróx, en cuyo trayecto hallábase enclavado el lugarejo de su amigo.

JORNADA SEGUNDA

EL MONTE

CAPÍTULO I

La llegada

—¡Adiós, hombre!...

—¡Adiós!...

Un par de abrazos, sinceros, apretados, nudosos, fué la salutación de Aurelio y Luis.

Aurelio estaba desconocido con aquellas alpargatas de escotes amplios que mostraban alunarados calcetines; con aquellos gruesos pantalones de pana color de tierra, cuyas bofas culeras le llegaban en antiestéticos repliegues hasta promediar la nalga; con aquél ancho sombrerote surcado por fina piel de culebra, que el viento agitaba en bamboleos graciosos. Llevaba un garrote,

especie de cayado burdo, y con él dió suavemente a su amigo, diciéndole:—¡Poeta, creí que no veníasl... ¡Ah, si no vienes, flojo pescozón que te llevasl

Siguieron carretera adelante.

El poeta no hacía más que contemplar el paisaje que ante su vista se desarrollaba: allí un puente, bajo cuyos ojos corría mansa el agua besando juncias y lirios; aquí un pinar que despedía balsámicos olores; allá un cuadro de viñas; acá zarzamoras en cuyas ramas verdes pespunteaban botoncillos umbriamente rojos... De vez en cuando preguntaba:—¿Tu padre? ¿Tu madre? ¿Tus hermanillos?—Y le respondía Aurelio :

—¡Bien! ¡bien!

Se encontraron a Bastianico, un amigo de Toro, vecino de Carranque, boyero, conductor de reses. Aurelio, conocedor de los deseos del poeta, hizo a Bastianico que contase su vida. Bastianico refirió todos los pormenores de su azaroso existir: las largas y frecuentes caminatas que conduciendo el ganado se veía precisado a hacer por las carreteras hasta llegar a los mercados y ferias: de Extremadura a Madrid, de Madrid a Za-

ragoza, de Zaragoza... ¡Siempre andando, andando!...

—¿En verano, con el sol?—interrogaba Luis.

—En verano, con el sol—replicaba Bastián.

—¿Y cuando nieva? ¿Y cuando llueve? ¿Y...?

—Sí, señor; sí, señor. Nuestra vida es así. Vemos a la mujer y a los hijos de tres, de cuatro, de cinco en cinco meses... Estamos con ellos diez, doce, quince días lo más.

Y el boyero arreglábase la *saca* sobre sus hombros; la *saca*: una manta, una alforja, una funda de colchón que luego al irse a acostar rellenaría con paja o con hierba, según...—Sí, señor, sí. – Y continuaba narrando su vida, sus peripecias, sus desvelos continuos por el pan...—¡Adiós!...—El boyero tiró por aquél lado, y los dos amigos por éste: un atajo para llegar pronto a la casa. Débil riachuelo los interrumpió. Provisto de su garrota, saltó Aurelio sin que apenas rozara el líquido sus anchos alpargatones. Luis llegó hasta el borde y se detuvo. Su amigo, desde el extremo, le alargó el cayado, y

viendo que Roldán, medrosico, aun no se atrevía, puso una piedra en medio del arroyo para aminorar el peligro del salto. El poeta deslizó la planta en aquél improvisado escalón; mas con tan poca fortuna, que la piedra, mal sujeta, rodó, y Luis se chapuzó los pies.

—¡Calamidad!... — murmuró Aurelio.— ¡Ven!...

Y arqueando el cuerpo tendió la mano a Luis, que ya brincó decidido a la orilla.

Reanudaron la marcha, y a poco se divisó la casita de Aurelio: cuatro paredes blancas, un tejado rojo, una chimenea negra que traspiraba humo... Cabras sesteaban por aquí; el ladrido de un perro sentíase por allá... Las encinas, al impulso de suave viento, inclinaban sus ramas como si saludasen al recien llegado. Unos chiquillos encuerinos, bajaron la cuesta; chiquillos graciosos, deliciosos: un camisolín corto, única prenda de su indumentaria, dejaba ver sus torneaditas piernas de ángeles doradas por el sol.—¡Aurelo!... ¡Aurelo!...—semicantaban rodeando las anchas rodillas de su hermano.

Luis, doblando su largo busto, acariciaba las tiernas facciones de los niños, de aquellas almitas puras, inocentes, ingenuas, que olían a romero y a tomillo.

Embocaron la plazoleta que se extendía frente a la casa. En ella esperaba la familia: una mujer gruesa, baja más bien que alta, morenota, forzuda, de cabellera muy negra, donde el tiempo comenzaba ya a desenredar su madeja de plata. Era la madre de Aurelio. Junto a ella, haciendo bello contraste, se veía al padre, delgado y alto, de facciones muy delicadas y consumidas. Una barba rubia, tirando a rojo, adornaba su faz. En sus pupilas, de claro azul, nadaba una luz suave, sin que esta suavidad despojase a la mirada de firmeza varonil. La escopeta que, apoyada contra el suelo, sostenía entre ambas manos; la bandolera que le cruzaba el pecho y los cartuchos que lo rodeaban a modo de cinturón, anunciaban que aquel era el guarda de la hermosa finca del marqués de las Contiendas. A su alrededor se agrupaban tres grandes perros de casta inglesa: uno meneaba su cola entre las piernas del guarda rozando la pana del calzón y produ-

ciendo así un traqueteo muy original; otro mordilamía la punta del alpargatón abarcando con sus patas delanteras la caña del pie de su amo; y el tercero, sin duda el can favorito, saltaba de vez en vez alentado por las muestras cariñosas de su dueño, que, para animarlo, repiqueteaba en alto el pulgar y el índice de su diestra. Más allá, aprovechando una saeta de sombra proyectada en el suelo por verdinegra acacia, aparecían rezagadillas las hermanas de Aurelio: una joven rubia, fresca como gota de rocío que va cayendo; otra más pequeñuca, rubia también; y otra, por último, algo desaliñada en su atavío, sin que la falta de exorno quitara belleza a su rostro de albérchigo maduro...

La madre se adelantó, afable, solícita, descubriendo al sonreir una opulenta mella; el padre, profiriendo: ¡Buenos días!... ¡buenos días!... se acercó seguido de los perros que meneaban la cola olfateando los negros hábitos del huesped; y las jóvenes, mirándolo con curiosidad, saludaron cohibidas sin moverse de su sitio.

Aurelio presentaba en son de triunfo al poeta, y el poeta, desconociendo la fórmu-

la encantadora de un saludo campechano, utilizaba esas frases vulgares que fluctúan entre lo amanerado y cortés, propias de los señoritos que se quieren por varios días desurbanizar.

—¡Como en familia!... ¡Como en familia!—aconsejaba bondadoso, con ingenuidad casi infantil, el padre de Aurelio, precediendo a Roldán y atravesando el marco que daba acceso a la rústica vivienda.

— Sí, señor, como en familia, pase usté... —repetía la madre empujándolo sin apercibirse.

—Siéntate—mandó Aurelio, presentándole una silla—descansa un rato, luego te quitarás la sotana y te vestirás de campo, de montaraz...

—Sí, señor—añadía el guarda—se pone usté unos pantalones de mi hijo... aquí no hay más remedio: se destroza la ropa... después: que se anda más suelto, más libre... *pa* correr, saltar, brincar... porque usté tiene que moverse... esto le sentará muy bien. Verá usté como nos vamos por ahí, escopeta al hombro... ¡floja caza! Nada: se refresca usté, y en seguida se viste como éste.—Y

señalaba a Aurelio.—No tenga usté reparo: aquí nadie nos ve .. aquí en el monte no hay más bicho viviente que los conejos...

—Los domingos, sí—interrumpió Aurelio—los domingos nos terciaremos el manteo e iremos a Batres a oir misa.

—Tome usté, refresque.—La madre alargó al poeta un gran vaso de agua en donde había echado varias gotas de vino. El poeta bebió con avidez, diciendo al terminar:

—Gracias, muchas gracias.

—Qué gracias ni qué...--contestó la madre recogiendo el vaso—*na* de gracias, *na* de etiquetas, ¿sabe usté? no, señor. Queremos franqueza, llaneza... Es usté amigo de nuestro hijo, y eso es más que suficiente *pa* que lo recibamos con los brazos abiertos.

Por la fuerza de la costumbre el poeta iba a decir otra vez: ¡Gracias!, pero se acordó a tiempo del aviso, y se limitó a contraer sus labios con una agradable sonrisa. El guarda, a la pregunta de: ¿Fuma usté?, le alargó un pitillo.

Luis Roldán, mientras fumaba y escuchaba displicente los elogios que aquella buena familia hacía a sus méritos, iba observando

los múltiples artefactos de la modesta habitación, que en cada uno de sus ángulos y adminículos delataba la rusticidad de sus moradores. Tan solo una *concha* de mimbres, propia de casino veraniego o coquetón *chalet*, traía a la memoria la ciudad. El suelo se cubría con piedras desiguales, y el techo, que seguía la inclinada línea del tejado, ostentaba gruesas vigas de madera obscura salpicadas por algún encontronazo de cal. Las paredes eran blancas con cenefas de desteñido azul, y en la parte alta, una abertura conducía al sobrado, y por ella asómaban varios aperos de labor. Tres puertas, la del fondo al corral, y las dos laterales a la cocina y alcobas, rompían con arcadas inairosas el lienzo de las paredes. Un poyo se levantaba junto al muro de enfrente, y encima de él mostrábase una bota de vientre exhausto.

Cantareras, artesas, una mesa-camilla desnuda del clásico tapete, sillas en el centro y canastas, completaban el menaje de la habitación. Chillonas litografías de santos, varios almanaques de ultramarinos, un semicírculo formado con jarras de porcelana y

vidrio, pendientes de luengos cintajos, y algún chaquetón que olía a ovejas, constituían el exorno de la pared.

—Ea, Luis, ven por acá—ordenó Aurelio viéndole dar la última chupada al cigarro.—A desnudarte, a ponerte fresco. Almorzaremos en seguida, que después de la caminata tendrás un hambre... ¡igual que yo!... Ahora soy capaz de comerme... Madre, ¿qué ha hecho usté?

—Conejo frito.

—¡Anda!... ¡Anda!... —gritaba Aurelio empujando a su amigo.—¡Verás!... ¡Nos vamos a poner así!—Y Aurelio arqueaba los brazos como quien desea abarcar un tonel.

CAPITULO II

Topografía e Historia

La finca del marqués de las Contiendas es un monte situado a siete kilómetros de la estación de Guadarrama, en la línea que parte desde Madrid a Almorox. Limítanlo: al Norte, el montecillo de Navalcarnero y las Matillas; al Sur, los olivares de Batres; al Este, las posesiones del mismo Batres regadas por el Valdecarros, y al Oeste, el río Guadarrama, cuyas mansas ondulaciones siguen compactas hileras de espadañas y mimbres.

El monte es un encinar que se pierde, una mancha inacabable de verdor ondulada por el suspirar del viento. Cuando en las ramas

de sus árboles escupe luz el sol, el monte, desde lejos, parece un horno inmenso donde se funde vidrio.

Lamiendo y arrullando pasa cerca en poético zig-zag el Guadarrama, en cuyas márgenes los álamos se abrazan dando ejemplo a los hombres...

Al final de las estribaciones, formadas sin apercibirse por las graderías del monte, el agua derramó la plata de sus tesoros: la fuente del Pastor, la fuente de la Zorra, la fuente del Saúco... Muy claras, muy frescas, muy dulces.

El marqués, que aunque viejo, hallábase aun bastante ágil, tenía principalmente destinado el monte a la caza, de la que era entusiasta partidario. Allí asistía con sus amigos algunas veces, dando recias batidas a los muchos conejos, perdices y palomas, habitantes de su vasta posesión. La casa solariega, emplazada en un alto, cobijaba en sus amplias habitaciones, allá por los últimos días de Septiembre, a numerosos amigos, los cuales, provistos de lucientes escopetas, se internaban por la espesura en busca de piezas sustanciosas.

Rara vez, fuera de sus distracciones cinegéticas, iba el señor marqués a la finca. La mayor parte de su vida pasábala en Madrid, atento a la administración de sus muchos labrantíos andaluces y extremeños, y las breves temporadas en que se ausentaba de la corte, destinábalas a visitar a su nieta, la gentil señorita de Mazarrondo, capullo de seda y oro dejado en el mundo por su infortunada hija Beatriz. La niña, Aurea, era el último vástago de aquella gran familia que tanto lustre dió a España en sus repetidas contiendas (de aquí el título) con los de Flandes, enlazada con lo mejor de nuestra nobleza, y cuyos miembros se adornaron con los más honrosos distintivos: desde la púrpura cardenalicia hasta las doradas charreteras de mariscal. Beatriz Caballero de España y Castro Villena casó con Fernando de Mazarrondo y Sotomanes de Insúa, primogénito de los duques de Sotoperales, y esta unión que parecía prometer luengos días de dicha, se deshizo con la prematura muerte de Beatriz, cuyo último suspiro saludó el inicial momento de la vida de Aurea. Fernando, nostálgico de su esposa, no tardó en se-

guirla; y la niña, que entonces contaba seis años, fué recogida por su abuelo y enviada a un colegio suizo de Madres francesas, en Neuchâtel, para que allí obtuviese la educación que demandaban su rango y su fortuna.

Algunos veranos la traía el marqués a Batres, alegrando la señorial mansión con su encantadora charla de golondrina. Durante su permanencia en el monte, la ancha plazoleta del palacio era algunas tardes tránsito recreativo de muchos angelillos sin alas: como una rosa de estufa entre rosas silvestres, la duquesita de tez jazmínea y bucles de oro, aparecía entre niñas de rostro curtido por el sol y de madejas de cabellos crespos. Al marqués, hombre franco, llano a pesar de sus aristocráticos humos, le complacía aquella dulce fraternidad, y desde la solana, recostado sobre el balaustre de piedra ennegrecido por el tiempo, contemplaba a su nieta, sencilla y afable, que alternaba con las modestas hijas de sus antiguos servidores.

De entre todos los niños que allí acudían, prefería el marqués los del señor Agustín, padre de Aurelio.

Puede decirse que la familia del señor Agustín, en su mayoría, había prestado sus servicios en la casa del señor marqués. Como su padre, Agustín heredó la guardería: allí nació, allí creció y de allí salió para casarse con Antonia, garrida moza del vecino pueblo del Alamo. Cuando por sus achaques el padre de Agustín no pudo ya con la escopeta, para sustituirlo volvió al monte su hijo acompañado de la mujer y de la prole que ésta echó al mundo: catorce nada menos entre chicos y chicas, y todos a cual más rollizo y orondo.

El marqués gustaba de ver aquella descendencia que dilataría el obscuro apellido de su guarda, en tanto que el suyo glorioso hallábase pendiente de su nieta, niña delicada como flor de invernadero. ¡Qué ganas tenía el viejo aristócrata de que Aurea fuese mujer y enlazara su noble apellido con otro de igual valía, dando nuevas ramas al árbol de sus ilustres progenitores! – ¡Ah, los hijos de mi guarda Agustín!—decía el marqués contemplándolos.—¡Qué guapetones! ¡Qué fuertes!... ¡Si mi nieta tuviese unos hijos como estos, como Aurelio!... ¡Qué gozo!...

Entre los hijos del señor Agustín, Aurelio se llevaba el mayor afecto del marqués. Este, refiriéndose al chico, expresaba que era una estatua griega modelada por dos escultores rústicos en un momento de amor.—¿Dónde está el pequeño Apolo?—preguntaba el amo si pasaba ante la humilde casa de sus fieles servidores.—Enséñamelo, Agustín. Antonia, mujer, tráelo.—Y la Antonia, en un dos por tres, conociendo los deseos del señor, iba por el niño; lo fregoteaba quitándole los churretes que, por revolcarse, ostentaba en su cuerpo delicado; echábale agua de colonia en los muslos, en los brazos, en el pecho; alisaba sus pelillos rojos, y toda ufana, presentábalo con ambas manos al marqués, que lo acogía sonriente mientras Agustín apoyado en el cañón de su recia escopeta miraba con orgullosa satisfacción el cuerpo del muchacho como diciendo:—¡Esto es mío!...

El marqués, teniéndolo en sus brazos, le hacía cosquillas, extasiándose ante las roscas que la abundosa carne formábale en las ingles.—¡Qué cuerpo el de tu chico!—hacía notar al guarda.—¡Digno de que lo hubiese

visto Fidias!... ¿Tú no sabes quién era Fidias?

—¿Alguna reina?...

El marqués, sin contestar, ponía en sus hombros al muchacho, el cual, asustadillo, se agarraba fuertemente con sus manitas de nácar a la cabeza del señor, en tanto que la madre, contemplándolo amorosa, le hacía señas para que saltase a sus brazos, abiertos en actitud de recibirlo. El amo alzaba la vista y admiraba al niño en toda su magnífica escultura: ¡Qué líneas! ¡Qué rodillitas aquellas tan bien contorneadas! ¡Qué muslos tan amplios, estrechándose poco a poco hasta terminar en la elegante pierna que, recta, seguía para morir en la graciosa caña del diminuto pie!...

¡Lástima que el rostro no correspondiese del todo a aquella esbeltez suprema! Cierto que Aurelín no era feo; al contrario: guapote, coloradote... mas para los exquisitos sentimientos que el marqués tenía de la estética, las facciones no respondían al hermoso modelado del cuerpo. Sobre todo, la nariz: era la nariz de Aurelio un pedazo de carne puesto allí de mala gana, sin arte, sin gusto,

como quien deja al azar un burdo mezclón de yeso sobre las filigranas de valiosa columna. —¡Toma! ¡toma!...—decía el marqués entregando el chico a su madre—. ¡Lo has desfigurado con esa porra!... —¡Venga, venga!...—gritaba la Antonia estrechándolo junto al seno—. ¡Rico!... ¡prenda!... ¡alma!... ¿Te deja el señor, te deja por esas narizotas?... ¡Pobrecito!... ¡Angelito!...— Y se deshacía, pringándole la cara al golpe sublime de estruendosos besos.

El señor marchaba, no sin dejar algún par de duros: —Vaya, para que le compréis otras narices—. Y la Antonía reía, y, Agustín, escoltando al amo, murmuraba agradecido: —Muchas gracias, señor marqués.

Así fué corriendo el tiempo: Aurelio creció, y viendo la gran simpatía conque en casa del señor lo miraban desde éste al último criado, pasaba allí largas horas encantando a todos con su graciosa cháchara infantil.

Al llegar la señorita Aurea, el viejo caserón era testigo de escenas deliciosas. Ambos se querían entrañablemente, con amor de hermanos. La exquisita educación

de la niña disonaba muchas veces entre las rusticidades de aquel montaracillo, noble, expansivo y franco, en cuyo corazón ya pululaban los gérmenes del deber y del agradecimiento. En sus graciosas reyertas con Aurea, siempre había de sucumbir. El comprendía que la señorita era la nieta del amo que daba de comer a sus padres, del señor de todos aquellos árboles, perdices y conejos. La señorita, niña avispada, dábase cuenta de todo, y algunas veces gozábase en verlo humillado, acatando sus despotismos de reinilla. Así que llegaba el instante de separarse, de marchar la niña a Neuchâtel, lloraban los dos, y sus lágrimas frescas no cargadas aún con las sales de un amargo vivir, rodaban por sus mejillas formando aros de perlas a los rubíes de sus labios, que arqueándose, plegándose en airosa comba, se daban el ósculo de despedida, pareciendo al juntarse un par de cerezas enredadas...

CAPÍTULO III

Sigue la historia

Aurea a Suiza, y Aurelio al Alamo: era éste un pueblecillo situado a dos kilómetros del monte, en cuya escuela iba aprendiendo el hijo del guarda las primeras letras.

Desde un principio mostró el niño admirable disposición para el estudio. El maestro hallábase asombrado: ¡Qué memoria! Recitaba las islas, el curso de los ríos, la ramificación de los diversos sistemas orográficos. Sabía quién fué Chindasvinto, Recesvinto y Carlos V. Cantaba la *vara de Burgos*, y decía como ninguno, sin *asar*, el presente de indicativo del verbo *asir*.

Pero su predilección era el Catecismo y la Historia Sagrada. ¡Ah, el Catecismo! ¡la Historia Sagrada!... ¡Con qué respeto hablaba de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo!... ¡Con qué unción decía las *Obras de Misericordia!* —La primera, enseñar al que no sabe; la segunda, dar buen consejo al que lo ha de menester...— ¡Qué bien refería las historias del pueblo hebreo!: el Diluvio, la escala de Jacob, Sansón derribando el templo, Judith cortando la cabeza de Holofernes... Y, sobre todo, ¡qué sentimiento desplegaba en los pasajes históricos de la Vida de Nuestro Señor!: cuando fué azotado, cuando cayó con la Cruz, cuando bebió la hiel, cuando su Madre, la Santísima Virgen de los Dolores—aquella Virgen que estaba en la iglesia traspasada con siete puñales—lo recibió en sus brazos juntando su faz afligida con la amoratada del Hijo muerto... Aquí lloraba Aurelio.

¡Ah, desde pequeñito se le conoció la afición!: cura, quería ser cura. No otra cosa significaban su recogida actitud al ayudar a misa; sus *Dominus vobiscum* dichos a cada instante, sin ton ni son; las bendiciones que

con sus manitas echaba sobre sus padres, sobre sus hermanos, sobre los árboles del monte y hasta sobre los conejos, como si quisiese preservarlos del tiro certero que el guarda les habría de disparar.

¿Y de dónde vinieron a Aurelio aquellos impulsos de consagrarse a Dios; aquél misticismo, sano como los efluvios del toronjil, robusto como las encinas de su monte, no enclenque, no el raquítico al uso que vemos en la actualidad bajo las bovedillas de esos templitos góticos a la moda? ¿De dónde aquel suave fervor que se escapaba de su pecho como el aroma se escapa de las flores? En su familia nunca hubo ni un sacristán, última palabra de la clerecía. Todos cumplieron honradamente el mandato de Dios: «Creced y multiplicaos». Sus padres eran zafios, burdos; creían, tenían fe, cierto: mas sus creencias resentíanse un poco del espíritu del siglo, que ha invadido en estos últimos tiempos hasta el corazón de recónditas aldeas; no todas las noches se rezaba en su casa el rosario; por efecto de hallarse la parroquia algo distante, no todos los domingos se iba a misa. Eran los conocimien-

tos de Aurelio, ya boyeros de Carranque, quienes al llegar de sus frecuentes andanzas por el mundo le iban dando a conocer el repertorio de las picardías; ya inolorosos pastores, no de Belén precisamente, que tan pronto invocaban a Dios como al diablo; ya, en fin, viejas supersticiosas de Batres que afirmaban haber visto salir a media noche de las troneras del castillo muchas lechuzas, las cuales eran almas de condenados que iban a la iglesia a sorber el aceite de la lámpara con objeto de que no alumbrase a la Santa Cruz...

De Aurelio podía decirse que no lo embaucaron frailes ni monjas. ¡Frailes!... ¡Monjas!... No los querían en aquellos pueblos, que por hallarse próximos a la corte iban perdiendo el religioso alentar de otras más escondidas aldehuelas. No: Aurelio era piadoso porque sí; el misticismo le salía de adentro como salen perfumes del cáliz de la rosa y trinos melodiosos de la garganta del ruiseñor. Cuando Dios quiere que un hombre se eleve y transfigure sacándolo del vulgo, no necesita valerse de otros hombres: bástale con abrirle un poco los ojos del es-

píritu haciéndole ver en todas partes, aun en lo insignificante y baladí, *algo* que no *ven* los demás. Así nacieron los poetas, los músicos, los pintores, todos los artistas. ¿Marco desarrollado para nuestras aptitudes? después que la aptitud se defina, luego que Dios nos haya tocado en el alma diciéndonos: «Ve, y *vé*». En estas dos voces, por su forma iguales y por su fondo distintas; en estos dos imperativos que mandan actos diferentes, en cuanto uno es del verbo *ver* y otro del verbo *ir*, se halla el secreto de nuestra felicidad; mejor diré: el *quid* misterioso de nuestra vocación. ¡Ay, si marchamos sin ver! ¡Ay, si viendo no queremos marchar! No nos sustraigamos a los bellos impulsos de nuestras almas, liras que siempre está tocando Dios. Oigamos sus vibraciones y cantemos acordes con su ritmo.

Así lo comprendió Aurelio, y así empezó a cantar el poema de los amores castos que suben desde los pechos fervientes al trono del Altísimo en ráfagas tan olorosas, que a su lado hasta el incienso parece perder su efluvio.

Aurelio, debido a la influencia del señor

marqués, que por cierto no apoyaba mucho estas nobles pretensiones, entró de fámulo en el Seminario a la edad de catorce años —esa edad en que la flor de la inocencia comienza a perder sus pétalos—y aquella decisión del mozo fué un vislumbre de felicidad para sus padres, que vieron en él al futuro canónigo, quizá un obispo de campanillas que con el tiempo los pasease por la ciudad en lujosa carretela de cortinas moradas.—¡Siempre el egoísmo por delante como heraldo de nuestra mísera condición!

Mas no sería así: Aurelio despreciaba el fausto, la vanagloria siglera, y solo pensaba en hacerse cura de almas para llevar muchas al cielo, soñando con la parroquia de algún pueblo donde conocido de Dios y desconocido de los hombres, transcurriese modesto sus días practicando el bien.

Así las cosas, Aurelio concluyó su carrera con aprovechamiento notable. Ya lo hemos visto: ya sabemos que le falta un año para echar celestiales bendiciones en nombre del Omnipotente, que escoge casi siempre a los humildes para las más altas empre-

sas. Al marqués, lo dijimos hace un momento, como hombre despreocupado e indiferente, no le agradó mucho la resolución del mozo. Más le hubiese gustado que aquella arrogante figura se cubriera con el vistoso uniforme militar, y por eso, cuando en un rasgo caritativo lo redimió del servicio de las armas, al hacerle entrega en Madrid de los seis mil reales, le dijo mirándolo desde arriba a abajo: —¡Lástima, Aurelio, que vayas a vestirte de cura! Ese cuerpo está pidiendo a voces pantalón y guerrera de húsares. De ser nieto mío no cantas el *prefacio*. ¡Qué! ¿te ríes?... ¿No llevo razón? ¿No es una lástima sacrificar la estética de esa briosa escultura a los feísimos pliegues de un hábito clerical? ¡Bien majo estabas al retratarte el otro día con el traje de guarda que, cuando repican gordo, se pone tu padre!... ¿Eh?... ¡Mírate ahí!— Y el marqués señalaba el retrato que, sobre una repisa, mostraba a Aurelio vestido con amplios calzones encerrados en airosas polainas, chaqueta cruzada por dos filas de gruesos botones en cuyo centro resplandecía la corona del marqués, y ancho fieltro de escarapela y alas caídas

que sombreaba admirablemente su rostro, dándole aspecto de uno de esos pintados cazadores, orgullo de la escuela flamenca. —¡Eh! ¿qué tal? Ya lo dijo el conde de Fuensagrada, tu retratista, *amateur* fotográfico que no se entusiasma por cualquier cosa: —Ese chico es una gran figura; haría buen modelo; lléveselo usted á Villegas, que los paga muy bien—. ¿Tú no sabes quien es Villegas? ¡un pintor, muchacho, un famoso pintor! Veo que estás ignorante de todo; allí en el Seminario no te enteras de lo que pasa por el mundo... ¡Pobre chico!... Mira: deja la carrera si quieres; yo te costeo otra. ¿Por qué no entras en la milicia? ¿Deseas ir a Toledo, a Segovia, a Valladolid?... ¡Pocas conquistas que harías!... ¡No te ruborices!... ¿Te pones colorado? ¡Demonio de chico!... ¡Parece una colegiala!... ¡Más pudoroso que mi nieta!... Oye: ¿Te acuerdas de mi nieta?... Hace algún tiempo que no la ves por el monte: pronto la traeremos. Ya es una moza... ¡Anda, anda, márchate!... ¿Qué sabes tú de mozas ni de... ¿cuántos piropos has echado a las mujeres?... ¡Ay, cuando yo tenía tu edad!... En fin, después de todo, sé

cura: ya tendré quien rece por mí... ¡El canónigo, el arcipreste, el patriarca de las Indias que nos va a salir en Batres!... ¡Lo orgullosa que estará la Antonia!... Y tu padre, ¿qué? ¿soltará la escopeta?... Será menester ir pensando en un sustituto... ¡Ea, adiós! Ya nos veremos por el monte.

Así, entre burlas y veras, fué pasando la vida colegial de Aurelio. Todas las proposiciones del marqués para emprender otros estudios, las rechazó. Toda advertencia referente a los graves peligros morales que acarrea al sacerdote la obligada abstención de avasalladoras exigencias orgánicas, martirio y deleite del ser, la agradeció Aurelio profundamente; mas viéndose y juzgándose con fuerzas necesarias para resistir y no imitar al clérigo escurridizo, determinó seguir adelante, la mirada fija en su ideal...

De esto precisamente hablaba a su amigo el poeta, una de aquellas mañanas en que lo tenía de huésped. Y noto que charlando de Aurelio, de sus padres, del marqués y de la duquesita (a la que sin duda ya tendréis gana de conocer), nos hemos olvidado de nuestro amigo Luis. No lo dejemos.

CAPITULO IV

Vida campestre

Sentó muy bien al poeta la nueva vida: sus mejillas enrojecieron, sus pómulos se llenaron, y sus piernas, con el continuo ejercicio, adquirían vigor. Tomábase por las mañanas un tazón de leche, fresca, pura, acabada de ordeñar; y luego, a eso de las once, el plato indispensable: conejo. Porque allí, ya se sabía, el conejo era la vaca; o sea, que ésta era sustituída por aquél. Conejo por tarde y noche; asado, frito, cocido, dorado y sin dorar. ¡Siempre conejo!—¿Cuántos ha traído usté, padre?—preguntaban las muchachas al señor Agustín viéndolo aparecer con el arma al hombro.—Dos, cuatro, seis... (según el

acierto de la puntería)—contestaba el señor Agustín, descargándose del zurrón, abriéndolo y mostrando por las débiles patas los substanciosos animalillos, que al impulso del vaivén movían sus graciosas orejas y enseñaban unas pupilas muy tristes...

Y con los trozos de aquella caza que la señora Antonia guisaba tan rebién, Luis bebía sendos tragos de vino, no sin vencer cierta repugnancia causada por el modo especial de repartirlo. Era éste: llenaban de la bota un gran vaso que daba vueltas a la mesa, bebiendo cada cual según su antojo. El poeta, educado con remilgos, escrupuloso en demasía, miraba con alguna prevención el vaso a través de cuyo empañado cristal iba la raya del líquido poco a poco descendiendo; más al fin, cuando le llegaba su turno, lo cogía, empinaba el codo, y... ¡hasta verte, Cristo mío! se acostumbró. A lo que no pudo acostumbrarse, fué a comer del mismo plato. Tenían que servirle aparte. Aquella fraternidad, aquel bullicioso cuchareteo de niños, jóvenes y ancianos en la misma fuente; esa costumbre de los humildes, que dispuestos a amarse, a compartir entre sí lo de todos

ellos, hacen plato común de la cacerola que lanza sus resoplidos en el centro de la mesa, no podía, a pesar de su espiritual encanto, domeñar las escrupulosidades del poeta, hecho a vivir en atmósferas caldeadas por otras lumbres.

Fuera de esto lo demás iba bien. Aunque grosera llevábase una existencia deportiva. Se cazaba, se pescaba, se hacían excursiones a las aldeas y villas próximas... vamos, el deporte en sus alboreos.

Luis no disparó ni un sólo tiro. Siempre iba de ojeador: dando con una vara larga en las peñas, en los jarales, en los árboles... Tampoco se atrevió a pescar. Los demás se zambullian en el agua; una balsa oculta entre mimbrales que extendía su matiz verdelechoso, formado por las lluvias del invierno, allá en fresca hondonada del monte. Sistema de pescar muy característico. Uno llevaba el aparato consistente en cierta especie de semicasquete esférico: dos palos largos que se comban, pasando aquél sobre éste a manera de nervadura gótica; por la parte inferior, a los cuatro extremos de los varales, sujétase la red. El pescador hundía en el agua la rús-

tica *máquina pesquera*—invento acaso de los tiempos bíblicos—y los otros compañeros, nadando hacia la misma, manoteaban con fiereza en la balsa a fin de llevarse por delante los asustados peces.

Luis nunca quiso mojarse ni la punta del pie. Se estaba en la orilla, tumbado a la sombra, oyendo el gorjeo de los pájaros, el susurro del viento al pasar por el ramaje y la burlona risa cascabelera de la estrecha corriente del Guadarrama. Tenía cuenta de los vestidos de sus amigos. Una vez, el señor Agustín, le dejó su escopeta. Adormilado, como siempre, escuchaba Roldán el vivir del monte. De pronto, un recio batir de alas o despertó. Fijó sus ojos en el punto donde creyó percibir rumor de plumas, y a través de la cortina de mimbres, vió Luis en la orilla de la balsa una paloma torcaz. ¡Qué hermosa! Blanca como el ampo de la nieve, y con ligerísimas manchas cenicientas en el moño. Era aquel día un miércoles, y el poeta, contemplando el rocío gris del ave, pensó: ¿Será hoy el *miércoles de ceniza* de las palomas?

El bello animal, sobre el légamo, de es-

paldas a Luis, miraba atenta el charco: quizá alguna rana le hacía muecas, o acaso en uno de aquellos cristalillos verduzcos se veía el efecto que hacía en su gracioso moño el polvo penitencial.

Se irguió Luis, e instintivamente cogió la escopeta que tenía al lado. Levísima sonrisa, precursora de orgulloso triunfo, dilató sus labios. La paloma estaba allí, a dos pasos... ¡Buena caza! ¡Ah, cómo se admirarían Aurelio y todos los del monte!... ¡Una paloma cazada por él!

Y Luis, fluctuando, se decidió: apoyó la culata junto al hombro; cuidadosamente deslizó el cañón entre los mimbrales; entre los mimbrales asomó la cabeza... ¡éxito seguro! la paloma no se movía; la paloma aparecía contemplando la balsa, iluminada por el sol. De vez en cuando introducía el pico entre las plumas de sus alas de nieve, rascándose llena de gracia. El poeta ladeó un poco el cuello, perfiló la puntería, llevó el dedo al gatillo, y... se detuvo. Una pregunta encantadoramente pueril, cáscara de exquisito fruto de compasión, floreció en su mente:—¡Animalito!... ¿Y si la mato?...—Y Luis, para

no caer de nuevo en la tentación, agitando fuertemente las ramas, gritó:—¡Of, of, of!...

Asustada la paloma sacudió el plumaje y se perdió entre las encinas. Y el poeta, sin presumirlo, entonó un canto a la libertad: —¡Vuela, vuela paloma blanca! ¡No dejes de extender tus níveas alas hasta morir! ¡Quien te puso la ceniza en la frente paralice tu corazón!... ¡Vuela, paloma blanca!...

Cuando se lo contó a Aurelio, éste, amen de burlarse, le riñó: ¡lástima de paloma viva!... El tacto espiritual de Aurelio no acertaba a descubrir el fino pulimento de las delicadezas agudas. Aunque no era adocenado incurría muchas veces en la vulgaridad. Y así, para él, hubiera sido mejor descerrajar un tiro al ave, verla caer agónica en el suelo, cogerla, llevarla a casa, quitarle las plumas, y, ¡ramplona conclusión! echarla en el cocido. Para Luis, no. Luis sacrificaba el gustillo de ese caldo sustancioso, porque la paloma volase, alegrara el nido de una encina vieja, diera su pico al palomo, y se recostara sobre los débiles polluelos prestándoles suave calor...

Atesoraba lástima tan grande el corazón

de Luis por todo lo viviente, que ya alguna vez rayaba en lo ridículo. Cuando iban de excursión a los pueblos limítrofes, siempre llevaban un borrico y un caballo. Aurelio, como buen ginete, montaba el jaco, ladino y rezongón. El borrico era para Luis. Se desesperaba Aurelio teniendo que marchar casi a la par del burro, que maldito si adelantaba un paso.—¡Dale con la vara!—decía a Luis —¡híncale la punta del pie!—Luis no hacía sino descansar su varilla de fresno sobre el lomo, y en cuanto a los pies los dejaba inmóviles, o, cuando más, hostigado por las voces de Aurelio, rascaba los corvejones suavemente, siendo mejor que castigo una caricia retozona que fomentaba la habitual pereza de la pesada cabalgadura.

Aurelio, viendo la inutilidad de sus avisos, se apeaba, y entonces... ¡madre mía! con la misma vara de Luis descargaba sobre el bicho tan descomunal paliza, que el burro emprendía larga carrera, mientras Luis, afianzándose, lamentaba en sus adentros: —¡Animalillo!...

A su compasión por el burro debió un baño muy regular en el Guadarrama, al va-

dear éste para ir a la *mimbrera*, lugar en donde pelaban mimbres, con objeto de venderlos luego los hijos del señor Agustín.

Aurelio en su jaco, y en su jumento Luis, ambos marchaban por el cristalino lecho del río, camino del mimbreral. No sé qué sucedió con la caballería que montaba el poeta; ella se detuvo.—¡Arre!... ¡Arre!...—gritaba Luis.—Aurelio, que ya iba cerca de la orilla, retrocedió y descargó tan formidable palo al remolón del bicho, que éste salió de naja bamboleando el cuerpo del poeta, el cual, todo asustado, arrugaba y desarrugaba el entrecejo como quien ve visiones.—¡Agárrate!...—vociferaba Aurelio—¡Tírale de las orejas!...—¡Va a ser peor!... ¡Le voy a hacer daño!...

Sucedió que Luis dió media vuelta y cayó al río, mientras el burro ganaba la margen enredadas sus patas en el ramal. Se puso Roldán hecho una sopa, y para colmo de desventuras tuvo que oir la filípica de Aurelio, que con todo su misticismo estaba en aquel momento dado a los demonios.

Cuando llegaron a la choza bajo la cual pelaban mimbres los hermanos de Toro, fué

estupenda la algazara que se produjo. El poeta pasó al interior de la cabaña y allí se desnudó de sus mojadas vestiduras. Después se arrebujó en una manta, y así, invitado por su amigo que ya mostraba mejor semblante, marchó junto a una fogata levantada en su obsequio por Ramón (el de las jotas) cerca del chozajo, y desde allí, viendo la operación que efectuaban con los flexibles y correosos tallos de los mimbrales despojándolos de sus hojas, aun tuvo humor para compadecerse de las tiernas varillas, antes pomposas en la ribera recibiendo el beso del cristalino arroyo, y ahora desnudas de su verde atavío y hacinadas en montón para ser vendidas por un sucio puñado de cobre...

CAPITULO V

La Duquesita

Como veis, la vida de Roldán se deslizaba entre graciosas peripecias. Una de las tardes en que sesteaban los dos por aquellos vericuetos, oyeron la voz de una bocina. Aurelio se asustó: era la bocina que tocaba su madre al ocurrir alguna novedad. Aquella bocina sonaba en muy contados casos.

Había razón porque temblase Toro: una vez, la bocina llamó, y era que a la pobrecita de su hermana Matilde se le prendieron las ropas junto al fuego; cuando llegaron, apesar de los esfuerzos de la madre que, desesperada, loca, hizo heroicidades sublimes por salvarla, la niña era una pavesa, un carbón.

La bocina clamó otra vez, y era que el abuelo se moría. Siempre tocaba a luto, a duelo, a quebranto; a felicidad nunca.

Repito que Aurelio se asustó; y emprendiendo veloz carrera dejó atrás al amigo, que apenas si lo podía seguir. La bocina seguía tocando. Después calló y no volvió a oirse.

Al llegar a la cumbre fué grande la sorpresa de Luis percibiendo, en vez del llanto y desolación que le hacían sospechar los temores de Aurelio, frescas y juveniles risas.

Formando pintoresco grupo, encantadora hermandad de señorío y villanía, veíanse congregados en la desigual explanada de la casa del guarda, a éste, su mujer, sus hijos, un señor de edad provecta, y una joven, que por su belleza gentil y blanca, parecía fresco manojo de erguidas azucenas acabado de cortar para trasladarlo a un búcaro.

Entre ellos Luis, Aurelio presentólo con frases de rústica sencillez al anciano, que no era otro sino el ilustre marqués de las Contiendas, y a su nieta, la señorita Aurea de Mazarrondo, duquesa de Sotoperales.

Se cambiaron los saludos de rigor, y en

un abrir y cerrar de ojos el poeta examinó a la aristocrática muchacha. Debería contar de dieciocho a veinte años. Vestía traje de muselina blanca, de manga corta, cuyos encajes color crema le hacían cosquillas en un codo finísimo, remate digno del brazo, espiritual casi por su elegante delgadez. Ancho sombrero de paja rodeado por guirnalda de margaritas caía sobre sus sienes en donde flotaban descompuestos rizos rubios. Eran sus ojos de un azul muy leve y de un mirar muy dulce, y en sus nevados pómulos se transparentaba ligero matiz de rosa, como si ardiese una bujía detrás de un papel de seda.

Había llegado en mula, porque no muy lejos se mostraba hermoso ejemplar luciendo sujeta al albardón jamuga primorosa, manta zamorana de rojos madroños, y plateados estribos.

—¿Con qué pagaré yo esto, madre mía, con qué lo pagaré?—se preguntaba en voz alta la Antonia—¡Digo! ¿Le parece a usté?... ¡Venir a visitarnos la señorita duquesa!...

—Vamos, calla, mujer...—atajaba con el dulce metal de sus palabras la bella aludida. —¿Es la primera vez que vengo?

—No... pero entonces la señorita era una niña.

—¿Y qué? ¿No pueden venir más que las niñas a tu casa? Ea, déjate de tonterías. He llegado al monte a pasar una temporada; he querido recorrer hoy con el señor estos alrededores; he pasado por aquí, te he visto y... eso es todo.

—¡Ha venido a visitarnos!...—repetía admirada la madre de Aurelio mirando al poeta.—¡A visitarnos!...

—Pero boba, ¿qué tiene de particular que yo venga a verte a ti y a tus hijos?... ¡Mira, qué bonitos son!...—modulaba la duquesa haciendo revolotear una de las palomas de sus manos sobre la alborotada cabellera del rubín más próximo.

—¡No los toque la señorita, no, que se podría manchar!... Están muy sucios, señorita, muy zarrapastrosos... Como nos ha pillado la señorita así tan de improviso... pues...

—No te preocupes, mujer. Estos no los conozco... ¿cómo se llaman?

—Juanito, Pepito, Gregorín...—respondía azorada la madre mientras los limpiaba con

un pico de su delantal.—Son muy malos, señorita...

—María está hecha una mujer, lo mismo que Rosario y que Mercedes... ¿Quién se va a casar primero?

—Se acuerda la señorita de todos nosotros—expresó Agustín.

—¡Claro!... ¿Y vosotros, os acordábais de mí?

—¡Mucho, señorita, mucho! — decía rebosando satisfacción Antonia.

—¡Qué tiempos aquellos, cuando jugábamos en mi patio!... ¿verdad?

—¡Ya lo creo!...—mascullaba confusa una de las muchachas.

—¿Y Aurelio, canta misa?

—El año que viene; se lo comunicaré a la señorita.

—Tendré mucho gusto en asistir... Ya te haré un regalo.

—Gracias, señorita.

—¡No me llames así, hombre!... ¡Qué respeto te ha entrado de pronto!... ¿Tan vieja estoy?...

—¡Oh, no!...

—¿Ya no te acuerdas de lo mucho que te

hacia sufrir cuando me encoraginaba contigo?... Pero luego hacíamos las amistades.

—¡Es muy buena la señorita!...—afirmaba Antonia.—¿No ha visto la señorita a mi hijo vestido de cura? Con la sotana está hecho una persona respetable.

—Vé a casa un día para que te veamos.

—Sí que irá, señorita.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos, Aurelio?

—Unos seis años...

—Eso es. Ya entonces eras tú un hombrecito, muy pulido, muy educado. . El Seminario te barnizó un poco... Y no lo tomes a mal.

—¡Oh, de ninguna manera!—se adelantó a contestar por su hijo la madre.

—¿Y tienes mucha vocación?

—¿Que si tiene vocación?—exclamó el marqués.—¡Más que un San Pedro Nolasco! Este muere en una cartuja.

—¡No, cartujo, no!—interrumpió la Antonia,—obispo, señor marqués.

—Bueno, pues obispo, y si es poco, Nuncio de Su Santidad.

—¿Y usted—interrogó la duquesa diri-

giéndose a Luis—también canta misa al mismo tiempo que Aurelio?

—Probablemente... — contestó el poeta, quien por comparecer en aquella guisa de traje palurdo ante mujer tan bella y distinguida, se hallaba algo confuso.

—Conozco a usted un poco de nombre. Allí en Neuchâtel hay una Madre española entusiasta por los versos. Le sucede lo que a mí: yo no puedo leer una buena poesía sin conmoverme. Esta religiosa recibe periódicos de la corte, y en uno de ellos leí su famosa composición. La escribiría usted llorando... ¿No conoció usted a su madre, verdad?

—No, señorita—repuso afligido el poeta.

—Yo a la mía tampoco. Usted en sus versos no se atreve a definir la madre. ¿Por qué no lo preguntó a Aurelio? El quizás le hubiera dado una definición.

—No;—expuso el marqués—yo creo más difícil saber lo que es una madre a quienes la poseen que a los que no la conocieron. Estos últimos, más o menos, saben que es una mujer. Pero aquellos que tuvieron la dicha de recibir en el rostro los besos de la

maternidad no aciertan, en rigor, a comprenderlo. Por mí lo juzgo: ¡mirad que me han besado mujeres!... (y el marqués sonrió con graciosa malicia) pues nada: con la dulzura y sonoridad de los besos de mi madre no hay besos en el mundo. Es una nota que sólo ellas dan. Y dejemos ya la charla y vámonos, que anochece y no va a darnos de cenar Agustín.

—Ya sabe el señor—ofreció humildemente Agustín—que todo cuanto hay en la casa es suyo.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Aurea?

—Sí, vamos. ¡Hasta la vista!... Y perdona, Aurelio, el susto que te he hecho pasar tocando la bocina. Que vayas por casa. Y si usted lo acompaña—dirigiéndose a Luis—nuestra satisfacción será doble. ¡Ea, adiós!...

—¡Vaya con Dios la señorita!... ¡Que viva mil años la señorita!...—gritaba jubilosamente Antonia.

—Sube, sube en la mula,—decía el abuelo precediendo a su nieta.

—¿El señor va a pie?—preguntó Agustín.

—A pie; ya sabes que estoy ágil y me

gusta andar mucho. Así me entreno para la caza, que se va acercando.

—¿Quiere el señor que lo acompañe?

—No, ¿para qué? Si nos vamos derechitos a casa y está muy cerca.. Vaya, hija, sube. Te enamoraste de la mula y...

—Para pasear por aquí, me gusta más que el caballo.

—Bueno, ¡pues arriba!...

Aurea saltó ligera sobre el animal, que relinchó de gusto al recibir tan dulce carga. Un aire blando subía por las encinas y llegaba hasta el sombrero de la duquesa agitando las flores de sus alas. La luna, avanzaba y perfilaba el elegante busto de la niña, tiñendo su faz y sus brazos de suave palidez...

CAPÍTULO VI

En casa del marqués

A los tres o cuatro días de esta ilustre visita, un servidor del marqués llevó a casa de Aurelio la esquela siguiente:

«Aurelio:

Mi nieta y yo tendríamos mucho gusto en que vinieras un día a comer con nosotros. ¿Podría ser mañana? La señorita duquesa recuerda los tiempos antiguos, y ya que no es posible resucitar las deliciosas travesuras de la niñez, quiere evocarlas de sobremesa. Que te acompañe tu amigo, y así le escucharemos alguna cosa. A mi nieta le gustan mucho los versos. Hasta que no lleguen los ca-

zadores, esto no se animará; de modo que nos haces un gran favor viniendo a *alegrarnos la existencia*. El campo sin gente es muy aburrido. No te confundas ni te llenes de agradecimiento. Quien va para obispo bien merece esta insignificante distinción.

Hasta mañana, pues.

El marqués de las Contiendas.»

Imposible describir la satisfacción que causó esta carta en la familia de Aurelio. ¡Ahí es nada!... ¡Comer con el señor marqués y la señorita duquesa!...

—¡Lo que son los hábitos!...—reflexionaba ufanamente en voz alta la señora Antonia.—¡Lo que es ser cura!... ¿Cuándo alcanzará esto tu pobre hermano Ramón?... ¡Digo!... ¡Digo!... ¡Comer en casa del señor marqués!... ¡Jesús!... ¡Y quién sabe si el día de mañana comerás en palacio con el rey!...

—Calle usté, madre.

—De menos nos hizo Dios, hijo mío, y por algo se empieza. Mira cómo ya te buscan. ¿Qué dice usté a todo esto, señor poeta? ¿Verdad que vale mucho mi hijo? ¿Ver-

dad que esa invitación es muy honrosa? ¡La primera vez que va a comer allí, y frecuenta la casa desde que era un renacuajillo!... ¡Ah! entonces, ibas a la cocina para tomar lo que querían darte los criados; ahora... ¡ahora en la mesa de los señores como un príncipe!... Y a usté también lo invitan, señor poeta... ¿Qué, qué dice usté a todo esto?...

El poeta no contestaba; creía adivinar el verdadero alcance de aquella invitación: un viejo y una joven que se aburren y buscan la manera de distraerse un poco. Aurelio y él eran, accidentalmente en el monte, las personas con las cuales se podía tratar algo. Además, el aliciente de escuchar unos versos recitados por su mismo autor, no del todo ignorado, aumentaba el atractivo para hacer el convite.

—Ea,—continuaba la verbosa madre—pues a ir mañana, y muy limpios. Tú, María, enjabona un par de alzacuellos; y tú, Mercedes, saca los zapatos nuevos de tu hermano y ponlos como un espejo de lucios. Rosario, hija, no te estés con las manos cruzadas... vé por el sombrero de pelo, y con el cepillo chiquito, péinalo cuidadosamente.

Yo voy a repasar la sotana y el manteo, no vayan a tener alguna mota.

Y Antonia, ágil, diligente, activa, iba de un lado a otro, disponiéndolo todo para aquella minucia del convite que, de rechazo, caía sobre ella cual mole de magno acontecimiento.

A la mañana siguiente, los dos amigos, muy pulcros, muy aseados, muy compuestos, se encaminaron a casa del señor marqués. Anunciados por un viejo servidor, ambos entraron al despacho del prócer, que los recibió con su acostumbrada llaneza y afabilidad.

La duquesita se presentó a poco vistiendo su predilecto color blanco; los cabellos, desnudos de todo adorno, virgíneos y áureos, brillaban con la claridad de aquel hermoso día de Septiembre, y parecían robados al blondo pelo de una *madonna* rafaelesca.

– ¿Qué te parece el futuro cardenal?— preguntó el marqués a su nieta, señalando a Aurelio.

—¡Muy bien!... ¡Le cae muy bien esa ropa, sobre todo el manteo!...

—Es la única prenda clerical que me gusta, por lo que tiene de torera.

—¡Pero que muy bien!—repetía la duquesa mirando a Aurelio desde arriba a abajo.

—¡Phs!...—decía Aurelio—puedo pasar.

—¡Cualquiera te conoce!... ¿verdad, abuelo?

—¡Ah! pues mejor hubiera estado vistiendo un uniforme de húsares. Bastantes veces que se lo he dicho; pero él se empeñó... ¡En fin, a lo hecho pecho!

—¿Qué quiere el señor?. Desde niño me agradaba...

—Sí, hombre, ya lo sé; no hablemos de eso. Mirad, he pensado—expuso el marqués consultando su magnífico reloj—que mientras nos avisan para la mesa podemos echar un vistazo a la casa. Aurelio la conoce, pero no usted. Advierto a usted que no es ninguna maravilla, y que yo, con mis asuntos, la tengo algo descuidada. Me tendreis que dejar pasar delante.

—Usted nos abruma con sus finezas, señor marqués,—murmuró apartándose respetuosamente Luis.

El abuelo y su nieta iniciaron la marcha,

y detrás de ellos siguieron los dos seminaristas.

La habitación donde primeramente ingresaron respiraba severidad con el nogal de su vestido.

Cual filigrana de una gran tienda de antigüedades, aparecía en el centro dorada mesa con tapa de cristal. Defendidos por la transparente cubierta se ofrecía allí a la admiración del visitante un caudal de preciosidades artísticas; un *totum revolutum* de cosas lindas, raras y viejas: vitelas de abanico, finas cajitas de rapé, figurillas de Sevres, aros con dijes, un rosario de ágata, un Cristo de marfil... todo en confusión deliciosa, en encantadora familiaridad.

En el techo, un águila disecada que mató el marqués, sostenía de su corvo pico la cadena de una lámpara de cobre. Enorme brasero, rubio como llamas, interceptaba el paso. Sillones frailunos de cuero cordobés hacían pensar en antiguos inquisidores encapuchados. El oro raspado de tres o cuatro viejas cornucopias resplandecía sobre el tono sombrío de las paredes. En un ángulo, encima de salomónica columna, atraía con sus

ojos vidriosos una escultura de San Francisco de Asís...

Llegaron a la sala amarilla, toda cubierta por rica tela de damasco. Pesados cortinones triangulaban las puertas; entre balcón y balcón, largos espejos de churriguerescos penachos daban salida a brazos luminosos; en un rincón se alzaba un tíbor, por cuya panza de cobre oxidado subía cogiéndose a guirnaldas de flores un grupo de traviesos amorcillos; dos arañas, en sus gruesos borlones de cristal, recogían el polvillo polícromo del iris; grandes retratos al óleo mostraban linajudas damas de amplios escotes y peinados de raya en medio, así como varones de pelucas empolvadas e inmensas chorreras de fino encaje.

Pasaron a otra habitación muy vacía de adornos: dos consolas de mármol con aplicaciones de bronce dorado, y un tapiz en el testero de enfrente, era lo único que allí se admiraba; bien es verdad que todo ello tenía gran mérito.

—Esta sala,—expresó el marqués—restaurando su artesonado y adornándola con muebles de época, que muchos y buenos

tengo en Madrid, ganaría bastante. ¡Pero soy tan abandonado!... Mire usted ese tapiz: vale la pena de fijarse en él.

El poeta se adelantó y examinó la obra artística.

—Aurea, descorre un poco esa cortina, que entre más luz.

Obedeció la joven a su abuelo, y la claridad, filtrándose, iluminó la tela. Era un idilio. La escena representaba una entrada de pueblo. En primer término, una fuente dejaba caer su cristalino chorro; más allá, se diseminaban varias casuchas; y recortando el horizonte, veíanse la torre de una iglesia y las almenas de un castillo feudal. Dos figuras llenaban el lienzo: un arrogante soldado y una garrida moza; ésta, sostenía un cantarico a la cintura; vestía saya corta de vivos colores, y mostraba en su rostro la fresca hermosura de su aldeana juventud. Parecía escuchar complacida las ternezas que al inclinarse iba desperdigando en su oído aquel fino galán, el cual se acicalaba con bello calzón corto, jubón acuchillado en cuyo fondo resaltaba la cruz calatraveña, y chambergo de alas caídas y caracoleantes plumas, que

daban a la cara, surcada por rizosa barba negra, alternativas de trovero y guerreador. Con una de sus manos retenía dulcemente a la villana, y la otra, en el pomo de una espada, descansaba con gentileza varonil.

—Usted debe conocer a ese,—y el marqués señaló al soldado.

—¿Yo?...

—¿Sabe usted quién es?

—No adivino...

—Un colega suyo, un vate... ¡Y si no, que se lo pregunten al Tajo!

—¡Calle!... ¡Y es verdad!... ¡Si es Garcilaso!...

—El mismo. ¿No ha visto usted en Batres esa fuente?

—Sí, sí...

—Allí estuvo el poeta bebiendo. Nuestro castillo—las almenas que ahí se divisan—guarda una cama donde, según versión más o menos auténtica, reposó una noche este egregio amigo de las musas.

—¡Ya!...

Atravesaron un cuarto de paso, y el marqués, con susto fingido, avisó a Luis:—¡No

mire usted ahí, aunque el cuadrito sea copia notable de un Tintoreto!

Luis comprendió la indirecta y sonrió benévolamente. Se hallaban ante un admirable desnudo. A excepción del rostro, cubierto por antifaz de raso negro, no ocultaba ninguno de sus otros encantos una mujer. Para hacer resaltar más la sonrosada blancura de las carnes, el pintor parecía haber amontonado amplios y rugosos cortinajes de terciopelo obscuro, formando con ellos rico almohadón, en donde se ostentaba el divino cuerpo. Recostado, en estudiada postura de lánguido abandono, se ofrecía: los pies, breves, colgaban con inimitable gracia al borde final del improvisado asiento; las piernas, rozándose suaves, tenían empeño en destacar el nimbo de la tersa y saliente rodilla; los muslos, replegados, iban perdiendo poco a poco su irradiación luminosa, abismándose en lo profundo de una dulce obscuridad; en la nevada y anforina comba del vientre, se notaba el sello de un botón rosa; con dureza de mármol y suavidades y transparencias de fanal, los redondos pechos temblaban; la culebrilla azul de una vena su-

bía al hoyo de la garganta; las manos se desmayaban sobre el almohadón, y la cabellera de ébano encima de los robustos y blancos hombros. Y presidiendo todos estos encantos, el misterio del rostro velado por el antifaz, que solo acertaba a descubrir la comisura sangrienta de los labios rojos y el vivo resplandor de las pupilas negras.

—Este cuadro—explicó el marqués—mejor dicho, el original de esta copia que se conserva en Venecia, tiene su anécdota. Esa mujer fué una ilustre dama, célebre en la ciudad de los *Dux* por su hermosura. Jacobo Robusti, como se llamaba el Tintoreto, muy amigo suyo, expresole el deseo que tenía de trasladar al lienzo sus ocultas perfecciones. Ella se prestó a ser su modelo, pero con la cara cubierta: un antifaz sería la pantalla de su rubor.

—¡Es admirable de colorido y de líneas!... — Luis, echándose atrás, encanutó sus manos, y las puso delante de los ojos. —¡Admirable!...

Aurelio, algo molesto por la insistencia contemplativa de su amigo, quiso distraer la general atención, y acercándose disimulada-

mente a las vidrieras, se atrevió a alabar el paisaje:—¡Qué bonito!...

El poeta deshizo el improvisado observatorio, y repitió, mirando desde su sitio la decoración de los árboles:—¡Qué bonito!

—¡Oh, pues aquí es nada comparado con lo que se ve desde este cuarto!—Y la gentil duquesa, deslizó los jazmines de sus dedos entre los elegantes pliegues de una cortina blanca sembrada a ramos, e ingresó en un gabinete azul.—Mi cuarto de estudios, el más lindo de la casa.

—Un cuarto de damita joven;—hacía notar el marqués - fruslerías, bagatelas, caprichillos, antojillos mujeriles... ¡Un mundito de esencias, de lazos, de flores y de *biscuit*... ¡Qué mezcolanza!, ¿verdad?...

—¡Ah, pero deliciosa, señor marqués! —contestaba Roldán observándolo todo con curiosidad infantil.

—Sí, sí... Ustedes los poetas como llevan esto mismo en la imaginación... ¡Floja mesa —revuelta que será la cabeza de usted.!

—¡Mirad que vistas!—exclamó Aurea dirigiéndose a una ancha ventana, y apoyando sus codos sobre los hierros del barandal.

En efecto, la perspectiva era deliciosa: el monte, rugoso, jiboso, bajaba cargado de encinas, pareciendo gigante sátiro de hercúleas fuerzas, que trasladaba en sus recias espaldas ninfas vestidas de verde para jugar con ellas en las márgenes del río. Este, culebreando plata, perdíase entre los árboles; mas allá, aparecían dos o tres viviendas, blancas e inmóviles, como palomas hipnotizadas. Y más allá, cerca del horizonte azul, el desparramado trigo de una era, semejaba el polvillo luminoso de una estrella hecha pedazos.

—Señores—avisó el marqués—me parece que ya será hora de rendir culto al prosaico estómago...

CAPÍTULO VII

De sobremesa

Por un momento, durante la comida, creyó Luis que vestía *smoking* o *frac*. No recordaba que la sotana se pegaba a su cuerpo. Su amigo Toro, con disimulada mirada de reconvención, le hizo volver a la realidad.

No, no podía ser obsequioso, galante, fino.... En la flor de su edad, todo impresionabilidad y sentimientos, tenía que revestirse con la indiferencia y hastío de la edad senil. Se hallaba enfrente de una mujer muy bella, muy culta, muy distinguida, muy amable... y él, que en su antigua vida de sociedad mundana había gustado mucho de cultivar el *flirt*, ahora se veía cohibido, ame-

drentado, precisado a callar, a comprimirse, a recogerse... ¿Para qué el néctar de aquellos vinos delicados, si la expansión más inocente estaba prohibida, y cada gesto y movimiento había que medirlos con un compás? ¿Para qué la belleza de la gentil duquesita, si aun el mirarla de soslayo complacidamente, constituía un pecado gravísimo? ¿Para qué ya un corazón arrebatado y ardiente, si era preciso sujetarlo y disfrazarlo con máscara de hielo? ¿Para qué una imaginación fecunda, si las flores que ella daba habían de pisotearse por el temor perpetuo del *qué dirán*? ¿Para qué un ingenio vivo en ensartar halagos de oído femenil, si a la lengua se prohibía musicarlos?...

No, no; ¡todo ha muerto!...—pensaba Luis cada vez que la mirada de su amigo le advertía implacable.—¡Qué lástima dejar pasar así los mejores años de esta corta juventud, única que Dios concede al hombre! ¡Qué pena salir al encuentro de la vejez, tan fría y tan larga! ¡Qué crueldad ir contra el tiempo y arrancar por un impuesto capricho las rosas de la vida que ya no vuelven a renacer! ¡Qué tristeza adelantarnos a la muerte,

cuando ella forzosamente tiene que venir!... En presencia de la juventud, de la hermosura, de la gracia... corazón: ¡quieto y no brinques!; lengua: ¡calla y no ensalces!; ojos: ¡cerraos!; fuego: ¡consúmete!; entusiasmo: ¡enfríate!; alegría: ¡huye!; ilusión: ¡vete!.. ¡Todo el *yo*, húndete en el desencanto y en la inercia! La suerte de tu vivir futuro ya está echada: ¡hambre y frío!.. Desfallecido, ¿y ni una miguita de aquel pan tan tierno? Helado, ¿y ni un segundo de calor siquiera junto a la dulce fragua de la mujer?...—Y al llegar el pensamiento a esta conclusión dolorosa, a lo largo del corazón de Luis, como gota de lluvia sobre la superficie de un cristal, resbaló una lágrima...

Terminó la comida, y la duquesita, mirando a Luis, insinuó:—Ahora, si usted quisiera recitarnos alguna de sus composiciones...

—Sí—prosiguió el marqués—, después de este rato de prosa aguardamos con ansia un momento de poesía. Pero no aquí, donde la necesidad del estómago se satisface, sino en el gabinetito azul, por cuyas ventanas los ojos se recrean y donde se aspira el efluvio

de esta nieta que allí borda, pinta, canta y acaricia el piano.

—¡Qué galante es mi abuelo!

—Pepe—encomendó el marqués a un rígido criado—, sírvanos usted allí el café.

Instalados ya en el cuarto azul y servido el fino Moka en elegantes tazas, Aurea preguntó:—¿Qué va a ser? ¿Aquella composición que me leyeron en Suiza?

—¡Sí, esa!—opinó Aurelio.—¡Es muy triste, pero muy hermosa!

—Señores, recitaré otra, porque...

—No, no...—insistió Aurelio.

—¡Pero hombre!...

—Bueno, otra — dijo el marqués—; en siendo poesía, todo me gusta. Poesía—recalcó—¿eh?... Porque los versos, si son como los de Juanito Castropardo... ¿Usted los conoce?

—Algo, sí, señor...

—¡Oh, qué versos!... Yo no sé dónde demonios se mete allí el ritmo. Es bastante amigo nuestro ese Castropardo. Si está usted en el monte para el día de *ribera*, se lo presentaré, porque lo he invitado. Pero, a lo que íbamos: ¿quiere usted empezar?

—Anda, Luis—rogó Aurelio—, la composición que te he dicho.

—Eso; la poesía que me leyó la Madre francesa.

—Sufro mucho cuando la recito.

—¿Sufre usted?

—Sí, señor marqués: es la historia de mis dolores íntimos, y... ¿a quién pueden interesar mis dolores? — El acento del poeta revelaba una honda amargura.—Es crónica de mi niñez, de mi primera juventud. Escribí esa poesía con toda el alma; ¡habla de mi madre!...—Y con mucha emoción en la frase, añadió:—¡Habla de mi madre, que murió cuando yo empecé a vivir!

Sobre el gabinete azul, una lápida de angustia parecía descender lentamente.

—Pero—finalizó resuelto el poeta—escuchad.—Y despacio, comenzó:

Yo tengo un Crucifijo,
un Crucifijo tengo,
que beso al acostarme
y al levantarme beso...

Sonaba la voz como un murmurio lejano; voz del alma que, peregrina del dolor, subía

desde muy hondo para descansar en los labios. Ya sentada el alma, por encargo del poeta, seguía contando:

> Ocupa de mi cuarto reducido
> el principal testero:
> un trozo de pared donde se apoya
> la cabecera de mi pobre lecho,
> un trozo de pared, sin más adorno
> que la figura de Jesús muriendo...

Esta Cruz, suspensa de un rosario colgandero, acariciaba la azulada veste de una Hermana de la Caridad. Cuando en alas de su santo ministerio, la Hermana voló a América, regaló la Cruz a la madre del poeta en prenda de su dulce cariño, pues

> juntas siempre lloraron,
> juntas siempre rieron,
> y juntas, como alondra
> que abandonara de la encina el hueco,
> vieron partir del corazón ligera
> la feliz inocencia de otros tiempos ..

La Cruz fué conservada

> como en fina bayeta el oro viejo.

Y llegó a ser la herencia, el recuerdo úni-

co que a Luis dejó su madre. ¡Su madre!... El no la conoció.

¡Ay, madre! ¿Cómo eras?
Las personas aquellas que te vieron
me dicen—¡me decían!...—que tu rostro
era blanco; dorados tus cabellos;
tus pupilas azules, muy rasgadas,
y el corazón, venero
de acciones generosas,
de virtudes sin tacha. Madre, ¿es cierto?

El alma peregrina del poeta, que descansaba en los labios, quería desprenderse y ganar la ruta del cielo, para cantar a la mujer del corazón de oro las angustias de su pobre hijo.

La casa vino abajo;
la miseria llegó con su cortejo;
se empeñaron las joyas,
los muebles se vendieron,
los libros... vino un hombre,
comprándolos al peso;
por *una mala copla*, se llevaron
el cuadro de Coello,
tu abanico de concha, tu mantilla,
tu vestido de raso, tu aderezo...
¡Nada quedó! Tan solo yo, que voy
el monte del Calvario recorriendo;
tan sólo yo, que con mi Cruz dorada
una vez y otra vez caigo y tropiezo..

El marqués cerró los ojos; Aurelio miraba sin ver la alfombra; en las pupilas claras de la duquesa comenzó a lloviznar...

Y el desgraciado vate seguía:

Yo no puedo cantar si no es llorando,
yo no puedo reir si no es gimiendo,
que mi musa es más triste que la luna
alumbrando el tapial de un cementerio.
Yo carezco de hogar, yo no dispongo
ni aun de la pobre silla en que me siento;
yo camino al azar, yo solo voy,
aunque está el mundo de personas lleno.
Yo quizás moriré sin que una mano
mi cara cubra con un fino lienzo.
Yo quizás moriré sin que el cadáver
lo pongan mis amigos en el féretro;
yo quizás moriré sin que una lágrima
se vierta al contemplar mi helado cuerpo...

Concluyó. Un silencio profundo acogió la última estrofa del poeta: ni un aplauso, ni un parabién... La losa de un sepulcro había caído sobre el gabinete azul. Y para desechar aquello, *aquello* que pesaba tanto en las almas, la duquesita se levantó, corrió al piano, y, estruendosamente, machacó en las teclas el viejo aire de esta *sevillana*:

La novia de Reverte
tiene un pañuelo
con cuatro picadores,
¡olé!
¡Reverte enmedio!

—¡Al fin me desahogué!... De seguir así, ¡nos morimos!

CAPÍTULO VIII

Amonestaciones

Se iniciaron las despedidas, y ambos convidados, deshechos en frases de agradecimiento, abandonaron el linajudo hogar de sus amables anfitriones.

El sol había disminuído ya la fuerza de sus rayos, y la vuelta a la humilde casa del señor Agustín se hizo dando rostro a un vientecillo fresco que atenuaba el rigor estival.

Aurelio no podía olvidar la actitud, para él harto galante, que observó el poeta con la duquesita en la morada del marqués. Así es que, ardiendo en deseos de reprender a su amigo, le faltó tiempo, apenas se alejaron,

para decir a Luis: —¡Inoportuno has estado, hombre!

—¿Inoportuno? ¿Por qué?

—Frases y miradas hubo...

—¡Vulgar al fin! ¡Como todo el mundo! ¡Cristales de aumento en los ojos!...

—Pues si soy como todo el mundo, ¿por qué no te comportas igual que con los otros delante de mí? Si sabes que me escandalizo, ¿por qué das ocasión al escándalo?...

—¿Estamos en cuaresma?...

—Ya sé que para ti siempre es carnaval.

—¡Pero, Dios mío!, ¿qué he hecho? El ser galante, ¿es un crimen? Bien se conoce que no has salido de estas montañas.

—Búrlate; llámame burdo, grosero. Estoy muy contento con no ser un pisaverde de la ciudad.

—Dispensa que te diga que eres más pisaverde que yo, porque en la ciudad hay asfalto.

—Déjate de bromas. Vuelvo a repetirte que has estado inoportuno. No por mí, que ya te conozco y sé que obras sin malicia; sino por ellos, por el marqués, por su nieta,

por los servidores mismos, tan recelosos como son...

—El marqués solo podrá decir que soy muy cumplido caballero, y que no es únicamente en los salones donde sabe seguirse una conversación animada y chispeante; la duquesita habrá rectificado sin duda algún prejuicio que tuviera sobre los colegiales de Seminario considerándolos inhábiles para la *causerie;* y respecto a la servidumbre, sandios de baja estofa, quizá hubieran pensado lo mismo viéndome mudo que parlanchín.

—¡Tus *quizás!*...

—¡Claro!... Y ya que critiquen, sea con algún fundamento. Además: ¿me he desmandado?

—¡Bueno fuera!

—Entonces...

—Pero un minorista como tú, abocado a tomar las sagradas órdenes, no debe andarse con discreteos y jueguecitos de palabra.

—No he jugado a la palabra: cítame una frase de doble sentido. Confundes el *esprit* con el *calembour*.

—Háblame en castellano.

—Que eres tan pudibundo, que una obli-

gada finura adquiere para ti visos de sicalipsis. Tienes o deseas tener un alma tan blanca, que por no sonrojarte serías capaz de cubrir la Venus de Milo con un trapo. ¡Qué profanación, Dios mío! El arte llora y te pide, ¡oh, blanco Aureliol, que si te atreves a ocultarla, lo hagas con sutilísimos encajes... En fin, ¿sabes lo que sospecho? Que guardas malicia doble que yo, y la malicia, según dijo no sé quién, es hálito de corazón corrompido. Ves peligros donde no los hay, y si para ti es tan resbaladizo el terreno, antes que yo puedes caer.

—No caeré, porque evito las ocasiones, porque no me distraigo. Todos, o casi todos los grandes males de la sociedad, son producto de la distracción. Hay que rectificar el axioma: *La ociosidad es madre de todos los vicios*.

—Pero, ¿qué quieres tú, curilla intransigente?

—Todas las intransigencias fueran como las mías.

—¿Qué quieres? ¿Que sentemos plaza de ineducados, de desatentos, de ridículos?

—Todos los refinamientos son lujosos, y

el lujo se nos prohibe. La educación tiene también sus refinamientos y de ellos debemos huir.

—¡Pues yo te digo que no, ea! Vete a un desierto y haz vida eremítica, si te place; pero mientras permanezcas en el mundo, en trato continuo con la gente, estás en el deber de hacerle tu presencia lo menos enojosa posible. Se nos prohibe el lujo, cierto; hebillas de plata y capas de seda, más no el lujo, como tú dices, de la educación. Por muy educados que seamos, nunca lo seremos bastante. Somos hombres y necesitamos de la educación para afinarnos y sufrirnos los unos a los otros. La educación es como la vida del espíritu, de la que eres tan partidario: por muy perfectos que lleguemos a ser, siempre descubriremos fases nuevas en la perfección. La educación es así: una carrera que jamás concluye.

—Confundes lastimosamente los términos: quieres cocer un pan mezclando la educación con la distinción y la elegancia. El sacerdote no debe aspirar a ser elegante; hombre de parroquia y no hombre de mundo.

—Aunque se escandalicen tus oídos, te lo repito y te lo repetiré siempre. El cura en los tiempos actuales ha de vivir en el mundo. Así como concluyó el yermo, agoniza el retirado vivir del claustro. Los monjes ya no se pasan horas y horas recluídos en sus celdas. Salen de los conventos, y, tapándose los hábitos con nuestras sotanas, recorren la ciudad. Aplaudamos su actitud, aunque sea hipócrita, porque secundan los mandatos de Cristo, que envió a sus discípulos, no lejos del mundo, sino cerca de él para encauzarlo y dirigirlo a su último fin. ¿Qué aconsejó León XIII? «Id al pueblo. Vivid con el pueblo.» Y San Ignacio, ¿no fué quien dijo graciosamente refiriéndose al hombre, que debíamos entrar con lo suyo para salirnos con lo nuestro? Desengáñate: siendo intolerantes, alcanzaremos muy poco. Transigiendo, siempre que la condescendencia estribe sobre futesas, bagatelas, *peccata minuta*, lograremos mucho. La conversación, como todo, tiene su arte y debiéramos aprenderlo. Con un diálogo exquisito, frívolo al parecer, podemos, si sabemos enredarlo para nuestros fines, tejer una malla... Hablando, por

ejemplo de arte, podemos hablar de bellezas; y hablando de belleza, ¿quién nos impide hablar de Dios? De todo se saca partido.

—Eres un loco y hay que dejarte.

—Mira lo que hace el misionero católico en los pueblos infieles para atraerse almas.

—¿Qué hace?

—Se viste de chino o de turco, simpatiza con los idólatras, gusta de sus manjares, aplaude sus danzas, en suma, se congracia por sus transigencias el cariño del infiel y le hace morder el cebo. Pues igual nosotros. Los países civilizados son en la actualidad como aquellas pobres mujeres de América que en tiempos de Colón se dejaban ganar por un collar de cuentas de vidrio mejor que por un puñado de legítimo oro. En Europa la piedrecilla de lo *chic*, aunque nada vale, es más solicitada que la piedra de San Jerónimo, con ser ésta un diamante de subido precio. Hoy todo es falso y postizo. ¿No te convences?

—¿Convencerme tú?... ¿Tú, con esa filosofía volandera de Bazar X?

Llegaron a la casa y se dirigieron a sus cuartos respectivos. Cada cual cogió un libro y se puso a leer. Roldán en la *Guía de pecadores*, del P. Granada; Aurelio en el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del V. Alonso Rodríguez.

CAPITULO IX

Caza y casamiento

A las cinco o seis mañanas posteriores al convite, se escuchó por el camino que conduce a Batres, el toque de una bocina. Era el automóvil del barón del Palmeral, prometido de la duquesita Aurea.

Dejó atrás la carretera, y se internó por una estrecha senda con honores de vía, que llevaba al caserón del marqués.

—¡Ya está ahí el novio de la señorita!—anunció Aurelio desde el pórtico de su humilde vivienda.

—¿El barón?—preguntó Luis.

—El barón—le contestó casi al unísono la familia de Toro, que hallábase replegada cerca del muro aprovechando una sombra.

—¿Es rico?—volvió a preguntar el poeta.

—Rico—respondió el senor Agustín. Y mientras liaba un cigarro, añadió:—¡Muy rico! Es allá de Bilbao, toda su gente es gente de título, sí, señor. El barón fué una vez diputado por aquí y se gastó muy buenos cuartos. Gran amigo de Maura; con Maura está casi rayando en edad.

—No, padre—rectificó Aurelio—es mucho más joven.

—Allá se irán. No tiene mal tipo, no, señor. Pero ya ve usté; con una muchacha de veinte años como es la señorita...

—Sí, algo dificultosillo será.

—¡Ah, matrimonios como el de los pobres, tan a gusto, no se hacen! Mire ésta,—y el señor Agustín señalaba a su mujer, que estaba remendando unas medias—diga ella si la obligaron...

—¡Vamos, calla!...—gritó la señora Antonia.—¿Ahora vas a resucitar vejeces?

—Serán mocedades, porque entonces eras tú una moza. ¡Y qué moza! ¿Usté la ve, la ve que *entoavía* no está maleja? Bueno, pues por aquél tiempo era un capullo de rosa silvestre.

—¿Silvestre? — interrogó con sorna el poeta.

—Silvestre, sí;—remachó el guarda sin enterarse de la chunga.—¡Ah, qué tiempos!

En fin, ya pasó. Ahora nuestros hijos: este Aurelio que... Así que cante misa digo lo que dice mi mujer: me muero tranquilo.

—¡Ay, señor poeta!—suspiraba la madre —todos los disgustos de esta vida los doy yo por bien empleados, con tal de que nuestro Aurelio nos eche sus bendiciones.

—¡Eso tiene que ser lo más hermoso del mundo, sí, señor! Ni marquesado, ni la señorita Aurea con todo su dinero...

—¿Es rica la señorita Aurea? ¿Más que el barón?

— Más. ¡Calcule!... El monte que está usté viendo, cuyas encinas producen al año .. ¡qué sé yo! Luego la casa en Madrid: ¿usté no la ha visto?... ¡un palacio real!, allá por la calle de la Princesa. Después lo de Andalucía y Extremadura: allí tiene leguas y leguas .. Mas el dinero del Banco. Sí, señor, es muy buena fortuna. ¡Lástima de chica! Porque a mí no me lo digan, eso no puede ser. Ena-

morarse ella de... ¡vamos, no y no! Todo es obra del abuelo.

—¿Del abuelo?

—Sí; el hombre, claro, lleva razón: está viejo; el día de mañana la niña se queda sola y... ya sabe usté, cualquier señorito de esos que no tienen un céntimo, hijo de marqueses—que muchos marqueses hay sin un real —calavera, mujeriego y... ¡se hace dueño de cuanto haya! El barón del Palmeral es, la verdad siempre se diga, una bella persona sin despreciar lo presente. Caritativo, afable, muy cristiano... un excelente sujeto, vaya. El marqués hace lo que yo haría; ¡a ver! Figúrese usté que ésta, es un decir—y señalaba a una de las hermanas de Aurelio, que en unión de la más pequeña despellejaba una hermosa liebre recien cazada por el padre—que ésta fuese sola sin más amparo que el mío, y... ¡O casada, o monja! Sin verla segura no había yo de dejarla, que el mundo está muy malo...—Y tirando con rabia la colilla, que fué a parar entre las orejas de un perro dormido a sus pies, el cual se levantó como un cohete, añadió penoso:—¡Muy malo!

Luego se recostó contra la pared, estiró las piernas y continuó reflexionando.—Gracias a que mi hijo el día de mañana mirará por ellas... ¡Pobres mujeres! ¡No debían nacer las mujeres!... ¡Una mujer sola vale tan poco!... Lo mejor que tienen, en un cuarto de hora si son flacas se lo llevan y... ¡adiós! ¿Carrera de la mujer? una: casarse... Y casarse pronto, porque los hombres... ¡los hombres somos muy tunos!...—Y guiñó el ojo con picardía.

—¿Quién se acerca por allí?—preguntó Aurelio mirando hacia una cuesta.—Parece que es el tío Juan.

—¿El tío Juan?...

—Si no me equivoco... —Aurelio, juntando sus manos por las puntas a modo de choza, e introduciendo allí sus labios, gritó: —¿Tío Jua-a-an?...

Y allá se escuchó:—¡Sí-i-í!...

—Es él—afirmó la madre.

—El—corroboró el hijo.

—Algo querrán los señores,—expuso el guarda. Y adelantándose en dirección al que subía, saludó.—¡Hola, Juan!

—¡Hola, Agustín!—correspondió ganan-

do la cuesta un hombre algo entrado en edad, y muy afeitado y muy rechoncho.

—¿Qué nos cuenta el señor jardinero?

—¿Qué hay?

—Hay—replicó fatigosamente el tío Juan limpiándose con un pañuelo de hierbas el sudor—que ha llegado...

—El señor barón, sí... ya hemos visto el *utomovil.*

—Ha llegado con otro señorito, periodista según creo, y parece que mañana vendrán algunos señores más. El señor marqués piensa dar una batida a los conejos y cuenta con tus perros, y, claro está que contigo. Me dijo también que vayan Aurelio y el...

—¿El poeta?

—Eso, sí.

—¿Y cuando es?

—De hoy en dos días.

—Entonces ni mañana ni el otro; sino al otro.

—Justo. Vete adiestrando: no dejes de manejar los perros. El señor, luciéndote, quiere lucirse. Dice que tiene un guarda que ni el ángel custodio.

—¡Y que lo diga!...—subrayó Agustín echándose para atrás de gusto.

—¡Alábate!—gritó festiva la señora Antonia—¡alábate, que ya murió tu abuelita!... ¡El ladronazo este!...

—¿Era eso todo?—interrogó el señor Agustín, no haciendo caso de su mujer.

—Todo.

—¿Quieres alguna cosa?

El tío Juan hizo un gesto negativo que equivalía a la afirmación.

—Siéntate y toma un vaso de vino. María, trae el frasco. ¿Qué tal recibió la señorita al futuro?

—Phs...

María apareció trayendo el frasco envuelto por un paño húmedo.

—¿Y el vaso, criatura?

—Mira, aquí hay una taza—dijo la señora Antonia quitándosela a uno de los chicos que estaba comiendo en ella dos o tres sopones de café con leche.

El chico, ángel de retablo, precioso, remonín, comenzó a llorar.—¡Calla, tragón!—refunfuñó la madre, mientras ligera vertía en la taza agua del botijo cercano, pasándole

sus dedos por los bordes.—Ya está limpia, ¡echa!—Y se la dió a su marido. Después se dirigió al muchacho amenazándolo con el puño.—¡Gregorín!... ¡Ay, como vaya, Gregorín!...

Gregorín, llorando a más y mejor, echó a correr y se refugió entre las piernas de Aurelio, el cual tomándolo en sus brazos, empezó a contentarlo.—¿Quién te hace a ti llorar, rico?... ¡Ea, ea!...

—Conque... ¿bien?—volvió a preguntar el señor Agustín dando al tío Juan un vino de color rubí obscuro.

—Bien, en apariencia. Como ella es tan afable, lo recibió... ya se ve, con la sonrisa en los labios; pero la procesión iría por dentro. Anita la doncella declara que la ha visto llorar.

—¿Llorar?

—Sí. ¡Llorar, teniendo millones!... Si no se viera... ¡lo que es el mundo!... ¡Ah, la vida—concluyó sentenciosamente el viejo—la vida no es más que un cuento contado por un loco!... Hasta otra, señores.—Y empezó a bajar la cuesta.

CAPÍTULO X

Esbozando la novela

Inundaba el sol aquella parte trasera de la casa en donde la familia del guarda se hallaba platicando, y todos comenzaron a desfilar.

No obstante haber mediado Septiembre, el calor hacía de las suyas. Iban ya dos días de bochorno insoportable; ni en pleno Agosto los hubo peores. Alguna nube asomaba de vez en cuando, y tras ella seguían otras y otras... pero luego, replegándose, desaparecían por el horizonte, desvaneciendo las esperanzas de una lluvia que refrescase la caldeada tierra.

El calor no hacía gran mella en Luis: acostumbrado éste al fuego de su ciudad andaluza, aquello para él era un aliento tibio. No pasaba así con Aurelio y su familia: sin digerir el yantar, apenas se alzaba el mantel, se iban a dormir la siesta. Muerta parecía entonces la casa, alegre en las demás horas: se entornaban todas las maderas por donde el sol, con sus rayos, intentara filtrarse; los niños, revoloteadores durante el resto del día, dormían en el suelo, sobre una manta, abiertos de piernas y brazos como si aguardasen el martirio de la aspada cruz; *Zulima*, *Diana* y *Estrella*, las tres perras cazadoras, hacían la rosca dejándose atormentar de las pulgas; el gato se lavoteaba perezosamente sin dejar su característico runruneo, y la gallina, rodeada de sus polluelos, abría el pico sintiéndose fatigosa...

Todo era silencio. Algún *ki-ki-ri-ki* del gallo, algún sordo gruñir del cerdo, alguna coz lanzada por el burro contra mosca majadera, y el garrapateo de la pluma sobre el papel donde escribía Roldán, eran los únicos perturbadores en aquel paréntesis de quietud.

De cuanto iba viendo, Luis tomaba nota y esbozaba sencillos cuadros de color local, marcos luego de futura acción. Como siempre: imaginando, fantaseando...

Una novela saldría de allí. Prestábase aquéllo, y poco esfuerzo se necesitaba para conseguirlo. Todo consistía en saber copiar del natural.

La escena se la daban aquellos campos, aquel monte pletórico de encinas verdes. Cierto que la pintura le costaría algún trabajo, porque acostumbrado él a dibujar con su primorosa pluma paisajes andaluces, lujurias del color, no podía sujetarse de buenas a primeras a trazar líneas con dos tintas: verde y oro, encina y trigo. Pero fijándose, fijándose con esa fijeza de artista parecida a la del gallo cuando se solivianta; deteniéndose en los matices de aquellos árboles y espigas, halló que siendo allí el oro y el verde los colores universales, éstos albergaban *otros* verdes, *otros* oros distintos, a pesar de ser uno mismo el color.

Poco a poco Luis iba enamorándose de aquel paisaje, a primera vista uniforme; paulatinamente iba descubriendo bellezas, as-

pectos nuevos que nunca había sorprendido. Todos los enamoramientos vienen del fijarse. Es raro el hombre que súbito se enamore de una bella mujer. Lo feo se ve en seguida; lo hermoso, mientras más hermoso, necesita de mayor contemplación. De una ojeada observamos la figurilla de yeso que nos presenta el vendedor ambulante; largos ratos nos pasamos ante una *Madonna* de Raíael; y ni esta vida ni la que viene, eterna según dicen, son suficientes para contemplar toda la hermosura de Dios.

Sorprenderemos bellezas si llegamos a fijarnos, y la fijeza no es obra de un minuto. Luis, fijándose en el color verde de los árboles, halló, sin salir del mismo tema cromático, muchos colores: a veces tenía el verdor transparencias de esmeralda; otras, se ennegrecía levemente, como si en una de aquellas nubecillas blancas que pasaban rozando los encinares hubiera estado algún angelín travieso haciendo un cigarrillo y, mientras, hubiese dejado caer sobre las hojas partículas de tabaco. Si eran heridas las ramas oblicuamente por el sol, adquirían reflejos de amatista salpicada de oro; y si brillaba la

luna, el encinar, cubierto con su velo luminoso, parecía una larga procesión de desposadas que se habían puesto por capricho, en vez del traje blanco, túnicas de terciopelo verde obscuro...

Sí, podían sacarse efectos de luz maravillosos. De vez en vez Luis haría deslizar por su novela uno de estos paisajes, ya vistos al reflejo del sol o ya al destello lunar, y el lector gozaría como si le estuviese describiendo un campo andaluz, cuya tierra parece búcaro inmenso de inmarchitas flores...

Ya tenía, pues, Luis, el fondo de su cuadro; las figuras que destacase, también allí mismo se las podía proporcionar. Algún que otro modelo vió digno de estudio; por ejemplo, aquel señor Agustín, corazón sano, amante de su esposa y de sus hijos, capaz de matar a todos los conejos del mundo e incapaz de disparar a ningún hombre; aquella señora Antonia, matrona robusta, diosa de la maternidad, que puso su pezón moreno entre los labios de sus catorce hijos; aquel Aurelio, niño gigante, varón que, sintiendo correr la savia por su cuerpo, cerraba los

ojos a esos pequeños atractivos, de colosales proporciones en la juventud, fijándolos en el goce supremo de Dios; aquella Aurea, espiritual, finísima, contraste bello de los hombres de su campo, hecha no para habitar entre encinas, sino para vivir entre cristales, como una de esas vírgenes preciosas que nos miran en la iglesia desde la cárcel de un fanal... Cuando llegaba a pensar en la duquesa, el poeta se detenía: ¡tema encantador! ¿No podría fingir una acción entre Aurelio y Aurea? ¡Qué lucha más hermosa! ¡El amor y el deber en liza!... ¡Oh, sí!. . Y Luis, dejando caer la cabeza sobre sus manos, imaginaba... e imaginando adormilábase. Así transcurría un cuarto de hora, otro cuarto de hora, y al despertar del semisueño, ya por el *ki-ki-ri-ki* del gallo, ya por el cocear del burro que sacudíase las moscas, alzaba sus ojos, casi humedecidos, y exclamaba tristemente:—¡Oh, no!...

Hacía mes y medio que estaba en casa de Toro y ya quería marchar. Toro no lo dejaba ir. Se veía a Luis tan repuesto, tan alegre y decidor, que su amigo mostró empeño en que no se fuese hasta principiar el curso;

los dos, entonces, saldrían juntos para el Seminario.

Hoy me voy, hoy no te vas, fué pasando el tiempo. Que los generosos arranques de Aurelio por retener al amigo no dejaron de surtir el efecto apetecido, se prueba con que ya ha pasado la Natividad de la Virgen y aún está Luis en el monte. Sin embargo, últimamente, rogaba el poeta a Aurelio con tal insistencia su partida, que el cariñoso enfermero no tuvo más remedio que acceder, temeroso de que la vida a Roldán se le hubiese hecho allí intolerable.

La marcha de Luis se fijó para el veinte, tres o cuatro días posteriores a la caza que organizaba el señor marqués. Así, antes de entrar Roldán en el Seminario, tendría tiempo suficiente de hacer algunas visitas y ultimar lo de su libro, viéndose con los editores que lo apremiaban bastante.

Y mientras llega el momento de su viaje, hurtando horas a la siesta, Luis emborronaba cuartillas explanando esas mentiras de novela que, como dije al principio, casi siempre resultan mentiras cosidas con hilos de verdad. Y así lo vemos ahora en que, des-

pertándose de un éxtasis momentáneo su gerido por alguna visión luminosa de su inagotable fantasía, acaricia la pluma y dice, mientras agita su enmarañada cabeza, melancólica como el follaje de un sauce:—¡Oh, no, Dios mío, no!...

CAPÍTULO XI

La cacería

Llegó el día de caza: a las cinco el guarda, Aurelio, Luis y los perros que, olisqueadores de la batida próxima, ladraban ocasionando terceto inarmónico, se dirigieron a la morada del señor marqués. Aurelio, ensotanado y con escopeta, parecía uno de esos *trabucaires* facciosos que pinta a doble página *El Motín*, órgano bilioso que por su manía anticarlista exasperaba la no muy sufrida paciencia de *Don Pedro el Cruel*. Roldán no llevaba ningún arma, ¿para qué? Si la caza, en vez de liebres y conejos, fuera de rectorcetes y prefectillos, acaso, traicionando

los generosos impulsos de su corazón, hubiese cogido algún fusil... Con sus perros, sus amigos y servidores, el señor marqués los aguardaba en el ancho portalón.

Eran los días de caza días de *ribera*. Me explicaré: mientras los hombres, cargados de mortales municiones, iban a través de las encinas subiendo y bajando cuestas esforzándose por atrapar un mísero conejo, las mujeres preparaban más allá del río, a la fresca sombra de alegres cabañas, improvisadas en un santiamén con cuatro palos y un cobertizo de mimbres, el opíparo almuerzo que había de restaurar las debilitadas fuerzas del cazador.

Eran famosos aquellos días: las familias de los guardianes del monte, dándose por invitadas, marchaban allá; y, vista desde lejos la márgen del río, semejaba, con las chozas, las mujeres, los críos y las caballerías, un aduar gitano. Por el pronto se mataban corderos y lechones; después se reforzarían las viandas con las piezas cobradas por los *caballeros de San Eustaquio*.

El marqués, hechas las presentaciones de Toro y de Roldán a sus amigos e invitados,

entre los cuales figuraban el barón del Palmeral y Castropardo—el poeta a la *dernière*—inició el avance.

Era el barón hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años; negra barba sombreaba el rostro; en aquélla lucían algunos hilillos blancos y en éste varias sendas delataban el arado del tiempo.

Juanito Castropardo era un enteco así de cuerpo como de espíritu. Cultivaba la poesía a manera de *sport:* entre juegos de polo, tiros de pichón, carreras de balandros y consonancias estrambóticas, se deslizaba su vida. Hijo de Cuba, más que en la Habana vivía en Madrid, en donde sus agudezas o chifladuras poéticas le conquistaron un nombre que en su tierra nunca pudo obtener. Rico, editaba por su cuenta tomos lujosos de charoladas tapas, cuyo contenido, desprovisto de sintaxis, huérfano de estro y abundoso en majaderías sacrílegas y pornográficas, daba origen a la fingida admiración de dos o tres críticos de nota, que a fuerza de artículos hinchados (Juanito los pagaba muy bien) pudieron elevar el apellido *Castropardo* sobre el montón.

Antes de emprender la marcha, Roldán preguntó por la duquesa.

—Aún duerme—contestó el marqués—; pero ya la veremos en la ribera; almorzaremos juntos. Vamos allá.—Y señaló los encinares.

—¡Buen día se presenta!—observó el barón.—¡Qué calor, señores!... ¡No se mueve ni una hoja!...

—Roldán—dijo el marqués—, no vaya usted a espantarme con sus versos ninguna perdiz.

—Lo injuria usted—advirtió el presunto yerno—; en tal caso la atraería.

Luis se inclinó, agradecido a la frase.

—Quiero decir que no se deje usted llevar de sus arranques generosos; cuando apunte, duro y... Pero ¿qué es esto? ¿Y la escopeta?

—¿Para qué, señor marqués?—hizo notar Aurelio.—No dispararía.

—¡Y con sotana!... Así no se puede correr, hombre.

—Nos las quitaremos ahora, señor marqués—añadió Aurelio.

—¡Ya lo debías de haber hecho, obispín!

Y usted también, Roldán. ¡Fuera engorros!... Y pregunto: si usted, Roldán, no viene a cazar, ¿para qué ha dado este madrugón? Podía haber ido luego a la ribera.

—Me gusta ver todo esto...

—¡Ah, vaya!... Alguna escenita novelesca de caza bulle en el magín. Quiere usted copiar, observar... ¡Bien, bien! Pues adelante todos. Aurelio, los hábitos puedes entregarlos a uno de mis criados.

—Sí, señor.

—Primera cuesta: a bajarla, y mucho cuidado con resbalar.

El marqués comenzó a bajar despacio una suave pendiente, seguido de los demás, a excepción de los dos seminaristas, que se rezagaron un poco para quitarse la eclesiástica librea. Ya iba Luis, como Aurelio, a quedarse en pantalones y mangas de camisa; pero se contuvo: había visto erguirse en la solana de la casa del marqués una blanca figura...

Aurelio, despojado de su negro vestido, viendo que Luis permanecía inmóvil, le preguntó:

—¿Qué haces?

—Ahora, ya voy... Pero mira:—y señaló con los ojos al palacio.—¿Es la duquesa?... No distingo bien.

—Sí; escóndete si quieres detrás de una encina... Auuque no veo la necesidad. Considera que no soy yo el de las pudibundeces...

Hicieron reflexionar a Luis estas palabras. ¿Por qué tenía reparo en quitarse la sotana cuando ella apenas si lo podría distinguir? ¿Y qué había de particular en que la duquesa lo viese con pantalones?¿ No lo vió la tarde primera? ¿Todos los hombres no vestían así? ¿Sería él, y no Aurelio, quien llegase a ocultar por un exceso de pudor la Venus de Milo?... No, no era eso; a él no le daba vergüenza contemplar, sino ser contemplado... Pero ¿por qué? No se lo explicaba; mejor dicho, tenía miedo a explicárselo.

—¿Concluíste?

—Sí.

Luis, mostrando sus pantalones de pana negra y su chaleco ídem, y llevando al desgaire sobre el hombro la sotana y el manteo, llegó junto a su amigo.

—No sé qué te encuentro—observó Aure-

lio con extrañeza—; a ti te pasa algo. ¿Estás mal en mi casa? Pues adelanta el viaje y márchate hoy mismo.

— No, no...—respondió tristemente Luis —son mis cosas, mis rarezas, mis monomanías... ¡Parece mentira que no me conozcas! ¿Yo mal en tu casa, donde no hallo más que atenciones? ¿Disgustado yo?... ¡Ay, Aurelio!

El poeta levantó un brazo, lo puso sobre el hombro de su amigo, e hizo que Toro se detuviese.

—¿Qué te pasa?

Luis cerró los ojos y exclamó:—Algo cansado...

—¡Cansado y no empezamos a andar!... ¡Pero, niño!... — Y Toro se sacudió de la mano que lo oprimía.

—¡Ay!—suspiró Luis tocándose el pecho—; aquí siento algo.

Aurelio lo auscultó:—El corazón late mucho. ¿Qué te sucede?... Mira, estamos cerca: podemos ir a casa del marqués y...

—¡No!... ¡Allí no!...

—¡Pues!

—Van a la ribera. Sería entorpecerlos .. alarmarlos... Déjalo: ya se pasará. Si no

me alivio me tiendo a la sombra de uno de estos árboles, y después, al regreso, vienes por mí.

—Verás: te conduciré a la ribera, ¿quieres?

—No: enséñame el camino; tú, reúnete con los otros. Descuida: no me perderé.

—¡Si no tiene pérdida! Está muy cerca. ¿Ves la senda?—Aurelio señaló al frente.

—La veo.

—Síguela y tuerce por allá. A poco notarás la frescura, la humedad del sitio. Asomará el Guadarrama; lo vadeas y... ¡esta es otra!... ¡Eres tan calamidad!... ¿Y si te caes?... Es verdad que viene casi seco, y con un par de piedras, ¡zás!, a la otra orilla. ¡Pero tú eres tan pazguato! ¡Nada, que voy contigo!

—¡No, deja, hombre!.... ¡Qué tontería!...

—Aunque por allí, en el soto, estarán mi madre, mis hermanos... habrán traído el jaco y el burro... llamas a Ramón y él...

—Sí, hombre, sí, está bien. ¿Es por ahí, no?

—Por ahí. No ofrece dificultad: la sendita, luego tuerces...

—Ya sé. Oye: discúlpame con el marqués y con el barón.

—¡Anda, anda, loco!... Apostaría a que te quedas para hacer versos.

—¡Sí, versos!

—Adiós. ¡Qué criaturita! Quien no te conozca que te compre. En fin, hasta luego. Nosotros iremos a la ribera a eso de las nueve.—Y Aurelio se alejó, con la escopeta al hombro y los hábitos al brazo, canturreando el dulce y pegadizo tono del *Ave Maris Stella* que se canta en Lourdes.

CAPÍTULO XII

¿Qué sería?

Luis anduvo varios pasos y se sentó. Cogió del suelo una seca varilla y, sin darse cuenta, comenzó a trazar en el polvo rayas y rayas a manera de signos cabalísticos. Poco a poco, como debió de ser la formación de la escritura en sus principios, las rayas fueron evolucionando hasta quedar convertidas en toscas iniciales, en una *L* y una *A*. Y así como en el encerado explican muchos la formación de los mundos tirando líneas de un gran punto central, que es la nebulosa, así el poeta iba sacando de aquella *L* mayúscula otros rasgos pequeños que, transformándose

en letras—*u*, *i*, *s*,—concluían por grabar su nombre: *Luis*.

Igual procedimiento realizó con la *A*, haciendo partir de ella unos garrapatos que a él se le antojaban *u*, *r*, *e*... Al llegar a la *e* detenía su rústico lápiz, apoyaba el codo izquierdo sobre la rodilla y en la mano hundía la barba, y rascándose ésta y mirando a lo alto, decía como un niño que estuviese recordando la lección:—Aure...—Después, dándose un pellizco en la frente, exclamaba:—¡Si era esto lo que yo quería poner! *Aure... lio*... ¡Aurelio, que es mi amigo, que es mi hermano!...—Y subía el trazo libre de la *e*, concluyendo el nombre:—Eso es: *Aurelio*, y no otra cosa.

Escribiendo y borrando pasaría como una media hora; al fin se levantó, internándose por la vereda que le indicó su amigo.

Se notaba ya más aliviado; las palpitaciones del corazón eran menos aceleradas. Sentía, sí, un poco de ardorosa opresión en las sienes, como si allí estuvieran marcando la barra de un metal candente. Luis lo achacó al desvelo de la noche última, al madrugón, a la caminata, al bochorno de aquel día... ¡Qué

día! Aún estaba desperezándose la luz, y ya pesaba la atmósfera, abrumaba el ambiente. Varias nubecillas se distinguían allá.. ¡Si quisieran venir y echar algo sobre esta tierra!... Pero no: se marcharían, como siempre, a llorar sobre otra que por su infortunio excitara mayormente sus sentimientos. Y el poeta, al pensar así, miraba a las nubes, como diciéndoles:—¡Llorad en mí, que soy tierra de dolor!...

Finalizaba la senda y percibíase la suave emanación de frescura próxima. Luis acrecentó sus pasos y entreabrió ligeramente su boca como pájaro sediento. Mudaba el paisaje: atrás quedaban las encinas que nos hablan de amores patriarcales y viejos, y delante surgían las hileras de álamos blancos, por entre cuyas hojas el ruiseñor camina anunciando a su amada que llegó la mística hora del amanecer. La tierra, de áspera y dura, se convertía gradualmente en blanda, mullida y mimosa, a modo de hembra zahareña que hubiese evolucionado hasta quedar en tierna víctima. La *garamasta*, hierba fina y espesa, acariciaba los pies ansiando retenerlos con los suaves nudos de sus lazos ver-

des. Era el ambiente fresco, como si hadas invisibles estuviesen renovando el aire con sus abanicos. Y de lejos, entre las tupidas varas de los mimbrales, deslizábase el río a manera de sílfide de plata huyendo veloz de un sátiro....

A estilo de musulmán se sentó Luis; los pájaros, que al sentir el rumor de los pasos habían dejado las flautas de sus lenguas, reanudaron el cantar; y el aura traviesa, moviendo juncos y mimbres, producía un son de fronda, seco y armonioso a la vez, cual si se hubiera escondido entre el follaje alguna pareja de asustadizos enamorados...

Luis improvisó una almohada con la sotana y el manteo; echóse atrás dulcemente y, cruzando sus dedos bajo la nuca, se arrellanó en el césped, cara al cielo, no sin que el gemido de alguna florecilla, estrujada por él, lo acompañase.

El cielo se iba aborregando: persiguiéndose, corrían las nubes pareciendo cabrillas retozonas que quisieran escalar una azul montaña. Los rayos del sol llegaban débiles al rostro, iluminando macilentamente las grácil es cinturas de los juncos, las hojas platea-

das de los álamos, el plumaje gris de alguna tórtola errabunda...

Un velo opaco recubría aquella parte baja del monte: parecía que la Musa del poeta, condolida del ardor de sus sienes, subió al cielo, y a fin de que la luz llegara amortiguada hasta la frente de Luis, había envuelto el farolón del sol con una gasa verde...

Un observador profundo, de esos que saben mirar el alma a través de la facción del rostro, hubiera, sin gran esfuerzo, fijándose en la mímica, diseccionado el alma de Luis: alzar los ojos con languidez y cerrarlos de improviso cual si ante ellos desfilase monstruosa visión; entreabrir los labios con sonrisa plácida y plegarlos poco a poco dando a la faz un serio continente; revolverse tardo a un lado acariciando perezoso el tallo de alguna flor, o tornar al otro arqueando la boca con pronunciado mohín de disgusto... He aquí la alternativa por que pasaba en Luis esta envoltura del alma que llamamos cuerpo. ¿Qué sucedería allá dentro, en lo más hondo, en el espíritu?... No lo sé, a punto fijo. Sí, sospecho que por allí deberían de andar, retándose altivas, las sombras del pe-

nitente Bruno, y la de don Juan, el sevillano Burlador...

Una voz de mujer le hizo levantar y, al mismo tiempo, aguzar el oído. La voz, acompañada de otras voces, femeninas también, y que junto a la primera semejaban rumor de cañizares ahogando los acordes cristalinos de un salterio, se aproximaba, y el poeta, volteándole la campana del corazón, no se sabe si a gloria o a difuntos, como tímida colegiala que la fueran a sorprender después del baño, cogió la sotana llevándola con prontitud a la cabeza. Pero antes de introducir los brazos, el poeta pensó:—¿Por qué no he de quedarme así? — «¡Estás feo!...» —creyó que le decía un pájaro — ¿Y por qué he de parecer bonito?...

Hubo una pausa breve, y luego el pensamiento siguió su monólogo:—La sotana es un escudo... ¿Pero por qué pienso yo que la sotana es un escudo?...

Mientras, las voces indicaban que los cuerpos iban a aparecer. Luis, entonces, introdujo al fin sus brazos por las mangas, y alzándose como una damisela el extremo inferior del hábito, a fin de no ocasionar ruido, se

ocultó donde los mimbrales eran más espesos.

—¿No corren?—preguntó Aurea.

—Algún conejo—respondió su doncella Anita.

A pesar de lo crítico de su situación, Luis no pudo menos de sonreirse.

Aurea, sentada en su mula, se disponía a vadear el río. Iba igual que siempre, vestida de blanco, con la variedad de llevar un sombrero de paja italiana sin más adorno que una gasa azul, cuyas largas bridas, agitadas por el viento, revoloteaban junto al rostro como dos angelillos que la estuviesen rondando. Con una mano en el ramal y llevando en la otra un junco, cruzó Aurea ante los ojos del oculto poeta, recordando a las princesas de los tiempos bíblicos. Detrás de ella seguía una recua de mulos portando utensilios de cocina, cestas de mimbres y mujeres gordinflonas, formando cortejo indigno a la duquesita, que merecía ir acompañada por dromedarios vestidos de terciopelo, en cuyas jibas se ostentasen cincelados arcones llenos de sartas, y por etiópicos esclavos que fuesen quemando en braserillos de oro

el zumo de la zábila o las especias del giroflé.

Pudo observar Luis que bajo los ojos de Aurea se extendía medio círculo azul, signo evidente de una mala noche; pudo observar que su figura se inclinaba lánguida como cáliz de tronchada azucena y que en sus labios vagaba una sonrisa triste...

La joven llegó a la orilla, y apartando con su varita las hojas que, so capa de hipócrita reverencia, osaban darle un beso, desapareció.

—¡Va a la ribera!—se dijo Luis. Tentado estuvo por salir de su escondite y gritar: «¡Aurea!... ¡Aquí estoy, recójame usted!...» Mas no; selló los labios y quedó inmóvil, recostado en la tupida fronda, hasta que dejó de ver revolotear en la umbría las azules gasas del italiano sombrero; hasta que se debilitó el marchoso compás de la afortunada mula que se llevaba a la duquesa...

Entonces Luis cayó de rodillas sobre el césped; cruzó sus manos alzándolas por encima de la cabeza; con las manos cruzadas describió un arco hasta llegar al ras de la hierba húmeda; doblóse y juntó el rostro

con los dedos férreamente enlazados, y un sollozo brotó de su garganta, mientras la pena fluía de sus ojos convertida en raudal de lágrimas...

Un cuarto de hora, otro cuarto de hora, ¡mucho tiempo así! Inmóvil, insensible, petrificado casi en su amargo dolor...

CAPÍTULO XIII

¡Los cazadores! ¡Los cazadores!

Un ligero cosquilleo que sintió en la frente, llegándole hasta los ojos, lo despertó. Era *Zulima*, la perra cazadora, que estaba bebiéndole dos o tres gotas del llanto recién vertido, dos o tres gotas que temblaban en el dilatado círculo de una ojera azul. Los perros son muchas veces más caritativos que los hombres.

Zulima, que debía muchos huesos de conejo al poeta y bastante sobadura de sus manos, lo olisqueó y, ladrando, llegó junto a él.

—¡Otro conejo! ¡Otro conejo!—gritaron desde allá. Y asomó una cabeza entre la

espesura: era el señor Agustín.—¡Caramba, vengan *ustés!*—llamó agitando el brazo.—¡Esta sí que es caza mayor!... ¡Un conejo como en mi vida lo he visto!... ¡Con dos patas!... ¡Vengan *ustés!*...

—¡A matarlo! — murmuró el marqués aproximándose de puntillas.

—¡Eh!...—advirtió el señor Agustín alzando las dos manos.—¡Ojo!... no vayamos a hacer una tontería.

—Pero, ¿qué es ello?

Gozosa seguía ladrando la perra, y a sus ladridos vinieron las demás, retrocediendo al ver a Luis, que ya se había levantado y saludaba a los cazadores con ese aire de finura conque pretendemos disfrazar el dolor.

—A poco más,—expuso el marqués,—lo dejo patitieso. Dé usted gracias al señor Agustín.

Aurelio se aproximó a Luis, interrogándole cariñoso:—¿Cómo te encuentras?

Lo mismo hicieron el barón y Castropardo.

Luis, esquivando una contestación referente al estado de su salud, preguntó:—¿Qué? ¿Se ha cazado mucho?

—¡Oh, mucho!—replicó con énfasis Juanito.—¡Ya verá usted mi zurrón!... ¡Once conejos!

—¿Y liebres?

—¿Liebres?... sí:—respondió el barón—iba a coger una allá en la cuesta del Macho. Mire usted lo que se ha hecho.

—Todo por correr, por correr nada más. —Y Juanito mostraba un chichón en la frente.—¡Lástima de aquel conejo! Si no caigo, lo mato. ¡Vaya si lo mato!

—Aligerad, que tengo ganas de comer,—instaba el marqués limpiándose el sudor.—¿Cómo se dice eso en latín, Aurelio?

—Macarrónicamente, sin finuras ni dejos virgilianos, *volo manducare*.

—Pues, *volo manducare*, ¡a manducar!

Y se internaron por la espesura en dirección al río.

—¡A ver si lo pasamos!—recomendó el marqués llegando a la orilla.—¿No hay una mala piedra?... ¡Aquí de los saltadores!... Alonso, ¿podrás conmigo?

—¿No he de poder?—contestó un mocetón quitándose el calzado.—¡Monte el señor!... ¡Ala!—Y se agachó respetuoso.

—¡Arre!...—gritó el marqués subiéndose.

Saltando, o encaramados sobre las espaldas de los más forzudos, llegaron los cazadores a la margen opuesta entre las risas de los jóvenes y el ladrar de los perros que jugueteaban unos con otros mordisqueándose en el agua.

Aurelio fué el conductor de Luis; éste, a horcajadas sobre su amigo, atravesó la corriente, dirigiendo de paso una furtiva mirada al mimbreral con objeto de cerciorarse si se podía distinguir algo... Era espeso; con seguridad: no lo habían visto.

Tenía los ojos Luis hinchados, sanguinolentos... Aurelio lo notó:—Tú has llorado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—A tanto no llega mi sabiduría. Lo que te digo es que has llorado.

Calló Luis y prosiguieron el camino. El cielo se había cubierto de nubes y el calor era menos asfixiante. Soplaba un airecillo de lluvia.

—¡Aligerad!—insistió el marqués.—Si cae algún chaparrón, cójanos en la cabaña.

—No, no llueve.

—Por si acaso

—Ya estamos cerca. Miren las chozas.— El señor Agustín señaló un montón de floridas casetas que se distinguían en extensa planicie salpicada de verde, donde pastaban las caballerías traídas por la servidumbre del marqués y las familias de los guardianes. Estas, o sean las mujeres y chiquillos, así que vieron llegar a los cazadores comenzaron a agitar pañuelos y delantales: —¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!...

—Las nueve y media,—dijo el marqués mirando su reloj.—¡Buena hora!... ¡Vaya un hambre!

Llegaron por fin a las cabañas y se descargaron de sus vituallas cinegéticas.

—¿Qué? ¿Está listo todo?—preguntó el marqués a su nieta.

—Todo, —replicó ella saludándolo con un beso. Después se dirigió a los demás, interesándose por el resultado de la cacería.

—¡Abrid! ¡Abrid los zurrones!—ordenaba su abuelo.—¡Ya verás!

Frente a la caseta del señor marqués,—la más grande y con honores de tienda de [illegible]zgar por el blanco lienzo que

formábale una especie de vestíbulo—se hizo un corro. Todos pugnaban por ver los animales. Hubo quien preguntó:— ¿Muchas liebres? ¿Muchas perdices?...

—¡Liebres!... ¡Perdices!...—respondió el marqués.—Deben de haber emigrado a Buenos Aires. ¡No hay más que conejos!

Abiertos los morrales, aparecieron, encogidos unos, rígidos otros, los minadores de la vasta posesión.

—¡Qué gordo es éste!

—¡Cómo pesa!

—Y éste, ¡qué chiquitín!

—Mira: aquí le dió el tiro.

—Mira: aquí lo mordieron los perros.

—Mira...

—Vamos, vamos a almorzar. ¡Que me muero!—gemía graciosamente el marqués desbaratando el círculo.—Recoge tu caza, Agustín; y tú igual, Calixto, (otro guarda). Para el arroz. Porque supongo que se habrá hecho arroz, ¿verdad?

—¡Pues claro!—contestó la Antonia.—¿Dónde ha visto el señor marqués una *ribera* sin arroz? ¡Es como una mujer sin hombre!

—¿Quién lo ha aviado? Vosotras, según

costumbre, ¿eh?... No habrá faltado la dirección de mi cocinero, porque de vuestros menjurges no me fío.

—A la vista del cocinero entre todas lo hicimos y el arroz solito se guisó. Mire el señor: yo encendí la leña; mi Rosario con mi María cortaron las *tajás;* la mujer del tío Calixto avivó el fuego; Gertrudis le echó el agua; Anita la pimienta...

—¿Y la sal? ¿Quién le echó la sal?

—Pues la señorita Aurea.

—¡Santo Cristo!—observó Juanito Castropardo.—¡No se podrá comer!

—¿Por qué, señorito?

—Porque la nieta de vuestro amo derrama sal por todas las partes de su cuerpo.

Esta salida produjo en el concurso estrepitosas carcajadas.

—¡Ea! ¡A vuestras chozas!... ¡Of, of!...—Y el marqués alzaba los dos brazos apartando a las mujeres como si fuesen gallinas.

Aurelio iba a marchar con su madre, pero la duquesita, advirtiéndolo, lo retuvo:—Quédate a comer con nosotros... Y usted también, Luis.

—¡Sí, hombre!... ¡Ya lo creo!... ¡Pues no

faltaba otra cosa!... *Manduquemus*,—ya sé latín—*manduquemus* juntos...

Y el marqués empujaba al interior de la cabaña a los dos seminaristas, que no sabían cómo expresar su agradecimiento por las continuas deferencias de aquella ilustre familia.

CAPITULO XIV

Almuerzo y certamen

Se tendió sobre la hierba finísimo mantel y todos, aceptando el lugar que les designaba la duquesita, fueron arrellanándose más o menos cómodamente en el suelo.

Las mujeres de los guardas pasaron a la parte posterior de la choza, donde el cocinero les entregaba una cacerola llena de arroz que ellas, jaleando, llevaban a sus cabañas respectivas.

Los servidores del marqués comenzaron a repartir entre los distinguidos comensales elegantes cestas de merienda en las que nada faltaba: allí el cubierto, allí el vaso del agua, allí la copa para el vino, allí sujetos

por lazos dos o tres platillos en cuyos fondos de porcelana revoloteaban pintadas mariposas.

Un criado puso en medio del mantel la fuente, cuyo humeante arroz exhalaba tufillo delicioso. Pronto cada cual se echó en el plato de su cesta la ración que demandaban las necesidades de su estómago, que por cierto, salvo raras excepciones, eran muchas.

—Señores,—advertía el marqués—aquí de campo; algo molestos estaremos, pero mirad allá y consolaos.—Y el marqués señalaba las chozas de los guardianes de su monte, donde las familias agrupadas en torno del cacerolón introducían en él sus navajas o tenedores, cogían un trozo de cordero, sacudíanlo contra el borde interior de la fuente a fin de evitar el goteo de la salsa, lo llevaban con suma pulcritud a un zoquete de pan que aprisionaban en la izquierda, y pan y carne conducían a la boca limpiándose después los labios con algún trapo que descansara en sus rodillas, mientras alguien del corro pedía:—¡Vino! ¡Ese jarro de vino!—Y el jarro del vino pasaba de uno en otro coloreando los semblantes.

—¿Y podrán comer así?—preguntó el barón.

—Yo me quedaba *in albis*,—respondió Castropardo pasándose la mano por la boca como si fuera a espantarse un cínife.

Aurelio, en cambio, pensaba:—¡Quién estuviese allál...

Varias gotas de lluvia caídas sobre el mantel distrajeron la atención de los comensales que, sorprendidos, miraron al firmamento.

Cerníase una nube plomiza con amagos de tormenta. En pocos momentos se había cubierto el cielo de vellones lechosos, tras los cuales un sol enfermo irradiaba claridad macilenta, parecida a la débil e indecisa luz del amanecer. En pos de aquella nube seguían otras y otras cada vez más gruesas, más opacas, más obscuras. En el horizonte se vió fulgurar un relámpago. Cruzó una fuerte ráfaga de aire. Empezaron a cabecear las encinas.

—¡Al interior de la cabaña!—avisó el marqués.—¡Esto viene volando!

—Los principios de la otoñada,—expuso el barón.

—¡Gracias a Dios—exclamó el marqués mientras se metía en la choza—que va a mojarse la tierra!... ¡Ya era hora!... ¿Quién podía resistir aquellos calores?

Ante la insistencia de los goterones le siguieron los demás y, trasladado el mantel al interior, allí se reanudó el interrumpido almuerzo.

La obscuridad era grande, y como si de ella se asustasen las palabras, profundo el silencio, cortado sólo por el chocar de los cubiertos y el batir de las mandíbulas.

El barón, rompiendo aquel mutismo, se dirigió a Luis, que parecía algo ensimismado: —Noto que no come usted nada. ¿Sigue la indisposición?... Anímese usted, beba usted... Después del almuerzo esperamos oirle alguna cosa. Dos o tres poesías nos ha de recitar.

—Bien quisiera, pero, ¡tengo un dolor!... —Y Luis se apretó las sienes.

—Eso es el tiempo,—opinó el marqués; —imíteme usted y se le quitará.—Y cogiendo su copa la alzó en actitud zarzuelera, entonando aquel brindis, cursi ya:

¡A beber!...
A beber y apurar
la copa del licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor...

Las sombras que inundaban el recinto no delataron el color del rostro de Luis.

—¡Beba usted!... contágiese de su colega Castropardo...

—¿Colega?—interrogó Castropardo limpiándose el bigote.—¿Estudio yo para cura?

—¿No es usted poeta?

—¡Ah, en ese caso... sí! Digo, me parece que el señor...—Y Juanito dirigió una fría mirada a Luis, como diciéndole:—¿Colegas nosotros? ¿Tú, obscuro seminarista que no sabrás hacer más que *florecitas de Mayo* a la Virgen, y yo, revolucionario de la métrica, a quien diariamente jalean los periódicos?

—Señores, una idea,—expresó el barón.—Vamos a ver: Usted, Luis, y tú, Juan, ¿por qué no desperdigais algunas flores de vuestro ingenio en honor de la única belleza que hay entre nosotros?

La duquesita, comprendiendo, bajó los ojos y sonrió.

—Así podríamos pasar el rato hasta que marche la nube y salgamos a respirar el aire.

—¿Llueve?—preguntó el marqués.

—Sí, señor,—contestó uno de los criados saliendo a la puerta de la choza.

—Pero, ¿mucho?

—No señor, poco: mas el cielo está negro y los relámpagos menudean por allá...

—¡Ea, decidíos!...—rogaba el barón.

—Sabe usted que yo...—insinuó Luis—por mi carrera... los versos galantes...

—¡Bah, bah!... No hace muchos días leí un soneto de Arolas el escolapio que no lo hubiese hecho mejor el Petrarca. Fray Luis de León, a pesar de su misticismo, tiene algunos... Si vamos a eso, diga usted, hablando de amor, ¿quién habló más donoso y picaresco que Tirso, el fraile de la Merced?

—Sí, es verdad...

—¡Manos a la obra!—animó el marqués. —¿Es que no vemos? Se enciende... ¡A propósito! Tomad, ahí van cigarros.—Y repartió entre los comensales finas brevas engalanadas con anillos de oro.—¿Quién va a hacer más pronto el verso? Usted, Castro-

pardo, que casi siempre gana en las carreras, a ver si sale ahora victorioso.

—Y ¿cuál es el premio?—interrogó Castropardo.

—¿Premio?... ¡Es verdad!—replicó el barón.—Pues cualquier cosa... por ejemplo: un apretón de manos...

—Eso no es cualquier cosa;—advirtió Luis—un apretón de manos como se sepa dar, revela a un hombre.

—¡Bien, pues un apretón de manos, fuerte, muy fuerte! Ese es mi premio.

—¿Y el tuyo?—preguntó el vate modernista a la duquesa.

—¿El mío?

—Sí, ¡claro! tú que eres la favorecida debes dar el mejor galardón.

—No sé qué ofrecer... Si hubiera por aquí rosas, evocaríamos la ceremonia de un juego floral... En fin, este pañuelo, ¿parece bien?

—¡Sí, sí!...

Aurea se llevó una mano al pecho, tiró de dos puntas de encaje que entre las hendiduras de uno a otro botón salían de su elegante blusa, y, desdoblando la fina prenda, que exhalaba suave olor a heliotropo y que ador-

naban las iniciales A. M. (Aurea Mazarrondo), la paseó en triunfo ante los ojos de Juanito Castropardo y Luis Roldán.

El alma de Luis correteó a lo largo de sus dedos, pretendiendo por ellos abalanzarse al aromoso encaje, que en la semiobscuridad de la cabaña parecía una paloma revoloteando en torno de la duquesa.

—Entendámonos,—indicó el *sportman*—. ¿Quién tiene derecho al premio, el que antes concluya? ¿El mérito intrínseco de la poesía no se considera para nada?

Hubo un instante de silencio. El barón repuso:—Ni antes ni después. El premio es para los versos que lo merezcan, nada más. Castropardo pensó:—¡Pobre seminarista!

Los dos contendientes se proveyeron de cuartillas, y en breve no se oyó sino el vertiginoso rasgueo del lápiz sobre el papel, y el gotear de la lluvia encima de los mimbrales de la choza.

Los perros, extrañados quizás del silencio que reinaba en la cabaña, asomaron en ella sus hocicos; y al ver los rojizos puntos del cigarro temblar como luciérnagas en la obs-

curidad, se retiraron ensayando ladridos sordos...

Así pasaron cinco, diez minutos...—¿Está?—preguntó el marqués.—Nadie contestó. El barón expuso:—Si la musa no sopla, dejadlo.—Aurelio hallábase impaciente; anhelaba el triunfo de Luis, y a cada momento decíale por lo bajo:—¡Vamos, hombre, date prisa!

Creen muchos que no hay más que pedir al poeta: «¡Un verso!...» para que ya el verso brote instantáneo. Y no: no es la poesía un arte cualquiera; es algo creador, y las creaciones no son obra del minuto. El mundo, creación de Dios, poema de Dios, se hizo en seis días que, según modernas versiones, son seis largos períodos de tiempo. Y así como el sacerdote fervoroso, antes de ofrecer el santo sacrificio debe recogerse considerando las excelencias divinas, así también el poeta, sacerdote de la Belleza, debe reconcentrarse en sí mismo cuando va a oficiar sobre el ara del buen gusto. No se poetiza de cualquier modo: depende el poetizar de muchas circunstancias; por eso me río a veces de algunas *improvisaciones*... ¿Estaba inspirado Roldán? Sí: exceso de inspiración descomponía-

le el conjunto; su fantasía loca galopaba sin freno, y por más que el jinete lo sujetaba de las riendas no se detenía el corcel. Al fin exclamó:—¡Listo!—Y Castropardo, que al revés de Luis, tardaba por falta de numen, decía:—Voy... ya voy...—Luego, imitando al seminarista, añadió:—¡Listo!...

—¡A leerlas!—gritó el barón.

—¿Quién empieza?—interrogó Castropardo.

—Usted;—contestó Luis—le corresponde por derecho de antigüedad. Ya es poeta de... cartel.

—¡Gracias!—exclamó pavoneándose el cubano. Y con voz de falsete empezó la lectura de su poesía.

A LA DUQUESA DE SOTOPERALES

SONATINA

¿Ves los cisnes de albos cuellos elegantes
que atraviesan el cristal de la fontana
versallesca, cuyas aguas ondulantes
fosforecen con la luz de la mañana?

¿Ves la nieve que se posa en la alta cumbre
de la sierra? ¿Ves el blanco recental?
¿Ves la luna que se filtra con su lumbre,
como lluvia plateada, en un rosal?

Pues tan blanca como el cisne de la fuente,
como el pico de la sierra congelada,
como el tímido cordero balbuciente
y el polvillo de la luna plateada

eres, duquesita preciosa, ideal...
ánfora de mármol, jazmín y cristal...

Calló Castropardo, y nadie osó interrumpir su silencio. Todos aguardaban el desenlace de la composición; pero cuál no sería su asombro cuando oyeron decir a Juanito que había terminado.

—¡Ah! pero...—balbuceó el barón. Y después, como arrepentido de haber esbozado su extrañeza, añadió:—¡Bien!... ¡bien!...

Y «bien, bien» con el mismo tono de una comparsería teatral, repitieron los demás señores de la reunión.

La duquesita se limitó a decir:—Muchas gracias, Juan, muchas gracias.

El cubanito, sospechando que aquel final de su composición—final que necesariamente tuvo que ser así, pues el tiempo apremiata, faltaba el numen y la vanidad urgía—babía caído como chorro de agua helada en sus oyentes, expresó entre humilde y fatuo:
—La escribí muy deprisa, y esos versos son

tan difíciles... Además, ya sabeis que los redondeos en cuestión de arte están llamados a desaparecer... El punto final es de mal gusto... ¡Los suspensivos guardan un encanto!...

—Pero Juan, – explicaba el barón—si la poesía nos gusta, si...

—Luis,—invitó el marqués dando al barón en su brazo con el codo, para hacerle así comprender que iba a oir algo bueno—empiece usted. Ahora se juzgará.

Luis comenzó:

LLUVIA DORADA

A LA SEÑORITA AUREA DE MAZARRONDO

Temblaba su voz. El *sportman* sonreía burlonamente. Aurelio se inquietaba temiendo un fracaso. La duquesita toda era oídos.

Prosiguió Luis:

> Aurea es tu nombre y dorada
> te contemplan mis pupilas:
> con oro estás fabricada,
> oro vierte...

Roldán no era dueño de sí: se le enredaba la lengua, su corazón palpitaba fuertemente... ¿Qué le ocurría? El, que declamó sus

hermosas composiciones en presencia de una infanta de Castilla, de príncipes de la Iglesia y de ministros de la Corona, ¿temía acaso recitar delante de aquel reducido auditorio de aristócratas? El, que había subido más de una vez a la tribuna de su Seminario, que habló en fiestas universitarias, que dió varias conferencias en importantes centros de cultura alcanzando siempre estruendosas ovaciones, ¿iba a arredrarse ante la obscuridad de aquella improvisada cabaña? Luis, que desde el púlpito, allá en la capilla del religioso edificio donde cursara sus estudios, cantó las excelencias de la Inmaculada Virgen, ¿no se atrevería a cantar las gracias de una duquesita gentil? ¿Era quizás por aquel tonto de poeta que en un rincón de la choza mirábale osado registrando sus menores movimientos? ¿Por qué las letras bailaban ante sus ojos, y se pegaba al paladar su lengua, y toda la cabaña se le venía encima?

—¡No puedo!—exclamó al fin—estoy mareado... Aurelio, léela tú. ¿Entiendes la letra?

—Punta de alfiler parece... La leeré, salga como salga. Trae.—Y Aurelio cogió el papel.

No era el enfermero gran recitador, pero

efecto de su continuo trato con Luis, aprendió de éste su manera singular de matizar las frases, de modular la voz según las circunstancias lo requerían. Empezó:

Aurea es tu nombre, y dorada
te contemplan mis pupilas:
con oro estás fabricada,
oro vierte tu mirada,
oro del cuerpo destilas.

Por ti, niña a quien adoro,
desprecio el polen de oro
de azucenados pistilos;
por tí, no quiero el tesoro
que el sol me brinda en sus hilos.

¿Quién formó tu cabellera
donde la luz reverbera
con reflejar amarillo?
Algún sol: éste no era,
que este sol da menos brillo.

Esas pestañas sedosas
¿el oro dónde robaron?
¿Quizá de alas primorosas
de pintadas mariposas
que en tus párpados se echaron?

Esas tus cejas brillantes,
esas curvas fulgurantes
que de tu frente el capuz

han surcado rutilantes,
dí, ¿quién les presta su luz?

Oro es tu voz: pues remeda
el sollozo de un cristal,
rumor de mansa alameda,
«frú-frú» de traje de seda,
nota de arpa celestial.

Oro el alma, que destella
como la luz de una estrella
en tus pupilas azules:
estás, ¡oh, paloma bella!
envuelta en dorados tules.

Yo no me quiero acercar:
de lejos he de admirar
esa rútila figura,
pues temo vaya a manchar
con mi aliento su envoltura.

Que esa túnica dorada
debe ser tan delicada
como el ala primorosa
de la linda mariposa,
que, al tocarse, se degrada.

No he de tocarte liviano,
joya que grabó la mano
del Orfebrero divino:
¡Tú eres Aurea!... Yo un gusano
que se arrastra en tu camino.

Vuela, vuela, mariposa:
que te perfume la rosa,
y te cante el ruiseñor
con su lengua melodiosa
rendidas trovas de amor.

Vuela, vuela, ángel de oro:
que mientras vuelas, te miro;
al contemplarte, suspiro...
¡Suspirando, canto y lloro!
¡Llorando y cantando, expiro!...

Un gran aplauso acogió el final.—Estos versos los firma usted;—indicó Toro alargando la poesía al barón.

—¡Justo!... «El barón de Palmeral.» Muchas gracias, Luis, por la delicadeza.

La duquesita, que durante la lectura no cesó de mirar a Aurelio, moduló dirigiéndose a Roldán:—Yo no sé qué decirle...

El marqués repetía:—¡Qué chico! ¡Qué chico!... — Y Castropardo, previendo una derrota, se mordía los labios lleno de envidia.

Luis se hallaba disgustado: de haberla leído él hubiera sido mayor el éxito; allí faltaba calidez, fuego... *algo* que Aurelio no puso.

—Creo yo que el premio...—insinuó uno de los convidados.

—Aurelio,—suplicó el barón—¿sería usted tan amable que volviera a repetir la lectura? Ahora nos fijaremos con más atención y así será definitivo el fallo.

—¡No!...¡ No!... ¡Trae!... ¡Yo la leeré!—Y Luis, arrebatando a su amigo las cuartillas, comenzó:

> Aurea es tu nombre, y dorada
> te contemplan mis pupilas...

El poeta comunicaba su emoción a los versos que, cálidos, fluían de los labios como rumor de pájaros nacientes. El tono de su voz recorría toda la gama del sentimiento. Qué expresión de indefinible tristeza cuando decía:

> Yo no me quiero acercar:
> de lejos he de admirar
> esa rútila figura,
> pues temo vaya a manchar
> con mi aliento su envoltura...

Y qué respeto en aquellas frases:

> No he de tocarte liviano,
> joya que grabó la mano

del Orfebrero divino:
¡Tú eres Aurea! Yo un gusano
que se arrastra en tu camino...

Y al concluir, ¡qué melancolía de muerte!

Vuela, vuela, ángel de oro:
que mientras vuelas, te miro,
al contemplarte, suspiro...
¡Suspirando, canto y lloro!
¡Llorando y cantando, expiro!...

—¡Muy bien!—premió el barón levantándose y estrechando calurosamente las manos a Roldán.

—Luis, ahí va el pañuelo...—murmuraba Aurea ofreciendo la delicada batista al poeta, el cual lo recogió con avidez y aspiró dulcemente su efluvio de heliotropo.

—Supongo—decía la duquesita—que podré quedarme con estos versos...

—¡Oh, no!—respondió Luis—no los entendería usted; están escritos muy de prisa... Antes de marchar al Seminario yo le enviaré una copia.

—La aguardo con impaciencia.

Mientras, Castropardo, devorando la rabia del vencimiento, pensaba:—¿Le parece a

usted?... ¡Dejar mis versos por esas antiguallas de quintillas ripiosas!... Pero venid acá, señores míos,—continuaba indignado preguntando con el pensamiento—Zorrilla y Marcos Zapata, ¿no murieron ya? ¿Desconocéis los nuevos rumbos, los gustos modernos? ¿Nunca habéis desayunado siquiera en el *restaurant* literario de Chocano, o tomado un *vermouth* con aceitunas en el *Bar* ultrapoético del exquisito Rubén?...

CAPÍTULO XV

Bailando y tronando

Cerca de la choza se sintió gran algazara: era la gente joven que venía en son de fiesta, las mozas y mozos de los guardianes, que iban según costumbre a pagar con un baile el convite de su amo.

La mañana no estaba, en verdad, para tales escarceos: el suelo volvíase blando al contacto de las gotas que dejaban caer las nubes; opacos jirones envolvían el firmamento en lóbrego matiz de tristeza; de cuando en cuando atravesaba la raya del horizonte un relámpago, y oíase, aunque lejano, el rumor del trueno; de vez en vez un pájaro ne-

gro de los que graznan, volaba al encinar sacudiéndose las plumas...

Pero a los veinte años el alma sabe sustraerse a estos cuadros melancólicos y forjarse al instante una escena de luz. Por eso a las indicaciones del marqués, el cual les decía que la mañana, más que bailar, pedía un cuento de brujas al amor de la lumbre, ellas respondieron:—«Déjelo el señor, con la lluvia el pelo crece,»—y ellos:—«El agua quita los malos humores. ¡A bailar! ¡Ramón, echa una copla!...»—Ramón era el hermano de Aurelio, un tipo moreno, ardiente como áscuas, digno de haber nacido en Córdoba o Sevilla.

Traía en su diestra un guitarro (porque *guitarras*, oidlo bien: guitarras con su panza de ébano, sus cuerdas de oro, sus clavijas de plata, sus incrustaciones de concha y su moñón de raso, no se ven más que en Andalucía), un guitarro de aldea propio para acompañar joticas, mas nunca el aire soberano de una *malagueña*,—reina del cantado sentimiento popular—orgullosa de por sí, que no se aviene a un triste acompañamiento, sino que demanda riqueza y rumbo por

todas partes: en el instrumento, en quien lo tañe, en la concurrencia y hasta en el sol.

Decía que Ramón empuñaba en su diestra el armonioso mástil, huérfano de cintas; se sentó en el suelo sin preocuparse de la humedad, bajo la blanca lona, quiosco o pabellón de ingreso a la cabaña del señor marqués; enredó las piernas como un árabe, y colocó entre ellas el jaleador instrumento. Visto así, con sus ojos negros y arrulladores y su matiz de café a medio tostar, Ramón parecía uno de esos rapsodas africanos que tañen guzlas. Punteó, rasgueó y cantó. Era la jota: pero una jota débil, enfermiza; no la briosa, arrogante y varonil que sacude los pechos de entusiasmo.

Tres parejas salieron; una de ellas, de mujeres solas; escaseaban los mozos. ¡Qué inocente era aquello! Vueltas acá, vueltas allá; manotazos al aire con repiqueteillos de dedos; una pierna que va y otra que viene...

Estos campos próximos a las grandes urbes carecen de fisonomía propia. El carácter de estos pueblos—como decía con gracia

mohosa refiriéndose a la forma *Kal* un profesor de hebreo que yo tuve—es no tener *carácter*. Imitan todo y no hacen nada. Aquel baile lo mismo podía ser jota que peteneras. El caso era mover los pies; los movían, más no sin dificultad: ya hemos dicho que la tierra iba empapándose.

—¡Ramón, deja la jota! ¡Un *tiento*!...—gritó uno de los bailadores.

—Eso—observó el marqués—lo sabrá cantar Luis; es andaluz.

—¿Este?—indicó Aurelio.—¡Ca, señor marqués! si no parece de allí. Tira al norte... casi siempre mustio, alicaido...

—¡Allá va el *tiento*!—exclamó Ramón. Y entonó lo de:

Quisiera verte y no verte...

¡Madre, qué profanación! ¡Pues no bailaban el jaleo a manera de jota baturra!... Sonrió Luis no obstante sus muchas pesadumbres. Y es que se acordaba de su tierra; de aquellos *cantaores* y *bailaores*; del batir de sus crótalos, del sonar de sus palmas, de los flecos de un crespón acariciando el faralá de

un raso... Comparaba la pobreza del cuadro que servía de fondo a las figuras—un encinar salpicado por un arroyuelo—con las clásicas parejas andaluzas moviéndose ya en la *Caleta* de Málaga teniendo a su frente el mar y a sus espaldas los limoneros de sus jardines, ya en la célebre *Venta Eritaña* de Sevilla, al amor de las palmeras y al arrullo del Guadalquivir.

Luis cerraba los ojos para no ver aquella ridícula parodia de la danza flamenca: danza que está pidiendo a voces un trono de mantones de Manila, y allí estaba demandando un ataúd. Todo contribuía a empobrecer la fiesta: el cielo era un capuz lóbrego, y la *juerga* requiere un azul brillante, un sol que lance puyazos de fuego.

Quizá al leer esto me interrumpa algún andaluz, diciéndome:—«¿Y la *juerga* nocturna?»—¡Pero puede llamarse *nocturna* una juerga que, si es bajo techado, la alumbran focos eléctricos, *chatos* de Manzanilla y ojos brillantes de espléndidas mujeres; y si es al cielo raso tiene por antorchas la luna y un millón de estrellas, diferentes a la luna y a las estrellas de otras partes, que se reflejan

en la tranquila superficie del Mediterráneo produciendo correspondencias de luces que casi marean, que casi ofuscan? ¡Las noches de Cádiz! ¡las noches de Málaga!... Esas noches ¿son noches verdaderas? ¿Brilla la luna como aquí? o al menos: llevados de nuestra exhuberante fantasía meridional y del grande amor que profesamos a nuestra tierra, ¿no nos parece que brilla más que aquí?... Pero me disgrego del asunto, y os pido perdón.

Decía que todo coadyuvaba al menor esplendor de la fiesta: el cielo, fúnebre; la tierra, mojada; los relámpagos, acercándose; el trueno, casi encima... Un trueno cortó el baile, como si un andaluz se hubiera asomado desde el cielo a ver lo que pasaba por el mundo, y observando aquella profanación de sus danzas, protestase recio. La gente se asustó; se rasgó el cuadro: tocador y bailadores se refugiaron en las cabañas seguidos del público. El marqués gritaba:—¡A casa! ¡Todavía hay tiempo!

—¿A casa?—advertía el barón—nos coge el chubasco en el camino. Descuide usted, pasa pronto: nubes de verano.

—¡La tormenta está aquí!—avisó Juanito.

E imitaba el lenguaje de los periódicos, diciendo:—¡Viene *pegando*!

En efecto, el viento la conducía con extraordinaria celeridad. Ya el cielo no era el cielo lechoso por el cual se introducía débilmente la luz: el cielo adquirió tintes sombríos. Densos nubarrones de color pizarra se extendían desde un lado a otro, casi rasantes con las cúpulas de los álamos blancos, donde los ruiseñores daban plumas con plumas. Las encinas agitaban tristemente sus cimeras a modo de guerreros que previesen una derrota. Los goterones eran cada vez más fuertes y continuados; se inició la lluvia general, y por el techo de la cabaña empezaron a lloriquear los mimbres. Un relámpago, otro, otro... Las culebrinas iluminaban súbitamente la caliginosa atmósfera. Seco, retumbaba el trueno diluyéndose su ronco estampido por los anchos espacios hasta desaparecer gradualmente.—¡«Santa Bárbara, Santa Bárbara!...» — rezaban las mujeres, mientras los chicos, asustados y temblorosos, se acogían a sus faldas. Los hombres, asomándose por las chozas indagaban el estado del cielo, haciendo, según el recorrido de

las nubes, pronósticos sobre la duración de la tempestad. Los perros movían sus colas contemplando con ojos al parecer reflexivos aquella revolución del firmamento, y algunas veces, cuando posaban su vista sobre la tierra, daban un ladrido ahogado sintiendo impulsos de escapar: era que habían visto un conejillo salir en precipitada fuga de su madriguera inundada por la corriente.

De pronto, rozando casi con las mismas encinas, se vió intenso llamear: descendió una luz estrecha, estrecha y larga como si Satanás se hubiera cortado su índice de fuego; se escuchó horrísono estampido—el ¡ay! de Satanás—que repercutió en las cañadas y tajaduras del monte, cada una de las cuales rugió en sones broncos, igual que si por allí se asomasen catervas de demoniacos espíritus a plañir la amputación dolorosa de su monarca infernal. Se taparon las mujeres el rostro con sus delantales; empezaron a llorar los chicos y a ladrar los perros; las bestias que pacían en la verde explanada, a pesar de tener atadas sus patas delanteras emprendieron la fuga. Los hombres, señalando el punto de la exhalación, decían: — «¡Allí

fué!...» Sí; allí fué: una encina carbonizada; una de aquellas encinas que meneaban tristemente la cabeza sospechando una próxima derrota...

Aurelio y Luis admiraban el cuadro:—«¡Qué hermosura!»—exclamaba el poeta.—«¡Qué grandeza!»—añadía el filósofo.

CAPÍTULO XVI

¡Al río!

Poco a poco fué alejándose la tempestad: amainó el viento; cesó la lluvia; las nubes, al desvanecerse, iban dejando intersticios azules; el sol, suave, comenzó a iluminar la tierra. Ya solamente llovía de los árboles, cuyas hojas escurrían el agua. La marcha se dispuso.

Desataron las caballerías y pusieron sobre ellas jamugas, cantareras y personas. Unos a pie y otros conducidos por las bestias, la caravana emprendió la partida.

Aurea, sentada en su mula que, caminando mansamente, hundíase en el fanguizal, nablaba del reciente espectáculo con los dos

seminaristas, los cuales, a pie, marchaban a uno y otro lado de la gentil duquesa. No dejaba ésta de inquietarse por un rumor que cada vez percibíase más distinto.—«¿Qué es eso?»—preguntó.—«El río, sin duda.»—contestó Aurelio.—«Veremos cómo se pasa.»—«Bien: el monte no ha escurrido todavía.»—«¡Vaya una riberal ¡Vaya unas impresiones que habrá usted sacado, Luis! ¡Nos hemos divertido mucho! ¿verdad?»

—Para mí será siempre un día memorable.

—¿Memorable?

—Si usted no se ofendiese y me permitiera ser galante...

Aurelio que, como se dice en lenguaje de bastidores, estaba al paño, miró gravemente al amigo, y en seguida se puso a silbar un aire de su canción favorita: la salutación de los peregrinos de Lourdes. Mas Luis, no dándose por enterado, continuó mientras miraba a la duquesa y acariciaba el cuello de la tarda mula:—Ser galante, yo le dijera que este día es memorable porque la misma Belleza me regaló su bandera blanca.—Y enseñó el pañuelo.

—Pues algo triste parecía usted.

—Siempre lo estoy.

—¿Y eso?

—Mi carácter.

—Parece mentira que sea usted andaluz.

—Phs...

—Y enamorado ferviente de lo bello. ¿No sabe usted lo que dijo una reina?

—¿Usted?...

Aurelio subió el tono de su silbido, mientras la niña, sonriendo, anunciaba:—En el cuento de mi vida aun no nació el príncipe que me rapte.

—¿Quién lo dijo entonces?

—Una reina bíblica que usted debe de conocer mucho.

—¿La de Sabá?

—La de Sabá. La Belleza—afirmó—es la eterna alegría. ¡Alégrese usted! Imite a su amigo Aurelio.

—¿Qué pasa?—interrogó Aurelio, suspendiendo el armonioso ruido de sus labios.

—Que siempre estás contento.

—¡Claro! ¿Qué motivos hay para entristecerme?

—Conque... ¿tú eres la persona más feliz

del mundo?—preguntó Aurea mirándolo atentamente.

—Por ahora, sí. La señorita duquesa, ¿no?

—¡La señorita duquesa!...—murmuró Aurea frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

—¿No es feliz?... Joven, discreta, bonita...

Se animaron los ojos de Aurea, y exclamó:—¡Sigue!...

—Rica, noble, en vísperas de casarse...

—¡Escucha!... ¡Escucha!... ¡El río!...—interrumpió la duquesita fingiendo susto, y señalando al lugar por donde crecía el rumor. Después, rabiosilla, dió un pescozón con su mano de nieve en el cuello de la mula, gritando:—¡Arre! ¡Arre!...—Luis y Aurelio quedaron atrás.

A poco se contempló el Guadarrama. Llegaba el agua turbia mostrando manchas sanguinolentas. Su lecho había crecido considerablemente, y arrastraba troncos, pieles de ovejas, alguna que otra gallina, y muchos conejos.

—¡Cuidado al pasarlo!—avisó el marqués—. ¡Dirigid bien las caballerías, que el agua viene de muy mal talante!... ¡Nadie

cruce a piel La corriente debe de llegar hasta por bajo de los brazos... Aurea, si no te atreves sola, ven conmigo; aunque tú puedes darme lecciones de equitación.

—No hay caballerías suficientes—advirtió Castropardo.

—Las bestias pueden hacer varios viajes y así pasaremos. Quien sepa mejor nadar—continuó el marqués—encárguese, según vayan quedando desocupadas, de volverlas a la orilla para que monten los rezagados.

Las órdenes del marqués empezaron a cumplirse. Aurelio y su hermano Ramón, que eran excelentes nadadores, aunque en su vida nunca habían visto el mar, se despojaron de sus exteriores prendas de vestir y hendieron el agua, la cual subíales más allá de la cintura. Las caballerías, desprovistas de sus cargas, eran conducidas del ronzal por los susodichos jóvenes al punto de partida, donde volvían a tomar nuevos viajeros. Entre risas y sustos pasaron todos menos Aurea, que se reservó para la última. Entonces, cuando ya nadie quedaba por atravesar el río, avanzó.

Venía el agua cada vez más recia, y la

mula, por efecto de los dos o tres viajes que hiciera, hallábase algo cansada. Tardo y embarazoso el movimiento, revolvíase el animal, asustándose de cualquier obstáculo por nimio que apareciese: un tronco detenido adquiría proporciones colosales, y una piel de oveja que cruzase rápida se le antojaba un mónstruo marino. Rezongona, pues, y espantadiza iba la mula; esto unido al poco cuidado que en llevarla ponía su conductora, quien distraíase mirando al encinar entre cuyos árboles Aurelio y Ramón habían ido a vestirse, era causa de que la marcha por el río fuese larga y penosa en extremo.

Su abuelo no hacía más que gritarle:

—«¡Castígala!... ¡Por allí!... ¡Por aquí!...» —«¡Señorita—vociferaban las mujeres—mucho cuidado, que esa pícara no quiere andar!...» —El poeta, alzando sus brazos, exclamaba: —«¡Por Dios!...»

Aurea, sin preocuparse, indiferente, se dejaba llevar. De pronto, vagó en sus labios una extraña sonrisa, y... la mula, cayendo de bruces, arrastró a la duquesa. Un grito unánime de ansiedad y espanto brotó de todos los pechos; al grito, Aurelio salió de su

escondite, se despojó rápido de la sotana que llevaba a medio poner, y lanzándose al río y nadando ligero, llegó al lugar donde la duquesita peligraba. Ella, al verlo, agitó sus manos que él estrechó con fuerza alzándola de la mula, la cual fué arrastrada por la impetuosa corriente.

Aurea se afianzó al cuello robusto de Aurelio, mientras éste, rodeando su cintura, conducíala entre los fornidos brazos como pudiera conducir un manojo de blancas azucenas. Y no otra cosa parecía la duquesa con su falda de muselina chorreando, la palidez del susto reflejado en su semblante, y la cabellera de oro húmeda y suelta por el recio batir de las ondas. Cerraba la niña sus ojos, y el pecho se le levantaba a impulsos de la reciente emoción. Ya en la orilla, la rodearon todos, mientras ella con apagada voz musitaba: —No os asustéis, un baño...

El abuelo culpábase de lo ocurrido por haberla dejado sola; el barón la miraba angustiosamente, y Luis con excesiva inquietud. Dos o tres mujeres se quitaron sus sayas envolviendo con ellas el cuerpo de la duquesita, en cuyos delicados miembros ha-

cía presa el temblor. Acondicionaron como mejor pudieron una mula, y colocada en ella la paciente, se prosiguió el camino de la casa, mientras Ramón, haciendo trotar el jaco, se dirigió al Alamo en busca del médico. El marqués, viéndolo desaparecer, le gritaba consultando el reloj: — Son cerca de las cuatro... Si a las cinco estás con el doctor de vuelta, te ganas veinte duros... ¡Corre!

CAPITULO XVII

¿Aurelio?...

Ya en casa del marqués, fué trasladada Aurea a sus habitaciones. La acostaron y cubrieron su cuerpo con manta de terciopelo rosa, capaz de infundir calor a una Venus de mármol, cuanto más a una Venus de carne...

Intensa palidez de lirio teñía su frente, y su rubia cabellera, deshecha en mil bucles caía sobre la fina almohada. Margarita, Ofelia...

La niña encargó que la dejaran, pues sentía mucho amodorramiento y quería descansar. Tan sólo permitió, y eso a instancias

reiteradas del abuelo, que su doncella Anita la acompañase.

El marqués, asomado a la solana, renegaba de la vida del campo en donde los remedios prontos son tan difíciles, y oteaba el largo camino que conduce al Alamo, anhelante porque apareciera el doctor. El barón medía a grandes pasos el suelo de la habitación inmediata, agitado, intranquilo, nervioso. Aurelio recibía por su valiente decisión plácemes de los convidados; y Luis, a un extremo de la amplia sala, hundido en muelle y aterciopelada butacona, afilaba el arma de un razonar severo, para presentarla y hacer retroceder con ella a sentimientos que, obstinados, querían escapársele del corazón.

Algo habría de angustiar y de oprimir a nuestro poeta, pues murmurando: —¡Ea, vamos a distraernos!—se alzó del butacón, y comenzó a pasar revista a los viejos cuadros de los ascendientes del marqués: ya era un militar de los flamencos tercios, bigotudo, jactancioso y arrogante, a quien miraba; ya una dama de abullonado traje, cuyas manos breves, pulidas y ociosas, parecían tener

nostalgias de arpa o clavicordio; ya un cardenal, viejo aniñado, que sonreía patriarcalmente, y hacía resaltar el lino de su cabeza bajo el ancho y encarnado solideo; ya una madre abadesa, austera, grave, que encuadraba su rostro con un estirado copo de nieve, más allá del cual se extendía la negra noche del benedictino manto; ya un señor corregidor de los tiempos de Fernando VII, con su calzón corto, su casacón bordado y su empolvada peluca; ya, en fin, una señora de miriñaque, con su ridículo y su liliputiense quitasol...

Andando y viendo llegó Luis a la puerta de aquella habitación que, por los retratos, habréis conocido que es la gran sala amarilla, y divisando al frente el ya admirado tapiz de Garcilaso y queriendo por vez segunda examinarlo, se aventuró a dejar la compañía de los ilustres antepasados del marqués.

Después de breves minutos ante el poeta de los galanteos pastoriles, continuó su ruta indagadora y distractiva, hallándose en aquel cuarto que se adornaba con la desnuda veneciana del Tintoreto. Luis se acercó al va-

lioso cuadrito y palpó con respeto de artista y osadía de hombre las pintadas carnes. Luego entreabrió suavemente las cortinas rameadas del gabinete azul, y aspiró voluptuoso el efluvio de aquellas sillitas de raso, de aquel cestillo de costura, de aquella acuarela a medio concluir, de aquel piano abierto, de todo cuanto allí había, porque todo era pregonero y retentor de las delicadezas de una bella mujer...

¡Ah, qué bien se estaba allíl... ¡Como gusano de luz en un capullo de rosal... Sin sonarlas, pasó sus dedos por las teclas del piano; dió vuelta al taburetillo de espiral; acarició un pensamiento que sobre la tela del bastidor aparecía medio bordado en sedas de colores; puso bien un muñequillo de china que se había caido; arregló el lazo que oprimía la verde cintura de una artificial palmera; revolvió el canasto de la labor jugando con los encajes, con los ovillos, con las tijeras, con el dedal... recogió el suspiro perfumado de dos o tres violetas que lánguidamente asomaban al borde de cristalino tubo; aplicó a sus oídos un relojito de pulsera abandonado en una mesilla; se endulzó

la boca con una chocolatina de la esmaltada *bombonnière*... Todo lo oía, lo veía, lo palpapaba, lo gustaba... Y todo breve, en silencio, deslizándose de puntillas, suave, a modo de pluma de pájaro que entra por el balcón...

De pronto se detuvo: había sentido un rumor, un inconfundible rumor que él hacía tiempo no escuchaba... un susurro fugaz que tenía algo del murmullo de la hoja y de la seda. ¿De dónde partió?

Miró a todos lados: ¿Sería ilusión? ¿Sería tal vez el crujido de algunos de aquellos mueblecitos de sándalo y bambú? ¿Acaso el revoloteo de alguna mariposa que entró por el balcón abierto y golpeó el cristal? ¿Quizás que el currutaco y la damisela de porcelana, juntando las puntas de sus dedos y llevándolas a los labios, se saludaban desde una a otra repisa?...

Luis se orientó hacía el punto donde el rumor de la seda y de la hoja había florecido, y avanzó cauteloso... ¡Ah, no lo sabía! Aquella habitación comunicaba con otra: he aquí la puerta, disimulada, vestida también con el mismo traje azul de la pared.

Abrió Luis, lentamente, sigilosamente...

Al principio, nada vió sino una obscuridad bordada en oro; poco a poco la obscuridad adquirió relieve, la forma de cuatro bastidores anchos y plegables, y el oro se descompuso en figuras: pagodas, pavos reales, tíbores, kimonos y crisantemos: se hallaba delante de un biombo japonés.

¿Qué había detrás? Luis no se atrevió a asomar la cabeza por encima de aquel endeble muro de bordado raso. Sin moverse de su sitio, vió lo que sólo podía ver: el techo, blanco, reluciente; la faja superior de las paredes, suaves, nítidas; el penacho color de hueso, de un armario de luna; la mitad de un ovalado espejo; la cúpula de una capillita de madera, y bajo ella el estrellado círculo de una Virgen de Lourdes; las partículas flotantes de un débil rayo de sol, que a costa de trabajos llegaba a entreabrir el sedoso pabellón de un ventanal... Y acá, a lo largo de la pared del biombo, suspendidas por la enramada vara de un pagano tirso, caían, a modo de dosel, dos amplias cortinas de encajes,.. ¿Qué era aquello?... ¿Un altar?... ¿Un trono?...

Llegaba hasta Luis un aroma indefinible;

un olor de flores no cortadas, de rosas frescas, rozagantes, vírgenes... Un vergel había allí cerca, a dos pasos, separado tan solo por la murallita japonesa.

Roldán, quieto, inmóvil, extático, aspiraba avariento aquel perfume de carnales rosas que lo envolvía... Después, con infinitas precauciones, rítmicamente, primorosamente, se inclinó, se arrodilló, y recorriendo con sus manos temblorosas las junturas del biombo, aplicó a ellas las encandiladas pupilas. ¿Quién había allí?... ¡Ah, no podía verlo!... ¡Las ventanillas del biombo no caían frente por frente de las rosas!...

¡Tormento sin igual! ¡Martirio que no sufrió ningún mártir!... Tan cerca, tan junto, y había de acurrucarse como un gatillo, aguantar la respiración detrás de aquella pared de tela que con un soplo vendría al suelo...

Oía Roldán un susurro de palabras dichas en voz muy baja, como de quien reza o hace confesión; y de cuando en cuando, el roce, armonioso y seco, de unos labios que se posan... De pronto, escuchó claro, distinto, un nombre... ¿a ver?... Luis casi introdujo el pabellón de su oreja por el resquicio

abierto desde bisagra a bisagra en un lienzo de aquella pared portátil, y escuchó anheloso... Sí, sí; no había duda, decían: «Aurelio», y lo decían con pasión reconcentrada, con arrebato sordo, callado, sin expansionarse, sin dilatarse, sin estallar... Luis no lo quería creer. ¿Sería posible?... ¡Oh, si él se atreviese a mirar un segundo siquiera!...

Con las mismas precauciones desplegadas al arrodillarse, alzó. Se empinó un poquitín, y asomó un momento, nada más que un momento, sus ojos febriles... ¡Y fué suficiente! Allí, en aquel lecho—trono porque se hallaba su reina; altar porque se hallaba su ídolo—ella, la duquesita Aurea, mostrando las desnudas espaldas a Luis—espaldas más blancas que jazmines encima de un mármol—retenía entre sus manos de concha el retrato de un guapo mozo que, apoyado en el recio cañón de una escopeta, presentábase vestido con pantalones anchos, altas polainas, chaqueta abotonada en cuyo cuello se ostentaba la corona del marqués, y sombrerote de alas caídas a lo Van Dyck... Con aquel retrato hablaba, en aquel retrato besaba, y el retrato... ¡era Aurelio!... Y el poeta,

ahogando su sorpresa, y su dolor y su rabia, huyó de su escondrijo y entró presuroso en el gabinete azul.

Y allí, sentado en una de aquellas sillitas de raso, ambos codos en las rodillas, la cabeza entre ambas manos, frío, mostrando en su rostro la expresión del desencanto, pensó:

—¡Cómo! ¿Aurea se inclina a Aurelio? ¿La azucena pretende escalar el arbol del Monte Líbano?... ¿Pero es Aurelio, en realidad, de la madera sagrada, o, por el contrario, su única robustez consiste en la robustez del cuerpo? ¿Es el cedro oloroso que resiste impávido los huracanes, o la débil cañizuela sin perfumes que troncha el vendaval? ¿Sincero o hipócrita? ¿Casto o impuro? ¿Asceta o pecador?... ¡Ah, el único hombre en quien yo tenía puesta mi confianza, cristaliza en un hombre como todos los demás!... ¡Solo tú, eres grande, Dios mío!... Aurelio, ¡polvo, lodo, inmundicia!... Sí, sí: ya me explico sus severidades por mis corteses galanteos con la duquesa; ya me explico su actitud, ¡su valiente, y loable, y generoso proceder de hoy!... ¡Y ella le quiere!... ¡Cómo está a caza de sus gestos, de su ademán, de sus frases!...

Veo claro: ella, duquesita, va a casa del hijo de su pobre guarda; y lo convida a comer; y se empeña en que le hable de tú... ¡Oh, cómo se aferraba al cuello de Aurelio cuando Aurelio la sacó del río!... ¡Le quiere!... ¡Ahora mismo lo nombra, ahora mismo lo besa!... ¡De modo, que la acción que yo fingía para mi novela, es verdad!... Pero esta mujer, ¿no va a casarse?... ¿No está su boda concertada con el barón?... ¿Qué pretende, qué quiere, qué hace esta mujer?...

Y Luis, nervioso, movía vertiginosamente las rodillas haciendo que los codos bailaran, y con los codos, la agitada cabeza, que sostenían las convulsas manos. Y recordaba a la duquesita, que estaba allí, detrás de él, en la habitación inmediata, sola en su lecho, con la cabellera suelta, con la ropa en desorden, con el terciopelo blanco de su espalda al descubierto, besando y diciendo ternezas a una efigie, anhelante, suspirante, deseosa... Y el poeta que, durante cinco años mortales de forzada vida mística, había cruzado sus brazos, sellado su boca, cerrado sus ojos..., sintió erupcionársele todo el contenido fuego de su carnal Vesubio, que ascendía y crepitaba

azotándole en hirvientes llamaradas el rostro. Los sentidos se le encabritaron: saltaron como tigres que, después de prolongada abstinencia, hallan en el desierto el cuerpo vivo de un caminante...

Y lúbrico, y torpe, y sádico, sentía impulsos irresistibles de abrir aquella disimulada puerta, de echar por tierra aquel flácido biombo, de rasgar el encaje de aquellas cortinas que sujetaba el tirso, de abismarse y confundirse por un segundo en la angustia gozosa de lo que le estaba prohibido eternamente... Y se levantó... se levantó para volver a caer, desplomado, en aquella sillita, que se quejó dolorosa. ¡Soy un loco!—exclamó—¿a dónde voy?... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué nos hiciste así?... ¡O todo espíritu o todo carne! Pero carne y espíritu a la vez, ¡no!

Y ya en reacción, más tranquilo, más resignado, elevaba su mirada al techo como si por él hubiese algún resquicio que lo pusiera en comunicación con la celeste bóveda, y, afligido, repetía la súplica de la pecadora Thais:—¡Señor, tú que me criaste, ten lástima de mí!...

CAPÍTULO XVIII

Sonsacando

Una vez que el médico, con su favorabilísimo dictamen respecto al accidente de Aurea, hizo renacer la calma en casa del marqués, Aurelio y Luis ya casi anochecido emprendieron el regreso.

Llevaba el poeta grandes deseos de explorar el corazón de su amigo, y por eso, en cuanto creyó llegada la ocasión oportuna, se decidió a abordarlo.

Hombre, Luis, que había sido de mundo, no ignoraba el secreto de llevar una conversación desde senderos al principio fáciles, hasta los pedregosos y difíciles. Empezó hablando de la caza, continuó por la *ribera*,

recordó la tempestad y entró de lleno en el percance del río.

Su amistad con Aurelio, a pesar de ser íntima, nunca había rebasado los límites de una prudente discreción descendiendo a ese *quid* que constituye el *clou* (latín y francés, *¡Domini, pardon!*) de los diálogos picarescos sostenidos por muchos estudiantes de Universidad. Así es que le costaba gran trabajo encauzar el discurso hacia el terreno que quería llevarlo. Al fin se decidió: Pronto--dijo--saliste de detrás de la encina, y te arrojaste al agua sin dar lugar a que Ramón te acompañase. Pronto, con tus forzudas manos de gavilán, cogiste su delicado cuerpo de paloma. Se me antojó al verte, siendo rubio tú como unas candelas y musculoso como un titán, que eras Plutón robando a Proserpina y llevándotela al infierno por entre las aguas de la fuente Cyane. Yo creo que si en vez de Aurea cae una de aquellas mujeres gordinflonas, no te echas al río con tanta solicitud.

Aurelio se quedó mirando fijamente a Roldán, y expuso:—No sé lo que me quieres decir.

—¿Te haces el tonto?

—¿Yo?

—Pasó la época, ¡oh, blanco Torol, en que Luis se chupara el dedo.

—Enigmático estás—respondió Aurelio con indiferencia.

—¡Ah! ¿pero vas a hacerme creer que miras lo mismo a la duquesa que a la mujer, por ejemplo, del tío Calixto?

—¿Cómo voy a pretender desatino semejante? Fuera decirte que lo mismo alumbra el sol que un candil.

—Veo que te sugiere bellos pensamientos la duquesita. Ya, ya distingues.

—Como tú. Pues si no estableciéramos distinciones, ¿de qué serviría la belleza desparramada por Dios en el mundo? En todo hay sus grados, hasta en la gloria. Si mirásemos todas las obras del Creador con el mismo apasionamiento o con la misma indiferencia, ultrajaríamos a la Divinidad; pues juzgando con igual rasero cuantas maravillas creó, daríamos a entender que, no obstante su inmenso poderío, únicamente era capaz de producir en nuestras almas un mismo afecto, una sola impresión. Y no es así: nuestras almas son susceptibles de emo-

cionarse en todos los órdenes y sentidos, haciendo completa distinción entre lo más y lo menos bello. En esto nos diferenciamos de los brutos; facultad del alma es el sentir, el distinguir y comparar. De la comparación entre dos ideas nace el juicio, y por el juicio se manifiesta la razón. Mientras más juiciosos, más razonables; mientras más razonables, mejor sabremos distinguir, y mientras mejor sepamos distinguir, mejor apreciaremos lo bueno y lo hermoso. Porque, aunque sea una la Belleza en abstracto, en concreto, las bellezas son innumerables, y necesitamos aguzar la distinción a fin de que entrándonos por los sentidos, así de alma como de cuerpo, gocemos con ellas. Admirable se muestra Jesús en todas sus obras como Dios que es; pero sus milagros, sus parábolas, sus virtudes, incluso el sacrificio de la Cruz, con ser bellezas sublimes, no adquieren relieve tan subido como el darse a los hombres en la Eucaristía. ¿Ves? Distinguiendo llegamos a lo último. Sin distinguir es imposible admirar. ¡Parece mentira que venga yo a darte lecciones de Calología!

—No te subas, querido Toro; no te me

escapes. Sinceridad: ¿a que si te dieran a escoger entre la duquesita y la mujer del tío Calixto...

—¡Y dale!

—Déjame concluir; del tío Calixto, ¿dejabas la segunda por la primera?

—¡Naturalmente! ¿Tan ciego estoy que deje de ver los atractivos de Aurea y las físicas imperfecciones de la pobre tía Carlota? Hay que saber comparar, Luis; ponme dos términos de comparación análogos, entre los que el alma fluctúe, decidiéndose al fin por el de su gusto; pero no me pongas en una mano un diamante y en la otra un cristal, porque, aunque sean del mismo color, no voy a ser tan necio que confunda a éste con aquél... Veo que, subrepticiamente, te has ido introduciendo en un terreno resbaladizo. Rodeando como jinete indio, vas poco a poco asediándome, atrincherándome... Te advierto que sé batirme en retirada. Quisiera que te explicaras claramente.

—Me explicaré.

—Ya escucho.

—Tú, querido Aurelio, eres...—El poeta dudaba en pronunciar la frase.

—¿Qué soy?

—Eres... lo diré: un hombre como todos los demás.

Aurelio soltó estrepitosa carcajada.—¿Y ahora te desayunas? ¡Bien por el descubrimiento!

—¿Qué, no llevo razón?

—¡Claro que sí, hombre! Descuida, que ni Santo Tomás, bajado del cielo, se atrevería con toda su filosofía a probarte lo contrario.

—¡Ya!

—¿Pero que habías creído, niño inocente? ¿Qué concepto habías formado de esta infeliz criatura? ¿Suponías, quizás, que yo era de pasta flora o de mazapán de Toledo? No, hijo, no; soy de carne. ¡De carne!

—Yo te imaginaba un sér superior, ajeno a nuestras miserias, a nuestras debilidades... Pero, chico, hoy se me cayó la venda.

—¿Hoy, precisamente?

—Sí.

—¿Dónde y cómo? ¿Se puede saber?

—En el río, al ver tus heroicos arrestos por salvar a la duquesita. No negarás que estabas emocionado.

—¡Justo! ¡La emoción del peligro!

—Del... ¿qué has dicho?... Sí, llevas razón: del peligro.

Aurelio se detuvo, y cogiendo entre bromas y veras el brazo de Luis, murmuró:—¡Vamos!... explícate: ¿crees que yo?...

—Hombre como los demás. ¿Podrás negarme que al recogerla en tus brazos, a pesar de ese peligro que dices, no cruzó por tu mente escarabajeándote el cuerpo, la idea de otro peligro mayor?

Aurelio soltó el brazo del poeta y miró a Luis entre asombrado y desdeñoso: — ¿Y ahora—preguntó con desprecio—, quién tiene gafas de aumento? ¿Quién es el prosaico? ¿Quién es el vulgar?

—Conque... ¿no?

—¡No!—contestó Aurelio con energía.—La miro como a una hermana; desde pequeñitos nos conocemos y nunca pasó por mi imaginación lo que en tu malicia vislumbras. Es más: si estuviese persuadido—¡qué persuadido!—si sospechase que Aurea me miraba con interés ajeno al de una amistad fraternal y pura, todo habría concluído entre nosotros.

—¿Por qué? No consintiendo tú, ¿qué daño podía seguirse?

—¿Por qué? Lo has dicho antes: porque soy hombre como todos los hombres; miserable, propicio a sucumbir...; y no obstante el puro cariño que siento por la duquesa, este cariño, viendo su amorosa solicitud, podría convertirse en pasión criminal que me hiciera infortunado para siempre. Ya te lo advertí otra vez: los pecadores no fueron en sus comienzos más que unos imbéciles distraídos. Por ahí viene el pecado, por la distracción. Por distraerse en sus peligrosas imaginaciones pecó David y pecó el Rey Sabio. Hombre soy, yo te lo afirmo solemnemente, quizás más fogoso que tú. Ocasiones tuve donde pude haber conseguido cuanto se me antojase. Pero no; luché, forcejeé con el impulso de mis arrebatos y salí victorioso. Ese es el mérito, amigo mío: tener pasiones y saber dominarlas, reprimirlas. El que no tiene pasiones, el que no lucha, alcanzará la Bienaventuranza, no lo niego; más la corona que Dios ponga sobre su frente, será menos luminosa que el arco de esplendor que a nosotros nos circunde. Y fíjate: digo a nosotros,

porque tú eres otro luchador, aunque—perdóname la franqueza o la inmodestia—careces de mis bríos. Eres un alma débil que te dejas dominar por todos. ¡Ay de ti, si no sabes sacudirte a tiempo!... No te acerques al altar si vas con el alma enfangada. Aunque nuestra carne sea inmundicia, sea blanco nuestro espíritu como vellón de cordero...

Agonizaba el sol, comunicando a las cosas un tinte poético. El rostro de Aurelio, iluminado por el último reflejo de la tarde, parecía desprender rayos de suavísima dulzura, y sus penetrantes ojos azules se clavaban en Luis, que, lleno de vergüenza, inclinó la frente, diciendo para sí:—¡Es un santo!

CAPÍTULO XIX

Carta va y carta viene

Aquella noche no durmió Luis: revolvíase inquieto, pesaroso, intranquilo. Los incidentes de aquel día, la caza, el certamen, la tempestad, el río, la duquesita, Aurelio... todo daba vueltas en su imaginación ofuscándolo, mareándolo...

Al fin, ya de madrugada, harto de divagar, de pensar, concilió el sueño. Pero ¡qué sueño! El cielo y el infierno explotaron, abrumando con sus cascotes la calenturienta frente del poeta. En remolino turbio desfilaron ante sus dormidos ojos fragmentos de claras luces y retazos de opacas nieblas; chispazos de sol ardiente y lutos de noche

fría; anchuras de excelsas cumbres y angustias de hondos abismos. A un tiempo cantaban ángeles, rugían demonios, rezaban santos, maldecían impíos, se ocultaba una virgen con pudor su rostro, y una bacante mostraba al descubierto todos sus secretos corporales. Mientras a su diestra hacía girar rubio acólito la taza de un incensario, a su izquierda una esclava egipcia quemaba en áureo pebetero ricos perfumes de Oriente; mientras en un oído le vertían rumor litúrgico de órgano, en el otro iba recibiendo la cadencia a cuyo son voluptuoso una bayadera movía su arco ventral; si una de sus manos acariciaba reverente la tela blanca de un paño de altar, la otra se hundía lasciva entre dos magnolias de leche y sangre; si por allí cruzaba la ideal Teresa con su dulce hábito monjil, por aquí llegaba la impúdica Cleopatra con su fastuoso traje de reina...

Y, poco a poco, todo este monstruoso desfile de contrastes, de virtudes y vicios, de continencia y disipación, fué alejándose, esfumándose, perdiéndose... y en su puesto asomaba algo más simple, más concreto, más verosímil, más real, Aurelio, Aurea y

él. Sí: él mismo se veia entre los dos, pero no vestido de cura ni de seglar, sino de querube y demonio... Y luego también se borraron las tres figuras, y en lontananza, como llevado por una nube, apareció el Seminario, y en lo más alto de su torre, encima del reloj, surgía *Don Pedro el Cruel*, rígido, inmóvil, estatuario, siniestro, como el Arcediano de *Nuestra Señora de París*, anunciando con voz de ultratumba al pueblo: «Mañana le cortaremos la cabeza a Luis Roldán.»

Al escuchar este horripilante anuncio, el poeta despertó sobresaltado, opreso, angustioso, y, restregándose los ojos y palpándose la cabeza para ver si estaba allí aún, murmuró:—¡Qué pesadilla!

Había entrado ya la mañana: el sol jugueteaba en la habitación, y por la casa se sentía el ir y venir de los trajines diarios. ¡Arriba! Se vistió, se lavó, se peinó y marchó a la sala que hacía oficios de todo: de recibimiento, de comedor, de despacho, de estudio, de taller de plancha y cuarto de costura.

—Se pegaron las sábanas, ¿eh?...

—Vaya, y, ¡cómo se ha dormido!...

—Siéntese usté.

—¡A almorzar!

Luis se sentó, y empezó a degustar con cierta fruición sibarítica el inevitable tazón de rica leche. Sentía algún bienestar; y no era extraño, habiéndose encontrado, después de aquella pena terrible decretada cavernosamente por su implacable enemigo, con la cabeza encima de los hombros.

Trasegada la leche, y mientras fumaba un débil cigarrillo, el poeta fué madurando un plan: Sí,—se decía—debo de hablarla, de aconsejarla, de desilusionarla, de hacerla comprender su obligación. No vaya a precipitarse la pobre y... ¡es tan niña! ¡parece que se halla tan locamente obsesionada!... Las mujeres cuando se obsesionan son terribles.. ya, ya las conozco bien. Pero, ¿cómo obtengo de ella una entrevista? ¿cómo podré hablarla a solas?... ¡Ah, qué idea! Puedo escribirla. ¡Eso es! Precisamente, tengo que enviarle la copia de los versos; bueno: pues con la copia, en el mismo sobre, la cartita... ¿Acudirá ella? ¿Aceptará?... ¿Y por qué no?... ¿Qué mal hay en esto?... Es un favor que debe agradecer. Y no se trata de un hombre cualquiera: soy el amigo, casi un hermano,

de Aurelio; digno, serio, reservado, formal, sacerdote ya, como quien dice... ¿Por qué no había de acudir?... Ea, a escribir la carta.

Y Luis Roldán pidió tintero y pluma a su amigo:—Oye, voy a copiar los versos de la duquesa, ¿te parece?...

—¡Claro, hombre!... No lo dejes para más tarde, que luego todo se te olvida.

—¿Quién los llevará?

—Ramón; tiene que pasar por allí...

—¿Por allí?

—Sí, va al *mimbreral.*

—Bueno, pues ahora mismo.

Y Luis, inmediatamente, en una cuartilla, empezó a hablar con la duquesa:

> Aprovechando el envío de mi poesía, escribo a usted sin que nadie se entere. No haya sobresalto ni temores si revelo a usted un secreto de su corazón. Este secreto, se lo juro por la gloria de mi madre, morirá conmigo. Sé, *positivamente,* que ama usted con delirio, con locura, a... ¿Digo el nombre? Creo que no hay necesidad.
>
> Si pregunta usted cómo llegué a enterarme, le diré que todo ello es resultado de mis estudios, de mis observaciones de poeta y novelista; yo voy siempre a caza de miste-

rios, y no me cuesta gran trabajo bucear en el oceano de las almas. ¡Por Dios, Aurea!—y perdóneme que la trate con esta familiaridad—desimpresiónese, distráigase, olvide... Esto es una ráfaga de locura que ha de pasar, que debe pasar muy pronto. ¿Por qué no se avista usted conmigo? Yo le aconsejaría, le ayudaría a salvar ese gran escollo.

Quizás me trate usted de indiscreto, pero la estimación que guardo por los dos—y ya adivinará usted quiénes se encierran en ese plural—me obliga a dar este paso.

Yo abandono pasado mañana el monte, para siempre, tal vez; ¡es posible que nunca ya nos veamos!... Una advertencia a tiempo, cuando menos la esperamos, es como una piedra preciosa hallada entre el polvo del camino... ¡Escúcheme usted!

Si a usted le parece, mañana, a la hora de siesta, podíamos vernos. Yo iré a donde usted me diga. Aguardo su contestación y, pidiéndole mil perdones, queda siempre a sus órdenes su más humilde, sincero y respetuoso servidor

LUIS ROLDÁN

En seguida copió los versos, y envolviendo con ellos la misiva, y guardándolo todo en un sobre, hizo entrega de éste a Ramón, después de advertirle que lo entregara, a ser

posible, en propia mano, pues si llegaba a extraviarse no podría hacer otra segunda copia, por haber roto, impensadamente, el original.

Ramón dió toda clase de seguridades, y Luis empezó a revestirse de paciencia para esperar sin inquietudes delatoras el desenlace de todo aquello.

Sin embargo, como carecía, y lo vuelvo a repetir, del fino arte del disimulo, no podía domeñar completamente su intranquilidad y, nervioso, agitado, aguardaba la respuesta, que, para él, ya tardaba un siglo.

Apenas si durante la comida probó bocado, y si mezcló su voz a la animada conversación que, según costumbre, sostuvo la familia de Aurelio. Este, a decir verdad, ya deseaba que se marchase Luis. ¡Re... canastos, y qué seres tan incomprensibles son estos dichosos amigos de las musas!... ¿Pero qué quería aquel hombre?... No le dijo una palabra, ¿para qué? sería predicar en balde. Cuando Roldán se ponía cariacontecido, pesaroso, mustio, serio... lo mejor era dejarlo. Nada tenía de extraño que a las dos o tres horas ya estuviese riendo como un chiquillo.

Así sucedió: una carta que por la tarde, bastante tarde, trajo el jardinero del marqués, el tío Juan, a quien ya conocemos, le devolvió la alegría. Aquella carta fué el juguete lindo que distrajo la murria del chiquitín. Total, nada:—pensaba Aurelio—una esquelilla de la duquesa en que ésta le da las gracias por el envío de los versos... Para ver contentos a los artistas no hay como halagarlos en su vanidad. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Y el inocente enfermero, decía a Luis:—A ver, hombre, ¿qué te escribe? léela...

—Pues, nada... mira: «Agradecida a sus hermosos versos le envío las más expresivas gracias. Aurea de Mazarrondo»...

¡Ah, pero qué tuno de Roldán y cómo enjaretó en un momento aquellos cuatro renglones!... No decía eso la esquelilla, no. Decía:

> Verdaderamente no sé cómo ha podido usted vislumbrar mi secreto. ¡Es verdad! amo con locura a... Pero, ¡por Dios! silencio; no lo quiero pensar si alguien más que usted llegara a enterarse. No sabe usted lo que sufro, las ganas que tengo de abandonar la

vida. No sabe usted que el percance del río... En fin, hablaré con usted; aliviaré mi pena depositándola en su corazón franco y generoso. Usted como poeta me disculpará, y como futuro sacerdote podrá aconsejarme. Agradezco, pues, su leal ofrecimiento, y si antes no le he contestado dándole las gracias, ha sido por hallarme indecisa respecto al lugar en que habríamos de vernos. Ya lo he pensado; mañana a la hora de siesta, y so pretexto de ver la encina que destrozó el rayo, iré, acompañada de mi doncella de confianza Anita, al sitio donde la chispa cayó. Usted se hará el encontradizo, y allí hablaremos. Mucha reserva, por Dios.

A.

CAPÍTULO XX

Raro y bello

Y llegó el día siguiente. Apenas se levantó Luis, muy temprano por cierto, propuso a su amigo marchar juntos a la encina, con objeto de ver el destrozo causado por el rayo. Quería conocer el camino.

No estaba muy lejos la víctima: se tardaría en ir menos del tiempo que se emplea en fumar un par de cigarros. Era la encina vieja; muy robusta a pesar de su vejez. La chispa eléctrica descendió por el tronco, descortezándolo en línea vertical. Un brazo se mostraba casi desnudo de hojas, dejando a medio colgar un nido, y sobre las raíces que circuían la base había una tórtola muerta.

El poeta contempló tristemente el árbol, y Aurelio, filosofando a lo místico, meditaba en alta voz:—He aquí un símbolo: como esa encina es la existencia de muchos hombres: hiérela el rayo de la culpa, y el alma, tórtola amante que allí anidó, viene al suelo muerta por el pecado.

Volvieron a casa: se almorzó, y durante el almuerzo, la familia habló del próximo viaje del poeta, que a la mañana siguiente saldría para Madrid. Aurelio se hallaba disgustado: él hubiera tenido especial satisfacción en que Luis volviese al Seminario completamente repuesto, a fin de decirle al mayordomo y a los amigos:—Acordaos de cómo se fué, y mirad cómo os lo traigo.—¡Ay!, ojalá hubiese marchado Roldán cuando quería. ¿Qué le sucedió? Hacía tres semanas, próximamente, que empezó a adelgazar y a ponerse triste.—¡Qué poetas!—pensaba Toro—¡qué poetas! No se hallan bien en ninguna parte.

. . . . . .

Dieron las dos: la señora Antonia recogió el mantel por sus cuatro picos, zarandeándolo un poco a fin de recoger las migajas; lla-

mó con un «ti-ta, ti-ta» a los pollos, que, piando alegremente, llegaron en corrivuelos; dejó libre una de las puntas, echándoles los residuos de la morena torta; enrolló el lienzo, lo guardó en una alacena, y, diciendo festiva:—«Hasta después, *don poeta*»,—se dirigió al interior, en donde ya dormían sus hijos y el bueno de su Agustín. El poeta, abstraído, no contestó. Apoyados sus codos sobre la mesa, el extremo del portaplumas en su boca, y los ojos fijos en algo sin ver, parecía buscar forma adecuada a la expresión de un pensamiento. En esta actitud transcurriría cerca de un cuarto de hora.

Al fin se levantó, llegó a la puerta, y miró distraidamente el campo. Luego se subió los pantalones de negra pana, algo caídos, y se apretó más el cinturón; estiró adelante la solapa de la chaqueta, negra y de pana también, pretendiendo aminorar su *spleen*, que ya era en ella enfermedad crónica; cogió el sombrero de paja que estaba sobre la *concha* de mimbres, y en una de cuyas alas mullía runruneando el gato, y se dispuso a marchar.

No anduvo diez pasos, y volvió diciéndose:

—«Así no voy.»—Tiró el sombrero, se despojó de la chaqueta, entró en su cuarto, y asomó luego vestido de sotana:—«Iré así.» Y empezó a andar.

La tormenta del otro día había refrescado la atmósfera, y era aquel sol de Septiembre un sol benigno. A poco divisó la encina, y bajo su verde fronda y en contemplación de la tórtola muerta, creyó distinguir una figura blanca... Era ella: tórtola también, no muerta, muriéndose...

Al verla, pensó Luis:—La «Hermosura» que pintó Protógenes, comparada contigo sería fealdad.—Después se acercó, interrogando:—¿Usted por aquí?...

—Como usted. Parece que nos hemos citado. Yo no hará diez minutos que vine... ¿Verdad, Anita?

—Sí, señorita, verdad,—repuso la doncella deshojando una florecilla azul, nombrada allí *perícón.*

—¿Se encuentra usted más aliviada?

—Estoy... como siempre.

—¿Su abuelo?... ¿El barón?...

—Tranquilos: duermen la siesta; no quieren hacer traición a las costumbres de aquí...

—La duquesa se alejó discretamente de Anita, que se apoyaba contra un árbol.

A veinte pasos, un tronco de encina caído que mostraba en su anverso ligeras manchas de pájaros, y del cual salían varias enredaderas, les brindó cómodo asiento.

—Anita,—recomendó la duquesa a su doncella, cuya grácil figura se distinguía perfectamente—no te muevas de ahí...

—No, señorita, no.—Y la doncella siguió torturando flores.

Aurea, bajando su frente sombreada por uno de aquellos sombreros parmesanos tan de su gusto, preludió:—Luis, usted con esa intuición que parece tener de las almas, ha vislumbrado...

—Sí...

Hubo una pausa, que Luis rompió con voz temblorosa:—¿Y está usted firmemente convencida de que le ama?

—¿Que si lo estoy? Como ese sol nos alumbra.—Y Aurea señaló con su sombrilla de encajes la rubicunda faz del astro, que en aquel momento rasgaba la gasa de una nube.

—Es usted niña candorosa: tiene veinte años y a esa edad es muy fácil la ilusión.

Quizás lo que usted considere como amor sea un arrebato juvenil...

—No, no, lo he pensado mucho. No soy ya la colegiala sencilla que se impresione escuchando el suspirar de un hombre enternecido; que se ofusque al contemplar el porte gentil de un varón apuesto. Soy la mujer que tiene plena conciencia de sus actos. De ser chiquillada hubiera obrado como chiquilla y... me he dominado, Luis: supe sortear el peligro; mi dignidad no ha sufrido mengua: Aurelio no sospecha nada. Muchas veces para desimpresionarme, hablé conmigo misma: ¿Quién eres tú, y quién es él? Tú, la heredera de un apellido ilustre, de un solar español cuyas hazañas registra la Historia en sus páginas con iniciales de oro; él, un muchacho de nombre obscuro, descendiente quizás de los antiguos pecheros que habitaran un día el feudal castillo de Batres. Tú, posees una educación distinguida que adquiriste en un colegio de doncellas nobles; él se crió en el monte desconociendo las más rudimentarias prácticas de sociedad. Tú eres rica; él tiene que aplicarse al trabajo. Tú eres la duquesa de Sotoperales, que debe cruzar

la sangre de sus venas con linajudo vástago; él es hijo del señor Agustín, de uno de tus criados, de un pobre guarda de tus posesiones, y sólo podrán disputárselo las muchachas de su esfera. Mas ¡ay!—decía yo resumiendo el discurso—es Aurelio, y como este Aurelio no hay otro sobre la tierra.

—¿Y no era motivo suficiente para enfriar ese amor, la consideración de la sagrada carrera que Aurelio emprendía?

—¡La carrera que emprendía!... ¿Y si yo dijese a usted que ello fué un nuevo incentivo?

—¿Un nuevo incentivo?—preguntó extrañado el poeta.

—Sí: no lo querrá usted creer. Aurelio, estudiando para sacerdote, parecía que se elevaba hasta mí. Más aún: yo con mis timbres gloriosos, con mi educación refinada, con mi abolengo, con mi fortuna, quedaba atrás. Aurelio, así, iba adquiriendo sin apercibirse una prudencia exquisita en su lenguaje, una apacible sencillez en su ademán, una modestia tan dulce, como la que muestran en sus rostros angélicos esos bustos de hornacina que vemos en las iglesias infundiéndonos respeto y veneración. Prudencia, modestia, sen-

cillez, que yo, a pesar de ser una joven distinguida, educada por Madres francesas, nunca pude adquirir. Veía a mi Aurelio hecho sacerdote, representándomelo con casullas de oro bordadas, con pluviales magníficos en donde la piedra lanzaba sus reflejos, sosteniendo bajo palio un báculo de plata... y hasta me lo imaginaba sobre la Silla de San Pedro, triplemente coronado, llevado en andas por cardenales, escoltado por la guardia pontificia y abanicado por grandes penachos de plumas blancas. Veíalo entre nubes de incienso, arrullado por las notas del órgano, iluminado por el brillo de cien lámparas, y entonces, transportada, decía:—¡Más grande eres tú que yo, Aurelio! Tú eres el ministro del Altísimo, el heredero de los Papas; al hacer la libación augusta frente al Crucificado, la misma sangre del Crucificado correrá por tus venas, y esa sangre no es la azul que da una ejecutoria más o menos limpia, sino la que derramó en el Calvario el Rey de los reyes, el Señor de los señores.—Y al considerarlo sacerdote, yo, amante ciega de él, no podía negarle ninguna de las perfecciones que integran el alma sacerdotal. El amor

siempre quiere lo más grande para el objeto amado. Lo mismo hubiera hecho considerándolo en cualquier otro aspecto de la vida: guerrero, le hubiera dado la caballerosidad de un Cid; navegante, el genio de Colón; artista, el pincel de Rafael, la lira de Píndaro o la inspiración de Mozart... Yo juzgábalo sacerdote; y lo adornaba con la paciencia de un Job, la humildad de un San Francisco, la castidad de un Gonzaga y la caridad de un Vicente de Paul. Y viéndolo así, exclamaba: ¡Más poderoso eres tú que la duquesa de Sotoperales, porque tienes las grandes virtudes con las cuales se adquieren los inmensos tesoros de la gloria!

El poeta hallábase perplejo: Aurea se le presentaba bajo un aspecto original que él nunca hubiera podido traslucir.

—Y más le digo:—continuó la duquesa—yo creo que si Aurelio dejara de cantar misa por enlazarse a mí, convirtiéndose en un marido adocenado, prosaico y vulgar, toda esta ilusión, todo este entusiasmo que siento por él, se disiparía como humo.

—¿Entonces de qué provienen sus tristezas, sus sufrimientos de amante?

—¡Ah!, ¿no lo adivina usted? ¿No comprende que mi amor es un amor loco, imposible, criminal? ¿No advierte que en lo más santo yo veo un estímulo poderoso que me incita al vértigo? ¿No conoce que de lo espiritual pretendo sacar combustible para alimentar la hoguera insaciable que arde en mi corazón? Yo desearía que Aurelio me amase sin perder una sola de las virtudes que le son necesarias para ejercer su ministerio sagrado. Y esto, ¿cómo es posible? Yo quisiera que fuese voluptuoso sin dejar de ser casto. Yo quisiera reunir en una misma persona y al mismo tiempo, todo el amor terrenal que puso Shakespeare en los protagonistas de sus tragedias, y todo el amor divino que fluía de los grandes anacoretas del desierto...

Calló la duquesa un instante, y luego, con frase valiente, condensadora de todo su pensamiento, exclamó:—¡Un hijo quisiera yo tener de Aurelio, sin que Aurelio me tocase!

El poeta, confuso, no sabía si admirar o reprender. Se hallaba, sin duda, en presencia de una neurasténica, pero excelsa, eminente, sublime...

—¡Ah!, usted no puede figurarse—reanu-

dó la duquesa—en qué estriba el misterio de este amor. Usted no piensa en que el orgullo y el egoísmo lo guían. Sobre todo el egoísmo que, como usted habrá leído en San Agustín, lo absorbe todo: hasta el hombre cuando se pierde en el seno de la Divinidad lo hace por egoísmo, por considerarse allí mejor guardado. A usted, poeta genial, nunca se le había ocurrido. Usted, Luis, ignoraba que el cúmulo del goce en nuestra vida, sería mezclarse en el corazón de un hombre fervoroso, y decirle:—De ese fervor haz dos mitades: una para Dios y otra para mí...—¿Puede ambicionar más una mujer sino qúe la adoren como se adora al Ser Supremo? ¡Esto sí que no es vulgar! ¡Esto sí que fuera grande y hermoso!... Mas ¡ay! lo que pretendo es un imposible, porque el amor divino se alimenta del alma, y el amor humano se nutre del cuerpo.

—¿Sólo del cuerpo?

—¡Cuán poco, Luis, gusta del manjar del espíritu!... Ríase usted de todos esos amores ideales, platónicos, que ya pasaron de moda. No los hubo nunca. El mútuo interés, la perspectiva de un gozo más o menos cercano, es

lo que mueve al amor en todos los hombres. La consecución del objeto; no es otro el fin. Podrá intervenir el alma, el espíritu con su acción más o menos directa, idealizando, poetizando lo que de por sí es grosero, dándose por consiguiente amores de mayor o menor delicadeza en sus principios, en su desarrollo y en su muerte; pero la materia, el cuerpo, la carne,—da grima confesarlo—es el factor principal. Y a la verdad, el hombre de esto no tiene la culpa. No sucede así con el amor divino: el cuerpo es un obstáculo; el amor divino es todo idealidad, espiritualidad, pureza; el alma es la que obra. Por eso las cosas que no son hombres, no pueden sufrir el arrebato a la altura. Unicamente el hombre logrará unirse a Dios.

Luis hallábase pendiente de los labios de Aurea, que hablaba del amor como pudiera hablar de la última moda femenina en un traje.

Ella prosiguió:—Imposible que un ser ame a otro ser—conste que hablo del *amor* en su rigoroso sentido, no del *afecto*, no del *cariño*, no de la *amistad*...—imposible que lo ame, repito, revistiendo el impulso de un simple

idealismo; alguna vez, es inevitable, la materia reclamará sus fueros. Yo amo a Aurelio como aman todas las mujeres, pero no deseo que Aurelio me ame como todos los hombres Me explicaré: no es Aurelio ningún hombre famoso que excite el entusiasmo de las bellas por la aureola de popularidad con que el vulgo haya querido rodearlo. No es, por ejemplo, garrido Lohengrin, que cabalgando en su cisne promueva la admiración de selecto auditorio. Estos son hombres endiosados por el público, que los abandona apenas llega otro artista que los aventaje. Las mujeres al poseerlos, sonríen vanidosas, viéndose halagadas del que halagan las muchedumbres. Algo de esto, pero en un concepto más elevado, tan elevado que se pierde en la inmensidad, me sucede con Aurelio. Yo soy la mujer prendada de un hombre que, como los artistas de su arte, está prendado de Dios. A mi Aurelio no le conoce el público, pero le conoce Dios, que es el público de los públicos. Aurelio nunca pasará como cualquier histrión a la moda: vendrán nuevos sacerdotes, nuevos obispos, nuevos papas, y Aurelio, cantando las excelencias

de Dios, siempre recibirá el aplauso de Dios. Poseerlo tal como lo posee Dios, sería el colmo de la felicidad. Todo él brindaríame una delectación suprema: yo acariciaría sus manos, diciéndole:—«Estas manos que estrecho, son las manos que levantan el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que fragmentan la blanca Víctima, que bendicen y administran los Sacramentos; estos labios tuyos, son los que fervorosos y humildes besan la dorada patena, gustan la Hostia, beben la Sangre del divino Redentor; sobre tu cabeza descendió al ordenarte el Espíritu Santo; en tu pecho arde una centella del amor en que se abrasan los serafines...» — Y embriagada, arrobada, le suplicaría:—«¡Tómame como a Dios!...»—Y entonces vendría el desencanto: porque yo soy mujer, y me tomaría como a mujer... Y, ¡eso no! ¡Ah!, ¿por qué voy a enlazarme con el barón sino por tener un deber y evitar una catástrofe? ¿Cree usted que yo sea tan fuerte que pueda resistir a la tentación? ¿Imagina usted que no es posible venga un momento en que, guiada por malsana curiosidad, llegue a Aurelio y le diga: —«¡Amame!...»—¿Y cree usted que Aurelio,

no obstante su acrisolada virtud, dejaría de caer en mis brazos? Y, ¿qué sucedería entonces? que Aurelio, portándose como todos los hombres, destruiría la ilusión en que vivo, causándome luego repugnancia, asco... ¡Ay, yo lo quisiera conseguir sin conseguirlo!

Y la duquesa se retorcía las manos víctima de extraordinaria agitación.

El poeta repuso firmemente convencido:

—Aurelio no caería nunca. Es mucha su voluntad, su fortaleza.

—Igual que las culebras seducen a los pájaros, las mujeres fascinan con sus ojos a los hombres. Reinas somos del ardid.

—Ardides muy sutiles tendría usted que utilizar con nuestro amigo. Antes de ayer le exploré.

—¿Sí?

—Hablé de usted...

—¡Dios mío!...

—No se asuste usted: fué recordando el accidente del río.

La duquesa bajó los ojos.

El poeta, notándolo, preguntó:—¿Se angustia usted?

—No me angustio: es que al evocar el suceso me da vergüenza...

—¿Vergüenza de qué?

—De haber sido por unos instantes la más vulgar de las mujeres. ¡Ay!, por eso quiero huir; por eso quiero casarme con el barón, poniendo ante mis impulsos que degradan, la valla del deber que me anuncie:—«¡Se prohibe el paso!...»—He venido para contárselo a usted todo. El accidente del río no fué casual. Yo lo preparé.

— ¿Usted?

—Sí; ¿y sabe usted con qué intención?

—No adivino...

—Con la de que Aurelio me llevara en sus brazos. ¿Ve usted cómo a pesar de la sublimidad del afecto que me abrasa, puede llegar un momento en que me rebaje y sucumba, haciendo a Aurelio sucumbir? ¿Ve usted cómo las mujeres sabemos valernos de tretas, de artimañas maravillosas para conseguir un resultado? ¡El percance del río! ¡Quién pensará que la duquesa en el río en vez de ahogarse se estaba incendiando!...

El poeta escuchaba con embeleso: nunca había llegado hasta allí su fantasía; nunca a

él se le había ocurrido para sus novelas un argumento tan raro, tan sujestivo y original.

—Compadézcame usted: ¡soy digna de lástima! - imploraba la duquesa cruzando sus manos sobre las rodillas en abatida actitud. —Quiero juntar lo injuntable: quiero que Dios bajando hasta mí, o yo subiendo hasta El, nos unamos y formemos en una misma substancia, a fin de que por igual participe de nosotros Aurelio. Deseo que Aurelio guste de Dios mientras goza conmigo, o que guste de mí mientras goce con Dios. ¡Absurdo! ¡Quimera!...

—¡No! —exclamó radiante el poeta.—¡No! Hay un medio.

—¿Un medio? ¿Cuál?

CAPÍTULO XXI

Bello y raro

Manso, el sol iba rodando por los ámbitos azules; el viento movía melancólico los árboles; el riachuelo en donde la duquesa se incendiara traía hasta ellos un lejano eco musical. Anita seguía martirizando flores junto a la tórtola muerta, mientras una tórtola viva se arrullaba en la fronda. La cigarra dejaba caer perezosas somnolencias de sus élitros, y, rápido, algún conejillo corría de una o otra madriguera arrastrando levemente la hojarasca, que ya el despuntante otoño comenzaba a arrancar de los árboles copudos.

—¿Cuál?—volvió a preguntar la duquesa.

—¿Sabe usted lo que es el matrimonio, Aurea?

—¿El matrimonio? Debe ser el engarce de dos almas bendecidas por Dios.

—Justo. ¿Al barón usted...?

—No le amo: es una conveniencia. Mi abuelo me insta y yo no rechazo. Deseo un vínculo que me ate, porque... La mujer es débil.

—¿Y cree usted que el lazo conyugal sea tan fuerte que logre reducirla?

—El lazo conyugal impone un deber y yo sabré cumplirlo.

—¿Es que ahora no tiene usted deberes?

—Los tengo: pero no es el honor de mi esposo y el buen nombre de mis hijos.

—¿Y considerándose usted ahora incapaz de velar por el deber que le exige su estado de soltera, piensa guardar los grandes deberes de casada? Si doncella peligra, ¿no peligrará esposa? Un simple contrato matrimonial hecho fríamente, calculadamente, con la cabeza y no con el corazón, es incapaz de borrar la imagen que a fuerza de dulces emociones se nos grabó en el alma. Temo,

Aurea, que se case usted: si no es adúltera en sus obras lo será en sus pensamientos. Por gustar de la vulgaridad de unos brazos cayó usted al río. Si alguna vez es vulgar en la práctica, ¡cuántas no lo será en teoría! Desde antes de ayer, ¡qué de veces se habrá usted visto ya en el Guadarrama!...

Así como se había admirado Luis de escuchar a la duquesa, ahora se admiraba la duquesa de escuchar a Luis; y cerrando los ojos, murmuró:—¡Es verdad!

—Créame,—continuó el poeta—será usted infiel al barón. Y el barón, según colijo, es una persona excelente digna de mejor trato. Gira el pensamiento, bulle, y... no temo por Aurelio: le conozco, y sé que su deber está por encima de todo. Alma de acero, él estallará antes de doblarse. Temo por usted: temo que, despechada, haga morir en su corazón ese amor original, único en la historia de los amores, sustituyéndolo por el prosaico que vemos todos los días: ¡pordiosero ruin que mendiga del amante una caricia por lástima!...

—¡Oh, no!...

—Escúcheme usted: excepto lo inmuta-

ble, todo está sujeto a evolución; si el amor no es inmutable, el amor evoluciona. Incontrovertible verdad que no puede ser negada. ¿Evoluciona el amor? ¡qué duda cabe! Evoluciona como el hombre, como la planta, como las ciencias y artes. Desde su principio hasta el fin es una evolución completa. Usted puede observarlo en su inclinación hacia Aurelio: primero le quiso como a hermano, luego como a amante, después con ese cariño estrambótico que ha tenido la bondad de descubrirme. Los grandes amores alientan perfumando cada vez con mayor intensidad toda una vida, o se extinguen prematuros agostados por una ráfaga de odio o un soplo de indiferencia cruel. Extinción que es una evolución radical: el amor en este caso sufre metamórfosis notables: ora baja, en su afán de gustar sensaciones nuevas, a ras del suelo; ya sube, transformándose sucesivamente, pasando de lo material a lo espiritual, volando de emoción en emoción por las alturas, hasta abismarse en el piélago inmenso de lo divino... Si ama usted, no concluya odiando, despreciando o escarneciendo, sino derritiéndose en amor.

En brazos del Amor salga usted de esta vida, y en brazos del Amor ingrese en la otra. Sea usted un búcaro en donde cada vez florezca más lozano el amor de los amores. No baje: ascienda. No se vulgarice: siga poetizándose. No se hunda en el río: suba de él como esas ondas de vapor que parecen columnas de incienso quemado por las nereidas en honra del Altísimo.

—Es demasiado bello lo que usted me propone: de una perfección refinada. Yo estoy en lo imperfecto. ¿Cómo salir?

—¿Nació usted andando? ¿No aprendió cayéndose? Aunque parezca inverosímil, las imperfecciones dan, en cierto modo, la clave de lo perfeccionado. Deletreando, leemos; haciendo perfiles, escribimos; nacidos acá, nuestro fin es allá.—Y el poeta señaló la cortina azul.—Oigame: El verdadero amor estriba en querer lo que el amado quiere: en adivinar sus deseos; en participar de sus gustos; en confundirse e identificarse con él. Si el aire pasa rozando los cabellos de su frente, quisiéramos ser aire; si la luz colorea su rostro, quisiéramos ser luz; si aparecen sus labios impregnados de humedad, quisié-

ramos ser esa humedad para que nos mordiese y paladease.

—¡Qué bien habla usted, Luis! ¿Se enamoró usted alguna vez?

El poeta inclinó su frente.

—¡Ah!,—exclamó ella—ábrame usted su corazón como yo le he abierto el mío.

—Aurea... déjeme usted concluir.

—Ya no le interrumpo.

—Si usted ama a Aurelio como debe amarlo, con toda el alma, necesariamente tiene que desear lo que él desee. El amor egoísta no es verdadero amor. La máxima de los antiguos «Do ut des», no reza, no debe rezar con el amor. El amor ha de ser desprendido, generoso, liberal; no tiránico, despótico y fiero. Yo me irrito grandemente cuando leo en los periódicos: «Crímenes del amor». El amor no puede llegar al crimen, porque la palabra «crimen» implica ya falta de amor. El amor no destruye: crea. No precipita: salva. No se venga: perdona. Gracias a Dios el arte de rotular entra por buen camino, y hoy muchos periódicos sustituyen la paradoja de aquel título, poniendo: «Dramas pasionales». Eso es otra cosa: pasión

en tal sentido indica afecto desordenado del ánimo; y el amor, por el contrario, es una serie graduada, ordenada de afectos más o menos intensivos, más o menos fervorosos. El orden es el factor principal de la belleza, y siendo el amor una de las bellezas del alma, no puede vivir en ella desordenadamente. Amor desordenado no es belleza, sino fealdad. El amor así es una derivación, una corrupción del verdadero. Lo que dije antes. Las almas exquisitas buscan siempre para amar otras almas más exquisitas que las suyas: Aurelio ama a Dios; usted ama a Aurelio; él... (el poeta hizo una pausa) el barón ama a usted, y al... barón ¡sabe Dios quién le amará! Como usted ve, las almas grandes se van prendiendo unas de otras a manera de guirnaldas de flores. Y siendo el amor la identificación, en cuanto nos es posible, de un ser con otro ser, resultará: que Aurelio, identificándose con Dios, querrá lo que guste a Dios; y usted, identificándose con Aurelio, lo que guste a Aurelio; y... (el poeta se detuvo por vez segunda) y el barón, identificándose con usted, lo que anhele usted. Y sucesivamente, al final, como los deseos,

del... barón se calcan en los de usted, que los calca en Aurelio, quien a la vez reconcentra los suyos en Dios, resultará que todos, sin apercibirnos, llegaremos a querer lo que quiera la Divinidad, imán que va atrayendo al uno en pos del otro... Si los amantes desdeñados obrasen así, ajustando su voluntad a la del ser que los repele, la armonía en el mundo sería perfecta y el odio moriría de inanición.

Aurea le escuchaba con íntimo gozo. El poeta prosiguió.

—Usted desearía que Aurelio correspondiese a su cariño con la misma solicitud con que responde al llamamiento de Dios. Dice usted que es imposible: imposible será en cuanto usted pretenda amarlo como todas las mujeres, ambicionando por el contrario que Aurelio la ame distintamente a como acostumbra el hombre; pero será realizable si evoluciona usted en otro sentido.

—Explíqueme usted eso.

—Quien desee captarse el amor de una persona no debe exigir al solicitado lo que el solicitante no se atreve a dar. Si usted quiere amarlo como todas las mujeres, ¿por qué

razón Aurelio no ha de amarla como todos los hombres? No ame usted igual que las mujeres y entonces Aurelio no la amará igual que los hombres. ¡Ay, duquesa! Ya que empezó usted poéticamente, adelgace, sutilice la poesía de su amor. ¿Ve usted las torres de las catedrales góticas? Insensiblemente se van estrechando hasta rematar en agujas finísimas que quieren introducirse en el cielo. Dice usted que desearía unirse con Dios a fin de que Aurelio al gustar de Dios gustase de usted. No veo obstáculo alguno. Precisamente es lo que Dios ambiciona: unirnos a El. Es el único amante que nunca rechaza a quienes le solicitan. Siempre se está dando a los hombres. Con los brazos abiertos recibiría a usted por esposa..

El poeta calló. Sorprendida, la duquesa mirábalo fijamente; el sol avanzaba tiñendo de carmín suave el nardo de su faz; juguetón, el viento enredaba las chispas de sus rizos. Como un alma blanca, la tórtola que arrullaba voló al cielo.

—¿Esposa de Cristo?...—musitó la niña.

—Sí: uniéndose a Cristo se unirá con Aurelio, porque Aurelio no se desenlaza de Cris-

to. ¿No vió usted en antiguas catedrales alguna de esas vidrieras de colores que representan a Cristo estrechando junto a su corazón las figuras de dos tiernos mancebos, que con las manos juntas le miran arrobados? Así estrechará a vosotros dos. Las luces de vuestros ojos se confundirán con las luces que desprendan los ojos de Cristo, sempiterno contemplador del Padre, que lo es del Hijo a su vez. De estas contemplaciones se originan los grandes torrentes, los océanos infinitos de la Luz, en donde cual blancas mariposas nadareis vosotros... Y ya entonces amará usted a Dios por Dios y no por Aurelio. Esta y no otra debe ser la metamórfosis sublime de su amor.

Palidecía el sol con presagios de crepúsculo; languidas se columpiaban las hojas de los árboles; un gato que maullaba hambriento y cuyas pupilas despedían fulgores pajizos pasó junto a la tórtola muerta, llevándosela entre sus dientes. La tórtola viva subía en dirección al sol con ansias de beber las últimas gotas de sus rayos...

Aurea se levantó:—Me voy; por la luz

debe ser tarde. Sin apercibirnos ha volado el tiempo. ¿Cuándo nos veremos?

—¡Quién sabe!—respondió el poeta tristemente.—Marcho mañana.

—¿Mañana?

—Sí.—Aquel *sí* fué melancólico: melancólico como el susurro de un sauce agitado por viento frío en tarde gris de difuntos.

—Yo quisiera verle a usted en Madrid. Esta conversación nos abre las puertas de una dulce intimidad. Sus palabras están ahora cayendo en mi alma como gotas de rocío. Se me figura que estoy más cerça de Aurelio... Y es que usted me ha ido aproximando a Dios de quien Aurelio no se aparta... Aunque la práctica es muchas veces el abismo donde se estrella la teoría, paréceme que va a operarse un cambio en mi existencia... Necesariamente: visíteme usted en Madrid.

—Imposible: el curso empieza en Octubre; faltan menos de quince días.

—¿No sale usted?

—No.

—Yo le visitaré entonces. ¿Podré visitarlo?

Luis calló.

—Pues... le escribiré,—dijo ella resuelta.

—Es que...

—Hable usted.

—Me revisan las cartas.

—¿Las cartas?... ¡Eso es sagrado!

—¿Qué quiere usted?... Ellos que son tan escrupulosos no tienen ningún escrúpulo al abrirme la correspondencia. ¡Ah! si me pudieran abrir también el pensamiento lo harían para ver lo que allí Dios o el demonio habían escrito.

—¿Y no habría medio de dirigirle las cartas a otra parte?

Luis pensó un momento. Luego expuso:—Sí: las puede usted enviar con estas señas.—Y sacó un lápiz y una cuartilla del bolsillo interior de la sotana y escribió:

Sr. D.

Gerardo Milla.

(Para Luis Roldán).

Fomento, 18.

—¿Algún amigo de usted?...—interrogó la duquesita leyendo en el papel que le entregó Luis.

—Sí: un seminarista externo; persona de

confianza; reservado. El me las entregará y yo por el mismo conducto le enviaré mis respuestas.

—Muchas gracias. Será usted mi consultor, mi abogado... ¡un abogado poeta! ¡Ay!, desde esta tarde le miro a usted con afecto singular, como algo mío... Luis: ¿quiere usted ser mi hermano? No tenemos madre: desahoguemos el uno en el otro las amarguras de nuestro corazón.

La duquesa alargó su diestra a Luis, que la estrechó convulsivamente llevándola con respeto a sus labios, mientras una lágrima, rodando por sus mejillas, fué a posarse sobre aquellos dedos que de finos parecían romperse.

—¿Llora usted? — preguntó conmovida Aurea.—¿Cuánto debe haber sufrido, verdad?... ¡Cuánto sufrirá todavía!...

—¡Y cuánto me queda aún que sufrir!

—Luis: ¿No quiere usted hacerme confidente de sus penas?

Luis calló.

—¿No?...—volvió a preguntar la niña.

Luis continuaba silencioso sin dejar de mirar al suelo.

—¡Es verdad!...—dijo ella suspirando.—Por desahogarme con usted no tengo derecho a exigirle confesión de sus dolores. Pero le aseguro que sé guardar un secreto...

—¡Por Dios!, no vaya usted a figurarse... Es que yo... ¡Perdóneme usted!.. ¡Soy tan raro!...

—¡Adiós, no me disgusto; hace usted bien; yo no podría prestarle los consuelos que usted me presta! Quedamos en que enviaré las cartas a ese amigo de usted.

—¡Oh, sí!... ¡Escríbame usted!... ¡No me olvide usted!...

—¿Olvidarle? Usted es quien no debe incurrir en ese pecado.

—¡Yo no la olvidaré a usted nunca!...—exclamó el poeta con pasión.

—Adiós, Luis.

—¡Adiós, Aurea!...

Aurea, con su doncella Anita, se perdió entre los árboles como una nube. Mientras la veía marchar, el poeta, para justificarse, decíase:—Sí: mis consejos no son los de un loco. Aurea, casada, puede engañar al barón. Aurea, en el mundo, guiada de su amor extraordinario, puede hacer infeliz a mi gran

amigo Aurelio. En cambio, Aurea, virgen del claustro, se regenerará; mística paloma del Señor, aleteará junto al Señor bebiendo la sangre de su costado. Soy precavido, soy prudente. Quito un peligro, evito un riesgo. Queda en embrión la tragedia y el idilio subsiste. Pero...—reflexionaba Luis sin perder de vista a la duquesa, cuya aérea figura parecía esfumarse a través de los árboles como la neblina de un lago—¿obro yo por amor al prójimo? ¿Me conduelo realmente del barón ante la perspectiva de una infidelidad de su mujer? ¿Temo quizás por Aurelio, a quien esta gracia humana haga perder la gracia divina? Por encima de todo esto, ¿no me cierno yo? Mis precauciones, mi prudencia, ¿no reconocen un interés personal, personalísimo, que nace en mí, que crece en mí, y al que nadie sino yo podrá matar? ¿Evito la catástrofe del barón y Aurelio por evitar la mía? ¿Fuí egoísta o fuí generoso? Al hablar como hablé, ¿rendí culto a la belleza que palpita en ese extraño amor procurando hacerlo evolucionar en esferas de más anchos y límpidos horizontes, o al contrario: hablé guiado por la prosa de conservar mi tranquilidad apa-

rente alejando un desenlace funesto? ¿He sido poeta sublime o vil prosador? ¿Ha imperado el espíritu sobre la materia, o la materia sobre el espíritu?...

Ya casi no se veía la figura de Aurea... Un recodo la ocultó. Entonces, el poeta, arrodillándose cerca del banco rústico en donde los pájaros habían dejado sus huellas, la enredadera el verdín de sus hojas, y Aurea el perfume de sus vestidos, comenzó a llorar amargamente. Y exclamó: — ¡Perdóname, Dios mío!... ¡Perdóname tú, Aurea!...—Y con el pañuelo, aquel pañuelo que ella le dió y cuyo efluvio suave se extendía por la atmósfera, enjugábase el llanto.

La cigarra calló; era que, llorando, el poeta cantaba:

> No he de tocarte liviano,
> joya que grabó la mano
> del Orfebrero divino:
> ¡Tú eres Aurea!... Yo un gusano
> que se arrastra en tu camino...

Una tórtola voló sobre el encinar, ilumina[illegible] por los postreros rayos del sol.

Y el poeta lloraba cantando:

Vuela, vuela, ángel de oro:
que mientras vuelas, te miro;
al contemplarte suspiro...
¡Suspirando, canto y lloro
¡Llorando y cantando, expiro!...

. . . . . .

ESBOZO DE CAPITULO

—¡Adiós, Luis!

—¡Adiós, Aurelio!

—¡Hasta la vista!

—Sí, ¡hasta muy pronto!

Y Luis, desde la ventanilla, y Aurelio desde el estribo, ya en marcha el tren, se estrecharon con calor las manos...

JORNADA TERCERA

MANOJO DE CARTAS

CARTA I

Madrid y Octubre 190...

Mi querido poeta:

Llegamos ayer del monte y hoy, apenas me levanto, cojo la pluma para escribirle. Las palabras que tuvo usted la bondad de dirigirme en aquella memorable entrevista, no se han borrado: fulguran cada vez más, llenándome el alma de vivos resplandores, y despiertan en mi espíritu ansias desconocidas.

Así como el artífice saca brillo del oro turbio pasándole un lienzo de gamuza, así yo, restregando por sus frases la piel de una seria reflexión, llegué a despojarlas del moho, y en la actualidad brillan con extraordinaria limpidez.

Aún batallo y no me decido. Temo por el abuelo y el barón. Ambos se miran en mí, y una separación de tal naturaleza les ocasionaría vivísimo pesar. Sin embargo: les desengañaré. Sueña mi abuelo con una descendencia, y el barón ambiciona darme su nombre. Si la descendencia trae vinculado el amor ferviente de los cónyuges, ser coautora de ella me parecería una dicha muy cumplida y un orgullo muy legítimo; mas si los hijos han de responder, no a las oleadas de un cálido entusiasmo, sino al frío impulso de una necesidad, entonces, en vez de orgullo, sentiría vergüenza.

Para que resulten perfectas las obras, en la perfección relativa a que nosotros podemos aspirar, se necesita obrar de mutuo consentimiento; en armonía con los artistas que trabajan a nuestras órdenes. Miguel Angel concibió la cúpula del Vaticano y Herrera la Basílica de El Escorial; pero ni Miguel Angel ni Herrera hubiesen llegado a la brillante finalidad de sus propósitos, de no encontrar diligentes obreros que, fieles, interpretaran la hermosura de sus concepciones.

Me gusta una mansa resignación, pero la

voluntaria resignación en ese sentido, de una mujer casada, me abochorna. Es el barón persona excelente que me ama con ese amor apacible que ya ha pasado de sus primeros ímpetus, obvio para rodear a una mujer de dulce bienestar sin arrebatos que muchas veces degeneran en lo grosero.

Aunque mujer y joven, he leído mucho y me gusta observar. En algunos de los hombres que a mí se acercaron he visto, a través de sus trajes pulcros, la inmundicia de sus almas, y he percibido, no obstante la fina esencia de sus cabelleras empomadas y el líquido derramado en sus pañuelos de batista, algo hediondo que trascendía, repugnándome. Uno de éstos llegó a mí la otra noche en casa de los condes de... La barba undosa que cubría su rostro no era suficiente a ocultar varios puntos graníticos, y en su lenguaje, a pesar de la irreprochabilidad del corte, sorprendí algunos lunares que lo afeaban. Es vivaz este joven como una centella, y hará enloquecer a muchas, porque muchas prefieren los hombres de vida accidentada...

Sufro en estas reuniones; aunque todos vayan perfumados, yo no sé qué trasminan

para mí de pestilente; huelo mal. Quizá sea esto efecto de haber pasado una larga temporada en el monte; mi olfato se acostumbró a los sanos olores del romero y del tomillo, y hoy le cuesta trabajo desecharlos; quizás llevo todavía impregnados mis vestidos de los efluvios de su alma de poeta y de los aromas de Aurelio el místico... A propósito de Aurelio: y he dicho a propósito, cuando en realidad no es así: en torno de Aurelio giro, y no necesito nombrarlo por incidencias, ya que usted conoce de sobra que la verdadera incidencia en esta carta es *lo que no sea él*...

La víspera de marchar al Seminario estuvo en casa. Como siempre, al verlo sentí en el corazón ese vuelco que no se confunde con ninguno. Son estos instantes dichosos y temibles a la vez. Sospechamos que alguien va a leer en nuestro interior burlándose de *nuestras cosas*.

Las delicadezas del amor, como todas las delicadezas, son el hazme reir de los profanos, que no pueden llegar a comprenderlas mientras en ellas no se inicien. Un rizo guardado en papel de seda; una flor o una mari-

posa arrugadas entre las páginas de un libro; la hebra de un carrete mordisqueada en sus puntas; hasta las cenizas de un cigarro depositadas por mano cuidadosa en elegante cajita... todo esto tiene un encanto especial para sus poseedores, constituyendo, en cambio, una ridiculez para la persona indiscreta que, rebuscando un día en los cajones de un mueble, tropezara con aquellos dulces secretos.

Y es que las almas vulgares no se fijan más que en lo exterior; no ahondan. Así se ríen de esos pobres idiotas que van de plaza en plaza mordiéndose los pulpejos y profiriendo sandeces, y del borracho que hace grotescas contorsiones en la vía pública. Si reflexionaran, en vez de reir llorarían: porque el necio es la razón dejando al hombre, y el beodo es el hombre que deja a la razón. En presencia del bucle, un vulgar solo ve una redecilla de caracoleo más o menos gracioso; si hojeando libros tropieza con una violeta marchita o una ajada mariposa, tíralas, porque la primera carece de perfume y la segunda de su túnica de oro; si halla la hebra de seda, la rompe; si las cenizas, espárcelas... No adivina que aquel rizo se balanceó algún

tiempo sobre la frente gentil de una doncella; que la flor y la mariposa fueron cogidas en alguna tarde apacible y entregadas como tierna manifestación de sincero cariño; que la hebra sedosa fué humedecida por unos labios rojos y torturada por unos dientes blancos, y que alguien tuvo compasión de ella librándola del martirio; que las cenizas del veguero fueron cayendo, cayendo a impulsos de una mano adorada... No comprende que todo esto se hizo rimando el lenguaje, poetizando los movimientos, dulcificando el mirar... No sospecha que todo se realizó en el alboreo de las ilusiones, cuando brilla más la luz del sol y echan más aroma las flores. No vislumbra que todo sería quizás preparación para que dos corazones se identificasen, y dos almas se uniesen formando un nuevo matrimonio propagador del mundo... ¡Ah, todo en la vida tiene sus misterios! ¡Todo está revestido de poesía! ¡En todo hay bellezas que admirar!...

Y esto, ¿por qué lo he dicho?... ¡Ah, sí!, por Aurelio: cuanto escriba es derivación de Aurelio. Aurelio es una luz, y yo soy mariposa que revolotea en su torno. ¡Ay, Aurelio!

Para mí, por donde pasa, va dejando un rastro luminoso; cuanto toca, paréceme que lo perfuma. No puedo oir su voz sin conmoverme; no puedo estrechar sus manos sin que vacile. La otra tarde, en el monte, estuvo deshojando flores de un rosal silvestre, y, cuando él pasó, yo recogí las hojas que, distraído, echaba al suelo. Jugueteando estuvo en casa con un muñequillo de porcelana que reía sobre el piano, y cuando él se fué, guardé el muñequillo, que aún conserva la suave impresión de sus dedos. Con mi abuelo fumaba, y aparté cuanto pude los ceniceros a fin de que no se mezclasen en un mismo platillo los resíduos de ambos fumadores, y así al marcharse pudiera recoger yo aquellas cenizas olorosas que *él* acariciara... Despierto y miro su retrato; duermo, y el retrato se tangibiliza aproximándose a mí...

Repito que vino la otra tarde Aurelio: me llenó de tristeza porque venía a despedirse. ¡Si se pudieran traslucir los pensamientos! ¡Si se inventaran los Rayos X del espíritu! ¡Qué desgraciados seríamos algunas veces y cuán felices otras!...

Sentí ganas de arrojarme a sus brazos y

prenderme a su cuello como en el río. Sentí impulsos de decirle: «¡Aurelio!...» — Nada hay tan dulce como el nombre de la persona que amamos. Es un poema, y dicho con pasión, vale más, infinitamente más que todas las frases que en nuestro entusiasmo podamos al amado dirigir.

Ya adivino lo que estará usted pensando al leer esto: que soy vulgar, que no sé reprimirme, que voy a hacer descarrilar el convoy de mis amores, arrojándolo al precipicio. No, no: contendré mis arrebatos; lo que digo no es siempre. La figura de Aurelio se va poetizando, idealizando... Mi amor evoluciona como evolucionó la arquitectura, transformándose, desde las macizas columnas griegas, en las caladas y esbeltas torres de las catedrales góticas que parecen cucuruchos de encajes puestos de pie. Siento bullir en mi interior algo que no es humano...

Las palabras que usted me dirigió en aquella imborrable tarde de Septiembre, mientras la hiedra del tronco en donde nos sentábamos pretendía adornar nuestros vestidos, y los árboles ensayaban saludos de gavota llevando el compás del viento, y la cigarra

dejaba caer la encantadora uniformidad de sus sonidos, y se arrullaba la tórtola... *aquellas palabras*, no se me olvidan. ¡Olvidar!... ¡Si viera usted!...

Mas doy fin a esta carta: perdone, usted que es orfebrero del lenguaje, la incorrección de mi pedestre estilo. Otro día resultará mejor, y otro día le contaré...

Le saluda y admira su entusiasta amiga

AUREA.

Todos los meses, y con las señas que usted me dijo, le enviaré algunas noticias. Ya sabe usted en dónde vivo: inútil decir que aguardo anhelosa su respuesta.

CARTA II

Madrid y Noviembre 190...

Mi querido poeta:

Por conducto de ese amigo recibí su carta, que, como todo lo que usted hace, es un bordado primoroso.

Mis suposiciones no resultaron fallidas: ríñeme usted por esas inocentes expansiones de guardar las hojas de rosas, el muñequillo de porcelana y las cenizas del cigarro. Dice usted que mi afecto, grande y magnífico, no debe hacer caso de fruslerías, propias de damiselas ilusionadas, en cuyo pecho el músico Amor va trazando los primeros compases de la sublime sinfonía que sonará después. Añade usted que en mi amor todo debe respirar grandeza que despierte en el

hombre admiración o espanto, pero no pequeñeces que exciten la hilaridad del necio. Afirma que lo hermoso provoca el entusiasmo o suscita el temor, mas nunca la risa: así nos arrebatamos en la noche serena escuchando el lenguaje de la luz que modulan los astros, y tememos viendo las batallas que contra la tierra libran el fuego, el agua y el aire en los furiosos días de tempestad. Lo grande—continúa usted—causa en unos el asombro, en otros rabia, ira o despecho; al revés de lo chico, que solo promueve una risa estúpida, incapaz de decir nada. Por eso a Dios, grandeza suma, se le admira con fervor de santo o se le odia con exaltación de demonio; pero jamás nos atrevemos a reirnos de El.

De lo grande y hermoso nacen las emociones fuertes; las débiles de lo pequeño y lindo.—«¡Mira!» (extracto las palabras de usted), exclamamos en presencia del león que sacude su soberbia melena con el orgullo de un rey antiguo;—«mira, mira...» decimos alborozadamente contemplando el gracioso conejillo de Indias que no cesa de mover sus bigotes.

Teme usted que yo confunda lo bello con lo bonito. Disipe usted ese temor, poeta: las tintas de un crepúsculo, la vestidura de un paisaje de nieve, el fulgor de la luna reflejándose en el lago, un retablo viejo, una cripta obscura, una abadía ruinosa por donde suba la hiedra... no pueden confundirse jamás con la penumbra de un salón elegante, los *confetti* de un *coso* blanco, los farolillos de una iluminación veneciana, la patina hecha adrede en un decorado nuevo para darle sabor antiguo...

Usted se inclina a creer que guardar un bucle, una flor, unas cenizas, es bonito, pero no bello. Lejos de mí el contradecirle, pues sobradas muestras tiene ya dadas de su exquisito gusto. Mas sí le diré, que lo bonito es el arco de entrada a la belleza, como la belleza es el vestíbulo por donde se va a lo grande.

Arco de la belleza: demuéstralo la acción que realicé al concluir su carta. Derecha fuí al lugar en donde estaban las reliquias; puse sobre mis faldas la cajita de sándalo, la abrí con unción amorosa, y saqué las hojas que Aurelio torturó, el juguete que acarició, y el

cartucho que yo hice para guardar el polvillo gris que interceptaba la dorada lumbre de su cigarro.

Con todas estas preciosidades dialogué dos o tres minutos: —¡Ah! rosa deshojada—decía—que escuchaste el bullir de la inquieta mariposilla, el rumor del río y la tarantela del viento, ¿qué será de ti? Muñequillo que bailabas al oir los valses de mi piano, ¿qué será de ti? Débil ceniza que, besando las espirales grises, temblabas en la punta del cigarro que sus labios sostenían, ¿que será de ti?... —¡Déjanos estar contigo!—pareció que respondían las cenizas, las hojas y el *bibelot*—conservamos la impresión de unos dedos para ti de oro. Por nosotros tu cajita ya no huele a sándalo, sino a Aurelio... —¡No!—exclamé—y, cogiendo los objetos, marché al balcón.

Estaba la tarde opaca y fría; una tarde clásica de otoño; orgullo de Noviembre, mes de difuntos. Los árboles de nuestro jardín se engalanaban con crespones blancos, y el sendero aparecía matizado de hojas amarillas. Escuchábase el doblar de una campana, y el canto quejumbroso de un ciego. La

tristeza rezumaba por todas partes. Abrí las vidrieras y, cerrando los ojos, arrojé las hojas del rosal. Miré, y el viento se las llevó mientras ellas parecían entonar una plegaria. Otra vez cerré los ojos, y lancé el muñeco, que se rompió al dar contra la tierra del parque. Por último, destapé el cartucho de las cenizas, y vi llorando que se juntaban con las cenizas de la atmósfera... Una gota cayó en mi frente: ¿llovía, o alguna virgen que murió de amor vertía lágrimas desde el cielo al contemplar mi crimen?...

Entorné las vidrieras y me senté reflexionando: —Aquí hay belleza: mi poeta no lo puede negar; arrojé lo bonito, y... me he quedado con lo bello: ¡la caja de sándalo que, sin las hojas de rosas, el juguete de porcelana y las cenizas del cigarro, huele todavía a nuestro amigo!...

¡Ay, poeta! ¡Qué trabajo cuesta desprenderse de ciertas cosas!... La evolución en el amor es lo más difícil.

Dice usted que no sea mariposa que gire en torno de Aurelio, sino que ascienda de foco en foco, hasta quedarme aletargada junto al cristal de una potente lumbre... Así

lo haré: mas esto requiere tiempo. Me asedian el abuelo y el barón. Soy generosa, y quisiera complacer a todo el mundo. Quisiera que en la lucha que sostengo, al final, todos resultaran gananciosos. Desearía ver a mi abuelo acariciando un nuevo retoño, heredero de nuestras glorias; al barón, enlazado con la duquesa de Sotoperales; a mí, dentro de Aurelio, y que en todo resplandeciera la belleza a fin de que gozara usted también. No sucederá así: sospecho que alguien va a derramar muchas lágrimas...

Siga prodigándome consejos: háblame de Aurelio sin dejar a Dios; de Dios sin dejar a Aurelio. Soy un alma débil, recójame y llévame a lo alto.

AUREA.

CARTA III

Madrid y Diciembre 190...

Mi querido poeta:

Aguardo sus cartas, como aguarda una alondra la salida del sol para cantar, y como espera un gusano de luz el brote de una rosa para oler. Alambre luminoso es cada renglón de los suyos, y, quizás por la tinta roja, capullos a medio abrir se me figuran las letras. Sabe usted reflejar tan bien, que cada vez distingo más claro; y sabe usted combinar olores tan exquisitos en el pebetero de sus frases, que yo misma me húelo y encuéntrome sahumada. Así como en las bahías van los guardacostas clareando con sus eléctricos reflectores los muelles de la ciudad haciendo destacar con su brillo de

entre las sombras de la noche ya los árboles de un paseo, ya la torre de una iglesia o el minarete de un *chalet*, así usted, enfilándome hacia el noray en donde hallan amarrada firme los barcos que navegan por el mar de la vida, ilumina la entrada del puerto celestial, dejándome percibir, mientras nos aproximamos, las verdes frondas de un ancho camino, y allá una escalinata más blanca que la diadema que yo veía desde mi cuarto de Neuchâtel ceñir la frente de Suiza.

Me felicita usted por haber dejado lo bonito entrando por lo bello, y me alienta para que prosiga hasta dar con el alcázar de lo grande. Proseguiré. ¡Bendita sea la tarde en que le referí todas las amargas dulzuras de mi secreto! ¡Qué hermoso es hallar un verdadero amigo! Con el amigo se tienen confianzas que no se tienen con los hermanos, con nuestros padres, ni aun con el esposo. Un amigo en las tristezas de la vida es el pañuelo de leve seda con el cual nos enjugamos las lágrimas; la píldora de éter que aquieta nuestros nervios intranquilos; el vaso de limonada dulce que, sin llegar a enfriar-

nos, nos refresca cuando volvemos sudorosas del paseo. Usted es un amigo, un gran amigo mío. Por usted, Aurelio va perdiendo su forma corporal, poetizándose como flotante rayo de luna que se alarga y estrecha hasta fundirse en el vapor de una atmósfera de plata, más allá de la cual comienzan a pulular los gérmenes del día... Este día paréceme ha de ser el fin de mi jornada.

La noche de Navidad estuvimos oyendo misa en la capilla de las monjas agustinas de la Asunción, a cuya orden pertenece el colegio de Neuchâtel. Como esa capillita deberán de ser los *boudoirs* que tengan las vírgenes en la gloria. El retablo gótico aparecía iluminado por arañas de rojizo metal, y a la derecha, bajo un templete de rosas de té, y en cuna de mimbres por entre cuyas junturas salían enredaderas, reclinábase el Niño Jesús. Las cinturas de las velas se adornaban con lazos blancos, y lazos blancos anudaban también con exquisito primor los rojos tallos de una begonia. En las catedrales no se ven estas encantadoras menudencias del amor: allí, entre los bosques de columnas, las notas de cien tubos de órga-

no, el vapor de los incensarios y las dalmáticas de oro, tratan a Jesús como a Rey; pero en estos conventos perfumados donde el misticismo aletea, Jesús es el esposo por quien la amada se deshace inventando delicadezas.

Yo estaba tras la verja que separa al público de las monjas. He dicho público y no es así: privada es la capilla, y en ella solo tienen acceso las familias de las distinguidas jóvenes que educan las Madres. Era, pues, un público de casa: un reducido núcleo de personas de elevada posición; nos veíamos allí muchas de las que nos saludamos en reuniones aristocráticas, en la tribuna del Hipódromo, en los *Miércoles* de la Princesa o en los grandes debutos del Real. El olor a incienso se mezclaba con el aroma de nuestros vestidos. En dos hileras, las religiosas y las educandas semejaban con sus morados hábitos y nevados céfiros, hermosos lirios en cuyos cálices revolteasen mariposas blancas. Y, respondiendo a la imagen poética que yo me formé, corría entre las dos filas un estrecho pasadizo del encerado suelo, límpido y brillante, que retrataba las lu-

ces de los muros, como retrata en su superficie un charco de lluvia el gas de un farol. El pasillo así era cual débil riachuelo que besara los tallos de aquellas imaginarias flores, yéndose luego a perder en el mar, que no otra cósa parecía la alfombra de terciopelo azul que adornaba el presbiterio.

Como nube de vapor, se agrupaba junto al armonium un coro de vírgenes, y cuando la Madre cantora, a quien el pálido reflejo de una vela puesta en atril cercano daba aspecto de tórtola herida, empezó a modular el *Agnus Dei*, el círculo de las vírgenes se estrechó cual tímidas palomas que contemplasen la dulce agonía de un pájaro. Era inglesa la Madre cantora, de Irlanda, y el latín en sus labios adquiría un silabeo especial; al decir: *miserere nobis*, imprimía a la *s* aquel sonido *sh* exclusivo del idioma británico, pareciendo algo así como si un jilguero estuviese restregando los alambres de sus patillas contra el agua estancada de un tiesto de rosas.

Me conmovía la escena profundamente, y por conmoverme, gozaba. Goce que no conmueva no puede ser goce verdadero. Para

reir con el alma es necesario al mismo tiempo derramar agua por los ojos. Era aquel un instante dichoso de mi vida, y como en los instantes felices deseamos que participen de nuestra ventura los seres que lograron con sus gracias cautivarnos el corazón, yo asociaba a aquel ambiente de sana alegría la imagen de Aurelio, y me lo representaba en el altar mayor sustituyendo con su arrogantísima figura, en cuya cabeza los pelos rojos parecen chispas de volcán, al oficiante, anciano sacerdote de cabello blanco como la nieve. Le veía frente a mí, al lado del Sagrario, entonando el *Dóminus vobiscum. ¡Vobiscum!*... ¡Con vosotros!... ¡Conmigo también!... Y el amor se desbordaba entonces de mi alma, puro como el lino que luce todavía en el árbol, o como un lirio blanco regado por la luna.

Así que consumió el celebrante, las monjas, y en pos sus jóvenes discípulas, clavadas sus pupilas en el suelo y juntas las palmas de sus manos a lo Inmaculada de Murillo o como Fray Angélico pintaba sus serafines, avanzaron lentas dirigiéndose al altar mayor, donde tras una ola de encajes soste-

nida por acólitos rubios, el sacerdote entre sus ministros aguardábalas con la Sagrada Forma.

Arrodillábanse, y la amatista de sus vestidos caía suavemente sobre la azul alfombra. Unas tras otras prosiguieron por el pavimento encerado, que debilísimo crugía, y entonces la ficción poética de los lirios adquirió mayor relieve, pareciéndome que el riachuelo había arrancado las moradas flores llevándolas por su corriente límpida hasta el océano azul donde las luces nadaban. La Madre cantora, adelgazando en un tierno motete las dulzuras de su voz, y el armonium con un trémolo pianísimo, dejaba en el perfumado recinto una estela de armonía...

Dígame usted si voy entrando por lo grande.

AUREA.

CARTA IV

Madrid y Enero 190...

Mi querido poeta:

¡Albricias! ¡Me dirijo a lo grande! Usted lo dice, y diciéndolo usted debo creerlo. Aconséjame que me dé exacta cuenta de la realidad, y que no nuble delicadas emociones con recuerdos inoportunos.

Parece que se disgusta usted por haber reproducido en el oficiante de la misa de gallo la figura de Aurelio. —Esto es una puerilidad—son sus frases—que ha estado por destruir la bella emoción que le produjera la fiesta de los humanos lirios. Acostúmbrese a ver al sacerdote como lo que es: sacerdote—. Juro a usted que en aquel instante ningún pensamiento liviano vino a en-

turbiar la candidez de mi espíritu. Yo veía a Aurelio ministro del Señor, y por verlo ministro del Señor llenábame de orgullo... Sí: lleva usted razón, hay que combatir esto. Lo noto ahora al escribir: *orgullo*. Mi orgullo no debe ser Aurelio, sino Dios; porque siendo Dios el afán de Aurelio, yo debo suspirar por el afán de sus afanes... Tampoco, tampoco es así: sacrílegamente desatino; he de recordar las últimas palabras que usted me dijo: —A Dios por El, y no por él a Dios...

¡Ay, Aurelio! ¡Qué trabajo cuesta despojarse de lo que es algunas veces encantadora túnica del amor carnal, sustituyéndolo con el encaje sutil que labra la aguja del espíritu, cuyos primorosos calados sólo pueden admirar las almas en grado eminente exquisitas! ¡Ay, Aurelio! Es de tal índole la metamórfosis que voluntariamente voy operando en mi cariño, que si lograses en toda su integridad conocerla, llegarías a amarme condolido de estos mis dulces sufrimientos por ti. Aunque yo misma me alabe, lo proclamo: mi amor en otra no evoluciona para arriba, sino que girando de allá para acá a merced

del viento, como las cometas de los niños, al final hubiese caído con todos sus brillantes flecos en el arroyo... Pero, perdón, Luis: me olvido de usted. De no haberle visto, ¡quién sabe dónde estaría yo a estas horas! Muchas veces me represento el alma de usted cayendo sobre mí cual lumbre de sol en un sembrado. El alma de usted, toda poesía, recoge a la mía que es toda amor, y, volando, traspasa la atmósfera de nuestro globo, deja atrás los espacios siderales, ingresa en el séptimo cielo que veían los antiguos, y allí me lanza para que nade alegre y bulliciosa en inmenso piélago de luces. Su alma, como la nieve que en ligerísimos copos desciende estos días, baja hasta el fondo de mi espíritu llenándomelo de blancuras ..

Ayer tuve un capricho: cuando la nevada era más fuerte, atravesé las alamedas de nuestro parque. El blanco es mi color predilecto; color que, según los que entienden de estas cosas, no es tal color, como el azul del cielo no es tal azul. La raya blanca dicen que contiene en sí todos los colores, y que la aglomeración del aire produce el techo ideal de donde se cuelgan las lámparas

que nos alumbran por la noche. Pero yo escribo a un poeta y no a uno de esos hombres científicos que van sorprendiendo las verdades de las cosas, pisoteando, ¡crueles!, las bellas mentiras que vosotros, soñadores del mundo, fraguásteis en vuestra exaltada imaginación para regocijo de la humanidad.

He dicho que me gusta lo blanco: porque ello representa la pureza, la afección dulce de un casto amor. El blanco se utiliza para adorno de nuestros seres queridos en las fechas más alegres de su existir. Todo cuanto yo conservo *blanco*, remembra una época feliz de mi vida En estuche tapizado de terciopelo blanco se guardan los blancos encajes que llevé a la pila bautismal; un lazo blanco flequeado de oro me recuerda la vela con que alumbré al Santísimo en mi primera comunión; un traje de piqué, la ofrenda de las flores que hice a la Virgen en una tarde de Mayo; otro de gasa, el *bal blanc* que dió mi cariñoso abuelo para anunciar a nuestros amigos que el vestido que hasta entonces me llegaba a las rodillas, desde entonces me llegaría hasta los pies. Velo blanco cubre a la desposada, ya se enlace con un hombre o

ya con Dios. El color blanco evoca en mi memoria las crestas de Suiza, a cuya sombra corrió feliz mi niñez, llena entonces de blancos pensamientos. Entre blancuras se deslizan nuestras mejores horas: blanco es el mantel donde se coloca el blanco pan restaurador de nuestras fuerzas; blancas las sábanas que acarician nuestro cuerpo mientras dormimos; blanca el alba del sacerdote y la Hostia que eleva entre sus manos...

Todo lo que se presenta blanco adquiere tonos de especial delicadeza, y nos sugiere bellísimos pensamientos: un rayo de luna que tiembla en el agua; un girón de nube que mece el aire; un penacho de espumas sacudido por la onda; una gota de licor materno cuajada entre los finos rubíes de unos labios inocentes que poco a poco se pliegan satisfechos; un cuello de cisne rompiendo las esmeraldas húmedas del estanque; una madeja de lino valsando a compás del huso; una flor de naranjo ceñida a la frente de angelical desposada; una fina perla balanceándose en la hamaca de una oreja femenina... todo esto, que es blanco, inspira a los artistas, cautiva a las mujeres y suministra ob-

sequios delicados a un rendido galán...

Decía que salí al parque; no obstante la crudeza del tiempo iba *a cuerpo gentil*, y únicamente la marta del boa que enredábase con desaliño a mi cuello, delataba que no me era del todo indiferente el rigor invernal. Llevaba un paraguas de negra seda, que pronto se puso blanco como el traje. La nieve, menudísima, llovía sin interrupción a manera de *confetti* lanzados por revoltosillos ángeles desde el cielo. El mundo era una gasa cuyos pliegues, desdilazándose desde las alturas, se enredaban a lo largo de los troncos, rompiéndose luego en jirones bellísimos para cubrir la tierra. Helado el estanque, no caían sobre su taza las cristalinas cuentas del surtidor, y los patos se habían refugiado en su cabaña de juncos. El marmóreo jarrón de una balaustrada añadía candidez a candidez y frialdad a frialdad, y por entre las empalizadas del florido cenador, las ramas de hiedra con las gotas congeladas parecían rosarios de cristal o esas débiles cintas que, salpicadas de azúcar, atraviesan el seno dulzón de una botella de escarchado anís.

Todo el jardín vestíase de blanco, y entonces comprendí algo de la teoría científica que insinué: bajo aquella capa estaban los otros colores: el púrpura de las rosas, el azul de las violetas, el amarillo de los crisantemos, el pálido celeste de las lilas... En medio de la plazoleta, hollando y rodeada de blancuras, parecería yo el alma primera que vino al mundo; mundo que en sus comienzos debió de ser blanco, pero sin este frío y sin este mutismo de la nieve...

Cuando reflexionaba sobre estas cosas, distinguí al fondo del paseo un bulto negro, e instintivamente quise huir; lo negro me apesadumbra; el negro rememora la muerte; negros son los ataudes, los murciélagos que aletean en las últimas horas de la tarde, el cuervo que grazna, el lodo que infesta, y... ¡no he visto negra todavía ninguna flor!...

Quise huir, y escuché un ladrido: era *Duk*, el terranova del guarda. Conociéndome, corría a hacerme caricias. Yo, en vez de mirarle como a uno de los perros de oro y plata que regaló Vulcano al príncipe Alcinoo, le miré aquella tarde quizás como si él fuese el horrible can Cerbero que aulla en las entra-

das del Tártaro... Sentí miedo, miedo de que las negras patas del animal, al alzarse igual que otras veces en demanda de un apretón de mis manos, mancharan la blancura que triplemente me cubría: blanca de traje, blanca de nieve y blanca de pensamiento. Y antes que *Duk* se aproximase, cerré el paraguas, lo levanté en actitud amenazadora y huí. Pero el perro, cuyas negras melenas parecían más negras aun entre aquel derroche de nitidez, despechado quizás por mi acción, que no respondía en modo alguno a las cariñosas muestras que le diera otras veces, lejos de escapar, avanzó... En sus ojos vi brillar un fulgor extraño y... corrí; corrí seguida por el can, que ya casi tocaba con su lengua sanguinolenta las fimbrias de mi vestido. Arredrada, le tiré con fuerza el paraguas, que fué a dar en sus negros hocicos, y mientras él despedazábalo con sus colmillos enormes, yo seguí jadeante por el camino recibiendo en mis bucles dorados la lluvia de nieve...

¡Por Dios, líbreme usted del can!.. Como Eneas, apacígüelo con un ramo de oro; como Orfeo, adormézcalo con el son de su lira.

AUREA.

CARTA V

Madrid y Febrero 190...

Mi querido poeta:

Gracias, muchas gracias por su epístola última, que es el racimo de oro de Eneas, y la dulce nota musical arrancada a la lira de Orfeo. La aprenderé de memoria, la recitaré, y el can Cerbero se abatirá. Así como va una estalactita fluyendo gota tras gota, así van de su pluma deslizándose los conceptos refrescando la gruta de mi alma. Dice usted bien: huyendo no nos pueden morder los cerberos, y la blancura del traje permanecerá incólume.

Estamos en un mes peligroso: todos se ponen caretas; la Naturaleza misma se disfraza...

El martes de Carnaval estuve en la Castellana, y me dió lástima ver los árboles envueltos por llamativos cintajos de papel, ocultando así su color verde, que es otro de mis colores predilectos por cuanto es el color de la esperanza... *Confetti* rojos, amarillos, azules... manchaban el verdor, sano color de la tierra, dando al suelo una policromía artificial y grosera, que no es la policromía natural de un jardín cuyas flores diversas constituyen el encanto del ave que las saluda, de la mujer que con ellas se adorna, del poeta que las canta, del pintor que las copia y del botánico que las clasifica.

Los sexos en estos días gustan de trocarse: ellos se ponen enaguas, y ellas pantalones; los niños, que son ángeles, se visten de diablos, y los diablos, que lo son muchos hombres, tienen el capricho de vestirse de *bebés*. Un *bebé* se acercó a la portezuela del coche. Estuvo haciendo *gracia*. El barón y el marqués le escuchaban, no sé si con agrado; yo permanecí distraída figurando ver las máscaras y carrozas. Después el *bebé* fué reemplazado por un *pierrot*. ¡Lástima de tela blanca que lo cubría!... Inconveniente se mostró el *pie-*

rrot dichoso: preguntó que cuándo se activaba *eso*. ¡*Eso* era mi enlace con el barón! ¡Qué sarcasmo! El matrimonio, uno de los siete sacramentos, la base de la familia, la clave de la sociedad, la propagación del mundo, considerado por aquel hombrecillo de enharinado pelo como lo más ruín y despreciable... ¡*Eso*!... Esta palabra me repugna, porque *eso* implica en sí algo muy ordinario, muy grosero, que no nos atrevemos a calificar. Yo creo que conocí al *pierrot*; me pareció que era el muchacho de los puntos graníticos que vi en la tertulia de los condes de... El *pierrot* era *eso*.

Por instantes deseaba que concluyera la fiesta; aquello mareábame grandemente: las voces chillonas y agudas de los disfrazados; el rumor de la multitud que, viéndonos pasar, se apiñaba en dos filas, chiflando a las máscaras elegantes y burlándose del público de los coches; el canto abejorrero de las comparsas; el castañeteo de los estudiantes; los pregones del vendedor de *confetti*; el continuo pitar de los silbatos que destrozaban el tímpano; el incesante runrún de las matracas que producían jaqueca; el relincho de los

caballos; el polvo que levantaban ruedas y bestias; las bocinas de los automóviles; la persistente lluvia de papelillos picados; una serpentina que se enreda, un cohete que se introduce por los árboles, un caballo que se espanta, un ciclista que cae... todo esto me atolondraba y confundía dando vueltas a mi alrededor como rosa kaleidoscópica de cien colores que se agranda, que se estrecha, y que se vuelve a agrandar...

Comenzó el desfile y ya el espectáculo fué más sugestivo, más original: se pusieron en orden las máscaras premiadas, carrozas, comparsas y estudiantinas, y a la luz de las antorchas y al disparo de innumerables cohetes, la cabalgata avanzó. Las bengalas reflejándose en los árboles donde caracoleaban las serpentinas, simulaban un brillante incendio. Me confirmé, querido poeta, en lo que si no recuerdo mal le dije en una de mis cartas anteriores: lo bonito nunca se puede confundir con lo bello. El espectáculo de aquella muriente tarde de carnaval era, ¿quién lo niega? precioso, y quizá hubiese entre la concurrencia algún alma vulgarmente impresionable que le satisficiese mejor

que cualquier espectáculo de esos que, sin darnos cuenta, presenciamos todos los días; pero a los espíritus delicados, a los poetas, a los artistas, más que toda aquella escandalosa amalgama del color, les impresiona la suave luz de un amanecer, el fuego levemente rubio de un ocaso, o la cinta-plata de nuestro satélite retemblando sobre una superficie marina...

Concluyó el desfile y marchamos a casa. Comimos precipitadamente, porque tenía que vestirme para el baile de trajes que se verificaría aquella noche en la legación de Portugal. Mi abuelo y el barón mostraban especial deseo en asistir. Perenne enamorada de lo blanco, me disfracé de margarita: sobre un fondo de terciopelo verde que simulaba la pradera, iban prendidas las poéticas flores; guirnaldas de margaritas se enredaban a mis brazos desnudos y a mi desnudo cuello, fulgurando en algunos de sus pajizos botones diminutos rubíes a manera de insectillos de luz. En mi cabellera rubia, extendida por la espalda menos una ancha madeja que hice descender sobre el pecho, blanqueaban las preciosas flores, oráculos de

amor, y una mariposilla de esmalte verde translúcido cuyas alas de brillantes diestramente articuladas se plegaban y abrían imitando el vuelo, ocupaba el centro de mi dorada cabeza.

Cuando me puse frente al espejo de la *coqueta* para limar pequeñísimos descuidos de mi tocado, no pude menos de sonreir vanidosilla... pero al instante, acordándome de las vírgenes asuncionistas que con sus trajes morados y envueltas por cendales blanquísimos remedaban lirios desposados con azucenas, reconocí que mi belleza en aquel momento tenía mucho de teatral; despertaría el entusiasmo, mas no el fervor; el deseo, no el recogimiento. Aurelio viéndome así, pensé, quizá huyera; vestida con la túnica amatista y el velo blanco, no.

Con estos pensamientos fuí al baile, y pasé una aburrida noche. Estas reuniones de sociedad, la mayoría de las veces, son un suplicio: siempre hay que tener la sonrisa en los labios; mostrar asentimiento a crasas impertinencias; burlarse *sotto vocce* de una condesa jamona; alabarla en alta voz; hablar en inglés o francés, según se tercie; dar fuer-

tes apretones de manos; sentarse en dos o tres mesitas del *buffet*; untar de mermelada inglesa quesos extranjeros comiéndolos entre buchadas de té frío; reir las *gracias* del amigo que no apuró una copa sola; bailar sin tener derecho a revelarse... ¡qué sé yo!... Ignoro si usted habrá frecuentado estos salones de la alta vida: sospecho que no; nada ha perdido porque esto, créalo, ni aun precioso puede llamarse.

Permanecimos allá muy poco tiempo; sería cerca de las dos cuando me acosté. A la mañana siguiente, Miércoles de Ceniza, fuí a las Agustinas de la Asunción. No era yo la única del baile que asistía. Para pecar y arrepentirse el mundo señala sus horas. Todo se mide al cronómetro. Aquel día el oratorio no mostraba velas con lazos, begonias y rosas de té. Su decorado era el de siempre: seis candeleros góticos en el altar mayor, una cruz del mismo estilo, lámparas doradas con vasos rojos que difundían una tenue claridad por el recinto, y dos verdes acacias sobre salomónicas columnas de negra madera, a la entrada del presbiterio. Ofició el capellán y al final, las religiosas y niñas,

contritas y humildes, se dirigieron al altar mayor. *Memento quia pulvis es et in pulverem reverteris*—decía el sacerdote.—Y en las postrimerías de la frente dibujaba con ceniza una cruz. Después de las Madres y educandas avanzamos nosotras. Y: *Pulvis es et in pulverem reverteris.* El sacerdote también nos grababa el signo de la Redención.

Cuando, ya de vuelta, arrodillada junto a la verja que separa al público de las monjas, comencé curiosilla a inspeccionar las cabezas, vi que ¡la ceniza impuesta a las niñas y religiosas hallábase desparramada en igual cantidad que la ceniza que ostentaban muchas de las que asistieron al baile! Y una de dos: o había poca ceniza en la bandeja, o el sacerdote no creyó conveniente distinguirnos...

Escríbame pronto.

AUREA

CARTA VI

Madrid y Marzo 190...

Mi querido poeta:

Las fiestas de Semana Santa, juntamente con las tiernísimas epístolas de usted, han hecho que se acentúe el amor que ya desde hace algún tiempo bulle en mi alma. ¡Alégrese usted! Evoluciono conforme a sus deseos.

En una vidriera he visto reproducida la escena que usted me pintó: Jesús, estrechando a dos gallardos jóvenes, que mirábanle embebecidos. Eran blancas sus vestiduras, semejantes a la flor de almendro que empieza ya a despuntar, y los solares rayos filtrándose por las ventanas de colores transparentaban sus largas y estrechas vestes con reflejos de gloria. Me he derretido de

amor leyendo a Fray Luis de Granada, autor que usted me recomienda, y he sentido anhelos de volverme golondrina para quitar con mi pico, resucitando tradición poética, las espinas que torturaban la sien de un Cristo enclavado. Conozco que apartándome de Aurelio me voy acercando a Aurelio.

Es casi irrevocable mi decisión: el otro día dejé caer una gota de ella sobre el barón, que, al escucharme, se quedó frío.—¿Habla usted en serio?—me preguntó.—Muy en serio—respondí—; no quiero engañarle: usted me inspira cariño, pero no amor. Mi amor es mucho más alto: brota de la tierra y se introduce en el cielo. Flauta de órgano, cuyas vibraciones, escapándose del tubo, traspasan el ambiente describiendo escalas de armonías; nubes que huyen por los agujerillos del incensario, y corren a través de las columnas; llama de vela que parpadea junto a custodia de plata coloreando el metal... ¡eso es mi amor!—El barón mirábame sorprendido, y pude observar un relámpago de mal humor en sus ojos.—No se disguste—le dije, —no he jugado con usted; aún no contesté afirmativamente a sus cariñosas demandas.

Si le hubiera dado promesa formal, a trueque de mi vida yo la sabría cumplir.—Vi que el barón se conmovió un poco:—Aurea—repuso—, he amado a usted, no diré con entusiasmo, porque el entusiasmo es impropio de mi edad, pero sí con verdadera ternura. Esposo de usted, me hubiera considerado el más feliz de los hombres. Ya, desde un principio, pude haber notado su displicencia, y no engreirme forjándome esperanzas que ahora se desvanecen. ¿Por qué no me desilusionó usted? Mi corazón no pasaría en la actualidad por tan dolorosa crisis. El fuego se extingue echándole agua.— ¿Cuándo— interrogué—he alimentado yo esa hoguera? Me injuria usted. No soy una coqueta que juegue con los hombres. — ¡Es verdad! — replicó el barón con amargura—, perdóneme: siempre ha sido usted igual para mí. Debí haberlo conocido. Mas ¡ay!, cuesta tanto trabajo entregarse a la realidad, si sabemos que esa realidad es la negación de nuestras más caras ilusiones... ¡Lástima de amor que yo tenía puesto en usted!... ¡Oh, si lo hubiese usted dicho antes!..— Quería evitar lo que sucede—repuse—; quería darle

alegrías en vez de tristezas; mi corazón es pródigo y a todos quisiera complacer. Creí que con el tiempo me aficionaría a usted, realizando al par que su felicidad, la de mi abuelo, para quien este golpe va a ser terrible.—¡Ah, su abuelo!—exclamó—¡soñaba con nuestro enlace!—Es imposible, amigo mío—dije con firmeza.—¿Y la sociedad?... —La sociedad no me importa. Nosotros tenemos tranquila la conciencia, y por un temor ridículo no vamos a hacernos desgraciados.— Es que yo...—Usted también lo sería—objeté cortando sus frases, en las que adivinaba una protesta de cariño—lo sería, porque al fin se convencería de que yo nunca podría llegar a amarle. Respete usted mi amor. Casada con usted quizás fuera un demonio; casada con Dios, puedo ser un ángel. Aprovéchese usted y aliénteme para que no desfallezca. Hágalo, ya que no por caridad, por egoísmo. Yo en el claustro no seré de nadie más que de Cristo, y no creo que considere usted a Cristo como a rival.

Seguimos conversando largo rato, él pretendiendo atraerme, yo haciéndole compren-

der la alteza de mis miras, y al final, el barón me alargó su mano, diciéndome:—Yo la amo a usted y no deseo sino lo que usted desee. Hágase esposa de Cristo.—¡Ah, corazón hermoso! En aquel momento me acordé de usted, cuando exclamaba: — «Un verdadero amor estriba en lo que el amado quiere; el amor ha de ser desprendido, generoso, liberal; no despótico, tiránico y fiero.» —Sí, sí: el barón me quería quizás como ningún hombre haya podido quererme. Yo estreché con efusión sus manos.—«¡Gracias, muchas gracias! Es usted un alma grande; la hidalguía de sus sentimientos corresponde a la nobleza de su cuna. Siempre me acordaré de usted, rogaré por usted.»

Sentimos pasos y apareció mi abuelo. Como si hubiéramos cometido un crimen, los dos bajamos la cabeza. Mi abuelo no hacía más que decir: «¿Ruborcitos ahora, y dentro de poco?...» ¡Pobre abuelo!

Suya en Cristo.

AUREA

CARTA VII

Madrid y Abril 190...

Mi querido poeta:

Con la evolución risueña de mi amor, risueña evoluciona también la Naturaleza. Los vientos de Marzo han alejado las brumas del invierno, y el cielo, despejándose de nubes, muestra su azul radiante. Todas las mañanas, antes de almorzar, paso en el jardin dos o tres horas recibiendo las caricias del galante sol de este mes, y escuchando los píos quejumbrosos de algún pájaro que comienza a hacer el nido entre la fronda nueva de los árboles. Me llevo las poesías de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, y mientras nacen las rosas y se desunen las flores de un

lilo cercano, admiro la santa Musa que inspiró aquellas páginas de oro.

Recomiéndame usted una prudencia exquisita en dar la noticia a mi abuelo; no se la daré; no me atrevo a dársela; el barón le irá preparando...

Tengo un proyecto: a mediados del mes que viene marchará a Neuchâtel la condesa de.... para recoger a una de sus hijas que ya ha completado su educación. Pretextando un renuevo de aires, convenientísimo a mi salud, algo quebrantada, he logrado de mi abuelo que yo la acompañe. ¿Adivina usted todo lo demás? Una vez en Neuchâtel se despejará la incógnita. Y no valdrán amenazas ni súplicas; mi resolución es ya irrevocable.

Voy muchas veces al colegio de Madres Asuncionistas que, probablemente, será la congregación en donde profese. Tras maduro examen me decido por ella, convencida de que dicho Instituto es el que me conviene, el que se lleva todas mis simpatías. La razón es clara: allí me eduqué; desde niña estuve con sus religiosas, y a sus religiosas debo la finura de mi trato, y muchos de los aromas exquisitos que invaden mi alma. En

ella se aunan admirablemente la contemplación y el estudio, la piedad y el trabajo. No me considero con fuerzas bastantes para abrazar una orden rígida, austeramente monacal. No me gusta la vida de la monja que se pasa todas las horas de la vida contemplando; paréceme que late ahí algo de egoísmo: se olvida de los demás para pensar únicamente en sí. Sin duda no leyó aquel sublime ruego de San Pablo:—«Señor, Señor, causa yo de anatema con tal de que mis hermanos se salven.»—¿Puede darse rasgo más espléndido de amor?

Como usted dice, excepto la inmutabilidad, todo evoluciona. Esto se nota mucho en las órdenes conventuales. Murieron los anacoretas de la Tebaida, y agonizan los monjes de barba luenga; muchas de sus célebres abadías hoy yacen desmoronadas, cubiertas de hiedra, constituyendo motivos de inspiración para el poeta, que en su imaginación exaltada ve pasar por los derruídos claustros las sombras de ancianos frailes mientras la campana tocá a maitines; o notas de color para el dibujante si la pálida luna se introduce por algún ajimez ilumi-

nando el gris de las ruinas y el verde húmedo de la triste hierba; o ya, en fin, museo de estudios para el arqueólogo que investiga entre los muros el epígrafe de una lápida mortuoria, el adorno de un plinto o el ábaco de un chapitel.

Las antiguas órdenes son hoy sustituídas por esas modernas congregaciones donde se distribuyen las horas del día alabando a Dios y ejerciendo alguna de las obras de Misericordia. Los que declaman contra la Iglesia tachándola de enemiga del progreso, tienen aquí motivos para retractarse de sus injustas imputaciones. Los siglos caminan, y la Iglesia, aunque sea a remolque, camina con ellos. Pasó el tiempo de la quietud en que el fraile, inmóvil, con la encapuchada cabeza sobre el pecho y las manos introducidas en las anchas mangas del áspero sayal, dejaba transcurrir las horas mortecino meditando las eternas verdades, mientras una calavera, riéndose, le *miraba* con las órbitas vacías de sus ojos mondos. No: es otra la época: meditando las eternas verdades no se defienden, y en esta centuria de general descreimiento donde hasta los niños parece

que nacen conjugando el verbo *dudar*, hay que defenderlas. De la contemplación pasamos a la acción. Ya apenas se dice en los claustros:—«El siglo que dejé...» sino: «el siglo en que estoy...»—Así, así: no nos podemos esconder del siglo; si nosotros no vamos al siglo, él vendrá a nosotros, y, ¡ay, entonces!

Quien no se mueve, se muere. Comprendiéndolo, las antiguas órdenes religiosas han evolucionado en el sentir de las modernas, y hoy viven todas, a excepción de dos o tres que arrastran una vida lánguida, la vida activa que reclaman las nuevas muchedumbres. Abren colegios, fundan montepíos, editan libros, esparcen periódicos, celebran asambleas, y hablan, no solamente en el púlpito y el confesonario, sino también en la cátedra y en la tribuna. Así, compaginando el elemento *sociedad* con el elemento *religión*, pueden obtenerse, como ellos han obtenido, resultados maravillosos. El breviario y el *libro*, la celda y el aula, la cruz y la pluma, el sermón y el *discurso*, este debe ser el ambiente del sacerdote moderno. Quizá si esta carta que yo escribo a usted llegase al público del que

forma usted parte, no faltaría algún espíritu meticuloso que, llevado de un exagerado y, por lo tanto, perjudicial fervor, dijese, confundiendo lastimosamente los términos, que ello era encender una vela a Dios y otra al diablo. Error y estulticia, como usted comprenderá. Estos hombres asustadizos, apocados, que ven la costra y no se atreven a quitarla por temor de mancharse los dedos, demuestran con su miedo ridículo que si ellos obrasen así, no tendrían la suficiente fuerza de voluntad, como los otros, para retirarse del peligro una vez dentro. Y esto, lirondamente, se llama perversidad.

Pero veo, querido poeta, que mi carta adquiere tonos de periódico avanzado, y pierde insensiblemente la encantadora forma epistolar. Y, ¿por qué?... ¡Ah, sí!: por mis deseos de ingresar en las Agustinas de la Asunción.

Usted quizás, mirándolo por el lado poético, hubiera preferido que yo ingresase en una de esas órdenes rigurosas donde asoman las vírgenes tras tupidas y estrechas celosías. No, amigo mío; no causé ningún mal para que en la flor de mis años permanezca encerrada. Soy amante de la luz, y esos

claustros sombríos la detienen. No quiero momificarme hasta después de muerta; no quiero esterilizar en ellos las facultades que Dios me concedió; derrocharlas debo en beneficio de mis semejantes. Más poética que una virgen de claustro es una Hermana de la Caridad. Yo no me considero capaz de llegar al heroísmo de esos ángeles de la tierra que pasan junto a las inmundicias de los hospitales sin destruir la nitidez de sus alas; pero sí créome, examinando las dotes que me adornan y sin que ello sea alabarme, pues hablo a usted con el corazón en la mano, apta para desempeñar la difícil misión de educadora, que es también más poético y meritorio que mascullar latines traduciendo—¡qué gracia!—*rerum vices* por *raras veces*.

Siempre que el medio ambiente donde se deslizó nuestra vida haya sido aceptable, debemos conservarlo. Muchas de las calamidades que afligen al hombre se deben a querer mudar de ambiente pasando del mejor al peor o viceversa. Yo, educada con exquisito esmero, acostumbrada a las prácticas de sociedad, no puedo desprenderme en absoluto de ellas ingresando en órdenes de

refinada mortificación adonde no llega el rumor del siglo. La Iglesia, maestra previsora, tiene en su seno establecimientos religiosos en los que jóvenes distinguidas podemos consagrarnos a Dios sin apartarnos por completo del mundo. Y una de estas congregaciones es la de la Asunción. La enseñanza es su campo: educan a las niñas de familias aristocráticas, y esto supone un grado de superior cultura en las que pretendan formar parte de dicho Instituto. Mis aptitudes tendrán ahí marco adecuado, y la sólida instrucción que allá me dieran la aprovecharé ahora en beneficio de las niñas y jóvenes que me confíen. Me gusta la infancia, porque la infancia es el capullo lozano de la vida que, luego, en la juventud, se vuelve rosa. ¡Ay de la rosa si no encuentra una mano que sepa cuidarla! Se secará y no dará perfumes.

He aquí lo que me propongo: ingresar en el jardín de las almas y hacer con ellas un vistoso ramillete de suave fragancia para ofrecerlo a Dios. Me adornaré con almas de niñas, y después, al evolucionar en almas de jóvenes, cuidaré de que sus pétalos no pier-

dan todo el brillo de sus primeros años; las haré capaces de fundar un hogar donde la dicha aletee. No olvido las palabras de Cristo: —«Dejad a los niños que se acerquen a mí...»

En saber dirigir a los niños está el secreto de dirigir a los hombres. Las primeras impresiones son las que mejor se graban, y por eso, inculcando en ellos la virtud, al final, por muchos que sean los embates de las pasiones, la virtud resplandecerá como resplandece en el fango una perla de finísimo oriente. No seré madre de mis hijos, pero seré madre de los hijos de los demás, que es mayor mérito.

Soy mística a mi modo: no pasaré las noches en vela, no me torturaré con ásperos cilicios, no ayunaré a pan y agua consumiéndome paulatinamente; procuraré vivir cuantos años me sean posibles, amando y sirviendo a Dios en aquello que mis fuerzas me lo permitan, pero no malgastando lastimosamente el tiempo en ensartar con voz gangosa letanías inacabables, o en propinarme, al son de quejumbroso *miserere*, una irrisoria azotaina. Aunque no esté en oración

continua, siempre estaré orando, porque el trabajo es una oración y un deber que impuso Dios al hombre desde su primer caída.

Haré el mayor bien que pueda. En estos tiempos de movimiento y lucha, es necesario luchar. La mujer tiene una gran esfera de acción y ha de desarrollar sus admirables facultades, desatrofiándose de rancios prejuicios y acudiendo allí donde la caridad y la ilustración exijan su valioso concurso.

Así todos seremos corredentores de esta humanidad decrépita, y desbarataremos el necio orgullo de los hombres que, infatuados por nuestra pasividad, se creen los únicos capaces de salvar a los pueblos, cuando en realidad son ellos quienes los prostituyen. La mujer puede también regenerar la sociedad: estos sentimientos, estas delicadezas que se albergan en nosotras, no las tienen ellos. De la raza de las mujeres son las madres, y esto ya basta para que se nos respete y se nos admire. Nosotras somos dulces, y ellos son agrios; resignadas nosotras, y ellos fieros y déspotas. La dulzura cautiva los corazones, mientras que la fuerza, atenazándolos,

les hace prorrumpir en ayes dolorosos, sembrando, en vez de amor, odio y venganza. Cierto que con la dulzura se tarda más tiempo en adquirir los resultados que se apetecen, al revés de la furia que, cohibiendo y amenazando, encadena al individuo; mas las victorias del amor, una vez logradas, subsisten; y las victorias del terror se desvanecen. Cristo muriendo en la cruz funda su religión hermosa que reina sobre el mundo, y Napoleón subyugando a las naciones con la avalancha de sus tropas, muere en Santa Elena, y con él se arría la bandera de su Imperio...

¿Pero, Dios mío, cómo escribo hoy? Empecé hablando en tono de primaveral, de brisas, de pájaros y flores, y, sin pensar, voy adquiriendo el acento de un orador de mitin... Perdóneme usted; no prosigo: veo que he perdido el aire, y aunque intentara volver al plácido comenzar de la presente, sería imposible. Hago punto, y hasta otra.

De usted en Cristo,

AUREA

Antes de marchar a Suiza quisiera despedirme de usted. Iré al Seminario. ¿Horas de visita?

CARTA VIII

Madrid y Mayo 190...

Mi querido poeta:

Con sumo gusto veo que aprueba usted mis deseos de ingresar en la Congregación a que hacía referencia en mi última. Tiene usted un amplio sentido al discernir las cuestiones, no sujetándose a patrones antiguos para hilvanar modernos trajes.

No obstante, me da un palmetazo por ciertas frases que considera algo despectivas para la virtud de la penitencia, recomendada por Nuestro Señor Jesucristo. Dice usted que porque yo no me sienta capaz de seguir las huellas de una Teresa de Jesús o una Clara de Asís, no debo censurar la mortificación voluntaria de aquellas almas piado

sas que se consagran por completo a Dios. Esto es el refinamiento místico del que sólo muy contados espíritus pueden disfrutar. Esto es el *gozar sufriendo*, privilegio que no a todos se concedió. Fustíguenlo las almas-orugas, (¡qué sátira emplea usted algunas veces!) no las almas-condores como usted (¡muchas gracias!) que se elevan sobre la tierra y traspasan las nubes.

Perdón, querido poeta, si en mi anterior se deslizó algún concepto irrespetuoso... Escribía al correr de la pluma, y además, carezco de los estudios necesarios en tan delicadas materias. ¿Vamos a otra cosa?

Se ofende usted porque le creía inclinado a que yo profesase en una orden de clausura rigurosa, fundándome en el tinte poético y melancólico de esos claustros descritos por las novelas románticas, de las cuales parece tiene usted en su alma reminiscencias... Se ofende usted y vuelve a decirme que confundo otra vez lo bello con lo precioso, si bien la preciosidad que invade esas casas solitarias, atenúase un poco y sube en valor merced a ciertas líneas, a ciertos perfiles de belleza... pero no son enteramente poéticos,

continúa usted. Y utilizando una de sus frases afortunadas, termina diciendo:—«Son preciosidades barnizadas de poesía, custodias de plata con baño de oro...»

Participa usted de mi opinión: ese párrafo que dedica a las Hermanas de la Caridad se debiera fijar en todas las esquinas, para que todos los hombres lo aprendiesen, y aprendiéndolo, supiesen respetarlas y amarlas. ¡Canto sublime el de usted a la virgen de los hospitales!...—«Eso—dice usted—es poesía pura, porque es desprendimiento, abnegación, heroismo; más que poesía: es un extracto, una esencia de la poesía que se incrustra en sus venas y hace que la sangre corra vertiginosa al corazón para que allí pugne, rompa y salga al exterior convertida en ardientes vahos de caridad, los cuales después de rozar las faces angustiosas del enfermo, suben al trono del Altísimo en columnas más bellas que todas las columnas que han perfumado la atmósfera de la gloria desde Melquisedec al último Pontífice.»

«Ellas—sigue usted—sin pensarlo son las grandes poetisas de la tierra. Impregnan la pluma de sus almas en el tintero rojo de sus

corazones, y van escribiendo en los ámbitos de esos largos pasillos de hospitales, mientras se queja el enfermo y arde melancólica la luz de un farolón, las estrofas más sublimes que se puedan concebir. Miden el sufrimiento, acentúan la resignación, y riman con suspiros, lágrimas y oraciones. Son azucenas que no se tronchan y palomas que no se asustan. Crecen junto al catre de los enfermos; los miasmas pestilenciales de un descompuesto organismo, las aroman; la frase torpe de una víctima del pecado, la blasfemia de un impío exacerbado por el dolor, o el estertor de un moribundo, es la música que oyen; una cura peligrosa o una agonía desesperada, el espectáculo que ven. Si el niño es abandonado por sus padres, ellas le arrullan; si el anciano es desechado por sus hijos, ellas le cuidan. Su habito azul y su cofia blanca, aparecen en el campo de batalla, mientras la bala silba y el cañón humea, como girón de cielo que allí cayó para recoger muertos y heridos... ¿Quién dará en la clave de vuestra justa alabanza, ángeles de carne y hueso?...»

Y más adelante, pregunta usted: «¿Pero

qué es una Hermana de la Caridad? ¿La engendró un verso en el cáliz de una rosa? ¿Aleteó un pájaro sobre el marfil de una tecla, y, ella, como nota divina, se escapó?...»

Y concluye usted, escribiendo: «Si me preguntasen de qué modo estaba repartida la Poesía entre las congregaciones religiosas de mujeres, respondería que las claustradas tienen el cuerpo; vosotras (y al decir vosotras es porque ya incluyo a usted), educadoras de la juventud, el corazón; y las Hermanas de la Caridad el espíritu...» —De buen grado iría en pos de ese espíritu, pero temo, ¡oh, poeta!, desmayar en la jornada. Me quedaré entre las que poseen el corazón.

Debiera estar disgustada con usted: ¿por qué no quiere que le visite?... Dentro de tres o cuatro días salgo para Neuchâtel y, ¡sabe Dios si ya nos volveremos a ver! Allá en Suiza tomaré el velo. Enamorada de lo blanco, quiero vivir en el país de las blancuras. Repito que desearía despedirme de usted, mas... ¡respetemos caprichos de poeta!

No me escriba hasta mi próxima, que

estará fechada en Neuchâtel. Con esto y con desearle mucha suerte en los Sínodos que, según me anuncia, serán a fines del corriente, queda de usted en Cristo su gran amiga,

AUREA

Observará que la carta, más que por mí, va escrita por usted a juzgar por los párrafos entresacados de su última. ¡Y es que son tan bellos, que no pude resistir a la tentación de copiarlos! En mi próxima seré yo únicamente quien escriba. Adiós.

CARTA IX

Neuchâtel y Junio 190...

Mi querido poeta:

Anoche a las diez llegamos a esta linda población suiza, que es de las más blancas. Me acordé muchísimo de usted, y deseé tenerlo junto a mí para que hubiese dirigido en verso un saludo al lago, que estaba verdaderamente bello con aquella luna que lo envolvía.

Dos religiosas nos aguardaban en la estación, y, subiendo al coche que nos tenían preparado, marchamos al colegio, distante de la ciudad poco más de un kilómetro.

La vista del colegio que, sobre un alto domina al valle, me produjo impresión muy grata, renovando en mi espíritu las dulces

horas de la niñez. El convento es gótico, perteneciente en otros tiempos a la orden franciscana, que abandonó la ciudad cuando la irrupción calvinista. Neuchâtel, a excepción de sus pintorescas viviendas de apiñonados techos, y de la Catedral que es del siglo XVIII, está sembrada de monumentos de igual clase: góticas son las Casas Consistoriales, las Sociedades de Agricultura y Economía; góticos el Asilo de Huérfanos, el Instituto... Usted aquí, con sus romanticismos, se hallaría admirablemente. Nuestro colegio, visto como yo lo vi anoche, a la luz de la luna que esclarecía las verdes enredaderas de sus muros, la puntiaguda torre del campanario y el rosetón del frente, producía un efecto fantástico, imposible de describir.

La acogida que nos dispensaron las Madres fué muy cariñosa, y después de restaurar con un gran vaso de leche nuestras fuerzas, algo quebrantadas por el viaje que emprendimos desde Lausana, atravesando todo el cantón de Vaud, la condesa y yo nos retiramos a la hospedería del convento, donde permanecimos hasta la mañana siguiente,

en que nos fué a buscar la Madre Superiora, *ma mère*, como nosotras la llamamos.

A pesar del cansancio no pude dormir en casi toda la noche. Hallábase mi imaginación sobreexcitada, y el recuerdo de las personas queridas que dejé en Madrid, me llenaba de tristeza el espíritu.

Acordábame de Aurelio—¡ay, Aurelio!...—de mi abuelo, del barón y de usted. La escena del río se me representó, y por un instante creí acariciar con mis delgadas manos el cuello robusto de aquel por quien suspiro; veía al abuelo inclinarse sobre mí en la despedida última, besando mi frente, sin vislumbrar la verdadera causa de este viaje; escuchaba quejarse al barón por la frustración de sus amores, y escuchaba a usted cuando, en la tarde famosa de Septiembre, al pie de las encinas, decíame que las almas exquisitas buscan para amar otras almas más exquisitas que las suyas. Iba usted, como aquella tarde, encadenando a Aurelio con Dios, a mí con Aurelio, al barón conmigo, y... a todos con Dios. ¡A Dios con todos! En este pensamiento, ya de madrugada, pude quedarme dormida. Y tuve un

sueño: un delicioso sueño. Me vi subir a la gloria cogida a las puntas de encajes que adornaban el alba de Aurelio, quien a su vez se prendía de unos pies blancos... más blancos que las espumas, por los cuales descendía un líquido rosa, como de sangre de flores, que deslizándose por el alba de nuestro amigo, llegaba hasta el puro cendal que me encubría. A los extremos de mi velo se agarraba otra figura... que no pude distinguir claramente si era el barón o si era usted. A todos nos envolvía una celeste nube rota a trechos por cabezas de ángeles, y allá arriba veíamos unos grandes ojos, muy abiertos, que miraban amorosos al Hombre de los blancos y taladrados pies...

Sentí haber despertado. Era aquello tan poético, que ahora, a pesar de contemplar desde mi entreabierta ventana, allá a lo lejos, la cordillera alpina—interminable raya de tiza trazada en la pizarra azul del cielo—se me antoja este país, en vez de blanco, brumoso como la cortina que arrebuja a Londres.

Querido poeta: sueños hermosos tendrá usted, pero ¿como el mío?...

Dígame el resultado de los exámenes, y si continúo enviando las cartas a ese amigo. Yo, un mes o dos, estaré aquí de particular sin compromisos de ninguna especie. Antes de dar el paso decisivo quiero cerciorarme de mi vocación; de modo que hasta entonces puedo escribirle con entera confianza. La condesa y su hija saldrán uno de estos días con dirección a Madrid; llevan una carta para mi abuelo que, no sé... no sé...

Adiós: invitada por Sor Lucila (la monja de los versos), voy a pasear; hablaremos de usted. La mañana está fresca; los alrededores del colegio son deliciosos. Ya le contaré mis impresiones. ¡Qué Suiza! Por aquí parece que no ha pasado el hombre. ¡Tan blanca como ayer!... En Suiza no debían vivir más que los enamorados, los poetas, los niños y las vírgenes.

En Cristo, suya,

AUREA

Señas:

Collège des Mères Assumptionistes.

Neuchâtel.—Suisse.

CARTA X

Neuchâtel y Julio 190...

Mi querido poeta:

No, no desmayo: llegaré al fin... Aurelio se esfuma, se evapora como aquellas espirales que salían de su cigarro. De él solo me queda algo blanco levemente teñido de rosa... ¡su alma!, su alma que, sin saberlo ella, me eleva al cielo. Aurelio mientras pise la tierra, no sospechará siquiera que Aurea en la tierra suspiró y vertió lágrimas por él. En la gloria nos veremos los rostros y todo saldrá a relucir; pero entonces yo no me avergonzaré, porque la predilección que tenía puesta en Aurelio, pasó íntegra a Cristo dulce objeto de sus preferencias.

Mi abuelo ha contestado la carta que le llevó mi amiga: ¡de ningún modo transige!... ¡es natural! Me avisa el corazón que pronto he de verle aquí; vendrá por mí, pero... Yo me quedaré: ¡este es el país de las eternas blancuras!...

Suiza me arrebata, y sus tardes me llenan de melancolía infinita. Los crepúsculos aquí son indibujables por lo bello. El sol se hunde mordiendo una sábana de blancuras, y sus rayos, traspasando la nieve sin lograr reducirla, comunícanla un tinte suavemente luminoso, como si pretendiendo examinar el fondo de su nevado caliz trepasen luciérnagas por el tallo de una azucena colosal.

Las nubes, teñidas de un color grana pálido, rozan las albas crestas de los montes, y el cielo, de subido azul, obscurece, obscurece, percibiéndose la luz de las estrellas, que aquí brillan como en ninguna parte.

Lánguidamente, se balancea algún falucho sobre las reidoras aguas del lago, y la ciudad, que en forma de anfiteatro se extiende a sus orillas, deja escapar suaves destellos por los tragaluces de sus viviendas, y

débiles columnas de humo por las chimeneas de sus techos apiñonados.

En las cornisas de los *chalets*, llenas de nidos, cantan y revolotean los pájaros, dando su adiós al disco radiante, y los gallos de las veletas que coronan muchas edificaciones cuyas rojizas tejas salpicadas de musgo se doran con los últimos reflejos, cabecean a impulsos del aire, como suspirando por dormir...

Las viejas murallas del Castillo, cuando el viento quiere desenredar un poco el majestuoso ramaje de los tilos que las rodean, muestran su catadura venerable. De los valles risueños que forman las cadenas del Jura suben, con el vapor blanquecino y el rumor de los torrentes, dulces mugidos de vacas y el melancólico *ranz*, *ranz* de los cuernos de los pastores... Por los escarpadísimos senderos de la montaña se ve saltar al cazador de gamuzas, y alguna que otra aldeana cuya cofia de encajes va rizando la brisa, se arrodilla al toque del *Angelus* que modulan las campanas de nuestro gótico monasterio...

Esta es la mejor hora para morirse... En una tarde como esta le escribo a usted. Be-

sando a la luna, el sol ha engendrado esta luz... esta luz tenue que casi alumbra.

Apenas distingo las letras; perdóneme usted si van torcidas, si van como disgustadas parejas de enamorados, sin darse el brazo... No veo.

Suben hasta mí las frescas risas de las colegialas, que juegan en la huerta; llega el olor de los rosales, de los guisantes y alelíes; asciende la fragancia de los perales, de los manzanos y los frambuesos; suena el *tilín, tilín* de las esquilas de una vaca que va a recogerse en su establo, conducida por una Madre cuyo velo blanco acaricia una muralla de boj...

Poeta, no se ve; cierro la carta. Otro día me pondré a escribir más temprano.

En Cristo, su amiga,

AUREA

¡Ah!... (con la poesía de estos crepúsculos nos olvidamos de la prosa de esta vida. ¿Conque ya las cartas se las dirijo sin ningún recelo al Seminario? ¡Enhorabuena por el resultado feliz de sus exámenes! ¿Cuándo se

ordena? Supongo que ya pronto cantará usted misa. ¿Va al monte este verano con Aurelio? ¡Ay!, perdone usted: nunca le pregunto por su salud: ¿bien?...

Ea, escribiendo esta postdata, que ya es casi epístola, ha llegado la noche... Abur.

CARTA XI

Neuchâtel y Agosto 190...

Mi querido poeta:

No sabe usted cuánto lamento su enfermedad. Según me dicen hace ya varios meses que le aqueja. ¿Por qué no me lo anunció? Hoy está de moda ser raro, y usted lo es conmigo. Yo le abrí mi alma haciéndole partícipe de delicados secretos, y usted ni aun tiene la atención de darme a conocer lo que se exterioriza. ¿Pregunta cómo lo sé? Muy sencillo: Aurelio estuvo la otra tarde en casa recordando a mi abuelo su promesa de apadrinarlo en la misa que, según creo, cantará en Batres el ocho de Septiembre. Habló de usted, y mi abuelo, que en compañía del barón ha llegado a Neuchâtel (hoy todas son novedades), me lo ha referido.

¿Esas tenemos?... ¿Conque se empeña usted en morirse? ¿Por qué no come usted? ¿Por qué llora usted?... Me han dicho que a cada momento le sorprenden con las lágrimas en los ojos. Esto lo debí sospechar: más de una vez he visto en las cartas ligerísimas motas, así como gotillas de agua... ¡Es usted un niño!... ¡Parece mentira que teniendo esa alma tan grande, de donde brota la energía que a mí me sustenta, no utilice de ella un poco en su favor!... ¿Se queda usted sin ninguna por ofrecérmela a mí? No tanta generosidad.

Y ahora, ¿cómo hablarle de *mis cosas*? Si está usted triste, malhumorado, enfermo, ¿qué ganas tendrá de escucharme, de atenderme?...

¡Y era mucho, mucho lo que tenía que decirle!... Ya ve usted: mi abuelo vino ayer rogándome por Dios y todos los santos que desista de mis propósitos; advirtiéndome que está viejo, solo; recordándome que sueña con un par de chiquitines que alegren la casa y perpetúen (su manía constante) nuestro ilustre apellido. A todo respondí: le dije que era imposible, que lo había pensado deteni-

damente, que mi vocación era altísima y un matrimonio truncaría mi felicidad haciéndome quizá una mujer indigna que arrastrase por el lodo ese apellido del que tanto se ufanaba... Replicó que hallábame bajo su tutela, y que hasta mi mayor edad no podría tomar ninguna determinación. El barón (¡alma grande!) conociendo mis congojas, intercedió por mí... Al fin se arregló el asunto: mi abuelo accede, aunque con harta pena; accede, y es que me ama.—«El último capricho de la niña»—le dije colgándome a su cuello y regando con mis lágrimas sus barbas de nieve... Pude notar que los ojos del barón se humedecían y que el pecho del noble anciano se agitaba a impulsos de una ráfaga dolorosa...

Los dos permanecerán aquí hasta que me echen el velo, que será el ocho de Septiembre, Natividad de la Virgen, acaso mientras Aurelio eleve por vez primera en nuestro histórico Batres la inmaculada Hostia. Y usted, ¿por qué no canta misa también ese día, y así los tres, a la misma hora, nos ofrecemos al Señor, cumpliéndose por tanto aquel sueño delicioso que tuve la noche en que llegué al colegio? Casi estoy por decir que

quien se agarraba a los extremos de mi velo era usted... Si no tiene padrino, el barón podría serlo, que sabe cumplir en todo espléndidamente; y así como mi abuelo designa un representante en la ceremonia de Aurelio, él designaría otro en la de usted; pues ambos, aunque se les llene el alma de tristeza, quieren verme con el traje de asuncionista.

Escríbame a vuelta de correo, o ponga un telegrama a fin de activarlo. Basta que yo se lo indique al barón para que acepte gustosísimo.

El quince, fiesta de la Asunción, ingresaré en el convento a fin de irme preparando religiosamente a la solemnidad del ocho de Septiembre. Hasta ese día puedo escribirle como ahora; después, no: rige la obediencia y no me pertenezco. Una carta, sólo una carta espere usted de mí. Ya encargaré al barón que le escriba o le visite a su regreso dándole detalles de mi entrada en el Noviciado.

Le saluda deseando vivamente un completo alivio en su enfermedad, quien nunca le olvida,

AUREA

CARTA XII

Neuchâtel y Agosto 190...

Mi querido poeta:

¿Qué sucede? Aun no he recibido contestación a mi última. ¿Se agrava usted en su enfermedad?... Es extraño: usted siempre me contestó con la mayor solicitud. Hállome intranquila y, lo peor, es que ya no puede escribirme; mañana, quince, ingreso en el convento. Esta es la carta final que le dirijo. Algún día nos veremos; no perdamos las esperanzas: yo iré a España, o usted vendrá a Suiza, a estos amenos valles y a estos gallardos picos de donde no se cae la blancura.

He dado largos paseos acompañada de mi abuelo, el barón, Sor Lucila y varias edu-

candas. Neuchâtel es romántico; sus alrededores, idílicos. Si no fuera por la bocina de algún que otro automóvil—artefacto el más popular de nuestra actual civilización—pareceríamos, en presencia de aquellos edificios góticos, transportados a la Edad Media, y aguardaríamos como la cosa más natural del mundo, que bajo el marco florido de cualquier ventana arquease su gallardo busto alguna dama de engolado cuello—Anarda, Beatriz, Leonor...—indagando impaciente si al final de la torcida calleja asomaba, puñal al cinto y laud al brazo, la armoniosa figura de su galante trovador...

El otro día alquilamos una barca y dimos por el lago una vuelta. No es tan grande y profundo como el Leman, orgullo de los ginebrinos, pero es mucho más pintoresco. El verdor de las colinas que lo rodean se refleja en el lago con suavísimos tonos, llenando los espíritus poéticos de una dulcedumbre encantadora. Las palas de los remos, quebrándose en las ondas,—ondas verde-manzana parecidas al crisopasio—producen un son opaco, y, luego, al salir para volver a hundirse, destilan gotas que semejan perlas.

Sobre este lago y templando su lira haría usted filigranas.

No hará dos días visitamos *La Chaux-de-Fonds* y *Lode*, importantes centros industriales de Neuchâtel. Con razón llaman a Neuchâtel la ciudad blanca, la ciudad glacial. Todo en ella es blanco: sus montes, sus valles, el rostro de sus mujeres, los pétalos de casi todas sus flores, sus industrias, sus manufacturas... La Chaux-de-Fonds es una exposición de cosas blancas: la plata y el níquel de sus relojes, el acero de sus cuchillos, las randas de sus encajes, sus telas de algodón, sus linos, sus cretonas... muestran mi color predilecto en todos sus matices.

Aprovechando la excursión del Gimnasio Cantonal de Neuchâtel al monte San Bernardo, realizamos ayer una expedición sublime. No se olvidará nunca. Por ser el último día de mi libertad, aspiré el aire a mis anchas. ¡Cerca del Mont-Blanc! ¡Cerca del Mont-Rouge! ¡Cerca del Graffeneire!...

Muy temprano salimos para Martigny, y allí nos proveímos de guías que, con sus vestidos de lanas grises, producían, marchando

entre la nieve, un admirable contraste de color. Desde Martigny, en coche y por una excelente carretera, nos dirigimos al pueblecito de Bourg-Saint-Pierre. En Bourg-Saint Pierre, después de haber visitado la *Linnæ*, precioso jardín destinado al cultivo de las plantas alpinas en donde admiramos la flora de los Pirineos, del Tirol, del Himalaya y el Cáucaso, reanudamos la marcha y, siempre en coche, subimos por un camino ancho, el mismo que pasaron los ejércitos napoleónicos y que sirve de comunicación entre Suiza y el valle de Aosta.

Era aquello de un efecto maravilloso: nieves arriba, nieves abajo; por todas partes la nieve. Sobre el fondo ceniciento de las rocas, la nieve de las laderas destacábase con un azul fortísimo, y las cabañas, perdidas entre vertientes, parecían con sus techos pajizos, zarcillos de oro prendidos a las orejas de una gigantesca estatua de mármol. Las cimas del Mont-Blanc y del Cervino, entre las cuales se halla el San Bernardo, resplandecían con los destellos del sol, que ocasionaba en ellas sorprendentes juegos de luces, semejantes a una constelación de piedras

preciosas, de rubíes, topacios, turquesas y esmeraldas, avasallando a todas, las perlas de la nieve en sus inmensos cuajarones.

Al promediar la cuesta, y en una cantina, tomamos ligero refrigerio. Se desliza por allí un arroyo, y en sus orillas crecen violetas, única vegetación que pude descubrir. Hice con ellas diminuto *bouquet*, y en un resto de coquetería último, lo clavé sobre mi traje blanco, junto al corazón. A las dos horas de nuestro viaje llegamos a la famosa Hospedería, que es un gran edificio de piedra con celdas para los religiosos, habitaciones para los viajeros, hermosa capilla, vasta biblioteca y salas de estudio. A pesar de ir bien abrigados (yo llevaba una capa cuya gola de pieles me subía hasta las orejas) experimentábamos un frío intenso, y en compensación se nos iba despertando un apetito voraz. Por cierto que los religiosos nos trataron a boca de rey: el fraile que presidía la mesa era joven, alto y delgado, muy simpático, se daba un aire a usted... ¡Pobres frailes!... Allí se comprenden, como en ninguna parte, las excelencias de nuestra Religión: de todo se da cuenta y a todos provee. En

aquellas cimas blancas, casi invisibles al viajero que trepa por sus vertientes, viven, aislados del mundo, consagrados exclusivamente a Dios y al servicio del prójimo, dos o tres docenas de hombres. ¡Allí, en aquellas soledades blancas, sí que tiene su verdadero asiento la vida contemplativa! ¡Y allí, en aquellas blancas soledades, sí que se auna en admirable consorcio la contemplación a la actividad! Actividad en su más amplio sentido: en librar de la muerte al prójimo. ¡Qué bien adorará a Dios el fraile de San Bernardo, luego de extraer de entre la nieve el rígido cuerpo de cualquier *tourista* que, sin la generosa intervención del religioso, hubiera perecido! Después de hacer una obra de caridad es como mejor puede comprenderse y amarse al Ser Supremo. ¡Cuánto le amará el religioso de aquellos montes! ¡Qué pura subirá su oración al trono del Altísimo! ¡Qué goce experimentará su alma si, avisado por los canes, baja presuroso, rozando con su hábito las blancuras de la sierra, en busca del infeliz que se perdió entre aquellos bosques de hielos!... Cuando ascienda con la desfallecida carga al convento, y la reanime

y la aliente, ¡qué mirada le dirigirá el Señor!... ¿Qué importa el frío de aquellas sólidas neveras si el fuego del amor divino abrasa sus corazones?... No de otra manera podrá vivirse allá: eran las tres de la tarde y yo casi temblaba. ¿Qué sentirán pues, así que la luna brille y las estrellas parpadeen?... ¡Ah! pero yo, de buena gana permanecería allí una noche. El espectáculo que se disfrute habrá de ser hermoso: abajo la sábana blanca; arriba la cortina azul. Si es bello contemplar la luz de nuestro satélite dando de lleno sobre la cal de una pared, ¿qué será iluminando aquel interminable muro de nieve?... No llegará voz humana, ni canto de pájaro, ni susurros de fronda, ni murmullos de líquidas corrientes... Silencio augusto, calma profunda: sólo se escucharán los pasos de Dios que no producen ruido...

Todo esto pensaba mientras visitábamos el convento. Acaricié los perros, los famosos perros de San Bernardo, mezcla del dogo inglés y del perro de presa español. ¡Animalitos!... ¡Qué lástima—decíame—que estos perros tan bondadosos, al morir no gocen de Dios, y que tantos hombres después de co-

meter crímenes y crímenes hallen por un instante de arrepentimiento cabida en las mansiones celestes! ¿Por qué no les comunicaría Dios un alma que tuviese derecho al galardón supremo? ¡Ay!—continué—¡Quién sabe si entonces muchos de estos canes que ahora se arrojan olfateando entre la nieve el rastro de un hombre para salvarlo, se harían insensibles a la desgracia, y, arrebujándose como nos arrebujamos nosotros en mantas de pieles, vendrían aquí solo por un motivo de *sport!*...

Una cosa excitó mi curiosidad: varios perros traían colgados a sus pescuezos un frasquito.—¿Y eso?—pregunté al Padre.—Ron, —contestó—para restaurar las fuerzas de quien se queda medio sepultado en la nieve. Mientras nosotros llegamos, si no ha perdido el conocimiento, bebe y reacciona un poco. Estos animalillos—prosiguió el buen Padre acariciando al que de ellos tenía más cerca—poseen un olfato y un instinto maravillosos. Con presteza acuden al lugar del peligro: escarban hasta dejar libre el cuerpo; ladran sin cesar hasta que divisan nuestras figuras, y, como si supieran el fin que deben

desempeñar esas botellitas, procuran con zalemas y arrumacos, pasando una y otra vez ante la víctima, que ésta se fije en ellas...

Yo me quedé sorprendida, y si no hubiera sido por los escolares, beso a uno de aquellos hermosos bichos, verdaderos salvadores de la Humanidad.—¿Son muchas las desgracias?—interrogué.—No: ahora merced al teléfono que pone en comunicación la hospedería con la cantina, nos avisan cuando tienen sospechas de haberse extraviado algún viajero... No hace mucho estuvo a punto de perecer un millonario judío, famoso alpinista que ya vino otra vez; pero se acudió, y no sin grandes esfuerzos pudimos salvarlo...

¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué poesía! ¿verdad?... Si como los *poppes* griegos y los *pastores* anglicanos, nuestros religiosos pudieran casarse, esposas de los frailes del monte San Bernardo serían solamente las Hermanas de la Caridad. Testimonios de la afección con que en todas partes se los mira, son el magnífico piano que se ve en la sala de visitas, regalo de Eduardo VII cuando era príncipe de Gales, y el hermoso retrato de Federico III, emperador de Alemania, que

ostenta al pie una expresiva dedicatoria firmada de su puño y letra.

Era bastante tarde así que emprendimos el regreso: un fraile nos regaló a Sor Lucila y a mí una flor de genciana, una hermosa anémona y una linda *edelweiss*, rara florecilla que crece al calor de la nieve y que apenas si se encuentra ya en la cumbre de los Alpes. Con pena dejamos aquellas blancuras, pero trasponía el sol y debíamos hallarnos antes de las siete en Martigny, desde donde partiríamos a Neuchâtel. Nos despedimos... ¡sabe Dios hasta cuándo! El retorno fué triste, pero con una tristeza... ¿cómo diré? agradable: los gigantescos picos tras los cuales escondíase el sol, se doraban levemente, y los glaciares inmensos, reflejando las claridades del crepúsculo, se irisaban de bellísimas líneas, produciendo en el alma delicadas emociones. Humildes cabañas dejaban escapar por sus chimeneas indecisas columnas de humo, que se confundían con la neblina de los valles, y hacia ellas, al son de melodías agrestes arrancadas del rústico pífano de sus caracolas, dirigíase el pastor conduciendo su ganado.

Muy entrada la noche llegamos al colegio y, efecto del cansancio, apenas me acosté, quedé profundamente dormida.

Hoy, al levantarme, lo primero que hago es escribirle. Perdón si va demasiado larga esta epístola y le importuno: mas como es el último día en que escribiendo puedo hablar con usted, quise desquitarme. Mañana a estas horas empiezo los ejercicios para irme preparando a la toma de hábito. Como ya le dije, no pierdo las esperanzas de hallarlo en mi camino. Tarde o temprano nos habremos de ver, y entonces reanudaremos nuestras deliciosas entrevistas. Pida a Dios por mí; yo pediré por usted. El Señor nos lleve a lo alto sacándonos incólumes de la tierra; vayamos a su presencia blancos como esa *edelweiss* (ahí se la envío cual dulce recuerdo de nuestro casto amor), blancos como la niebla que sube de estos valles, blancos como la nieve que decora estas montañas... ¡Adiós!...

AUREA

EPÍLOGO

¿Por qué Luis no contestó a la duquesa? Luis estaba enfermo: Luis se moría. ¡Horas que nunca se borrarán las horas que pasé junto a Luis el ocho de Septiembre! Un fámulo me comunicó la triste noticia. Sin dilación marché de mi casa al Seminario. Subí apesadumbrado las escaleras que conducen a la enfermería, abrí, y al verme, Luis quiso arrojarse a mis brazos. ¡Pobre amigo! Sospechábamos un desenlace funesto, pero no tan pronto. Su cara angulosa tras cuya carne se trasparentaban los huesos, resaltaba con amarillez de vela sobre las blancuras de las almohadas; secos y descoloridos los la-

bios; tristes y hundidos los ojos; sudorosa la frente; entrecortada la respiración. ¡Pobre amigo mío!...

—¿Qué tienes? — pregunté. — ¡Anímate, hombre!... ¡Levántate, hombre!...

Luis movió melancólico su cabeza, donde clareaban algunos hilos, y exclamó:—¡Esto se acaba!...

Habían levantado un pequeño altar cerca del lecho, y una vela humeaba aún. Tibia claridad internábase por los visillos rojos de las ventanas, e indeciso llegaba el rumor de los hombres que en las Vistillas iban contando pausadamente las sandías y melones, sacándolos de los carros y galeras para transportarlos a la humilde choza del revendedor. Escuchábase indistinto el cascabeleo de las mulas, y apagados, sentíanse los sones de un organillo, que en aquella mañana de feria alegraba con sus tonadas la reunión de los compradores en la taberna próxima.

Yo no sabía qué decir al amigo: yo no sé consolar... En la habitación se hallaban otros dos compañeros: los fámulos que asistieron a Luis en su enfermedad angustiosa, y los dos permanecían cabizbajos y mustios, no

acertando a interrumpir aquel silencio precursor de muerte...

Luis, con voz opaca, murmuró dirigiéndose a ellos: —Dejadnos solos.

Salieron los fámulos, y:—¿No te sientas? —me preguntó.

Yo estaba sin saber qué hacer. Quería a Luis con toda mi alma: ya dije al principio, que a Luis debo estas mis aficiones a las bellas letras: Luis no sólo fué el amigo cariñoso, el dulce compañero, el hermano en quien deposité mis ternuras: ¡Luis fué mi maestro! ¡Y Luis se moría!...

—Siéntate;—volvió a decirme.

Yo, maquinalmente, cogí una silla y la aproximé al lecho, cerca de aquel rostro que iba consumiéndose por segundos.

—¡Ay!... —suspiró Luis estrechando mis manos.—¡Ay, amigo mío!...—Una lágrima tembló en sus ojos.

—¡No llores!...—supliqué yo sin poder ocultar mi llanto.

—¡Pues no llores tú, tampoco!...—repuso él mirándome fijamente.

—No, si no lloro...—insinué comprimiéndome. —¡Verás! ¡Verás! —añadí fingiendo

alborozo.—Te pondrás bueno... Cantarás misa...

—Yo no canto misa; —respondió con acento empapado de absoluta seguridad.

—¿Por qué?... Ya estás ordenado, igual que Aurelio... ¿Ves? Aurelio a estas horas...

—¡Aurelio es un ángel! Yo... ¡yo soy un hombre!

—¿Un hombre? —interrogué vivamente estrechando con calor sus manos.—¿Un hombre o un niño?

—¡Es verdad!... ¡Un niño!...

Hubo una ligera pausa: yo volví a decir:

—«Cantarás misa...»—Y él a contestar:—«No la cantaré. El Señor me quiere llevar a las alturas blanco como una *edelweiss*, blanco como la niebla de un valle, blanco como las nieves que decoran estas montañas...»

—¿Qué dices?... ¿Qué montañas son esas?...

El poeta señaló a un maletín que estaba cerca del altar.

—Abre:—mandó con voz desfallecida.

Abrí.

—A la izquierda—continuó señalando—hay un manojo de cartas.

—¿Estas de la cinta rosa?—pregunté mostrándolas.

—Sí; desátalo y léelas.

Volví a sentarme: se escuchaban las voces de los vendedores, el cascabeleo de las mulas, el apagado son del organillo, y el volver de las hojas en donde yo silencioso leía.

¡Qué cartas!... ¡Qué drama tan hondo palpitaba allí!... ¡Qué lucha más hermosa!... ¡Ah!, ¡quién hubiese leído *las otras!*... ¡las epístolas de Roldán!... Este seguía mis menores movimientos. Mi rostro debería reflejar en aquel instante las diversas emociones porque pasaba mi espíritu. ¿Quién era aquella Aurea de la que yo no tenía la menor noticia?

Acabé la lectura, y exclamé mirando al poeta:—Esta mujer es una santa y es una artista.

El poeta tuvo un resto de vanidad, y replicó:—¡Por mí!... Ven, amigo mío: ven, hermano mío...—invitábame atrayéndome cariñosamente.—Oye la triste relación de mis secretos. Exceptuando el confesor, na-

die sino tú ha de saberlo. Tú no te reirás; tú no me censurarás: poeta eres como yo; como yo sueñas, y has urdido un encaje que colocas ante los objetos, idealizándolos y poetizándolos por mezquinos y miserables que aparezcan.

. . . . . .

. . . . . .

Todo me lo contó Luis. Al final, una dulce sonrisa se dibujó en sus labios, y dijo:

—Muero tranquilo, porque supe resistir y no vulgaricé mi amor. Ese amor ha servido para santificarme. Conozco que Dios se valió de mí para evitar una catástrofe... Aurea será la mística paloma que se derrita de amor divino allá en las nevadas cumbres de Suiza; Aurelio, el ejemplar sacerdote; yo, enlazándome a Aurea, que se enlaza a Aurelio enlazado con Dios, me uno a Dios. ¡Todos vamos a Dios!... ¡Todos vamos a gozar de la Bienaventuranza!... ¡Viva el Amor que sube al Cielo en brazos de la Poesía!...

Calló Luis. Yo le admiraba; aquél hombre había sido un mártir, un luchador no vencido. ¡Qué sufrimiento el suyo! Mientras refería me sus dolores, íbame haciendo la

ilusión de que yo era él, y me veía frente a Aurea, sabiendo por ella misma que amaba apasionadamente a *otro*. Veíame prestándola consuelos sin que a mí nadie me consolase; sin vislumbrar la esperanza más remota de que *ella* se condoliese de mis torturas; diciendo a la duquesa: «No, no venga usted», a pesar de que mi corazón llenábase de gozo al contemplarla. Juzgábame solitario como Luis, sin atreverme a depositar las amarguras de mi pecho en ningún pecho amigo, por las circunstancias especiales que me rodeaban. Fingíame luchar entre los deberes de mi estado, y los anhelos de mi corazón arrebatado, voluptuoso, vehemente. Considerábame dentro y fuera del Seminario, llamando al espíritu que se dormía, y castigando a la carne que despertaba. Parecíame oir la voz de mis protectores:—«¡Ingrato! ¡Desagradecido!, que llegaste aquí muriéndote de hambre, y ahora que a nuestra sombra te has conquistado un nombre honroso nos abandonas haciéndonos traición...» Escuchaba la voz de la conciencia, que decía:—«¡Vete!... ¡No seas falso!... ¡No seas hipócrita!...»—Por un lado percibía la música del

cielo que en sus ondas sonoras me traía la invitación del Altísimo, que así clamaba:—«¡Hijo! ¡Hijo mío!... Resiste, lucha, abrázate a tu cruz. No te vayas, que por algo te llamé. Invócame, que yo estoy pronto a socorrerte. Ahoga ese amor en mí, que soy la fuente de los amores.»—Por otro, la algarabía del infierno,que haciendo desfilar ante mí su cortejo de pasiones inmundas, hostigábame y enardecíame con sus clamorosos gritos:—«¡Ven! ¡Ven! ¡Diviértete! ¡Solázate! ¡No llores, que estás en la mejor edad de la vida!... ¡Ríe, ríe hasta morir!... ¡Olvida en los placeres tu imposible amor!...»—¡Ah, dulce amigo mío! ¡Cuánto deberías sufrir! Tu vida fué una calle de malezas, de espinos que a tus vestidos se enredaron y, traspasando tu carne, hiciéronla sangrar. Las fieras, barruntándote desde sus espeluncas, atravesaron la selva y se arrojaron sobre ti: a jirones te arrancaron la túnica,.. mas, ¿qué importa, si el alma supiste defenderla de sus zarpazos, llevándosela intacta al Señor? ¡Goza, goza de tu triunfo, Luis!...

Tras el breve silencio que yo empleé en estas reflexiones, rogué al amigo, casi sin

atreverme, tartamudeando:—¿Quieres regalarme estas cartas?... ¿Quieres que me sirvan de base para un libro?...

—Llévatelas, — contestó — variando los nombres no tengo inconveniente en que refieras este suceso. Las almas vulgares quizás lo fustiguen: las almas exquisitas lo paladearán con gusto. ¿Qué importa que este amor profano haya destruido la materia precipitándola al sepulcro, si el espíritu, en cambio, sube, y sube más blanco que una *edelweiss*, más blanco que la niebla de un valle, más blanco que las nieves que decoran estas montañas?...—Y después empezó a recitar unos versos; decía:

No, no te toqué liviano,
joya que grabó la mano
del Orfebrero divino:
Ya no soy aquél gusano...
¡Vuelo! ¡Vuelo a mi destino!...

Se trastornaba su razón; me incliné sobre el lecho y acaricié su frente; en ella comenzaba a nevar. Me fijé en sus pupilas, que arrojaban un débil rayo de luz... —¡Ay, Luis!...—exclamé casi llorando.—¡Ay, Luis!

—Llamé a los fámulos que estaban paseando por el pasillo, y uno de ellos fué a avisar al señor Rector. El poeta, de vez en cuando, agitaba sus descoloridos labios, y con acento imperceptible, tornaba a repetir:

Vuelo, vuelo a mi destino...

El señor Rector, subió acompañado del Mayordomo y del funesto *Don Pedro el Cruel*.—¡Luis!.., ¡Luis!...—llamó con sobresalto.

Vuelo, vuelo a mi destino...

continuaba el poeta.

El Rector, aunque calculista, egoísta y frío, al ver la muerte tan cerca tuvo, *rara avis*, un momento de sincera emoción, y, moviendo tristemente la cabeza, exclamó, mientras una lágrima, acaso la única de su vida, salía de sus ojos enturbiándole el cristal de los lentes:—¡El poeta se nos va!

El Mayordomo, con un brazo en la pared y la diestra en la cintura, arqueaba su largo cuerpo para inspeccionar la faz del moribundo, y decía a cada instante:—¡Qué lástima de muchacho!...

Y *Don Pedro el Cruel*, aquél hombre vengativo y soberbio que tanto había hecho padecer al pobre poeta, apartaba de él los ojos, temeroso quizás de que las agónicas pupilas de Luis al fijarse en las suyas le enviasen un rayo de último reproche o de último perdón...

Los dos fámulos, al pie de la cama, hundían la cabeza sobre el pecho, y yo, arrodillado cerca del rostro de mi entrañable amigo, no hacía más que llamarle:—¡Luis!... ¡Luis!...—Y Luis no dejaba su taravilla sublime:

Vuelo, vuelo a mi destino...

La tristeza se reflejaba en todos los semblantes; el sol, introduciéndose por las cortinillas rojas, dulce llegaba hasta la pálida frente del poeta, como si Dios le tendiera una escala de luz para que el espíritu subiese... ¡Y subió el espíritu! Yo lo vi: aquél rayo de amortiguado fuego se lo llevó... ¡se lo llevó para siempre!

. . . . . .

. . . . . .

¡Amigo mío! Tus vaticinios no se cumplie-

ron, no: yo cerré tus párpados; en un sudario blanco te envolví, y sobre tu faz de artista coloqué el pañuelo de Aurea, que te envolvió con las suaves ondas de su perfume...

Una corona te hice: una corona del laurel que crece en la huerta del Seminario, y, enlazando a ella la *edelweiss* de Suiza, ceñí piadioso tus blancas sienes...

LECTOR:

¡Una oración por el hermano de mi alma!... ¡Un *pater noster* por el eterno descanso del poeta!...

FIN

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO V

Jornada primera.—El seminario

Capítulo I.—¡Vacaciones! ¡Vacaciones!.. 3
Cap. II.—Prosa y verso..... 13
Cap. III —¡A barrer!..... 33
Cap. IV. —Luis Roldán..... 39
Cap. V.—¡Poeta!..... 49
Cap. VI.—Alfilerazos..... 57
Cap. VII.—Don Pedro el Cruel..... 63
Cap. VIII. - El placer de la soberbia.... 73
Cap. IX.—¡Miserias!..... 81
Cap. X.—Reaccionando..... 91
Cap. XI.—Via-Crucis literario 97
Cap. XII.—¡Al monte!..... 103

Jornada segunda.—El monte

Capítulo I.—La llegada..... 113
Cap. II.—Topografía e Historia..... 123
Cap. III.—Sigue la historia..... 133
Cap. IV.—Vida campestre..... 143
Cap V.—La Duquesita..... 153
Cap. VI.—En casa del marqués..... 163
Cap. VII.—De sobremesa..... 177
Cap. VIII.—Amonestaciones..... 187

Páginas

Cap. IX.—Caza y casamiento..... 195
Cap. X.—Esbozando la novela..... 203
Cap. XI.—La cacería..... 211
Cap. XII.—¿Qué sería?..... 221
Cap. XIII.—¡Los cazadores! ¡Los cazadores!..... 231
Cap. XIV.—Almuerzo y certamen..... 237
Cap. XV.—Bailando y tronando..... 259
Cap. XVI.—¡Al río!..... 269
Cap. XVII.—¿Aurelio?..... 277
Cap. XVIII.—Sonsacando..... 289
Cap. XIX.—Carta va y carta viene..... 299
Cap. XX.—Raro y bello..... 309
Cap. XXI.—Bello y raro..... 327
Esbozo de capítulo..... 345

Jornada tercera: Manojo de cartas

Carta I..... 349
Carta II..... 359
Carta III..... 365
Carta IV..... 373
Carta V..... 381
Carta VI..... 389
Carta VII..... 395
Carta VIII..... 407
Carta IX..... 413
Carta X..... 419
Carta XI..... 425
Carta XII..... 429
Epílogo..... 441

El autor de este libro ha publicado entre otros los siguientes:

GUSARAPO (novelas cortas, prólogo de D. José Zahonero).

EL CONDE ALVAR (cuento maravilloso).

ROCE DE ENSUEÑOS (poesías).

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063941048